COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XXI.

AMOR Y LLANTO.

COLECCION DE LEYENDAS HISTORICAS ORIGINALES

DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.

1883.

ALRG902

INDICE.

LA CORONA DE SANGRE.

Pág.

I. — La familia real de Asturias y Galicia 3
II. — Esposo, hermano y verdugo 9
III. — Los amores de Don Fruela 12
IV. — Una santa y un angel 16
V. — La mujer fuerte 20
VI. — Una mujer sin corazon 24
VII. — Angel de luz y angel de tinieblas 30
VIII. — La sangre en la frente 36
IX. — La victima 40
X. — La ermita 44
XI. — La agonia 46
XII. — El vengador 51
XIII. — Quien á hierro mata á hierro muere 56
XIV. — La loca 59

LA DIADEMA DE PERLAS.

PARTE PRIMERA.

Los bastardos de Alonzo onceno 63

PARTE SEGUNDA.

El martir del corazon 97

LUZ DE LUNA.

I. — Tristeza 141
II. — El paje de la reina 147
III. — La corte de Enrique iv 150
IV. — Amor 155
V. — La entrada de Villena 159
VI. — El trono y el honor 164
VII. — ¡Castilla por Don Enrique! 168
VIII. — Los Lunas 171
IX. — El sacrificio 173

LA PRINCESA DE LOS CASPIOS.

		Pág.
I.	— Hermione	177
II.	— Dolores sin consuelo	185
III.	— El regicida	189
IV.	— El puñal de Estraton	194
V.	— Justicia de Alejandro el grande	197
VI.	— El campamento	207

LA HERMANA DE VELAZQUEZ.

I.	— La velada de San Juan	213
II.	— Amor de artista	218
III.	— El ruego de una madre	223
IV.	— La hidalguia española	227
V.	— Rey de nombre y rey de hecho	230
VI.	— Isabel de Borbon	235
VII.	— El rapto	239
VIII.	— Juan de Pareja	244
IX.	— El embajador	247
X.	— Ana	252
XI.	— El retrato de la reina	260
XII.	— El taller	263
XIII.	— El esclavo	269
XIV.	— La cruz de Santiago	272
XV.	— Angel y martir	276
XVI.	— La doble tumba	285

LA CORONA DE SANGRE.

I.

LA FAMILIA REAL DE ASTURIAS Y GALICIA.

En una de esas tranquilas y apacibles tardes de primavera, tan bellísimas bajo el templado clima de Asturias, dos personas de diferente sexo, pero ambas jóvenes y hermosas, se encontraban en una sala octógona del castillo real de Pravia; tres enormes ventanas, abiertas de par en par, daban luz al aposento, que ostentaba por todo mueblaje algunos sitiales góticos, mezclados con taburetes groseros y oscuros, y una mesa bastante baja y cubierta de un tapete de lana roja, en el cual estaban bordadas en seda las armas reales de los reyes de Asturias y Galicia.

Las paredes, de maciza encina, veíanse decoradas con estandartes godos, que formaban trofeos, confundidos y enlazados con alfanjes damasquinos, capacetes árabes y banderas desgarradas de los hijos de Islam: aquellos objetos habian sido arrancados sin duda á los árabes por los reyes montañeses, que, desde Pelayo, habian vivido en aquel rincon de Asturias con los destrozados restos del imperio godo.

El aspecto del salon era pobre, severo, sombrío; solo la hermosa y diáfana luz de aquella alegre tarde de abril podia disipar un tanto la melancolía que en él se advertia.

A traves de las ventanas, se divisaban los cuadrados torreones del monasterio de San Salvador, y las peladas rocas, que constituian en aquella época los únicos caminos de Asturias.

Era el siglo VIII, y reinaba Fruela I, hijo de Alfonso el Católico, en aquel estrecho y olvidado pedazo del fecundo y hermoso reino de España, á la sazon ocupado casi todo por los árabes.

Una de las dos personas que se hallaban en el aposento, que hemos descrito, era una jóven, la cual estaba sentada y silenciosa junta á la mesa situada en el fondo de él: ocupaba un alto sitial, tallado, y su blanca y preciosa mano sostenia su frente serena como la de una niña.

Podria tener diez y seis años, y su talla gallarda y esbelta presentaba de lleno el magnífico tipo de la dama goda: su tez blanca y purísima era pálida y trasparente: sus ojos azules, rasgados y brillantes, pero melancólicos: su cabellera copiosa, abundante y dorada: su boca rosada como un pimpollo á medio abrir: su nariz recta y delicada: su seno alto y turgente, y su talle esbelto y flexible.

Vestia un brial de lana azul, fino como la seda, de mangas flotantes y cuadrado escote, que dejaba ver una camiseta de blanquísimo lienzo, plegada en su cuello y sujeta con un broche de zafiros: cubria á medias su cabeza una pequeña toca de lienzo, blanca tambien, que no impedia contemplar cuatro largas, anchas y riquísimas trenzas rubias que se replegaban en el asiento del sitial.

Paseándose lenta y sombríamente por la estancia estaba un mancebo, que aparentaba cuatro ó cinco años mas que la jóven: su belleza era superior á todo encarecimiento, aunque de un género opuesto á la de su compañera: sin embargo, era mucho mas hermoso y mi pluma intentaria en vano pintar sus fogosos y negros ojos, estrañamente grandes, su frente tersa y despejada y sus facciones todas de una perfeccion y encanto indescriptibles: era uno de esos seres que no se pueden definir y que es preciso ver para comprender hasta dónde puede Dios hacer hermosa á una criatura humana.

Llevaba una túnica de lana blanca, de pliegues flotantes, ceñida á su esbelto talle con un cinturon de cuero oscuro, que sostenia una pequeña daga: unas calzas de lana rojas descubrian las puras y juveniles formas de su pierna, y su cabellera, cortada en redondo á la altura de sus hombros, formaba cerquillo en la frente y bajaba en copiosas ondas oscuras, lucientes y ensortijadas.

Ambos personajes guardaban silencio: la jóven, inmóvil, con la diestra en la frente y la mirada perdida, asemejábase á la estatua de la tristeza: el mancebo interrumpia su paseo de vez en cuando deteniéndose en frente de una de las ventanas; entónces sus ojos se fijaban en una inmensa mole de piedra, de las que en aquella época se llamaban *castillos roqueños* por estar edificados en la cumbre de una roca; la fisonomía del jóven se oscurecia terriblemente y al propio tiempo cerrába este los puños como dominado por un violento furor.

Diríase, sin embargo, que la cólera no podia marcarse durante largo espacio en aquel hermoso y beniguo semblante, porque la espresion violenta, que por breves instantes le desfiguraba, desaparecia poco á poco para dar lugar á otra profundamente dolorosa.

La jóven fué la primera que salió de sus meditaciones: contempló un momento al mancebo pintándose en su rostro un sentimiento vivísimo de amor y de piedad, y luego, dejando su asiento, fué lentamente á colocarse junto á él y apoyó suavemente en su hombro una de sus manos.

— Bimarano, dijo, sosiégate: tu sufrimiento desgarra mi corazon.... ten esperanza....¿ quién sabe?

— ¡Esperanza! repitió el mancebo cubriéndose el semblante con las manos; ¡esperanza!... ¡oh, Adosinda! ninguna tengo ya....

— Acuérdate, hermano, repuso la doncella con acento digno, acuérdate de que eres hijo de Alfonso el Católico, de que corre por tus venas sangre real!

— ¿Acaso piensas, Adosinda, intorrogó Bimarano, acaso piensas que me olvido yo de todo eso? ¿Crees que el hijo

del gran Alfonso puede olvidar nunca que es un príncipe real? ¿Piensas que se apartan de su memoria un solo instante los ejemplos de fortaleza que le dió su noble padre? ¡Ah, no! ¿qué seria de mí si hubiera perdido el sentimiento de mi dignidad?

— Pues entónces, Bimarano, sé fuerte en la desgracia, esclamó Adosinda; si para ser noble y bueno, como eres, conservas las memorias de nuestro padre y sus santos preceptos, bástete para adquirir el valor del sufrimiento el ejemplo de la reina que es mas infeliz que tú.

— Es verdad, mi buena Adosinda, repuso Bimarano, tomando entre las suyas las manos de su hermana: Fruela, el mal hijo, el mal padre, el mal hermano, es tambien el verdugo de su esposa.

— ¡Calla! se apresuró á decir Adosinda, poniendo la diestra en los labios del mancebo: ¡calla, y no olvides que es tu rey, ya que no recuerdes que recibió la vida en el senō de tu misma madre!

— ¡Ah! esclamó Bimarano: ¡es que yo, Adosinda, no tengo tu santa virtud, y mi dolor ademas es tan vehemente que acaba con mi razon! ¡Es que Fruela me roba, con mi amante, al hijo de mi amor!

— ¡No! gritó detras de los dos jóvenes una voz fuerte y sonora: ¡no temas por tu hijo, Bimarano!

Los dos príncipes se volvieron llenos de sorpresa; en el umbral de una puerta, situada á espaldas de Adosinda, habia una mujer de continente severo y majestuoso, de elevada estatura, de robustas formas y de una belleza deslumbradora: su tez morena era purísima aunque pálida: sus negros ojos centelleaban bajo sus cejas de ébano vigorosamente trazadas, y sus negros cabellos bajaban riquísimos y ondeantes, envolviéndola como en un manto de seda: era una de esas soberbias cabelleras, que apénas se encuentran ahora, pero que en el siglo VIII coronaban las majestuosas y austeras frentes de casi todas las hijas de los godos: tal vez en aquellos tiempos las aromáticas pomadas no habian secado todavía

la raíz de los cabellos ó las cabezas de las mujeres no encerraban ese fuego devorador, que consume su savia en nuestros dias.

La aparecida representaba veinte y cino años: su ropaje talar era blanco, de lana, y sobre la túnica llevaba un manto oscuro: sujetaba sus espléndidos cabellos una cinta blanca, y gracias á este dique, dejaban su hermoso y apasionado semblante despejado de sus ondulantes rizos.

— ¡Señora! esclamó Bimarano inclinándose ante aquella mujer.

— ¡Hermana! murmuró Adosinda dirigiéndose á ella.

— ¡No temas por tu hijo, Bimarano! repitió la aparecida: si tu hermano el rey Fruela I ha resuelto robártele con su madre, la reina Munia, mas piadosa, le ha puesto ya en salvo.

— ¡Ah! gritó el príncipe precipitándose á los piés de la reina, ¡Dios te bendiga, señora y hermana mia!

— Levanta, Bimarano, dijo la reina con voz dulce y vibrante, en la cual, sin embargo, no se descubria la alteracion mas leve: levanta; nada me debes, porque soy madre tambien y abrigo la persuasion de que cuanto bien haga yo, me lo pagará Dios velando por mis hijos. ¡Ojalá, prosiguió, ojalá me fuera posible guardarte del mismo modo á la madre del tuyo; pero no me es dado hacerlo!

— ¿Y por qué, señora? preguntó tímidamente Adosinda. ¿Quién puede oponerse á tu voluntad?

— ¡Pobre niña! esclamó Munia, cuyos soberbios y hermosos ojos suavizaron algo de su fuerte brillo al fijarse en la doncella. ¡Pobre niña! No quieras saber lo que está vedado á tu santa inocenia. ¡Contempla á tu hermano, y verás cómo el comprender un tenebroso secreto cuesta la paz del corazon!

La doncella fijó su dulce mirada en el semblante de Bimarano y no pudo contener un grito de angustia: pálido este y desencajado, miraba el castillo roqueño, que se descubria en lontananza.

— Parte, hermano; dijo la reina tendiendo su morena mano hácia la inmensa mole de piedra; parte á donde te

esperan y en donde es necesario tu consuelo, miéntras que yo voy con Adosinda á velar por tu hijo.

Tomó, dicho esto, la mano de la princesa y se dirigió lentamente hácia la puerta que le habia dado entrada.

— ¡Una palabra, señora; una palabra por piedad! esclamó Bimarano deteniendo á la reina: ¿cuándo veré á mi hijo?

Munia iba á contestar; pero en el momento en que sus labios se entreabrian, otro jóven pálido y jadeante se precipitó en el salon por la puerta principal.

— ¡Aurelio! esclamó la reina.

— ¡Véte, señora mia! ¡Huye, hermano! gritó el recien llegado. ¡El rey me sigue!

Al escuchar estas frases, agitáronse los tres jóvenes á guisa de una bandada de palomas que descubren al inhumano cazador que las acecha.

— ¡Huye, Bimarano! repitió con mayor angustia Aurelio; el rey ha echado de ménos á tu hijo, y aquí corre riesgo tu vida!...

Un gran rumor de armas, que se oyó cercano, cortó á Aurelio la palabra.

— ¡Por allí, Bimarano! gritó Munia señalando al jóven una ventana: tu hijo está en mis habitaciones... no temas por él... pero vé al lado de Sancha y huye con ella... ¡yo cuidaré de vuestro hijo!...

El príncipe besó la mano de la reina, y, poniendo el pié en la ventana, desapareció: un segundo despues se le vió saltar de roca en roca y tomar el camino que conducia á la parte opuesta del castillo real.

— Retiráos vosotros, hermanos, continuó la reina dirigiéndose á Aurelio y Adosinda: quiero que el rey me encuentre sola.

Los jóvenes salieron de la estancia al mismo tiempo que Don Fruela, fiero, iracundo y aterrador aparecia en la puerta principal; mas si su furor no le hubiera cegado, hubiera podido columbrar, no obstante, la sombra de su hermano Aurelio, medio oculto entre el gótico tapiz, que adornaba la puerta situada á espaldas de la reina.

II.

ESPOSO, HERMANO Y VERDUGO.

Fruela I, rey de Asturias y de Galicia, parecia frisar en los treinta y cuatro años: su atlética estatura era corpulenta y forzuda; tenia la tez roja y curtida porque su única diversion era la caza de montería, distraccion que estaba muy en armonía con su carácter fiero y casi salvaje: su cabello rojo, fuerte y ensortijado cubria á medias su frente, bajando por detras hasta el nacimiento de su robusta espalda: sus ojos verdosos no hubieran carecido de belleza, si en vez de fulgurar con una luz bravía, hubieran estado animados por la dulzura y la benevolencia: su boca, que tenia un hermoso corte, era encendida como el coral, haciendo resaltar el esmalte nacarado de su magnífica dentadura: era imponderable la riqueza de sus oscuras cejas y pestañas, y tenia la nariz pronunciada y aguileña, pero recta y movible.

Vestia una fuerte armadura, ni mas ni ménos que si estuviese aprestado para dar una batalla: sus hercúleas formas, aunque cubiertas de pesedas escamas de acero, eran hermosas é intachables: una clámide goda, de blanquísima lana, encubria la mitad de su figura, bajando, hasta doblarse en el pavimento: llevaba un pequeño casco ó capacete de acero y en el pecho la gran cruz de los godos.

Fruela, al entrar, tendió por el salon una mirada iracunda y brava, despidió con la mano á la escolta de rústicos montañeses, que formaban su guardia, y luego se fijaron sus ojos centelleantes en la reina que, inmóvil y serena, sostuvo su sombrío resplandor.

— ¿Dónde están mis hermanos? le preguntó con su voz fuerte, enronquecida ademas por la cólera.

— No lo sé, señor; contestó Munia con reposado acento.

— ¡Reflexiona bien lo que dices, señora!

— No lo sé, repitió la reina con el mismo tono sereno y reposado.

— ¡Conque tambien conspira con ellos la reina! esclamó Fruela con una voz que hizo temblar las altas bóvedas del salon: ¿conque tambien la reina es traidora á mi trono?

— ¡No! gritó Munia con voz tan firme y vibrante cuanto apacible habia sido ántes: la reina no conspira contra tí, porque aunque ya no te ama, respeta el nombre y la corona que le has dado: la reina no hace mas que consolar de tus inicuas crueldades á los pobres príncipes á quienes tan injustamente llamas conspiradores.

— ¿Luego sabes quién ha sustraido al niño Bermuda á mi justa saña?

— Yo he sido, dijo Munia adelantándose impávida hácia el rey.

¿Y serás tú tambien la que protege los amores livianos de sus padres? prosiguió Fruela sonriendo de una manera que hubiera dado espanto á cualquiera otra mujer, que no hubiera sido la esforzada Munia.

— Sí, contestó esta; yo que creo mas justo apretar los lazos con que Dios ha unido sus almas, que tolerar tus odiosas persecuciones hácia Sancha de Rivadeo! yo que he sabido ser paciente y sufrida para no rebajarte á los ojos de los condes de tus reinos y asistir en silencio á la agonía del amor que llenaba mi alma, pero que no he querido con mi inaccion hacerme digna de tus injurias! Sábelo, Fruela! continuó con voz profunda: yo he protegido los amores de tu hermano Bimarano con la hermana del conde de Cangas: yo he guardado al hijo de entrambos!... y hace pocos instantes he enviado á Bimarano á aquel castillo á fin de que vele por Sancha porque su hijo está seguro!...

La reina, en la vehemencia de su razonamiento, habia arrastrado á su esposo hasta una de las ventanas, y le mostraba con arrogante ademan el castillo de Cangas. Fruela, atónito con lo que estaba oyendo, habia seguido maquinalmente á Munia, y fijaba su mirada espantada en la enorme cordillera de rocas, que servia de ceñidor á su real castillo.

De repente brillaron sus ojos como dos teas: sus tostadas mejillas se cubrieron de un rojo purpúreo, y apretó los puños desprendiéndose de la mano de Munia.

Al mismo tiempo se veia saltar de peña en peña á un hombre cubierto con la vestidura blanca de los príncipes reales, y que llevaba entre sus brazos á una mujer, cuyo largo manto oscuro flotaba á merced del viento.

La sombra del crepúsculo cubria ya las montañas con su blanquecino velo; pero la luna serena y hermosa alumbraba el paisaje, y permitió al rey y á la reina reconocer en el hombre que corria al príncipe Bimarano, y en la mujer que este llevaba en sus brazos á la hermana del Conde de Cangas.

Una celeste espresion de dicha iluminó el semblante de la reina; pero sus facciones se cubrieron de una palidez mortal al columbrar en la poterna del castillo roqueño al jóven conde de Cangas á la cabeza de un crecido número de montañeses armados de javalinas que, á una seña del rey, se precipitaron como una furiosa jauría en persecucion de los fugitivos.

Un ¡ay! doloroso, desgarrador, se escapó del pecho de la infeliz Sancha y fué á clavarse derecho en el corazon de la reina, que convulsa y anhelante seguia su carrera con sus asombrados ojos.

El conde de Cangas habia logrado acercarse á Bimarano, que se habia detenido transido de fatiga; pero haciendo este un último é inconcebible esfuerzo, salvó de un salto la enorme peña, que le estorbaba el paso, y echó á correr desesperadamente por la falda de la montaña.

— Dispara, conde; gritó Fruela al de Cangas, que pasaba á la sazon por debajo de su ventana.

Apuntó este su javalina; mas la voz de la sangre y el temor de herir al hermano de su rey contuvieron su brazo.

— ¡Bárbaro verdugo! esclamó Munia precipitándose hermosa, sublime de indignacion, hácia su esposo: guárdate de derramar la sangre de tu hermano!

El rey furioso desnudó su daga y con mano forzuda hizo

caer de hinojos á sus piés á la desventurada Munia; mas en aquel momento un brazo robusto sujetó el de Fruela que encontró ante sus ojos á su hermano Aurelio, austero, sombrío y amenazador, cubriendo con el suyo el cuerpo de la reina.

— ¡Atras, príncipe! gritó esta con tan imperioso acento, que Aurelio no pudo ménos de retroceder: ¡hiere! continuó Munia levantándose imponente y majestuosa, y mostrando al rey su pecho: ¡hiere, Fruela, y me harás una señalada merced, porque solo con la muerte podré olvidar que has levantado tu puñal sobre mi pecho! ¡Hiere! ¡esta muerte me será mas dulce que la que ha de causarme el recuerdo de tu crueldad!...

El rey contempló durante algunos instantes como aturdido la noble figura de Munia, que se asemejaba á la estatua de la justicia celeste; poco á poco fué bajándose su brazo, y por último, su mano calenturienta soltó el puñal.

Una inmensa gritería, que resonó muy próxima, le arrastró á la ventana, y un gozo cruel iluminó su semblante; Sancha estaba privada de sentido en los brazos de su hermano en tanto que algunos hombres de armas de este rodeaban al infante Bimarano, aunque sin atreverse á tocarle.

— ¡Llevadle preso á los subterráneos de mi castillo! gritó el rey á los montañeses, que desaparecieron con el príncipe.

Fruela I abandonó el salon precipitadamente, y la reina ocultó entre las manos su semblante, miéntras Aurelio la sostenia, viéndola próxima á desfallecer, á pesar de la fortaleza de su alma.

III.

LOS AMORES DE DON FRUELA.

El rey Don Alfonso el Católico murió en Cangas á la edad de sesenta y cuatro años; dejó de su mujer Ormesinda cua-

tro hijos, Fruela, Bimarano, Aurelio y la muy hermosa niña Adosinda, retrato fiel de la suavidad y dulzura de su madre. Alfonso el Católico dejó tambien otro hijo, habido en sus relaciones amorosas con una esclava árabe de peregrina belleza, el cual se llamó Mauregato, y ocupó algunos años despues, para mal de España, el trono de Asturias y Galicia.

Alfonso y Ormesinda fueron sepultados juntos en el monasterio de Santa María de Cangas, por mandato espreso del monarca: aquel hombre, á pesar de sus frecuentes infidelidades, habia amado tanto á la hermosa y dulce Ormesinda, que quiso partir con ella su último lecho y su losa funeraria.

La corona pasó á las sienes de Fruela, hijo primogénito de Alfonso el Católico, pero el ménos apropósito para gobernar un reino tan combatido y destrozado: desconociendo absolutamente la marcha politica, que es siempre el timon de un buen rey, y que en aquellos tiempos se hacia tan necesaria para contrarestar los hábiles manejos de los árabes, que inundaban toda la España; nulo para oponer la resistencia del talento á las negociaciones de los poderosos califas de Córdoba y Damasco; enteramente desposeido de dulzura y prudencia, el infante Don Fruela no sabia hacer mas que reñir, y no bien tuvo noticia de que los navarros intentaban rebelarse contra él, marchó en su busca á la cabeza de todos los feroces montañeses, que pudo armar con arcos y javalinas, y los redujo á obediencia combatiéndolos bárbaramente, aun ántes de informarse de la causa de su descontento.

Una noche, despues de saquear á un pueblo, y al cruzar, seguido de sus numerosas huestes, una árida llanura para volver á su campamento, se sintió desfallecido de sed y de cansancio: tenia una anchurosa herida en la cabeza, cuya sangre no habia sido posible restañar, á pesar de los esfuerzos de los suyos, y la vista iba faltando ya á sus ojos y el aliento á su pecho: cuando divisó una lucecilla que fulguraba

no muy léjos, dió órden á sus gentes de dirigirse hácia ella, y él mismo tomó el camino que le pareció mas corto.

Poco tardaron en llegar, y la esperanza reanimó los abatidos ánimos de los guerreros: la luz partia de una pequeña lámpara, que, encerrada en una grosera verja de hierro, ardia delante de la puerta de un monasterio.

El rey llamó: dijo su nombre, y muy pronto le fueron franqueadas las puertas; pero no bien la anciana abadesa se presentó á recibirle al frente de la comunidad, cayó desmayado en el pórtico mismo del templo.

Cuando volvió en sí, se encontro recostado en un blando y mullido lecho: sus capitanes y sus condes llenaban la estancia, y la anciana abadesa, de pié junto á él, esperaba el instante de que abriese los ojos para vendarle la herida y darle una bebida, preparada ya de antemano.

Muy en breve se sintió el rey tan mejorado, que manifestó sus deseos de partir: entónces la abadesa le pidió permiso para presentarle una jóven huérfana que le habia sido encomendada, hija de un conde navarro, rebelde á Don Fruela, pero descendiente de los reyes de Navarra, y por consiguiente, parienta suya.

El rey de Asturias, que profesaba un ardiente amor á toda mujer que fuese jóven y hermosa, consintió en ver á la noble huérfana en cuya busca salió la abadesa.

Ante la vista de Munia, quedó Don Fruela mudo de asombro: aunque la doncella no contaba mas que quince años, su hermosura era tan admirable y majestuosa, que le dejó pasmado; vestia una larga túnica blanca, una toca de nevado y fino lienzo, y un largo manto como la túnica: una estatua romana no hubiera tenido, un siglo despues, el continente mas noble, mas hermoso y altivo que aquella majestuosa niña.

— ¿Cómo te llamas? preguntó al fin el rey con mal segura voz.

— Antes me llamaba Memorana, señor, contestó la princesa con reposado y sonoro acento; pero cuando entré en

esta santa casa, tomé el nombre de la venerable abadesa que amparó mi orfandad. Llámome, pues, Munia (1).

— ¿Quieres venirte conmigo, Munia? preguntó el rey con acento mas cariñoso.

— No, señor rey.

— ¿Por qué?

— Porque yo no te conozco y aunque eres pariente mio muy lejano, debes comprender que no puedo seguirte sin menoscabo de mi honra.

— ¿Quieres ser mi esposa?

— Muy de mi grado lo seria si me concedes, señor, el tiempo suficiente para que yo te ame; contestó Munia, cuyos hermosos y lucientes ojos no retrataron ni el mas leve rayo de alegría al escuchar la oferta de un trono.

Fruela permaneció perplejo durante algunos instantes, y luego tornó á preguntar:

— Y si no te casas conmigo ¿qué harás?

— Seré religiosa, contestó ella con la dulce calma que le era habitual: solo amándote con todo mi corazon, señor rey, seré tu esposa; pero, si no lo consigo, me uniré á Dios.

El monarca salió pensativo del monasterio; mas al dia siguiente volvió á él arrastrado por el poderoso ascendiente que la belleza purísima y vigorosa de Munia ejercia en su ánimo: quince despues, se casó en el mismo monasterio con ella, con la cual y sus montañeses partió, pasados dos mas, para Pravia, corte entónces de los reyes de Asturias.

Los navarros quedaban acuchillados y sometidos, pero tambien quedaban infinitas viudas y huérfanos, que maldecian la crueldad de Fruela I, y compadecian profundamente á la hermosa doncella, que se llevaba unida á su destino.

---

(1) Unos historiadores llaman *Menina* á la esposa de Don Fruela; otros, *Memorana*; Don Alonso el Magno, en su cronicon, la llama *Munia*, y la crónica general *Munina*.

IV.

UNA SANTA Y UN ANGEL.

La belleza de Munia cansó pronto al inconstante monarca, cuyo corazon duro era incapaz de albergar una pasion tierna y duradera, y cuyo carácter fiero necesitaba siempre luchar y vencer: la posesion de aquel ser enamorado, dulce y puro, no podia halagarle por mucho tiempo, y bien pronto buscó mas arduas conquistas en las esposas, hermanas ó hijas de sus condes.

Para interesar el corazon de Fruela y fijarlo, era necesario que la mujer, á quien momentáneamente preferia, fuese virtuosa, de intachable fama y que estuviese unida á otro hombre con los lazos sagrados del matrimonio ó del amor: la mujer libre, por muy bella que fuese, rara vez le merecia una mirada, y si consintió en hacer su esposa á la princesa huérfana, fué por la resistencia, que encontró en ella, á corresponder á sus amores hasta santificarlos con la bendicion de un sacerdote, y porque creyó que su carácter arrogante y altivo le daria ocasiones de ejercitar su dureza.

Pero Munia, como toda mujer que vive dominada por una pasion vehemente, tornóse para su esposo dulce como una paloma: mirábase en sus ojos anhelando leer en ellos sus mas leves deseos para satisfacerlos: espiaba con afan su sonrisa; salíale al encuentro cuando volvia de caza, y adivinaba con el instinto amante de su corazon cuando iba á sufrir, mucho ántes de que sufriese.

A semejante carácter no podia escaparse la primera muestra de hastío ó frialdad del objeto de su amor.

Munia devoró la primera y otras cien, pero las absorbió en su corazon juntamente con el llanto que hicieron brotar: sin perder nada de su amor, su carácter noble, arrogante y altivo habia vuelto á recobrar la energía, que la pasion enervara sin destruir.

El nacimiento de un hijo le infundió esperanzas: creia la inocente que el amor de su esposo hácia ella renaceria al verla revestida del sagrado título de madre; mas en vano esperó dia tras dia una prueba de cariño. Es cierto que el rey se alegró en estremo de tener un hijo que heredase su corona; tambien lo es que le hizo poner el nombre de su padre, que para él era de buen agüero; pero despues no pensó mas ni en la madre ni en el hijo y volvió á entregarse á sus escandalosos amores.

Por aquel tiempo llegaron á Pravia los infantes Bimarano y Aurelio, hermanos del rey, los cuales no conocian á la esposa de Fruela: acababan de arrojar á los árabes de las fronteras de Galicia y volvian cubiertos de gloria y cicatrices, aunque ambos eran de muy corta edad, pues Bimarano apénas llegaba á veinte años y Aurelio solo contaba diez y ocho.

La belleza de estos jóvenes era estremada, y en particular la de Bimarano no tenia igual: no podia mirársele sin sentir una admiracion profunda, y en aquellos tiempos supersticiosos dábase por muy seguro que estando encinta la reina Ormesinda de su hijo Bimarano, y hallándose un dia muy afligida á causa de las infidelidades de su esposo, se le apareció un ángel de parte de Dios y le dijo que, para recompensarla de lo que sufria, iba á dar á su hijo una bellaza como jamas se veria en el mundo.

La hermosura del infante era, en efecto, prodigiosa: sus ojos no tenian la espresion comun de la raza humana; parecian infiltrados de una luz celeste, y su boca, al sonreir, prometia un porvenir inmenso de gloria inmortal!

Su carácter era casi tan bello como su figura: dulce, paciente y dotado ademas de un generoso corazon y de un valor á toda prueba, fué bien pronto Bimarano el ídolo de toda la nobleza gallega y asturiana, despertando en el alma de Fruela los mas feroces y bárbaros celos.

Aurelio era el retrato vivo de su padre Alfonso el Católico: tenia, como él, esa hermosura austera y varonil, que se advertia tambien en Fruela, aunque alterada por los desórdenes y por las fatigas de la caza; empero su carácter diferia

mucho del de su augusto padre, participando mas bien de la dureza y crueldad del del rey su hermano: como Fruela, era valiente hasta la fiereza, y tenia, como él, instintos sanguinarios y duro corazon; su fe, no obstante, era inviolable, sus afecciones sinceras y su lealtad sin límites: todos los amores de su vida se hallaban concentrados en Bimarano, de quien jamas se habia separado, y cuya natural dulzura era lo único que podia templar su carácter irascible.

A ver á Munia, brotó en el corazon de Aurelio un sentimiento desconocido: la espléndida hermosura de la reina encendió en su pecho el volcan de la pasion primera, pasion que debia ser voraz, terrible en su alma juvenil y enérgica.

No bien se apercibió de sus sentimientos, corrió á participárselos á Bimarano; pero este con dulce firmeza le aconsejó que no alimentase culpables esperanzas ni destruyese la paz de la conciencia de la reina, único bien que podia consolarla en medio de los dolores que el desvío de su esposo le hacia sentir.

Aurelio, dócil como un niño á la voz de aquel hermano, á quien tanto amaba, encerró su pasion en lo mas íntimo de su pecho, haciendo penosos esfuerzos para ahogarla; mas en vano se lanzó á esta desesperada lucha, porque no consiguió otra cosa que avivar el fuego, que le abrasaba, y la serena mirada de Bimarano se apartó horrorizada mas de una vez del fondo del corazon de Aurelio, donde estaba acostumbrado á leer como en un libro abierto, convencido de que el fatal amor, que este concibiera, se hizo incurable al dejar la blanca senda de la adolescencia por el camino sembrado de abismos de la juventud.

Bimarano, el hermoso, el apacible jóven amaba tambien: la hermana del conde de Cangas, señor de Cangas de Onis, habia hecho una profunda impresion en su alma, y el mismo dia en que le declaró su amor y obtuvo la seguridad de ser correspondido, pidió al rey permiso para casarse.

D. Fruela no tuvo entónces per conveniente otorgar su consentimiento á tal enlace: conocia á la hermosa Sancha, y aunque no habia fijado la atencion en ella miéntras fué libre, el dia mismo en que la vió ligada á su hermano, se acordó

de que era la doncella mas hechicera de su corte y pensó en hacerla suya ántes de darla al infante.

Declaró una parte de sus miras al conde de Cangas, y este sagaz cortesano negó la entrada en su castillo al infante, y abrió sus puertas al rey, halagado con la esperanza de medrar.

Empero, los obstáculos no estinguieron ni disminuyeron siquiera el amor que ambos jóvenes se profesaban.

Sancha, en la imposibilidad de ver á su amante durante el dia, y arrastrada por la fuerza de su pasion, franqueaba por la noche una de las ventanas de su aposento á Bimarano, con quien sostenia dulces pláticas miéntras dormian sus perseguidores.

Diez meses despues de la noche primera en que Bimarano penetró en la estancia de Sancha, dió esta á luz un niño, cuyo acontecimiento descubrió á los amantes.

El conde hizo bautizar al recien nacido con el nombre de Bermudo, aparentando gran cólera, pero gozoso en su interior, porque el nacimiento de aquel niño aseguraba el enlace de su hermana con un príncipe real.

Por su parte, Bimarano reconoció por suyo al hijo de Sancha y consiguió del conde algunas entrevistas con ella, que tenian lugar, para que el rey no se apercibiese, en la habitacion mas retirada del castillo.

La pasion de Don Fruela creció con la resistencia; lo que al principio habia sido un solo capricho, llegó á convertirse en el amor mas profundo y verdadero que sintió en su vida: al ver á Sancha madre, y por consiguiente ligada con un lazo indisoluble á su hermano, su pasion se acrecentó furiosamente y resolvió robarle su hijo, para obligarla de este modo á ceder á sus deseos.

Largo tiempo meditó este proyecto: mas un resto de piedad hácia su esposa le contenia: Munia acababa de dar á luz una niña, á la cual se puso por nombre Jimena, y que mas adelante fué esposa del desgraciado conde de Saldaña.

Por fin triunfó su culpable pasion del amor que debia á su esposa y á sus hijos, y se decidió á apoderarse del infante

Bermudo: mas este cruel designio fué sorprendido por Munia en algunas palabras que se le escaparon en medio del sueño, y ya se ha visto que puso en salvo al niño, amparándolo en sus propias habitaciones.

El amor de Aurelio seguia mudo, pero ardiente y devastador: la reina nada sospechaba de él, y el infante, sin atreverse á romper el silencio, sufria los tormentos de un condenado.

Unicamente Adosinda se conservaba dulce y tranquila entre aquella lucha desenfrenada de pasiones: era el ángel bajo cuyas blancas alas iban todos á buscar la paz: ella consolaba á sus hermanos, que la amaban con entrañable afecto, enjugaba el llanto de la reina, dormia á Alfonso y á Jimena en su regazo con sencillos cantos, y hasta el mismo Fruela encontraba en ella consuelos, porque, en presencia de aquel querube de bondad y mansedumbre, se calmaban las borrascosas tempestades de su alma.

Adosinda conocia los amores desgraciados de Bimarano; la culpable pasion del rey hácia Sancha, la amiga de su infancia, y los dolores de la reina, á quien amaba como á una hermana; pero ignoraba completamente el amor de Aurelio á Munia, porque el príncipe respetaba tanto el candor y la santa inocencia de su hermana, que habia ocultado cuidadosamente delante de ella hasta la muestra mas leve de su insensata pasion.

Era un secreto que solo sabian Dios, Bimarano y Aurelio.

V.

LA MUJER FUERTE.

Poco tardó la reina en recobrarse del desmayo acasionado por el terror que le habia producido la horrible escena que describímos al final de nuestro capítulo tercero: desprendióse de los brazos de Aurelio, que con la cabeza abrasada y el

corazon palpitante, ya no tenia fuerzas para sostenerla, y se encaminó á su habitacion haciendo una seña al infante para que la siguiera.

Obedeció este, y pocos instantes despues se encontraban ambos en la cámara de la reina, guardada por dos soldados de aspecto rudo y cubiertos de acero.

La reina se dirigió á un estremo de la cámara y abrió una puerta disimulada en los tapices: tras de ella apareció otra pequeña estancia en la cual penetró Munia con Aurelio, y cuya puerta cerró este á una indicacion de aquella.

En el fondo del aposento y durmiendo sobre un reducido lecho, hallábase un niño de pocos meses, abrigado con un ropon de seda: era hermoso, de fisonomía dulce é inteligente, y sus rizos castaños cubrian una parte de su blanco y suave rostro.

Inmediato al lecho, velaba un anciano montañes con una javalina preparada y un arco montado: su aspecto decidido y arrogante decia bien claro que estaba allí para defender al niño y que no se lo dejaria arrebatar sin oponer una temeraria resistencia.

— ¿Ha llegado alguno á la puerta, Antar? preguntó la reina al montañes, que al verla con el príncipe habia echado á la espalda la capucha de lana burda de su sayo.

— Solo la princesa Adosinda, á la cual dejé pasar por no oponerse á ello tus órdenes, señora; contestó el anciano.

— Está bien; mi muy amada hermana puede entrar aquí.

La reina tomó á Aurelio por la mano sin notar el estremecimiento, que, al contacto de la suya, agitaba la diestra del príncipe, y se aproximó con él al lecho.

— ¿Amas mucho á tu hermano, Aurelio? le preguntó mirándole con fijeza.

— Mucho, contestó el infante con voz firme y sin desviar los ojos del semblante de Munia, no obstante sentirse desfallecer con su mirada.

— ¿Será tan grande ese amor que te anime á salvar á su hijo, sin temor á la cólera del rey?

— Sí, volvió á contestar Aurelio con entereza.

— ¡Sálvale, pues, hermano! esclamó la generosa reina, de cuyos ojos brotaron dos gruesas lágrimas: ¡sálvale, y Dios te otorgue el premio de tan noble accion!

Munia oprimió entre las suyas las manos del infante, que se apoyó en la pared para no caer.

— Salvando á ese inocente, continuó la reina señalando al niño, libras á tu hermano y á tu rey, que es mi esposo, de cometer un odioso crímen. ¡Sí! prosiguió en voz baja y temblorosa al ver al montañes retirado á una respetuosa distancia; ¡sí! librarás al padre de mis hijos de un crímen odioso, porque ó matará á esta desgraciada criatura para vengarse de los desdenes de su madre, ó cuando ménos le hará pasar su vida en una prison!...

Calló la reina inclinando la cabeza, como si el horror que aquellos pensamientos le inspiraban aniquilase sus fuerzas; mas pocos instantes despues levantó de nuevo su frente pálida y serena.

— Parte á Navarra, Aurelio, dijo poniendo en los brazos del infante á la pobre criatura, que á la sazon estaba dormida: vé al monasterio de Jesus y confía este niño á la superiora de parte mia: cuando esteis libres su padre y tú de la acusacion de conspiradores que sobre vosostros pesa, id á buscarle allí, porque por ahora y miéntras no salga de su inocente niñez, seria difícil encontrar un asilo mas seguro para él.

El príncipe recibió al niño y le abrigó con el mismo cuidado que hubiera podido emplear su madre.

— Este niño es sagrado para mí desde el instante en que tú me lo entregas, señora, dijo apoyando sus labios en la diestra de Munia; si su padre le falta, otro no ménos amante ha de encontrar en mí.

Al decir estas palabras, hizo una seña al montañes, que le abrió una estrecha puerta situada enfrente del lecho y que estaba practicada en una bóveda de piedra, que sostenia uno de los ángulos del castillo real.

— Vuelve pronto para salvar á Bimarano y á Sancha,

murmuró la reina al oido del príncipe, que ya se deslizaba por una dificultosa escalera formada por las mismas rocas.

Munia le siguió con los ojos hasta que le vió desaparecer en las sombras de la noche: luego cerró la puerta y volvió á dejar en su pebetero de encina la tea con que habia alumbrado al príncipe.

En seguida se quitó sus zarcillos de diamantes, despojos de la guerra arrancados por Don Fruela á una sultana árabe, y se aproximó al anciano montañes.

— Toma, mi buen Antar; le dijo presentándoselos: yo quisiera tener otra prenda de mas valor con que recompensar tu fidelidad, pero esto es lo mejor que poseo.

El montañes dió dos pasos hácia atras y una lágrima empañó el brillo salvaje de sus ojos, casi cubiertos por cerdosas y blancas cejas.

— Guarda tus diamantes, señora, dijo con voz alterada: yo, aunque soy muy pobre, recibo sobrada recompensa con la dicha de haberte servido: solo otra.... añadió en voz baja y con vacilacion, solo otra te pediria.... si me atreviese.

— Pide, pide, Antar; esclamó Munia.

— ¡Que me permitas, señora, besar la orla de tu manto!

— ¡Ah! ¡el manto no! esclamó la reina, de cuyos grandes ojos brotó un caudal de lágrimas: ¡toma, toma mis manos!

Munia tendió sus manos al anciano Antar que se arrodilló besándolas con adoracion.

— ¡Gracias, Dio mio! esclamó despues: ¡gracias por haberme concedido besar la mano de una santa!

— Desde hoy, Antar, estás á mi servicio, dijo la reina: cuidarás de mis hijos y me acompañarás á todas partes. Sígueme.

El anciano dirigió al cielo una ardorosa mirada de gratitud y siguió á la reina como un sabueso viejo y fiel sigue á su antiguo amo.

VI.

UNA MUJER SIN CORAZON.

Algunos dias despues de la noche en que Aurelio salvó al hijo de su hermano de la cólera del rey, se encontraban Sancha y Adosinda en la habitacion de la primera.

La hermana del conde de Cangas era mas hermosa que la infanta, pero no se advertia en ella la espresion de pureza que hacia que Adosinda se asemejase á un ángel: por el contrario, ardia en sus negros y rasgados ojos el fuego de las pasiones, y su tez, aunque blanca, límpida y hermosa, era mate y sin trasparencia, signo seguro de una naturaleza sensual.

Su estatura era apénas mediana y sus formas redondas y torneadas: leíase en su marmórea frente, la arrogante firmeza de su alma; en sus negrísimas y pobladas cejas, una gran frialdad de corazon; y en sus labios finos y un tanto hundidos en sus estremos, toda la ambicion y disimulo de su carácter.

Sancha de Rivadeo habia amado con pasion á Bimarano porque la sublime hermosura del infante habia sido lo único que hiciera latir su corazon helado, hasta que le vió, á pesar de que contaba veinte y dos años: su carácter ambicioso encontró ademas ventajoso un enlace con un príncipe real; mas cuando, por la oposicion del rey se convenció de que esta alianza era irrealizable y supo la causa de aquella, no quedó en su corazon mas que el amor sensual, que la belleza del infante le inspiraba, y se borraron de su mente las ideas de matrimonio, que poco ántes acariciara.

Por mas que yo crea en la virtud de la mujer; por mas que la haya defendido en mis escritos, y que esté dispuesta á defenderla siempre; por mas que yo profese á esa hija del cielo un amoroso culto, sé que en todas las épocas ha habido

mujeres culpables y capaces de cometer mayores infamias que los hombres mas depravados. La mujer que no alberga bastante sensibilidad de corazon para precaverse del demonio tentador del orgullo; la mujer que se deja dominar de la ambicion, la que no doma sus pasiones — tan fuertes cuanto débil es su organismo — con el freno sagrado de la religion, correrá de abismo en abismo y quizá dejará manchada de sangre y crímenes la senda tortuosa de su vida.

La jóven condesa de Rivadeo tenia al nacer un corazon en el pecho; pero perdió á su madre cuando apénas despuntaba la luz de su razon y careciendo tambien de padre desde ántes de nacer, quedó bajo la tutela de su hermano Eurico, jóven de veinte años y entregado á todos los vicios.

Sancha creció en medio de báquicos festines y de escenas de impúdicos amores: aunque Eurico la amaba mucho, no se cuidó de buscar una mujer que velase por ella, ni vió el inconveniente de que fuese servida por escuderos ni mas ni ménos que él: limitábase á mandar que atendiesen á la pequeña condesa con preferencia á él mismo, y de este modo fomentó la soberbia arrogancia, que Sancha heredó de su madre, y que una mano previsora y tierna hubiera podido ahogar en su gérmen.

Cuando la niña cumplió doce años, sabia de memoria el vocabulario amoroso, que los hombres de armas de su castillo empleaban con las zafias montañesas, y hubiera sido difícil hacer asomar el rubor á sus mejillas, ni aun con las palabras mas groseras. Eurico, por otra parte, orgulloso de su belleza y de su gracia juvenil, la hacia asistir á los licenciosos festines que, despues de una partida de montería, daba á sus amigos y mancebas, y ni las báquicas canciones, ni el chocar de los vasos, ni el estallido de los besos, ni todo el infernal estruendo de la orgía, hacian alterar la límpida blancura del rostro de la noble doncella.

Como debe suponerse, no faltarian amadores á la jóven Sancha, aun ántes de salir de la niñez; pero su natural fiereza salvó su virtud, y entre los insolentes y desenfrenados jó-

venes, que la rodeaban, no hubo uno solo que pudiera jactarse de haber tocado ni aun el estremo de sus dedos.

Como fiel historiadora, debo decir, sin embargo, que ni uno solo tampoco pensó en pedir su mano á pesar de su hermosura, su nobleza y su opulencia; el hombre ha sido el mismo en todos tiempos, y pocos habia entónces, como ahora, que fiasen su nombre y su honra á una mujer, cuyo recato y virtud andaban en lenguas, por mas que reuniese las mas halagüeñas y seductoras ventajas.

Poco, en verdad, importaba esto á la condesa: sabia que era bella hasta lo imposible, que tenia un gran título enteramente independiente del de su hermano, cuyo condado era ademas tributario del suyo, y se hubiera desdeñado hasta de aceptar por estribo, para montar en su blanca hacanea, la rodilla del mas noble y rico de sus numerosos amadores.

Cuando cumplió catorce años, determinó emanciparse de su hermano y habitar sola uno de los castillos de su propiedad, eligiendo para morada, entre los muchos que poseia, uno fronterizo, ganado á escala franca por su noble padre pocos años ántes.

Eurico quedó sobrecogido de espanto al saber esta decision: lo que su hermana iba á hacer equivalia á entregarse á los árabes, pues no distando dos millas el primer castillo de estos del que estaba dispuesta á ocupar la atrevida niña, debia suponerse que no titubearian en arrollar la fortaleza de la cristiana, llevándose á su bella señora al harem del califa.

Pero en vano Eurico espuso á Sancha todas estas razones: en vano le hizo presentes todos los riesgos á que se esponia.

— Si me cautivan, contestó; si me llevan á Córdoba al harem del califa, yo le obligaré á que se case conmigo y seré la sultana de occidente.

— ¡Hermana! esclamó Eurico, cuyo semblante se cubrió de un subido carmin: ¡hermana mia! ¿Puedes olvidarte de que has nacido cristiana?

Sancha se encogió de hombros con indiferencia: ni si-

quiera sabia lo que era ser cristiana: bien es verdad, que nadie se lo habia esplicado tampoco.

Entónces conoció el conde á dónde podia arrastar á su hermana el natural bravo é inculto, que él no habia cuidado de dirigir ni dominar: ciego de dolor corrió á Cangas, y echándose á los piés de Alfonso el Católico, le rogó que interpusiese su mediacion para impedir tamaña locura.

Aquel buen rey le consoló y le dijo que volviese á su castillo: algunas horas despues que él, llegó una litera, escoltada por guardias del rey, y seguida de otra en la que iban dos damas ancianas de la servidumbre de la reina. El capitan de los guardias sacó de su vesta un pergamino enrollado y sellado con el sello real y lo presentó á la condesa que lo leyó rápidamente.

Mandábasele en él partir á Cangas inmediatamente por estar nombrada dama de la princesa Adosinda, niña de muy corta edad.

— Dí al rey y á la reina que yo no quiero ser dama de su hija, ni servir á nadie, contestó volviendo la espalda al mensajero.

— Entónces, señora, no tomes á ofensa el que te conduzca en mis brazos á tu litera, contestó el anciano capitan, porque tengo órden de llevarte de grado ó por fuerza.

— ¡Eso no! esclamó Sancha echándose hácia atras: ¡primero morir, que consentir que tus feas y callosas manos toquen á la condesa de Rivadeo!

Y envolviéndose en su manto, salió serena é impasible sin abrazar á su hermano que, llevado de su ciego cariño, partió en seguimiento de su litera.

La dulce y amorosa Ormesinda recibió á Sancha como la mas cariñosa madre; pero apartó de ella todo lo posible á la princesa su hija: el nombramiento de dama, hecho en favor de la condesa, era solo honorario, pues apénas veia esta á Adosinda, que permanecia siempre junto á la reina.

En el castillo real fué en donde la jóven condesa adquirió las primeras nociones de religion y de virtud; pero su corazon, naturalmente duro y viciado ademas por perniciosos ejem-

plos, se mantuvo cerrado á las santas máximas, que Ormesinda se esforzaba por infiltrar en él: la viva inteligencia y el perspicaz talento de la jóven, debian, sin embargo, sacar algun fruto de aquellas lecciones, y el fruto fué proporcionado á la bondad de la tierra donde la mano piadosa de Ormesinda sembraba la semilla. Sancha adquirió una profunda y sorprendente hipocresía y aprendió á revestirse de las formas de la virtud, de una manera tan perfecta, que engañó, no solamente á la cándida y santa reina, sino tambien á su hermano, lo cual era algo mas difícil, por lo bien que la conocia.

A la muerte de Alfonso el Católico y de Ormesinda, acaecidas ambas con cortos meses de intervalo, volvió Sancha al lado de Eurico sin conecer apénas á los infantes huérfanos; porque Fruela guerreaba contra los infieles en las fronteras de Galicia, y Bimarano y Aurelio, ademas de ser niños, habitaban el estremo opuesto del real castillo.

El conde de Cangas asistió con su hermana á todas las fiestas de la coronacion de Fruela I; y cuando el nuevo rey fijó su corte en Pravia, la proximidad del castillo real con el que habitaban Eurico y Sancha, hizo mayor la intimidad de ambos jóvenes con el rey y sus hermanos.

Adosinda, en particular, se acogió á la amistad de Sancha con el mas tierno entusiasmo: la pobre niña se hallaba aislada desde que habia perdido á su madre, y su dulce corazon se volvió entero á la condesa, porque ella le recordaba los serenos y apacibles dias de su infancia.

Sancha, por su parte, le pagaba su cariño en cuanto permitia su corazon helado y egoista, y es seguro que jamas profesó á nadie tan apasionado afecto como á la infanta.

Llegó por fin un dia en que la llama del amor penetró en su alma, alumbrándola, no con la luz purísima que derrama en las almas privilegiadas, sino con un resplandor desconocido: la hermosura de Bimarano la deslumbró, y sus dulces y apasionadas palabras hicieron latir su corazan con una fuerza insólita; pero ya hemos dicho que no bien conoció los designios del rey renunció á unirse con su hermano, anidando

solo en su pecho el amor sensual, único durable en su pervertida naturaleza.

Poco, pues, tuvo que hacer el infante para triunfar de la virtud de Sancha: cuando dió está á luz á su hijo, ni uno solo de los músculos de su rostro se animó con una espresion de dicha: supo que su hermano se habia apoderado de él sin derramar una lágrima, y cuando Eurico entregó el niño á Antar para ponerle bajo la salvaguardia de la reina Munia, ni siquiera pidió que le dejasen imprimir un beso en su frente, ni se informó de cuándo le volveria á ver.

A pesar del amor que Eurico profesaba á su hermana, su indignacion fué viva y profunda al advertir en ella tanta dureza: resolvió guardar aquel niño, que era una prenda de alianza con la familia real, y para ello no halló medio mas seguro que encomendarlo al cuidado de la reina, aparentando ademas, sin embargo, favorecer la pasion que el rey Don Fruela alimentaba por Sancha.

Cuando Bimarano, en la fuerza de su desesperacion, arrebató á la condesa del castillo, los dos hermanos obraron segun sus designios: Eurico creia así libre á Sancha de la culpable pasion del rey, y persuadiéndose de que estaba sinceramente enamorado del infante, pensó que el mejor medio de apresurar la union de los dos jóvenes era no oponerse á su fuga. Pero el decoro de su nombre le obligó á salir á la poterna de su castillo á la cabeza de sus hombres de armas, no sin dejar ántes lugar á los fugitivos para que se alejasen.

Po lo que hace á Sancha, fingió acceder á las apasionadas súplicas de su amante y se dejó llevar sin resistencia; mas su propósito era negarse despues obstinadamente á su enlace con Bimarano y escribir al rey poniéndose bajo su amparo. Para ella no era nada que el infeliz y leal príncipe pagase su amor con la prision y la muerte: su genio infernal habia columbrado una corona y un atahud, en el cual dormia el sueño eterno la noble esposa de Don Fruela I: mas de una vez, cuando iba en los brazos del infante, durante su desesperada fuga, habia llevado sus manos á la frente como para

cerciorarse de que podria sostener la diadema real de Asturias y Galicia.

Pero al verse cercada de mortíferas javalinas, cuando por una caida de su amante logró Eurico, aunque bien á su pesar, llegar hasta ellos, quedó desmayada, porque aquel demonio no carecia, para ser mas tentador, de la debilidad que hace tan atractiva á la mujer.

VII.

ANGEL DE LUZ Y ANGEL DE TINIEBLAS.

Sentada Adosinda enfrente de la condesa de Rivadeo, tenia cogida una de sus manos y clavaba en su semblante sus grandes y hermosos ojos azules. Sancha, por el contrario, miraba con indiferencia la pendiente montaña sobre la cual se asentaba su castillo, y sus fogosos y apasionados ojos negros vagaban inciertos por los picos de las rocas, que algunos dias ántes y en medio de las tinieblas de una medrosa noche, habia saltado Bimarano llevándola en sus brazos.

Los sitiales de entrambas estaban colocados junto á la ojival ventana de la cámara de la condesa, y el sol moribundo de la tarde, resbalando por los espesos y lucientes rizos negros de Sancha, hacia brillar los fúlgidos destellos de algunas sartas de gruesos corales, que se enredaban en ellos.

Un brial rojo, de lana fina como la púrpura de Alepo, se plegaba en derredor de su talle robusto y voluptuoso descubriendo su redondo cuello y la mitad de sus torneados brazos, blancos y puros como apretada nieve.

Su boca pequeña y de labios finos y delicados era mas roja y fresca que el coral, que fulguraba en sus cabellos: su nariz recta y tambien pequeña se dilataba á cada aspiracion, como absorbiendo el aire que parecia preciso á su seno alto, palpitante y tentador.

La infanta, vestida con una larga túnica blanca y ceñidos

sus rubios cabellos, que se recogian en riquísimas y apretadas trenzas, con una banda azul, se asemejaba á una vision angélica.

Un suave sonrosado, comparable al matiz de una rosa blanca, cubria sus mejillas, cuya nitidez tenia algo de diáfana: su boca suspirante no ostentaba el lascivo carmin, que vestia los labios de Sancha, y su puro y rosado arrebol la hacia mas dulce é innocente.

La hermosura de la condesa, ataviada de púrprua, era un tanto siniestra é infernal: la belleza de Adosinda, velada por su blanco ropaje, era celeste y santa.

En el instante en que presento las dos jóvenes á mis lectores, fijaba la primera sus rasgados y hermosos azules en el semblante helado é impasible de Sancha, al mismo tiempo que estrechaba su mano entre las suyas con tierno cariño.

— Sancha, amiga mia, decia la infanta con su voz dulce y juvenil: prométeme que irás conmigo esta noche á la prision donde yace mi pobre hermano para que siquiera tu presencia pueda consolarle.

— Ya te he dicho, señora mia, que eso es imposible, contestó la condesa mirando serena y friamente á Adosinda.

— ¡Imposible! ¡oh, Sancha! esclamó la infanta dolorosamente: ¡no dirias eso si conocieras el afan con que me pedia mi infeliz hermano que te llevase á verle aunque fuese solo por un instante!

— Yo no puedo verle, señora: no debo esponerme á la cólera del rey, tu hermano.

— Su cólera caerá sobre mí; no temas, Sancha: si llega á su noticia esa entrevista, yo me arrojaré á los piés de Fruela y le diré que únicamente has cedido á mis instancias. ¿No estamos ademas bajo la proteccion de la reina?

— ¡De la reina! replicó la condesa, en cuya bella y enérgica fisonomía se pintó, á pesar de sus esfuerzos, un sentimiento de odio profundo.

— Sí, de mi buena hermana .... ¡si supieras, Sancha, cuánto te ama!

La condesa permaneció silenciosa y con la cabeza incli-

nada por algunos instantes: una persona, que hubiera conocido su carácter, se hubiera estremecido ante aquella inmovilidad, precursora siempre de algun proyecto cruel; pero la inocente Adosinda esperó pacientemente á que saliera de su meditacion, halagada con la esperanza de verla ceder á su ferviente ruego.

Sancha levantó por fin la cabeza: brillaban sus ojos con resplandor siniestro, y en su ancha frente se veia reflejado un gozo sombrío.

— ¡Iré! dijo con voz segura: indícame la hora en que debo estar en tu cámara, señora.

— ¡Oh, gracias, gracias por mi hermano y por mí, Sancha! esclamó la infanta estrechando amorosamente las manos de la condesa.

Y levantándose, añadió:

— Te espero en mi aposento esta noche á las once.

Adosinda abrazó á Sancha, y salió acompañada del fiel Antar, que la esperaba en la puerta.

Media hora despues, Fruela I, disfrazado con un sayo montañes, se encontraba en la estancia de la condesa, que, sentada en sus rodillas, le referia la visita y la pretension de Adosinda.

— ¡Yo castigaré á esa imprudente niña! esclamó el rey, rojo de furor y apretando los puños.

— ¡Aguarda, señor, aguarda! contestó Sancha con una sonrisa, helada como el filo de un puñal, pero que enloqueció aun mas al enamorado monarca: si yo he consentido en llegar hasta la prision del infante, ha sido porque por medio de la reina me ha amenazado con publicar mi deshonra.

— ¿Cuándo?

— Hace dos dias.

— ¡Oh! barbotó Don Fruela con ojos chispeantes y voz sorda: todos contra mí! Bimarano, á quien he encarcelado por traidor á mi trono, y porque me roba tu amor! ¡La reina, que me parecia inofensiva! ¡Adosinda, que era á mis ojos el ángel, cuyas blancas alas escudaban mi palacio! ¡Y Aurelio,

que, segun dicen mis condes, ha huido á alzar banderas para derribarme del solio de mi padre!...

La condesa sabia mejor que nadie que Aurelio habia ido á salvar á su hijo, pero se guardó bien de decir ni una palabra al rey.

— ¿Y tu hijo? prosiguió Don Fruela con furor creciente: ¿quién me ha robado ese niño, que era el objeto de todo mi odio, pero que al mismo tiempo me aseguraba la fidelidad de Bimarano? ¡Sancha! ¡Sancha! continuó oprimiendo el brazo de la condesa; tú debes saber lo que se ha hecho de tu hijo, y es preciso que me lo digas!

— Pregúntalo á su padre y á la reina, señor, contestó Sancha haciendo un gesto de indiferencia desdeñosa, no obstante que sentia prensado su brazo entre los dedos del rey: en cuantó á mí, prosiguió, nada sé de esa criatura, á la cual no consagro ni un pensamiento siquiera desde que me cercioré de que jamas habia amado á su padre.

— ¡Oh!... ¡Será posible, Sancha! esclamó el rey soltando el hermoso brazo, que estaba martirizando, y ciñendo con los suyos á la condesa: díme que no has amado á mi hermano!... ¡que te engañó tu corazon!...

— ¡Yo no he amado mas que á un hombre! murmuró la condesa en voz tan baja, que semejaba un suspiro de amor, y reclinando su rizada cabeza en el hombro de Don Fruela, de modo que los riquísimos bucles de sus negros cabellos acariciasen la mejilla del monarca.

— ¡Oh! se apresuró á decir este, y... ¿ese hombre?... ese hombre... ¿quién es?

— ¡El rey de Asturias y de Galicia! volvió á murmurar la condesa, á la vez que se rizaban sus hechiceros labios con una sonrisa burlona, escitada por el sarcasmo que estas palabras encerraban.

Ellas constituian, sin embargo, la única verdad, que, en toda la vida de Sancha, habia brotado de su boca: porque, en efecto, amaba, no á Fruela, sino al *rey de Asturias y de Galicia.*

El rey advirtió aquella sonrisa de inmensa ternura sin com-

prender su amarga burla, y besó mil veces los rizos de seda de la infernal sirena.

— Yo amo, continuó Sancha, recogiendo la anchurosa manga de su túnica y mostrando al rey su brazo redondo, torneado y blanco como el marfil, pero en el cual habian formado cinco surcos sangrientos los dedos de Don Fruela; yo amo de tal modo al hombre que ha puesto su mano en mi brazo, que hasta sus heridas me han arrobadó como las caricias del amor primero.

Don Fruela besó con delirio aquel brazo magullado: cuando alzó la cabeza, corrian por sus mejillas dos gruesas lágrimas, que fueron á perderse en la espesura de su barba. Aquel hombre frio y duro para el ángel, que Dios le habia dado por compañera, para la madre de sus hijos, amaba con locura á aquel demonio, y la pasion que le inspirara debia ser la única fuerte y poderosa de su vida. Los misterios del corazon humano han sido los mismos en todos los tiempos.

— ¿Por qué, ya que tan intenso es tu cariño, no cedes á mi amante ruego? esclamó Fruela mirando á Sancha con tristeza.

— Porque no quiero manchar por segunda vez la casa de mi hermano, contestó esta con entereza y desprendiéndose de los brazos del rey.

— ¡Déjame sacarte de ella! gritó anhelante el enamorado monarca.

— Jamas la dejaré yo voluntariamente, repuso Sancha clavando en el rey una mirada profunda.

— ¿No la dejaste por mi hermano?

— Por eso no volveré á hacerlo.

Don Fruela guardó silencio por un breve rato y pareció reflexionar. La condesa le devoraba con una mirada ávida y torba, como si quisiera leer en el fondo de su alma.

— ¡Sancha! dijo de repente el rey, levantándose y acercándose á ella. ¿Estás decidida á ir esta noche á la prision de mi hermano?

— ¡Sí! contestó la condesa con voz sombría, al mismo tiempo que radiaba en sus ojos una espresion de gozo. ¡Sí

iré! ¡No quiero que publique mi deshonra al cobrar su libertad!

— ¡Quizas no la cobre nunca! murmuró Don Fruela en voz muy baja, pero que, sin embargo, llegó claramente al oido avizor de la condesa: y luego, sacando de una vesta una llave:

— Toma, dijo presentándola á Sancha: esta es la llave del calabozo de Bimarano: en vano la buscaria Adosinda, porque la guardo yo: vé á verle y consigue saber de él el paradero de tu hijo.

La condesa echó los brazos al cuello del monarca, y murmuró un *¡adios!* melancólico y tierno, que se confundió con el rumor de un beso.

El rey salió de la estancia ebrio y trastornado, pero llevando impresa en sus facciones una alegría siniestra.

Sancha le siguió con los ojos y luego lanzó un suspiro de felicidad.

— ¡Yo no le amo! murmuró al verse sola: ¡oh, no! ¡le aborrezco por su brutal fiereza! ¡pero ostenta una corona y su brillo deslumbra mi vista y conmueve mi helado corazon!

Al decir estas palabras, se aproximó á una mesa y roció con bálsamo las heridas de su brazo . . . .

. . . .

Miéntras tenia lugar la escena precedente, Adosinda habia contado á la reina su entrevista con la condesa. Cuando Munia oyó que consentia en ver á Bimarano, brilló en sus ojos una lágrima de ventura.

— ¡Bendita seas, hermana mia! esclamó abrazando amorosamente á la princesa: ¡bendita seas tú que haces tanto bien! ¡Yo os acompañaré á Sancha y á tí á la prision del infante, y mi presencia os servirá de escudo si os amenaza el enojo del rey!

VIII.

LA SANGRE EN LA FRENTE.

Las once y media de aquella misma noche señalaba la luna clara y serena, brillando en el ancho firmamento, cuando la reina Munia entraba en una espaciosa cámara del castillo real, precedida del anciano y fiel Antar, que la alumbraba con una tea: un instante despues entraban tambien en ella Adosinda y Sancha, envueltas en largos mantos negros.

Antar sacó un gran manojo de llaves, que llevaba pendiente de la cintura, y abrió una puerta apareciendo una escalera tortuosa, estrecha, abierta en la roca viva, é iluminada con una tea colocada en una estaca fija en la pared; el anciano, obedeciendo á una señal de la reina, bajó el primero.

— ¿No era mejor cerrar esta puerta, señora? dijo Adosinda á la reina.

— ¿Para qué? contestó Munia; nadie puede venir por aquí.

Ambas bajaron la escalera precedidas de Antar, y Sancha las siguió sombría y silenciosa.

Al final de los mohosos peldaños, se veian dos anchas puertas de hierro, y la comitiva se detuvo junto á una de ellas.

— ¿No me has dicho que tenias la llave del calabozo, Adosinda? dijo la reina dirigiéndose á la jóven....

— Aquí está, señora, contestó esta sacando una que presentó á la reina, y echando á la condesa una mirada de inteligencia.

Sancha, por no comprometerse á los ojos de la reina, habia entregado la llave, que habia recibido del rey, á la infanta, sin que esta en su inocencia se hubiese detenido á pensar de qué manera se la podia haber procurado.

La reina dió la enorme y enmohecida llave á Antar, y no bien este abrió la puerta, se encontraron todos cara á cara con el preso.

El infeliz príncipe habia conocido por el eco de las voces á las personas que se acercaban: juzgando por su propio corazon tan amante, tan leal, no dudó un momento que Sancha, accediendo á las súplicas de Adosinda, iria á verle, y no bien se apercibió de la voz de su hermana, se lanzó á la puerta para acelerar de este modo el ansiado instante de volver á estrechar contra su pecho á la madre de su hijo.

— ¡Sancha mia! esclamó, al verla, con voz temblorosa por la emocion y tendiéndole sus brazos; pero esta permaneció inmóvil y helada en tanto que la reina y la infanta sentian prensados sus corazones al solo aspecto de aquella horrible y reducida mazmorra.

Estaba abierta en la cavidad de una de las rocas sobre que se asentaba el castillo real, y no tenia mas que un pequeño agujero, que trasmitia aire y luz; pero era tan estrecho que, á traves de él, con dificultad habia podido un solo lucero recrear y animar los ojos del prisionero.

Aquel lucero, sin embargo, habia sido el único consuelo del infante; aquel lucero debia estar bendito por Dios, porque resplandecia mas que ningun otro de los infinitos que bordaban el ancho firmamento.

No habia en el calabozo otro mueble que un gran banco de madera, que así debia servir al preso de asiento como de lecho: veíase ademas en un rincon un jarro de hierro lleno de agua y un enorme pan negro, que aun no habia sido empezado.

Gruesas lágrimas se deslizaban de los ojos de las dos princesas, no obstante que no era ya la primera vez que bajaban á aquel sepulcro: la fisonomía ruda y leal de Antar estaba tambien profundamente alterada: solo la condesa permanecia helada é impasible.

— He accedido á tus deseos, señor, dijo esta en voz alta y aproximándose al infante, he accedido á tus deseos viniendo

aquí, con la esperanza de saber de tu boca el paradero de mi hijo.

Al escuchar aquel acento, frio y duro como el hierro, una generosa indignacion cubrió de carmin las bellas facciones de la reina, en tanto que el blanco rostro de Adosinda se vestia de una mortal palidez.

Tambien palideció el infante, pero dominando en lo posible su emocion, contestó con voz temblorosa:

— Yo ignoro, como tú, la suerte de mi hijo, Sancha.

El infante acababa de conocer lo que valia la mujer, á quien tanto habia amado, y se abstuvo de decirle que el niño estaba bajo la proteccion de la reina.

— Yo quiero saber dónde se halla mi hijo, dijo friamente la condesa, despues de asegurarse con una rápida mirada de que el rey D. Fruela estaba en la escalera.

— Tu hijo está en salvo, Sancha.

— ¿Dónde?

— No lo sé; repuso Bimarano, cuya espresiva fisonomía se habia descompuesto de una manera horrible. Pero ¿cómo es posible, Sancha, que tan poco interes te inspire la desdichada suerte del padre de ese hijo? ¿Acaso, prosiguió temblando convulsivamente, acaso ya no me amas?

— Nunca te amé, señor; dijo la condesa mirando siempre hácia la escalera y sin reparar en la alteracion de las facciones de Bimarano, que quedó como herido de un rayo.

Sus grandes ojos negros, engrandecidos aun mas por la estremada flacura de su rostro, despidieron centellas, y la sangre ardorosa de su padre Alfonso el Católico se inflamó de súbito en sus venas.

— ¡Traidora! esclamó precipitandose sobre la condesa: ¡traidora! ya que por tí me veo hundido en este sepulcro, ¡ven á partirle conmigo!

Y el infante, estraviado por la fiebre, que habian producido en él el hambre, el horror del calabozo y el golpe que acababa de destrozar su corazon, arrastró á la condesa al fondo de su prision.

Sancha lanzó un grito penetrante, retorciéndose coma una

leona furiosa entre los brazos del infante; pero ántes que espirase su voz, el rey Don Fruela se precipitó en el calabozo con el puñal desenvainado.

El rey arrancó á Sancha de los brazos del príncipe: luego cogió á este por el cuello y con horrorosa rapidez le descargó tres golpes en el pecho. (1)

Cayó Bimarano sin lanzar un gemido, pero sus ojos, empañados ya con el velo de la muerte, si fijaron en el rey.

— ¡Rey... Don Fruela!... dijo con voz agonizante ya, pero honda y lúgubre, como si saliese de un sepulcro! ¡rey.... Don Fruela!... ¡Mi sangre... será borrada con... la tuya.... mas hasta el dia de la venganza... estará impresa en... tu frente!...

El rey llevó maquinalmente á sus ojos la diestra, que aun empuñaba el hierro fraticida, y una mancha roja se imprimió en su frente al tocarla su mano salpicada con la sangre del infante.

— ¡Dios te perdone... Sancha!... ¡Adios.... hijo mio!... hermanas... ¡adios! murmuró Bimarano, cerrando los ojos para siempre.

Fruela tomó á Sancha en sus brazos y corrió como un loco á encerrarse con ella en su cámara.

Adosinda cayó desmayada junto á la reina, que blanca como su manto, pero serena al parecer, la sostuvo sacándola despues del calabozo con la ayuda de Antar.

Al salir de allí, un sollozo seco y profundo desgarró el pecho de Munia: sintió que las fuerzas la abandonaban y tuvo que dejar el cuerpo de Adosinda en los brazos de Antar.

El anciano condujo á la jóven hasta la cámara de la reina, que les siguió como si fuera la estatua muda del dolor.

Mas, al llegar á ella, su desesperacion rompió en un llanto histérico y desgarrador.

---

(1) La muerte á puñaladas, que Fruela I dió por su propia mano al infante, su hermano, es un hecho histórico é incontestable.

— ¡Hijos! murmuró entre sollozos: ¡hijos mios! ¡Vais á quedar sin madre, y teneis por padre á un verdugo maldito de Dios!...

IX.

LA VICTIMA.

Pasó la noche funesta en que Fruela I manchó su corona con un detestable fratricidio, y pasó tambien el siguiente dia, triste y lluvioso, como si Dios, en su cólera, hubiera querido negar la luz del sol al castillo real de Pravia.

Ya estendia sus sombras el crepúsculo sobre los montes de Asturias, cuando la reina salió del estupor en que parecia sumergida desde la noche anterior.

Adosinda, que al recobrar el uso de sus sentidos, habia encontrado á la reina yerta é inmóvil, se apresuró á socorrerla á su vez; mas su cuidado fué inútil y la infeliz Munia permaneció todo el dia muda y exánime como la imágen del dolor.

Cerca de las dos primeras veíanse dos niños, que se entretenian en jugar sobre el grueso tapiz que cubria el pavimento.

Eran Alfonso el Casto y su hermana Jimena.

El infante contaba ya diez años y era alto y hermoso. La princesa no habia cumplido uno, y su angélica hermosura era un trasunto fiel de la de su tia.

La reina se levantó y se dirigió con lento paso á una cámara inmediata, saliendo de ella pocos instantes despues con un frasco de plata en la mano.

Acercóse á una mesa, y tomando una copa del mismo metal, vertió en ella parte del rojizo licor que contenia el frasco.

Mas, al llevarle á sus labios, se detuvo, y corrió hácia sus hijos, á los cuales abrazó entre sollozos.

— Llévatelos, Antar, dijo al montañes, que inmóvil á alguna distancia la contemplaba con desconsuelo.

El anciano tomó en sus brazos á la pequeña Jimena, dió la mano á Alfonso, y salió con ellos lentamente.

— ¡Señora! ¡hermana mia! esclamó Adosinda acercándose á la reina y juntando sus manos con suplicante ademan: ¡no persitas, por Dios, en tan desesperado propósito!

— ¡Es preciso! contestó la reina con acento triste, pero tan firme, que fácilmente se conocia por él que su resolucion era hija de maduras reflexiones: ¡es preciso, Adosinda! ¡Quiero desaparecer del mundo, porque no puedo ya ver con serena frente á ese hombre á quien amé tanto y que ahora se ha convertido á mis ojos en un monstruo manchado con la sangre de su hermano y del tuyo!

— ¡Pero ese hombre, señora, ese hombre es el padre de tus hijos! esclamó Adosinda con acento ahogado por los sollozos. ¡No te mueve á perdonarle este pensamiento!

— ¡Mis hijos no tienen padre, Adosinda, ni tendrán desde hoy otra madre que tú!

— ¡Y yo, murmuró Adosinda, yo tambien les abandonaré bien pronto! ¿Cómo vivir en este abismo de crímenes, huérfana, sola y sin otro amparo que ese hombre á quien tú, señora, ni aun por la fuerza de tu amor puedes perdonar?

— ¡Oh, no, no! esclamó Munia retorciendo sus manos con dolor. ¡Vive para mis hijos, hermana mia! ¿Quién les queda si tú les faltas? Tú puedes vivir, porque tu sangre no se ha mezclado con la del asesino; tú, ángel inocente, conservas inmaculada tu blanca corona de pureza! ¡Tú, léjos de maldecir á tu hermano, puedes alcanzar del cielo su perdon!... ¡pero yo estoy maldita, como él, y toda mi raza!

La reina ocultó el semblante entre sus manos, y durante algunos momentos permaneció llorando.

El ruido que produjo Antar al aparecer en la estancia, le hizo levantar la cabeza; acercóse en seguida á la mesa en que estaba la copa de plata, que contenia parte del líquido rojo del frasco, y con mano segura la llevó á sus labios.

— ¡Con que no hay remedio! esclamó Adosinda juntando

las manos con profundo dolor: ¡oh, señora! ¡Con que te voy á perder para siempre!

— ¡Sí! dijo Antar que contemplaba impávido á Munia: la pierdes ahora, señora, pero volverás á encontrarla en el cielo!...

La reina apuró el contenido de la copa; un instante despues, palideció y se dejó caer desplomada en un sitial. Adosinda, presa de la afliccion mas amarga, cayó llorando á sus plantas. . . . .

. . . .

Pasadas cuatro horas, un jinete, cubierto de polvo y de sudor, se apeaba en lo mas hondo de la quebradura de la sierra, al fin de la cual se elevaba el castillo real, como una gaviota sobre las rocas: ató su poderoso corcel de batalla á un árbol con las cadenas que le servian de bridas, y se dirigió con apresurado paso á la vivienda de los reyes.

No obstante, pasó sin detenerse por delante de la puerta principal, y sin hacer señal alguna para que se abriese.

Era un gallardo y apuesto mancebo, cuya fisonomía alumbraba la luna pura y hermosa de aquella noche de mayo.

Llegó, por fin, á una pequeña poterna, que abrió con una llave que sacó de su vesta, y entró cerrando tras sí, y desapareciendo como una sombra.

Ya no volvió á oirse en la sierra otro rumor que el del ruiseñor, que trinaba sus acentos de amores: el canto dulce de la desvelada y solitaria alondra y el arrullo de las tórtolas que anidaban en los huecos de las rocas.

El caballero subió la misma escalera por la cual habia huido Aurelio con el niño Bermudo, y se encontró en la estancia misma donde se lo entregó la desgraciada Munia. Cruzóla con paso firme y presuroso, pero recatado: atravesó otras tres, y llegó por fin á las habitaciones de la esposa de Don Fruela.

Pero sus piés quedaron enclavados en el umbral de la cámara y sus labios dejaron escapar un grito agudo y penetrante.

Aquel espacioso aposento estaba alumbrado por teas de

resina: en el centro y tendida en un lecho dormia el sueño eterno de la muerte la reina de Asturias y Galicia, vestida con su blanca túnica, triste y hermosa como la imágen del amor postrero.

Arrodillada á sus piés, lloraba Adosinda, asemejándose por su actitud al ángel de las tumbas solitarias.

Al otro lado del lecho funerario permanecia inmóvil el viejo Antar, empuñando una hacha de armas, y con el rostro sereno y bravío, pero profundamente pálido.

Aquella era toda la guardia de honor que custodiaba el cadáver de la esposa santa del rey Don Fruela I.

Al grito que lanzó, al entrar, el caballero, volvió el semblante la princesa.

— ¡Aurelio! esclamó tendiendo hácia él sus manos unidas.

— ¡Hermana! gritó el príncipe lanzándose hácia ella, ¿quién ha causado la muerte de la reina?

— Don Fruela I, murmuró Antar en voz baja, pero con acento sombrío y profundo.

— ¡No, no! ¡Dios ha sido! esclamó entre sollozos la princesa.

— ¡Al asesinar Don Fruela al infante Bimarano, ha asesinado de dolor á la reina! repitió el montañes con lúgubre voz.

— ¡Muerto!!... gritó desesperadamente Aurelio llevando sus dos manos al corazon: ¡muertos los dos!!...

Luego dió los tres pasos que le separaban de Antar, y esclamó:

— ¿Dónde está Fruela?

— ¡Ha huido á Cangas con la condesa de Rivadeo! contestó el montañes con su acento fatídico y ronco.

Aurelio besó los yertos piés de la reina, y salió presuroso de la estancia; pero, al verle, hubiérase dicho que estaba ebrio: tanto era lo que hacia vacilar su paso la negra desesperacion que se habia apoderado de su alma de fuego.

X.

LA ERMITA.

A algunas leguas de Oviedo, y en medio de uno de los hermosos y estensos bosques que se estienden á enormes distancias de aquella alegre y feliz ciudad, habia en el siglo VIII una ermita, no blanca y graciosa como las que se ven en nuestros dias, sino vieja, triste y casi derruida: estaba consagrada á la Madre de Dios, y á pesar de su austera sencillez, era un asilo para los pobres montañeses estraviados ó acosados por la tormentas, porque su puerta se cerraba durante muy pocas horas, y esto, cuando la noche estaba ya muy avanzada.

Nadie se acordaba de la época en que se habia construido la ermita: durante muchos años habia permanecido cerrada, pero dos meses ántes del dia en que la doy á conocer á mis lectores, llegó á ella un anciano, cubierto con el tosco sayo de los montañeses de Asturias, y la abrió, encendiendo una lámpara de hierro ante su pobre y único altar, erigido á la hermosa y pura imágen de la Vírgen María, á cuyos piés se veian dos jarros de madera con flores que perfumaban aquel sagrado recinto.

El anciano lavó la iglesia y la dejó brillante de limpieza: aquel dia la bendijo un sacerdote, y desde la misma noche la campana de la ermita llamó á la oracion, con su clara y argentina voz, á los pastores del bosque.

Los buenos y honrados asturianos acudieron á aquel consolador llamamiento, como si fuese una emanacion del cielo; y los pastores sintieron refrescadas sus frentes, que el ardor estival habia calcinado durante todo el dia: aquellos infelices olvidaron allí su hambre, su miseria y las vejaciones que les hacian sufrir los árabes que llegaban á sus costas en las galeras del poderoso califa de Córdoba; y desde entónces, todos

los dias, al toque de la campana, acudian presurosos á la ermita á rogar al cielo que consolase sus aflicciones.

Nunca, empero, veian al encargado de cuidar de la ermita; el anciano, propietario de ella, sin oposicion de nadie, salia de la iglesia para tocar la campana, y no volvia miéntras permaneciese orando una sola persona; pero aquellas sencillas gentes creyeron semejante retraimiento hijo de algun voto, y pronto se olvidaron de él como se olvida el orígen de un bien, si este es tan grande que sus efectos nada dejan que desear á nuestro egoismo. ¡Tal es la ingratitud humana!

El anciano les franqueaba su iglesia limpia, fresca y perfumada, y ellos no pensaban en la mano bienhechora que abria á sus pobres almas aquella mansion de eterno consuelo.

Era la caida de una tarde calurosa de junio: los postreros rayos del sol doraban ya apénas las cumbres de los altos montes de Asturias, y las colinas, cubiertas de verdor, mostraban en sus faldas bosquecillos floridos y olorosos, regados por arroyos de diáfana plata.

El guardian de la ermita se encontraba entónces en la iglesia renovando las flores del altar, y animando la luz de la lámpara.

Cuando terminó su tarea, se cruzó de brazos y permaneció inmóvil y meditabundo.

— ¡No! murmuró en voz baja y como hablando consigo mismo. ¡No! es una imprudencia llevarle su hijo.... un niño de diez años hablará.... ¡oh, no, no! ¡no quiero que la vea!

Calló el anciano y dobló sobre el pecho su cabeza meditando de nuevo.

— Por otra parte, continuó; ella me hizo darle palabra de que se lo llevaria.... ¡Vírgen de Covadonga! ¿y cómo negárselo, si se muere.... si su vida se estingue como esa lámpara cuando le falta mi cuidado?

— ¡Oh! esclamó el montañes alzando al cielo sus ojos, en los cuales se pintaba un fanático ardor. ¡Oh, Dios de justicia! prosiguió arrodillándose á los piés del altar: ¡déjala

vivir hasta que luzca el dia de la venganza! Conserva el aliento de esa infeliz mártir hasta que la semilla que yo deposite en el corazon de Aurelio dé por fruto la muerte del verdugo y de la infame manceba, orígen de las desgracias de su santa esposa!...

Durante algunos instantes se agitaron los labios de aquel hombre en una oracion ferviente: rogaba por la venganza del único ser que amaba, como hoy rogamos nosotros por la ventura de nuestros hijos y de nuestros padres.

— ¡Sí! dijo levantándose: sí, le llevaré su hijo, y esto quizá reanimará sus abatidas fuerzas!

Al acabar de pronunciar estas palabras, abrió la puerta de una pequeña estancia contigua al altar, y penetró en ella, dulcificada ya la espresion sombría de su semblante.

XI.

LA AGONIA.

Sentado en un arcon de roble, estaba un hermoso y robusto niño, que aparentaba doce años, aunque apénas contaba diez: sus formas gallardas eran enérgicas y desarrolladas: tenia la tez morena, los ojos negros, grandes y pensativos, la cabellera oscura, rizada y abundante, y la boca de espresion melancólica y severa.

Era el infante Don Alfonso, que despues reinó con el nombre de *Alfonso el Casto*, y de cuyo esterior nada mas digo, porque trato de presentar de lleno su figura en otra historia, escrita ya en mi mente con bastante claridad.

La soledad que le rodeaba no parecia inquietarle en lo mas mínimo: al ruido que hizo el anciano que ya concocemos, al abrir la puerta, alzó sus grandes ojos y le miró tranquilamente.

— ¿Cuándo veré á mi madre, Antar? preguntó sin levantarse.

Y aunque su voz era serena y reposada, vióse brillar una lágrima en sus largas pestañas.

— Cuando te plazca, señor, contestó el anciano inclinandose con el mismo respeto que si hablase á un monarca encanecido.

— Vamos ahora mismo, dijo Don Alfonso poniéndose de pié con ademan resuelto.

— Antes de conducirte á la presencia de la reina, debo hacerte una advertencia, señor, observó Antar volviendo á inclinarse.

— Habla.

— El mundo entero cree muerta, desde hace un mes, á la reina de Asturias y de Galicia, y un voto sagrado la obliga á permanecer oculta para siempre á los ojos de todos los vivientes, como si ya morase en el sepulcro: prométeme, señor, no confiar á nadie el secreto de su existencia.

El niño salió á la iglesia, cuya puerta principal aun estaba cerrada para los buenos montañeses: Antar siguió á Don Alfonso y se detuvo á su lado junto al altar.

Abrió el príncipe el libro de los Evangelios y puso sobre él su diestra blanca y hermosa, pero musculosa y fuerte como la mano de un guerrero.

— Juro, dijo con voz solemne, juro no revelar, ni aun al rey mi padre, ni á la princesa mi hermana, el secreto de la existencia de la reina, mi madre y señora, que hoy se confía á mi lealtad de caballero. Empeño mi palabra de guardar este arcano hasta el sepulcro; y si á ella falto, que Dios me castigue en su justicia segun de su agrado sea.

La voz del niño resonó clara y vibrante en las bóvedas del templo: cuando terminó la fórmula de su juramento, volvió á entrar majestuosa y acompasadamente en el aposento que pocos momentos ántes abandonara.

Antar abrió otra pequeña puertecilla situada en un ángulo de la estancia, y mostró al infante una escalera mezquina, húmeda y oscura, pero por la cual, sin embargo, se lanzó el niño sin vacilar: al final de ella, habia un estrecho corredor tortuoso y sombrío, y en él otra escalera, que subieron

igualmente, y que remataba en una puertecilla desvencijada y carcomida.

El anciano tocó suavemente á ella y á poco abrió una mujer, ó mas bien una sombra; al ver al infante, escapóse de su pecho un grito de júbilo, pero inmenso, indescriptible: parecia que el corazon de aquella mujer, comprimido largo tiempo hacia, se dilataba al fin con una alegría santa é infinita.

La mujer que abrió era la reina Munia, ó hablando con mas propiedad, el espectro de aquella noble y hermosa reina, que hemos conocido en otro tiempo llena de vida y juventud.

Parecia mas elevada su estatura á causa de la estrema demacracion de su cuerpo: una túnica blanca la cubria del cuello á los piés; sus largos cabellos negros la envolvian como en un manto de terciopelo; pero sus prolongados rizos estaban matizados de muchas hebras de plata: sus grandes y oscuros ojos se habian hundido y apagado; sus labios, tan hermosos y encarnados en mas remotos dias, veíanse entónces blancos como las hojas de un jazmin arrebatadas por el viento: el matiz moreno y satinado de su tez habia desaparecido para dar lugar á la palidez marmórea de un cadáver, y su paso era débil y su respiracion entrecortada y penosa, como la de un ser consumido por la fiebre.

El grito que al ver á su hijo le arrancara la alegría, de que se inundó su alma, aniquiló todas sus fuerzas: no obstante, permaneció inclinada rodeando con sus descarnados brazos el cuello del niño, besando sus cabellos y su frente, y murmurando con voz ahogada estas breves palabras que parecian el eco de su corazon:

— ¡Hijo mio!... ¡hijo mio!

El niño, de cuyos grandes y serenos ojos brotaron gruesas lágrimas, miraba á su madre con una ternura ávida é insaciable, y le devolvia sus caricias con amoroso delirio.

Dirigióse, por fin, la reina, sin soltar á su hijo, á una tarima de madera cubierta con un paño de sayal, que le servia de cama; un gran crucifijo clavado en la pared, y debajo de él un reclinatario y un libro de oraciones, componian todo

el mueblaje de aquella reducida é ignorada celda, situada en el hueco de la torre.

— ¿Dónde está tu hermana, hijo mio? fué la primera pregunta que hizo la reina, pero con voz tan débil que apénas podia distinguirse.

— En Pravia con la infanta, madre mia.

— ¡Oh! ¡conque Adosinda no os ha abandonado!

— No se aparta de Jimena y de mí un solo instante, pero siempre está llorando.

— ¡Dichosos los mortales que aun tienen lágrimas que verter! murmuró la reina; y luego, alzando la voz, añadió con acento tembloroso:

— ¿Y el rey, tu padre?

— Hace mucho tiempo que no lo he visto, madre mia: mas dícese que está en Cangas.

Un ahogado gemido desgarró el pecho de la pobre penitente.

— ¿Y el infante Aurelio?

— Tampoco veo á mi tio.

La reina dobló la cabeza y permaneció largo rato sumergida en una meditacion profunda.

— Oye el último consejo y el ruego postrero de tu infeliz madre, hijo mio, dijo al fin con una voz casi ininteligible; óyelo, y véte con Antar, porque necesito estar sola con Dios. He querido verte para pedirte que ames y ampares siempre á tu hermana Jimena, y para encomendarte que huyas, miéntras vivas, de todas las demas mujeres... ¡Oh, Alfonso mio! prosiguió Munia: una mujer ha perdido á la familia entera, que cobijaba el dosel de Asturias y de Galicia!... ¡Una mujer ha empapado en sangre tu corona!... ¡Una mujer te ha dejado sin padres!... ¡Prométeme, pues, que huirás siempre de ellas!...

— ¡Te lo prometo, madre y señora mia!

— Júrame que jamas abandonarás á tu hermana.

— En el nombre de Dios, lo juro.

— ¡Gracias, hijo mio!.... ahora recibe mi bendicion.

El niño se arrodilló á los piés de su madre, que le bendijo solemnemente; luego le abrió sus brazos y Alfonso se arrojó en ellos.

Pero de repente se aflojó el lazo que estos formaban; rompióse un instante despues, vaciló la reina y fué á caer por último en su duro y pobre lecho de madera.

— ¡Llévate al infante... Antar! dijo Munia cuya agonía empezaba: y luego añadió con acento imperioso y breve:

— ¡Alfonso!... ¡jura á los piés de tu madre... ser un buen.... rey de tus pueblos!...

— ¡Lo juro!

— ¡Gracias... hijo mio... y ... adios!

En seguida incorporóse la reína por un último y poderoso esfuerzo, y estrechó á su hijo contra su pecho: sin duda que el niño comprendió con el instinto del corazon todo el valor de aquel abrazo postrero, porque, para separarlo de su madre fué necesario que Antar le tomase en sus brazos y le sacase fuera de aquella celda sombría.

— ¿Qué tiene mi madre? preguntó el infante al anciano, no bien estuvieron en la estancia contigua á la iglesia.

— Tu madre, señor, se ha condenado á una vida de penitencia y á una muerte de martirio por una culpa ajena, contestó Antar con voz solemne: tu madre es la víctima expiatorìa de las culpas de otra mujer. ¡Señor, señor! ¡ruega á Dios por su alma!

Al decir estas palabras llegaban á la iglesia Don Alfonso y Antar: el niño, pálido de emocion, dobló la frente y oró largo rato con una angustia visible solo á los ojos de Dios.

Luego se levantó, y el anciano se dirigió á la puerta de la ermita, la abrió, y dos escuderos, en cuyas vestas se veian las armas reales, rodearon al infante, miéntras un tercero le aproximaba un poderoso caballo, que montó el niño con graciosa ligereza.

Entónces hizo este al montañes una leve y majestuosa señal de despedida, y sacanda al trote su corcel, partió seguido de algunos soldados, sombrío y silencioso.

Aquella noche terrible no se borró jamas de la memoria de Don Alfonso el Casto; fué tan fiel en cumplir el juramento que hizo á la reina, que jamas amó á mujer alguna, concentrando todo su cariño en el recuerdo de su moribunda madre.

El martirio de la reina de Asturias y de Galicia hizo un santo del hijo engendrado en su seno por un padre asesino.

. . . .

Cuando el infante desapareció á los ojos de Antar, volvió este á la celdilla; la reina agonizaba ya, y el montañes aproximó á sus labios el crucifijo que pendia de la pared.

Incorporóse un tanto Munia, y tomó las manos del anciano.

— ¡Dios te bendiga... Antar... por el bien que... me has hecho!... dijo con voz agonizante.

Luego imprimió sus labios en los piés del Crucificado, y cayó exánime sobre la tarima, exhalando su último suspiro.

El montañes cerró piadosamente sus ojos: la cubrió con su manto blanco, y se arrodilló para besar sus plantas.

En seguida salió de la celda y agitó la campana que convocaba á los pastores, que no tardaron en llegar.

— ¡Rogad, hermanos, por un alma que Dios acaba de llamar á sí! dijo de subito una voz en medio de ellos.

Un ardiente y fervoroso rezo se elevó de todos los ángulos de la iglesia, y sus ecos acompañaron á la morada celeste al alma santa de la reina mártir.

— Ahora, murmuró Antar, solo hay en el mundo dos esperanzas para mí.... ¡La venganza.... y la muerte despues!...

Y subiendo de nuevo á la celdilla, se arrodilló junto al cadáver de Munia, á cuyo lado pasó orando toda la noche.

XII.

EL VENGADOR.

A la hora misma en que la reina Munia exhalaba el último aliento, un hombre se apeaba de un brioso corcel á la puerta del castillo real de Cangas, y pedia que le permitiesen ver al rey Don Fruela, que hacia un mes habia fijado

su residencia en este punto, acosado, segun se afirmaba, de los remordimientos que le devoraban en Pravia, su corte, desde la muerte del rey su padre.

En efecto, no obstante el carácter fiero de Don Fruela, era creible este aserto, porque el castillo real de Pravia habia sido testigo de dos muertes: la del infante Bimarano, asesinado á puñaladas por el mismo monarca, y la de la reina Munia, muerta de dolor por tan horroroso crímen.

Nadie, empero, sabia la dura penitencia con que por espacio de un mes aniquiló su vida aquella generosa reina, porque de su existencia, durante aquel corto plazo, solo el fiel Antar tenia noticia: su hijo la habia visto en la agonía, pero el niño no habia tenido tiempo de revelar este secreto, que, por otra parte, jamas salió de su corazon.

Los remordimientos, que se atribuian á Fruela, no debian ser, sin embargo, muy intensos, puesto que habia llevado al castillo de su noble padre y de su santa madre á la mujer causa de todos sus crímenes.

Sancha de Rivadeo vivia con él, gozosa de que el destino, al arrebatar la vida á la reina, le hubiera ahorrado el crímen de quitársela por su propia mano, como lo hubiera hecho sin vacilar.

La bella condesa de Rivadeo era completamente feliz: amaba á Fruela, como las mujeres de su temple aman al hombre que las vence en crueldad y fiereza: para esta clase de mujeres no hay mas que una alternativa, dominar ó ser dominadas: avasallar al hombre á quien se entregan ó ser el can humilde que lame la mano que le castiga: insaciables en su amor, en su ambicion, en todas sus pasiones, son reinas ó esclavas, y jamas han tenido atractivo para ellas la dulce intimidad, la recíproca tolerancia de los corazones tiernos, del mismo modo que no tiene entrada en su corazon ninguna pasion noble y generosa.

A Sancha, pues, le habia tocado la suerte de ser esclava: amaba al rey con todo el poder de su corazon de fuego y de su voluptuosa organizacion: le adoraba por su hermosura, por su valentía, por su fiereza: y aquella leona, indomable

hasta entónces, se convirtió de súbito en un humilde corderillo desde que encontró á un tigre que le superaba en fuerza y en crueldad.

Cuando el caballero de que hemos hablado se apeó en la puerta del castillo real, una nube de escuderos y hombres de armas acudió á tomar las bridas del caballo, miéntras uno de ellos corrió á avisar al rey de su llegada, trayendo despues órden de conducirlo en seguida á su presencia.

El caballero se dirigió inmediatamente á la cámara real, á cuya puerta esperaba ya Don Fruela.

— Bien venido, Aurelio, dijo dándole su mano para que la besara.

Mas el infante, léjos de tomar aquella mano, retrocedió dos pasos, y en sus negros ojos brilló un sombrío resplandor.

— Vengo, dijo dominándose, vengo, señor, á que me des hospitalidad por esta noche en tu castillo.

— Preparad una habitacion para el infante, dijo el rey en alta voz dirigiéndose á sus condes.

Y luego, volviéndose á él, añadió:

— ¿Dónde has estado que nada he sabido de tí? ¿cómo vienes tan flaco y pálido?

En efecto, Aurelio parecia su sombra: el dolor que devoraba su corazon, desde la muerte de la única mujer á quien habia amado y de su hermano querido, habia tornado huraños y feroces sus ojos y amarga su sonrisa: una lívida palidez cubria sus facciones, y sus cabellos, tan hermosos en otro tiempo, estaban enmarañados y cubiertos de polvo.

— He estado recorriendo toda la Galicia para descansar de las fatigas de la guerra, señor, contestó con sordo acento, y ahora vengo de Pravia, porque queria ver á mi hermana.

— ¡Ah! ¡vienes de Pravia! esclamó el rey cuyo corazon de padre saltó al recuerdo de sus hijos: ¿has visto á los infantes y á Adosinda?

— Acabo de verlos.

— ¿Y mis hijos?... ¿se acuerdan de mí?

— Don Alfonso está peligrosamente enfermo: en cuanto á Doña Jimena....

— ¡Mi hijo enfermo! esclamó Don Fruela cortando la palabra á Aurelio, porque no teniendo en su corazon otro sentimiento puro que el amor á sus hijos, se acogia á él con afan. ¡Enfermo!... ¿Desde cuándo?...

— Desde hace muchos dias.

— ¡Un caballo! ¡pronto! gritó Don Fruela que, al oir aquella nueva, se olvidó hasta de la condesa.

Un escudero le presentó un soberbio alazan, y el rey, montando presuroso, partió sin pensar siquiera en mandar á sus soldados que le siguiesen.

— ¡Aurelio! gritó el rey, que desde que habia manchado sus manos en sangre, no habia vuelto á pronunciar la palabra *hermano*. ¡Aurelio! dí á la condesa la causa de mi partida.

Y desapareció como un relámpago.

Entónces los escuderos iban á aprestarse para seguir á Don Fruela, mas una voz del infante los detuvo, enclavándolos en sus sitios.

— ¡Dejad solo al rey! gritó con imperioso acento: siguiéndole os esponeis á su enojo.

Los soldados permanecieron inmóviles, y el infante se dirigió con precipitado paso á la cámara de la condesa.

La noche habia cerrado clara, serena y estrellada: las ojivales ventanas, abiertas de par en par, daban libre entrada á los rayos de la luna, que amortiguaban la rojiza luz de las teas con que estaba alumbrado el aposento de Sancha.

La hermana del conde de Cangas, vestida de una amplia túnica de lino blanco y fino como la seda, estaba dormida: su cabellera, recogida en gruesas y apretadas trenzas, caia fuera del lecho, descansando sobre el pavimento; y su brazo derecho, desnudo y torneado, colgaba tambien abandonado, sin que la postura alterase su marmórea blancura.

La pasion habia hecho palidecer mas todavía la blanca tez de la condesa: al verla se dudaba si corria sangre por sus anchas y azuladas venas, visibles, sobre todo, en su redonda y voluptuosa garganta: sus grandes ojos, guarnecidos

de negra seda, estaban rodeados de un círculo oscuro, que los hacia mas hermosos.

Servíale de almohada su brazo izquierdo, y sus desnudos piés, blancos como el mármol de Paros, se cruzaban como los de una estatua dormida en una tumba.

Al ruido de los pasos del infante, entreabrió los ojos y los volvió á cerrar dulcemente sin haberle visto siquiera, y creyendo que era el rey la persona que acababa de entrar.

Mas Aurelio la movió rudamente obligándola á que despertase.

— ¡Qué es esto! esclamó sentándose en el lecho y mirándole con furiosos ojos: ¿quién eres? ¿qué intentas?

— ¿No me conoces? dijo el infante aproximándose mas á ella.

— ¡El infante! murmuró la condesa temblando instintivamente.

— !Sí, el infante vengador del que murió por tí, ramera infame! guturó Aurelio, ronco de furor: el hombre á quien has arrebatado un hermano querido y la mujer en quien adoraba!...

— ¡Yo no maté á la reina! murmuró la condesa yerta de terror y adivinando quién era la mujer de cuya muerte la acusaba Aurelio.

— ¡Tú la has muerto, haciendo asesino á su esposo! Pero, continuó el infante arrastrando fuera del lecho á la condesa; pero ha sonado la hora de mi venganza, y si tú, por ser una débil mujer, te libras de ella, has de presenciarla al ménos!...

— ¡Socorro! quiso gritar la condesa; mas su voz fué ahogada por la diestra vengadora del infante.

— ¡Calla, ó mueres! dijo blandiendo un puñal sobre su cabeza.

Y buscando una puertecilla oculta en los tapices, que encontró enseguida, salió por ella, llevándose á la aterrada jóven.

Al final de una larga escalera, se hallaron en la campiña: entónces apresuró el paso Aurelio, arrastrando con mano

fuerte á la condesa, cuyos piés destrozaban las piedras del camino.

Cualquiera que, en el silencio de aquella hermosa noche, hubiera visto á la luz de la luna correr á Aurelio, cubierto de relumbrante acero, y llevando por la mano á la blanca y pálida figura de la condesa, hubiera creido ver á Satanas que se llevaba á sus dominios á una alma condenada.

XIII.

QUIEN A HIERRO MATA A HIERRO MUERE.

Durante una hora corrieron sin descanso la condesa y el infante: la desgraciada habia perdido la voz y las fuerzas: ni un acento se escapaba de sus labios, ni una lágrima de sus ojos: cada instante mas pálida, seguia corriendo, sin embargo, obedeciendo maquinalmente á aquella mano de hierro que la conducia, fuerte como la fatalidad, é implacable como el destino.

De súbito llegó á sus oidos, como los ecos de un sueño, el rumor de muchas voces, y luego todos aquellos acentos fueron dominados por uno solo, que la arrancó de su estupor: aquella voz poderosa resonó en su corazon, porque era la del rey.

— ¡Villanos! decia: ¿con que os empeñais en detenerme? ¡Viven los cielos que habeis de pagar cara tan infame traicion!

— ¡No tendrás tiempo para castigarla, execrable verdugo! gritó el infante precipitándose con la condesa en un espeso bosque rodeado de soldados, y en el cual se encontraba Don Fruela, desmontado ya y guardado por seis feroces montañeses que le amenazaban con los arcos preparados.

— ¡Sancha! esclamó el rey precipitándose hácia la condesa y olvidando á su vista todo lo demas.

— ¡Sí! Sancha, que viene á presenciar tu muerte, porque su mayor castigo será verte espirar á sus piés!

Al decir estas palabras, desenvainó el infante su puñal, y se arrojó sobre el rey. Sancha dió un grito penetrante y quiso cubrir á Don Fruela con su cuerpo, mas este, empuñando su espada, la rechazó con fuerza.

— ¡Fuera ese acero! gritó el infante desarmando á su hermano con un vigoroso quite: el que asesina con puñal, á puñal debe morir!

Y ántes de que Fruela pudiera desenvainar el suyo, le hundió el cuchillo en el pecho. (1)

El rey cayó al suelo lanzando un doloroso gemido; y Aurelio, ménos cruel que lo habia sido Fruela con el infeliz Bimarano, arrojó á lo léjos su puñal ensangrentado, no teniendo fortaleza bastante para herirle de nuevo.

Pero la herida era mortal: el acero fraticida habia penetrado hasta el corazon del rey.

El infante, pálido y aterrado, fijó sus ojos estraviados en el cuerpo de su hermano, que yacia tendido á sus piés casi sin vida: vió á Sancha precipitarse sobre el rey, y oyó, aunque confusamente, los hondos y secos sollozos, que desgarraban el pecho de aquella desgraciada.

— ¡La sombra de Bimarano.... me llama!.... ¡Adios, Sancha mia!... murmuró el rey pasando su brazo en derredor del talle de la condesa. ¡Aurelio!... ¡te perdono!... Munia!... ¡Bimarano!... ¡perdonadme.... vosostros.... á mi!... ¡Piedad.... para mis... hijos!!

Y el rey de Asturias y de Galicia rindió el último aliento.

La condesa de Rivadeo sintió que el corazon que tenia bajo su mano dejaba de latir: acercó su boca á la boca entreabierta del rey, y no percibió ni el hálito mas leve: entónces se puso en pié, rígida, desperada, fatídica, delirante; lanzó un grito salvaje, y huyó perdiéndose entre la espesura del bosque.

Entretanto los soldados acampados allí, formaron un ancho círculo, dejando en medio á los condes y nobles del reino,

(1) Este hecho es histórico y tan verídico como el asesinato del infante Bimarano por su hermano el rey Fruela I.

convocados de antemano en aquel punto: el infante habia empleado el tiempo que medió desde la muerte de Bimarano y de Munia en ganar para sí á los soldados y la nobleza, sublevándolos contra su hermano el tirano y asesino Fruela.

Poco trabajo le costara realizar su intento, porque nobles y pecheros lloraban sus honras holladas por el rey, oprobio de la dinastía de Pelayo, y para el cual no hubo jamas segura hacienda ni mujer, como aquella fuese rica y esta hermosa.

En tanto que la condesa corria desatinada por el bosque, sin que nadie se cuidase de contener su desesperacion, dos nobles desnudaron á Fruela de su manto real y desciñeron la corona de su yerta frente, poniéndola en las sienes de Aurelio que, sombrío é inmóvil, se dejó envolver tambien en el manto: luego le colocaron sobre un arnes y alzándolo en hombros cuatro condes y tremolando los demas sus pendones, tomaron el camino de Cangas seguidos de todos los soldados.

Los mensajeros, que precedian á la comitiva, habian andado de prisa, porque la ciudad estaba iluminada y las calles llenas de gente: el cortejo, á cuya cabeza iba Aurelio en hombros de sus condes, la atravesó con los pendones desplegados entre los gritos de la multitud, que aclamaba frenética al nuevo rey.

Al llegar al castillo real, los nobles agitaron los pendones y uno de ellos gritó con voz fuerte y sonora:

— ¡Asturias! ¡Asturias! ¡Asturias por el rey Don Aurelio!

— ¡Asturias por el rey D. Aurelio! contestó la muchedumbre en un inmenso grito de júbilo.

Y el nuevo rey olvidó con la algazara el espanto de su crímen, y con los ojos radiantes de alegría saltó del arnes y entró en el real castillo seguido de sus condes y soldados.

XIV.

LA LOCA.

Trascurridos seis dias, salió el rey con toda su corte para Pravia, donde iba á fijar su residencia.

Apénas hubo llegado, llamó á su hermana Adosinda y la intimó su voluntad de desposarla con Silo, el mas poderoso de sus condes y anciano honrado y venerable.

La desdichada jóven, que se ahogaba en aquella atmósfera impregnada de crímenes y sangre, aceptó la alianza, que su hermano le propuso, con un profundo reconocimiento hácia Silo, pidiendo solamente la gracia de llevarse á los infantes hijos de Fruela á Viseo, donde iba á vivir con su esposo.

Accedió á esta súplica el rey Aurelio, y Adosinda se desposó y salió en seguida de Pravia en compañía de su esposo y sus sobrinos.

Aquella princesa fué dichosa al lado del venerable Silo, y cuando á la muerte de Aurelio ocuparon el trono de Galicia, los montañeses creyéronse regidos por la virtud y la inocencia, simbolizadas en el anciano rey y en la hermosa y angélica reina.

El reinado de Aurelio fué corto y azaroso: solo reinó seis años y estos devorado de remordimientos; cada noche veia en sueños la imágen santa de Munia que iba á pedirle cuenta de la sangre de su esposo y del trono que ocupaba en perjuicio de su hijo Alfonso.

Siempre que salia á caza, se le aparecia delante una mujer descarnada, pálida y desencajada, cuyas formas cubria apénas una andrajosa túnica blanca. En vano Aurelio queria huir al verla: la visiòn le perseguia corriendo y gritando entre insensatas carcajadas:

— ¡Tu corona es de sangre!... ¡Tu corona es de sangre!!..

Aquella mujer era la condesa de Rivadeo, que vagaba loca, furiosa y errante por los montes de Asturias desde la muerte de Fruela I.

El mismo dia en que llegaron Adosinda y Silo á su castillo de Viseo, una lucida comitiva de nobles, escoltada por cincuenta montañeses, llegaba tambien al monasterio de Jesus, con una órden de la princesa Adosinda, para recoger al infante D. Bermudo, hijo de Bimarano y Sancha, y depositado por Aurelio en aquel santo asilo.

Bermudo creció al lado de Alfonso el Casto y de Jimena, y este trato íntimo ligó á los tres infantes con un profundo y tierno cariño.

Sabido es que el infante D. Bermudo, despues de ser ordenado de diácono y abad del monasterio de San Salvador de Pravia, dividió con D. Alfonso II, el Casto, el trono de Asturias y Galicia.

El conde Eurico fué desterrado á Oviedo, y llegó á su destino dos dias despues de tomar el rey Aurelio posesion de su castillo de Pravia; pero, al atravesar un frondoso bosque que se estiende á espladas de la ciudad, se detuvo su caballo espantado ante una forma blanca: era de noche y el conde se vió forzado á apearse para reconocerla; mas sus labios lanzaron un grito de dolor al ver que tenia á sus piés el cadáver de su hermana.

La desdichada habia lanzado el último suspiro con la cabeza apoyada en una cruz que señalaba una sepultura recien abierta.

¡La justicia de Dios la habia llevado á morir á la tumba de Munia, uniendo así, con el sueño de la muerte, á la víctima y al verdugo!...

Aquella tarde no oyeron los pastores la campana de la ermita; pero, arrastrado por la costumbre, acudieron á ella sin embargo; encontráronla cerrada y tendido delante de la puerta vieron el cadáver del anciano montañes que la guardaba, el cual, despues de la muerte de la reina y viendo cumplida su venganza con el asesinato del D. Fruela, se habia dejado morir de hambre, como el perro fiel que ha perdido á su amo.

LA DIADEMA DE PERLAS.

PARTE PRIMERA.

LOS BASTARDOS DE ALONSO ONCENO.

> **La familia del hombre no dura mas que un dia: el soplo de Dios la dispersa como el humo: apénas conoce el hijo al padre, el hermano á la hermana. La encina ve germinar sus bellotas en torno suyo: ¡no sucede así con los hijos de los hombres!**
>
> (CHATEAUBRIAND, *Renato*.)

I.

Acababa de ser jurado rey Enrique II, despues de haber clavado su daga en el pecho de su hermano D. Pedro en los campos de Montiel.

La antiquísima ciudad de Búrgos parecia rejuvenecida con las fiestas reales: era el dia postrero que pasaba el rey bajo sus muros, pues marchaba á Sevilla, con el objeto de convocar cortes.

El monarca habia oido misa aquella mañana en la suntuosa catedral, y los buenos castellanos habian acudido en tropel de los pueblos inmediatos para verle por la última vez.

Pero Enrique no salia: sin duda que el intenso frio de aquella tarde de invierno, no le dejaba gana de acceder á los deseos de su pueblo. Las puertas del alcázar, guardadas

por los soldados del rey, eran inaccesibles á todos, y los curiosos tenian que contentarse con ver pasear á los pajes y escuderos en el ancho patio, y con oir resonar sus espuelas en el enlosado pavimento.

Sin embargo, todos los contemplaban á falta de otra cosa mejor, y aquellas buenas gentes admiraban las bordadas ropillas y las gorras adornadas de plumas de los unos, y las brillantes armaduras de los otros.

Mas, á pesar de la avidez con que la muchedumbre miraba el patio del alcázar, nadie vió cruzar á un hombre envuelto en un ancho manto, y cuya cabeza estaba cubierta por una holgada toca de terciopelo: bien es verdad, que lo atravesó con tanta rapidez, que se asemejaba mejor á una sombra que á un ser viviente.

Aquel hombre abrió una puertecilla situada cerca de la escalera principal, y salió á la calle, encontrandose en la cuesta de Santa María, que empezó á subir precipitadamente, cubriéndose el rostro con el embozo, cuanto le fué posible.

Nevaba á la sazon furiosamente: bien pronto el manto del caballero — pues sin duda lo era á juzgar por su apostura — se vió enteramente calado, sin que por esta circunstancia se detuviera ni retrocediese en su camino.

Llegó por fin á la calle de Fernan-Gonzalez, una de las mas solitarias de la antigua ciudad; aun hoy existe el arco que la terminaba en aquella época, y aun lleva hoy tambien el nombre del valeroso conde castellano.

El hombre del manto se paró delante de una casita de pobre apariencia, y llamó suavemente: pocos momentos despues, se oyeron pasos, abrióse la puerta, y una jóven, vestida de negro, se arrojó en los brazos del desconocido.

— ¡Gracias á Dios que te veo, Florestan! esclamó con voz dulce y vibrante de ternura. ¿Cómo has tardado tanto hoy? continuó sin deshacer el amante lazo que formaban sus brazos al derredor del cuello del caballero: mi madre queria llevarme á la plaza para ver á S. A. por la última vez, mas yo he preferido quedarme, porque el corazon me decia que

vendrias.... ¡pero, Dios mio! ¡vienes calado! Vamos, vamos arriba.

Y la jóven separó sus brazos del cuello de su amante, y le tomó la mano haciéndole subir en pos de ella.

Al llegar á la puerta de la habitacion, Florestan deshizo el embozo de su manto, le arrojó sobre una silla, y se sentó con aire meditabundo y melancólico: la hermosa niña permaneció en pié á su lado contemplándole con amor.

Aquel aposento manifestaba suma pobreza; algunos viejos sitiales de anticuada forma, una mesa dorada, enmohecida por el tiempo, y algunos deteriorados cuadros, con estampas de la Vírgen, componian todo su ajuar; una estrecha ventana apénas dejaba pasar la luz por sus vidrios de colores, y la nieve, que seguia cayendo á grandes copos, habia estendido un velo en la atmósfera, que hacia mas densa la oscuridad de aquella habitacion; pero, si mísero y triste era su aspecto, nada habia comparable á la belleza de las dos personas que á la sazon la ocupaban.

Tendria la jóven de diez y ocho á veinte años; su tez, de una pureza deslumbradora, era blanca y mate como el nácar: dos gruesas trenzas de cabellos negros nacian en sus cándidas sienes y bajaban hasta su rodilla: la hermosura de sus negros ojos era admirable, y el delicioso carmin de su pequeña boca la hacia asemejarse á una flor de húmedo y brillante coral: tenia pobladas y sedosas cejas negras, riquísimas y rizadas pestañas, y nariz pequeña y delicada: era pálida y en su blanca tez parecian aun mas deslumbradores los reflejos de azabache de su sedosa cabellera.

Vestia de negro, y su traje humilde era el de las jóvenes villanas de Castilla: una ancha basquiña de lana negra dejaba ver sus piececitos, calzados con zapatos de cordoban negro, semicubiertos con un ancho lazo de cinta, y un corpiño de terciopelo negro tambien, con largas aldillas, marcaba maravillosamente su esbelto y flexible talle: desde el escote del corpiño, salia una camiseta de batista, plegada, que terminaba en un estrecho cuellecito bordado de lana negra, lo mismo que las blancas mangas que salian de sus angostas hombre-

ras, y que no llegaban á ocultar la hermosura de sus brazos.

Llevaba en el cuello una cruz de oro pequeña, pendiente de una estrecha cinta de terciopelo.

Aquella jóven tenia cierta apariencia de dulzura y debilidad que encantaba: eran tristes sus hermosos ojos, triste tambien la espresion de su pequeña boca, cuya sonrisa debia ser bien melancólica.

Su compañero aparentaba unos treinta y cuatro años: su talla, aunque mediana, era gallarda y bien proporcionada: sus ojos pardos, grandes y rasgados retrataban la altivez y la pasion; bajaban sus cabellos castaños en luengos rizos hasta tocar sus hombros, y sus largos bigotes se ensortijaban en sus mejillas.

Tenia la boca de corte gracioso, pero severa y desdeñosa: su ancha y elevada frente pintaba bien la arrogancia de su carácter y una natural costumbre de mandar.

Vestia una modesta ropilla gris, y una toca sin pluma, que dejó con el manto ántes de sentarse.

— ¿Qué tienes, Florestan...? preguntó la jóven apoyándose cariñosamente en su hombro: ¿por qué estás tan triste hoy?

— Porque me veo obligado á separarme de tí, Berenguela, contestó él con voz alterada, y atrayendo hácia sí á la jóven, al mismo tiempo que ella juntaba las manos con espresion de profundo terror.

— ¡Separarte de.... mí! repitió como asombrada.... ¿qué es lo que has dicho, Florestan?

— La verdad: no he tenido hasta hoy valor bastante para declarártelo, pero ya es forzoso porque.... debo partir mañana.

— ¡Mañana...!!

Este grito se escapó de los labios de la doncella á la vez que caia en un sitial, pálida y desfallecida.

— ¡Berenguela, Berenguela mia! ten piedad de mí! esclamó el caballero cogiendo las manos de la infeliz jóven. ¡Tu dolor me mata! ¡Ah! ¿Por qué no me es dado morir contigo?

Florestan inclinó la frente apoyándola en la blanca diestra

de la jóven; su respiracion anhelante hacia levantar su pecho, y parecia quebrantado por un profundo dolor.

— Oyeme, dijo al cabo de algunos instantes: óyeme, Berenguela: mi honor, mi deber, mi conciencia me mandan salir mañana de Búrgos con la comitiva de S. A. Tú sabes que soy noble, y ya te he dicho muchas veces que jamas he faltado á ninguno de los deberes que mi condicion me impone. Pero lo que no te he dicho nunca, es que la voz del amor que te tengo es mas fuerte en mí, que la de todas esas consideraciones: habla, pues, Berenguela mia. ¿Quieres que nunca me separe de tu lado? Quieres que me quede? Habla, y yo te obedeceré ciegamente.

— ¡Tu honor.... tu conciencia.... tu deber! repitió la jóven con voz lenta y triste; parte, Florestan.... prosiguió haciendo un sublime esfuerzo: parte....

Y luego, arrojándose en los brazos del caballero, que la contemplaba con amargo abatimiento, añadió:

— ¡Pero no me olvides jamas!

Durante algunos instantes, latieron juntos aquellos dos corazones; la jóven fué la primera que levantó la frente, en la cual se veia pintada una adorable resignacion: mas fuerte que su amante, queria alentar á este en la dolorosa lucha que sostenia.

Entónces sacó Florestan de su limosnera una preciosa cajita de marfil, y la abrió tomando de ella una estrecha diadema de perlas de incalculable valor por su tamaño y su pureza, que se cerraba en medio por un joyel de riquísimos diamantes.

— Guarda, amor mio, este recuerdo de nuestra cariño, dijo á Berenguela, colocando la diadema en su hermosa frente: mi madre la llevaba cuando murió cobardemente asesinada, y su mano moribunda la puso en la mia como un postrer don del amor que me profesaba: es la prenda mas cara que puedo darte: ¿me prometes llevarla siempre, Berenguéla?

— ¡Siempre! te lo juro.

— Adios, pues: si alguna vez necesitas del rey de Cas-

tilla preséntate á las puertas de su alcázar con esa joya, y conseguirás llegar hasta él: pero tu solamente, ¿lo oyes?

La desdichada no dió muestras de oir estas palabras.

Habia vuelto á echar sus brazos al cuello de Florestan, y parecia absorber en sus ojos la luz melancólica de la mirada de su amante.

— ¿Volverás, Florestan? preguntó en baja y trémula voz.

— ¡No lo sé! contestó él desviando sus ojos del semblante de la pobre niña; ¡no lo sé, Berenguela! pero te juro que, si no vuelvo, te enviaré á buscar para que vengas á mi lado.

Al pronunciar estas palabras, recogió el manto y la toca, y se lanzó á la calle arrancándose de los brazos de la jóven, que cayó desvanecida en su asiento.

II.

Un año despues de estos sucesos, hallábanse dos personas en la mísera estancia en que tuvo lugar la despedida de Berenguela y Florestan. Era la una, un caballero como de cincuenta años de edad, de frente calva, ojos grandes y brillantes, y fisonomía pálida; denotaban bondad sus abultados labios, y su sonrisa era á la par noble é inteligente: vestia un riquísimo traje de terciopelo negro, bordado de oro, y pendia de su cuello una gruesa cadena del mismo metal. Aun conservaba puesta su toca, adornada de una larga pluma blanca.

La otra era una anciana de vulgar é impasible fisonomía: su humilde traje, no ménos que su postura respetuosa, decian bien claro que era muy inferior en condicion á su compañero.

— ¿Con que decís, señora Urraca, que tanto ama á la niña Don García? preguntó el caballero á la anciana, que permanecia en pié delante de él.

— Tanto, señor, que desde que empezó á requerirla de amores ese otro hombre — á quien Dios confunda — y ella,

prendada de él, declaró á D. García, que solo le amaba como una hermana, se le ve decaer de dia en dia.

— Y Berenguela ¿qué dice, al verlo?

— Nada: desde que partió su amante vive abismada en tan profundo dolor, que nada advierte de lo que pasa en torno suyo; solo algunas veces, al ver á D. García, que la contempla con aire abatido, le toma la mano, se sonríe tristemente, y dice con monótono acento:

— ¡Consoláos, Don García! Dios se apiadará de nosotros.

— ¿Y sabeis, señora Urraca, qué es ese Don García?

— No sé mas que lo que él me ha dicho: qué es hijo de un hidalgo del vecino pueblo de Lerma, y que ha peleado en los tercios de Don Enrique; há un año entró en esta casa, cuando las tropas del maldito rey, que Dios castigue, asolaban el país, para curar una herida de un compañero suyo; vió á Berenguela, y ya no quiso abandonarla, pues aunque reside en Lerma, viene aquí con frecuencia para verla.

— ¿Y del otro amante sabeis?...

— De ese sí que no sé una palabra.

— ¡Dos amantes incógnitos! murmuró el caballero en voz baja; pero, añadió alzándola: ¿cómo no habeis tratado de apurar quiénes son esos hombres que aman á vuestra hija?

— ¡Mi hija! repitió la señora Urraca: ¿acaso lo es? ¿No sabeis, tan bien como yo, que hace diez y seis años encontré á una niña, que apénas contaba dos, á la puerta de mi casa en la ciudad de Leon, donde yo habitaba entónces? ¿No os he dicho ya que hallé atado á su cuello con un cordoncito de seda negro, un pergamino rollado, en que me daban instrucciones, y á su lado un bolsillo lleno de oro?

— Sí, me habeis hablado de ese pergamino... y á propósito, ¿teneis á bien enseñármelo ahora?

Levantóse la anciana y fué á sacar de un armario, incrustado en la pared, un pequeño pergamino enrollado que presentó al caballero.

— Tomad, dijo: es el mismo que Berenguela llevaba al cuello.

Desdoblólo él, y se puso á leer: poco á poco su fisonomía

se fué animando; y un hondo pliegue se formó entre sus cejas pobladas y negras aun como el ébano; despues, sin saber quizas lo que hacia, volvió á leer en voz alta casi todo el contenido del pergamino, en tanto que la señora Urraca le escuchaba con la mayor atencion.

«Esta niña, decia el escrito, es hija de padres nobles y «poderosos; cuidadla, buena mujer, y el cielo os recompen-«sará en este mundo y en el otro.

«No le digais jamas que no es hija vuestra, y el dia en «que un caballero se presente á reclamarla con un pergamino «igual á este, entregadla sin demora.»

Al acabar la lectura, plegó el anciano el pergamino con aire triste y meditabundo.

— ¿Cuánto os daban cada año por cuidar de esa desdichada niña? preguntó tras un breve silencio.

— Trescientos doblones, es decir, una suma igual á la que encontré en el bolsillo.

El caballero devolvió el pergamino á la anciana, é iba á hablar, cuando esta, que estaba en pié junto á la ventana, hizo un brusco movimiento.

— ¡Ya viene! dijo señalando con la punta de su descarnado dedo á la calle. ¡Miradla, señor, qué abatida está!

— ¿Qué es eso que lleva en la frente? preguntó el anciano indicando la magnífica diadema de perlas que ceñia los negros cabellos de Berenguela.

— Eso es un dije que le regaló su amante al partir, y que ella no ha querido quitarse ni un instante.

— ¡Ah!!... murmuró el caballero, que miraba á la jóven con desencajados ojos.

Largo tiempo la siguió con su sombría mirada: cuando Berenguela entró en la casa, quedó inmóvil, como esperando verla aparecer.

Entró, por fin, en la habitacion, y sin mirar á las personas que estaban en ella, fué lentamente á sentarse en un banco de madera; despues cruzó las manos y dobló tristemente la cabeza, en tanto que el caballero seguia contemplándola absorto.

Escusa tenia su distraccion. Berenguela presentaba la imágen fiel del ángel de los sepulcros: sus grandes ojos inclinados, su pálida frente, sus largos cabellos negros, brillantes como el plumaje que viste las alas del cuervo, y sus blancas manos cruzadas, le daban un aspecto sublime y desgarrador.

Largo rato permaneció inmóvil y muda; luego levantó los ojos, pasó por la frente su abrasada mano, y articuló débilmente estas palabras:

— ¿Ha venido, madre mia?

— ¿Quién? preguntó la señora Urraca.

— Él... Florestan.

La anciana se encogió de hombros con aire estúpido, sin comprender siquiera aquel inmenso dolor.

— ¿Habeis dicho que no, madre mia? ¿No es verdad? tornó á preguntar la desdichada.

— No he visto mas que al señor caballero.

Berenguela levantó la cabeza; miró con afan al anciano, y se aproximó á él lentamente: cuando llegó en frente de él, puso las manos en sus hombros y clavó sus grandes ojos en su semblante.

— No... no eres tú el que yo espero, dijo con el tono de voz lento y triste que le era habitual: no eres tú... pero ¿le has visto? ¿sabes dónde está?

De súbito brilló en sus ojos un rayo de alegría, batió las palmas gozosa, y sus facciones se animaron con una radiosa espresion de ventura.

— ¡Ah! gritó; ya sé á qué vienes... sí... sí... ya lo sé... á buscarme de parte de Florestan; porque él me lo dijo... «Te juro que, si no vuelvo, te enviaré á buscar...» eso... eso me dijo... ¡Oh, con cúanta alegría veo ahora que me cumple su promesa!

Al acabar de pronunciar estas palabras, se dirigió apresuradamente á un pequeño cuarto que le servia de dormitorio, y salió envuelta en un amplio manto negro.

— ¡Vamos, vamos por Dios! esclamó con ansia indescrip-

tible; llévame pronto con él, que me estará esperando con impaciencia!

— No seas loca, muchacha, dijo la señora Urraca ásperamente: á donde tú vas es á acostarte, porque hoy te devora la calentura, y no pienses mañana, ni nunca ya mas, en salir al campo; los ardores del sol te trastornan el celebro.

— Iba á esperarle... madre! dijo la pobre jóven con desgarradora tristeza, pero con dulcísima voz, en tanto que la despiadada vieja le desprendia bruscamente los pliegues del manto.

Luego cruzó las manos, mirando dolorosamente al anciano, y se dejó caer en el banco murmurando al verle salir:

— ¡Se va sin mí!

La señora Urraca le acompañó, y Berenguela, doblando la frente, quedó inmóvil y abismada de dolor.

III.

Algunas horas mas tarde, se encontraba Don Alvaro Garcés, conde de Carrion, en una suntuosa estancia de su palacio de Búrgos, en compañía de un jóven de hermosa presencia y lujosamente vestido.

Tenia este veinte y dos años, á lo sumo: su fisonomía era melancólica y apasionada; sus rasgados ojos, negros como sus cabellos, armonizaban con su tez muy morena: era de estatura elevada y de talle esbelto, y lleno de gentileza.

Su traje estaba ricamente bordado de oro: llevaba una espada, cuyo puño resplandecia de pedrería, y su toca, que se veia sobre la mesa, estaba adornada de una hermosa pluma.

Ambos ocupaban dos sillones iguales, dorados y de alto respaldo: junto al jóven, se veia una mesa cubierta con un tapete bordado de oro, en la cual apoyaba su brazo izquierdo.

Iluminaba la estancia una lámpara de plata, pendiente de tres cadenas del mismo metal: ambos caballeros parecian absortos en una profunda meditacion, porque guardaban silencio: las fisonomías de los dos retrataban un intenso pesar.

— ¿Con que eres tú, Fernando, el rendido y desdeñado adorador de esa jóven? dijo D. Alvaro, despues de mirar por largo rato la inclinada frente de su hijo: ¿eres tú el que se finge llamarse D. García, y ser hijo de un hidalgo de Lerma?

— ¡Oh, perdon, padre mio, perdon! esclamó el jóven cruzando sus manos con ademan de súplica: ¡la amo tanto, y hace ya tanto tiempo! Cuando vine aquí hace un año, acompañando á Don Enrique, entrámos en su casa, para que el infante restañase la sangre que corria de sus heridas, recibidas en el último encuentro con las tropas de Don Pedro: nada advirtió á Berenguela que era el hermano del rey, el hombre á quien ella vendaba la cabeza, ni pudo conocer la condicion de las personas que la acompañaban: nos creyó soldados de los tercios de Don Enrique y nada mas; ademas, su anciana madre se hallaba ausente de su casa, y viviendo sola con ella, nadie podia reconocernos.

Una triste sonrisa plegó por un momento los labios de Don Alvaro, mas su hijo, sin apercibirse de ello, continuó

— Desde aquel dia, la imágen de Berenguela no se apartó un instante de mi pensamiento, y cuando ya coronado rey Don Enrique en esta ciudad, os decidisteis á fijaros en ella, para descansar de las fatigas de la guerra, pedí su vénia á S. A. para venir á pasar algun tiempo en vuestra compañía, y restablecer mi salud, mas quebrantada por el amor que me consumia, que por la sangre perdida en los combates.

Detúvose aquí Fernando, porque era llegado el instante de revelar á su padre el ardid que habia usado para encubrir su nombre y el sitio de su residencia; cubrióse su frente de encendido rubor, y bajó los ojos enteramente falto de aliento.

Mas aunque su confusion fué harto visible á los perspicaces ojos del anciano, guardó este un severo silencio, dejándole apurar toda la amargura de su primera mentira.

— Cuando llegué á Búrgos, continuó el jóven tras de un largo y angustioso silencio, mi principal cuidado, no bien os abracé, fué ir á ver á Berenguela. Díjele — ¡perdon, padre

mio! — díjele que me llamaba Don García, que era hijo de un hidalgo de Lerma, y que acababa de retirarme á descansar á mi casa durante las treguas que abria la guerra.

Berenguela me escuchó con su sonrisa de ángel; mas ni una chispa de la pasion que ardia en mi corazon vi reflejarse en sus ojos: dulce y tranquilamente me oyó, y cuando le rogué que diese alguna esperanza á mi amor, me contestó fijando en mi semblante su apacible mirada:

— Don García, amo á otro, y solo puedo ya corresponder á vuestro amor con el cariño de una hermana.

Una súbita espresion de alegría iluminó las abatidas facciones de Don Alvaro, pero se desvaneció con la misma rapidez con que habia aparecido.

— Nada mas he podido lograr, prosigüió Fernando con amarga tristeza; hace algun tiempo que se abatió mucho mas, y que su salud se alteró visiblemente; despues, una dolorosa enajenacion mental la preocupaba de continuo y últimamente he creido columbrar que su razon está herida, y que la demencia clava sus garras de fuego en las sienes de Berenguela.

Un ahogado sollozo cortó al jóven la palabra y ocultó el rostro entre sus manos. Don Alvaro pasó las suyas por su abatida frente, y alzó al cielo los ojos como demandándole valor.

— Olvida á esa jóven, Fernando, dijo tras un largo silencio; olvídala, porque jamas podrá ser tuya.

— ¡Olvidarla! gritó el jóven saltando en su asiento, como si un dardo le hubiese herido. ¡Olvidarla, padre! arrancadme el corazon con vuestra propia mano, si quereis que yo olvide á Berenguela.

— ¿Prefieres que vuelva á encerrarte en el castillo de Carmona de donde te saqué para que pelearas en los tercios de Don Enrique?

— Nunca os he pedido cuenta de la prision en que he pasado la aurora de mi vida, padre mio: volvédmela á abrir: sepultad de nuevo en ella mi infeliz juventud y ¡Dios os bendiga, si así me acelerais la muerte!

— ¡Con que tanto la amas! esclamó con amargura Don Alvaro, ¿con que ni mis ruegos podrán hacer que la olvides?

— Nada podrá hacer que yo deje de amarla, y de consagrarle mi vida.

— ¡Matadme, pues, señor, gritó Don Alvaro, arrojándose á los piés del jóven, y descubriendo su noble pecho lleno de cicatrices. Vos no sois mi hijo, como yo os hice creer; sois Don Sancho, el ante-último hijo del rey Alonso onceno y de Doña Leonor de Guzman, y esa jóven es la infanta Doña Berenguela, postrer fruto de aquellos desgraciados amores! Matadme, señor, repitió el anciano doblando hasta el suelo su calva frente, porque solo hundiendo en mi pecho vuestra espada, conseguiréis acercaros á ella!

Calló Don Alvaro, y un profundo silencio signió á su terrible revelacion: cuando se atrevió á levantar los ojos, vió á Don Sancho, inmóvil delante de él, lívido, erizado el cabello y cubierta la frente de helado sudor. No de otro modo, debió aparecerse á *Hamlet*, la sombra de su padre en su palacio de Dinamarca.

Cuando las miradas de aquellos dos hombres se encontraron, los ojos del infante perdieron algo de su horrible fijeza; llevó al pecho ambas manos, y dejó escapar un gemido desgarrador.

— ¿Quién es entónces.... el otro amante de.... mi.... her....mana? articuló con voz honda y lúgubre.

Estremecióse el anciano conde que aun permanecia arrodillado: inclinó la cabeza y contestó con voz temblorosa:

— ¡Enrique II, rey de Castilla y de Leon!

IV.

Un ahogado grito del infante apagó el eco de estas últimas palabras. Don Alvaro seguia postrado delante del jóven, que se dejó caer casi exánime en su asiento.

— Levántate, dijo al fin rompiendo el penoso silencio que

hacia tiempo reinaba; levántate, conde, y esplícame el hondo misterio que ha envuelto hasta hoy mi nacimiento y el de esa infortunada.

La actitud y el acento de Don Sancho, al pronunciar estas palabras, nada tenian de semejantes con los del jóven Fernando, que pocos momentos ántes, era el hijo amante y sumiso de Don Alvaro. Con la mano apoyada en la mejilla, y el codo en la mesa, se preparó á escuchar las palabras del anciano: un rayo de augusta majestad iluminó sus dulces ojos, irguió la frente, y la sangre de los reyes de Castilla se animó en sus venas, dando á toda su figura un carácter de imponente grandeza, que nunca habia obtenido.

El conde, obedeciendo el mandato de Don Sancho, se puso de pié y permaneció inmóvil y confundido.

— Habla, repitió el infante: díme porqué he ignorado yo hasta este momento que era hijo de Alonso onceno, y porqué lo ignoraba tambien Berenguela.

— ¡Ah, señor! esclamó el anciano: ¡señor mio, perdon! solo el espreso mandato de vuestro padre ha podido obligarme á guardar silencio: solo el juramento, que le hice, ha podido sellarme los labios.

— ¿Mi padre te encargó que nos ocultases nuestro nacimiento?

— Sí, señor; cuando vuestra madre os dió á luz, ya vuestros hermanos y ella eran terriblemente perseguidos por el odio de la reina Doña María, legítima esposa de vuestro padre. Ya no sabian los que os dieron el ser dónde ocultaros. En tal angustia, el rey acudió á mí pidiéndome, con el mayor encarecimiento, que os hiciese criar secretamente y pasar por hijo mio. — «Leonor, me dijo, morirá si le matan sus hijos: yo salvaré á los otros; pero tú, Alvaro, tú, sálvame este.»

Bien sabia el rey que nada podia conmover mi corazon como estas palabras. — «Salva este hijo á Leonor, porque si no, va á morir.» — Para él no era un misterio la pasion que yo profesaba á vuestra madre, y que me mataba lentamente.

— ¿Tú has amado á mi madre?

— La amé, señor, desde que mis ojos vieron la primera luz: deudo su padre del mio, y unidos por la mas sincera y entrañable amistad, juntos nos criámos y crecimos; mi madre nos abrigó á un tiempo en su regazo, y la misma cuna nos meció; juntos corrimos por los floridos pensiles de Sevilla, y el primer latido de mi corazon fué de amor para aquella hermosa niña, que solo me profesaba el tranquilo cariño de una hermana.

Quince años tenia Leonor, cuando se casó con un poderoso hidalgo; desesperado yo, me vestí la coraza, y marché á buscar la muerte en las batallas; pero la muerte huye siempre del que la busca, y yo no pude encontrarla.

Algunos años despues, llamó la atencion de Alonso XI la fama de mis hechos de armas, y me hizo capitan de su guardia. Juzgad cuál quedaria, cuando hallándonos en Córdoba, corte á la sazon de los monarcas de Castilla, me mandó una noche acompañarle, á una hora muy avanzada: envueltos en nuestros mantos, y caminando con gran sigilo, cruzámos muchas calles, deteniéndonos al fin en la puerta de una hermosa casa; abrió el rey con una llave que sacó de su limosnera y penetrámos en ella.

Una dueña nos esperaba: despues de atravesar varios aposentos ricamente adornados, nos encontrámos en una estancia amueblada con régia suntuosidad. Recostada en un sitial, habia una jóven que, por lo esbelto de su figura y delicado de sus formas, no podia pasar de los diez y ocho años; estaba vuelta de espaldas á la puerta, y tenia puesto un riquísimo brial de terciopelo azul, bordado de perlas, cuya larga cola se estendia como una alfombra en derredor de su sillon dorado; no tenia en la cabeza otro adorno que los largos rizos de sus cabellos castaños, que besaban lascivos el cuadrado escote de su traje: al ruido que hicimos al entrar, volvió la cabeza, y sus grandes ojos negri-azules brillaron de contento.

— ¡Don Alonso!.... Alvaro!.... esclamó corriendo hácia nosotros: pero estos dos gritos tuvieron en sus labios distinta

entonacion; el primero revelaba pasion inmensa; el segundo la alegre sorpresa de la hermana que ve á su hermano tras una larga ausencia.

— ¿Conoces al conde de Carrion, Leonor? preguntó el rey admirado.

— ¡Que si le conozco, señor! esclamó ella: ¡que si le conozco, cuando he nacido casi al mismo tiempo que él! ¡que si le conozco, cuando he dormido en la misma cuna, he mirado el mismo cielo y he aspirado el perfume de las mismas flores! ¿No os he hablado muchas veces de un hermano á cuyo lado crecí, y á quien amaba en estremo? pues bien, aquí le teneis!

Contrajéronse algun tanto las espesas cejas del rey, al oir hablar á Leonor con tanta vehemencia, y mi frente se inundó de un helado sudor, al escuchar aquellos acentos. Don Alonso, celoso como lo son todos los seres que abrigan una gran pasion, hasta de las plácidas espansiones de la amistad, vió en el afecto, que su amada me manifestaba, la primera nube que empañaba el cielo azul y sereno de su recíproco amor: en cuanto á mí, la vista de aquella mujer tan tierna y constantemente amada, y los dulces recuerdos de lo pasado, que ella evocaba con acento conmovido, me hicieron casi sucumbir al esceso de mi emocion.

Ella, empero, puso fin á una situacion tan embarazosa, tomando de la mano al rey, y conduciéndole á un camarin, que ocupaba el estremo de una estancia; abrió las cortinas y luego descubrió los preciosos tapices que ocultaban una lindísima cuna de estructura gótica, labrada de marfil y plata, y en cuyo centro descansaba un niño de pocos meses.

Era Don Enrique, conde de Trastamara, y hoy Enrique II rey de Castilla.

Un temblor convulsivo recorrió el cuerpo del infante, al oir pronunciar el nombre de su hermano: la palidez, que cubria sus hermosas facciones, se hizo mas intensa, y cerró los ojos como para sujetar dentro de su abrasada frente el delirante pensamiento.

Don Alvaro, á cuyos penetrantes ojos, no pudo ocultarse

la sorda tempestad que bramaba en el alma de aquel desventurado, continuó tras una breve pausa:

— Dos horas despues de haber entrado, salímos de aquella casa, que encerraba lo que mas amaba yo en el mundo, y desde aquella fatal noche, ni una sola dejé de acompañar á vuestro padre á ver á Leonor, ni un solo dia pasó sin que sintiese crecer en mi pecho la ardiente hoguera de mi funesto amor; supe, sin embargo, encerrarlo en lo mas recóndito de mi corazon, porque queria al rey con toda mi alma, y no me era posible causarle el mas pequeño dolor, y porque anhelaba conservar el único bien que me hacia soportar la vida: el amargo placer de ver á Leonor todos los dias, aunque fuese en los brazos de otro; de este modo me hice yo mártir de mi propio corazon, y ninguno de los que sacrificaron los inicuos emperadores de la antigua Roma sufrió tormentos comparables á los mios.

Don Alonso, empero, leia en el fondo de mi alma; vuestro padre, señor, era un gran rey, y un hombre de corazon magnánimo y generoso: para todos recto y justiciero, su única falta fué el amor que me arrebató la felicidad de mi vida: para todos sensible, solo con mis dolores fué inexorable, no obstante que comprendia su amargura.

Y por otra parte ¿qué hubiera conseguido usando de generosidad conmigo, y abandonándome la mujer que tanto amaba él, y á la que yo adoraba con tanta locura? Leonor, ciegamente apasionada del rey, le idolatraba con la vehemencia del primer amor. Casada sin conocer á su esposo, ningun afecto le unia á él, y cuando enviudó, quedó en poder de un anciano tio suyo, que al saber la pasion del rey por su sobrina, la persuadió para que correspondiese á ella. ¡Ay, solo podia, pues, resignarme á ver á Leonor en brazos del rey, para no verla morir de dolor en los mios!

Algunos años pasaron así: hubo una época en que el rey, compadecido de la triste suerte de su esposa, le propuso que viviria á su lado, si consentia en que viviesen tambien vuestros hermanos bajo los muros del alcázar real; mas Doña María contestó siempre que renunciaba á la dicha de vivir

con su esposo, si habia de comprarla con el dolor de ver á los bastardos.

— ¡Oh, qué injusta dureza! esclamó Don Sancho.

— La medida del sufrimiento de la reina se llenó por fin, continuó Don Alvaro. Ocho dias despues de daros á luz, tuvo que huir Leonor de su casa, disfrazada de hombre y acompañada del rey, para no caer en manos de los espías de Doña María que constantemente la asediaban. Antes de marchar, vuestro padre os puso en mis brazos, me rogó que ocultase á todos, y aun á vos mismo, vuestro nacimiento, y me ordenó que me reuniese á él en un lugarcillo cerca de Gibraltar, á cuya villa, ocupada por los moros, iba á poner sitio: despues marchó apresuradamente con Leonor, débil aun y quebrantada.

Entónces, señor, os conduje á Sevilla, mi patria, y os confié á los cuidados de una hija de mi nodriza, casada con uno de mis escuderos hacia pocos meses, la cual me ofreció cuidaros con la mayor ternura; le dije que erais hijo mio, y fruto de unos infelices amores, y la buena Dulcelina me creyó con la inocencia propia de su carácter, jurándome que ocupariais en su corazon el lugar del hijo que acababa de perder, y el del esposo que yo me llevaba á la guerra.

Marché á Gibraltar tranquilo con respecto á vuestra suerte, y volví á ocupar mi sitio al lado del rey, como capitan de su guardia. Don Alonso puso cerco á Gibraltar, y se preparó bien para no abandonar la empresa hasta ganar la villa, á pesar de la terrible epidemia que se introdujo en sus reales. ¡Ay, qué mucho que su corazon no desmayase, si tenia consigo á la mujer que amaba y á sus hijos!

Leonor no quiso separarse del rey durante las terribles pruebas á que se veia espuesto, y vivia con los bastardos en una tienda de campaña construida con toda comodidad, inmediata á la del rey: yo fuí el encargado por S. A. de guardar aquellas prendas tan caras á su corazon; yo á la cabeza de una numerosa guardia de castellanos, recibí la órden de no perder de vista un solo instante ni á la madre ni á los hijos.

¡Cuántas veces me sorprendió la aurora arrodillado á los piés del lecho de vuestra madre! ¡Cuántas la despertaron de su apacible sueño el rumor de mis sollozos, ó las esclamaciones que dejaba escapar en mi delirio! Entónces poníame en pié precipitadamente, tomaba la espada que habia dejado caer, y volvia á ocupar mi sitio detras de las cortinas de su lecho. Incorporábase ella, miraba á todas partes, y concluia por llamarme.

— ¿Qué me mandais, señora? decia yo acercándome despues de haber tragado mi amargo llanto.

— ¡Señora! ¿por qué me llamas así, Alvaro?

— Perdonadme, Leonor.... ¿qué quereis?

— ¿No has oido ruido?

— Todo yace tranquilo.

— Me ha despertado yo no sé qué estraño rumor.

— Eso es que habeis soñado.

— Tal vez.... pero díme, ¿qué tienes? ¡Estás pálido!

— Lo harán las luces....

— ¿Y el rey y mis hijos?

— Duermen.... procurad dormir tambien.

Leonor corria las cortinas, y mi corazon, mas henchido que ántes de su fogosa y desesperada pasion, se refugiaba en lo mas hondo de mi pecho, destrozado por un amor que lo aniquilaba hacia veinte años.

— ¡Pobre mártir! esclamó Don Sancho, tendiendo al conde su mano. ¡Dios te premiará en el cielo!

El anciano miró al infante con profunda gratitud, y prosiguió así su lastimera historia:

— Diez meses sostuvo Don Alonso el sitio de Gibraltar. Durante este tiempo, comenzaron á correr voces de que habia en el campo espías de la reina y de Don Pedro, cuyo único objeto era apoderarse de los bastardos y de su madre; estas nuevas afligieron en estremo el espíritu del rey, tanto mas, cuanto que Leonor estaba en vísperas de darle otro hijo, y no se atrevia á alejarla de su lado en semejante estado. Dobló la guardia de los infantes vuestros hermanos, y determinó no separarse un instante de vuestra madre, hasta

recibir en sus brazos al hijo que iba á nacer, y que pensaba entregarme para que lo pusiese en salvo como á vos.

Llegó la hora del parto, y terminado que fué, el rey corrió los tapices de la tienda, tomó de mis manos la espada desnuda, con que hacia mi guardia, y me puso en los brazos á la infanta que acababa de nacer.

— Sálvala, conde, me dijo: sálvala como á su hermano: tal vez de entre todos mis hijos, serán los únicos que conserven la vida los dos que confío á tu cuidado.

Al alcabar de pronunciar estas palabras, mandó S. A. acercar á uno de sus escuderos que tenia de la brida un alazan ensillado: me echó él mismo su manto sobre los hombros, y yo, despues de requerir mi daga y de envainar mi espada, salté sobre él, sin tener mas tiempo que de besar la mano del rey, y partí llevando entre mis brazos á la infanta recien nacida.

Bien pronto el ardiente galope de mi caballo me puso fuera del campamento: á la luz de la aurora, divisé un blanco pueblecillo, y me dirigí á él para buscar, no reposo, sino una nodriza que me acompañase: dejé el caballo en la posada, oculté á la infanta entre los pliegues del manto, y salí á dar la vuelta al lugar; al fin de él vi á una mujer jóven que mecia á un niño como de un año, sentada al lado de otra, anciana.

— ¿Quereis ganaros trescientos doblones cada año, buena mujer? le dije.

— ¡Ah, señor caballero! ¿qué decís? esclamó atónita.

— Que si quereis amamantar á esta niña, os daré esa suma.

— Tengo un hijo, señor, y no puedo.

— Pero no tienes pan que darle, Aldonza, dijo tristemente la anciana, ni el pobre tiene padre que se lo busque: solo cuenta con el cariño de su abuela que lo cuidará mucho, si tu quieres ganar honradamente para todos.

— ¡Si vos lo cuidais, madre!....

— Sí, hija mia, no me separaré un instante de él.

Un vagido de la pobre niña que yo tenia en los brazos acabó de decidir á la jóven, que la tomó en los suyos.

— Hacedme la merced, buena mujer, dije á la anciana, de buscar una mula para vuestra hija; tiene que acompañarme á la ciudad de Leon.

Obedeció aquella, y media hora despues caminábamos á buen paso, llevando Aldonza entre sus brazos á la infanta.

Al llegar á aquella ciudad, encomendé á la niña y la nodriza, á los cuidades de mi anciana madre, la cual habitaba allí: encargué que hiciese bautizar á la infanta inmediatamente con el mayor secreto, dejé pagada por un año á Aldonza, y volví apresuradamente al campamento.

Era el dia 26 de marzo de 1350 y las once de la noche, cuando entré en él; la luna, que brillaba con todo su esplendor, iluminaba las relucientes armaduras de los soldados, é iba á quebrarse en sus yelmos de acero: muchas hogueras encendidas patentizaban què todo el ejército castellano estaba en vela, y lo confirmaba así yo no sé qué estraño rumor que se advertia en el campo.

Con la seña *Alonso y Castilla* llegué hasta las tiendas reales, y penetré en la que habitaba vuestro padre.... mas ¡oh, gran Dios! ¡cuán terrible cuadro se ofreció á mi vista!

Tendido en su magnífico lecho de campaña, estaba Alonso onceno, ya casi exánime: la terrible epidemia, que habia diezmado al ejército castellano, era la que conducia al sepulcro al vencedor en la batalla del *Salado*. Arrodillados junto al lecho, se veian los infantes D. Enrique, conde de Trastamara, y D. Fadrique, gran maestre de Santiago, casi niños ambos, que derramaban amargo llanto: rodeábanles muchos prelados y ricos-hombres de Castilla y de Leon, contándose entre estos últimos, el infante D. Fernando de Aragon, sobrino del monarca; D. Juan Nuñez de Lara y D. Juan Alonso de Albuquerque.

Nada mas suntuoso, é imponente que el lecho mortuorio de Alonso onceno. Componíalo *una tarima de campamento cuya cabecera era de ricas maderas oscuras hábilmente com-*

binadas, terminando en dos agujas angulares del mas limado gusto gótico; en medio, y formando contraste con los ya referidos adornos, se destacaba, dibujando mil caprichosos pliegues, el célebre pendon de Santiago, que dió á D. Alonso la victoria en la batalla del Salado. El primer cuidado del espirante monarca, al caer en el lecho de la agonía, fué colocar sobre su cabeza aquella bandera, gloria y orgullo de Castilla: cerca del lecho y al alcance de su brazo, se encontraban, en forma de trofeo, las armas que vistiera en el sitio de Gibraltar, ciudad que deseó arrancar del poder sarraceno, tanto por aumentar sus dominios y disminuir el de los moros, como porque su padre Fernando IV la conquistó años atras valerosamente, aunque á costa de un soldado que valia por ciento, y cuyo nombre era GUZMAN EL BUENO [1]).

Detras de los suntuosos tapices que formaban pabellon, y junto al lecho del rey, estaba Leonor de Guzman, con el rostro oculto entre las manos y el pecho desgarrado por los sollozos, que procuraba en vano contener. Hermosa como nunca, parecia aun mas embellecida por su intenso dolor.

Ella fué la primera que se apercibió de mi llegada: apartó del rostro sus manos bañadas en llanto, y me las tendió como si solo de mí esperase algun consuelo.

— Señor, dijo aproximándose conmigo al lecho del rey: señor, ya está de vuelta el conde de Carrion.

Abrió los ojos Don Alonso, y me alargó una mano que yo besé de rodillas.

— ¿Y la infanta? preguntó con voz sofocada.

— Con mi madre, señor.

— ¿Me traes nuevas de Don Sancho?

— El infante está bueno y sigue al cuidado de Dulcelina.

— ¡Gracias, Alvaro! murmuró Don [illegible] débilmente mis manos.

1) Bolangero.

Despues guardó silencio; pero su ansiosa mirada me hizo conocer que deseaba hablarme algo mas y que sufria por no poder hacerlo delante de tantos testigos.

Entónces me volví al conde de Trastamara, que lloraba siempre arrodillado.

— Haced despejar, señor, le dije: el rey quiere hablarnos sin testigos.

Levantó el niño su doliente rostro, é hizo á los cortesanos una señal llena de gracia y majestad. Instantáneamente se ensanchó el círculo de los nobles, que retrocedieron hasta llegar á los tapices que cerraban la tienda.

— Leonor, dijo el rey tomando una de las manos de vuestra madre: Leonor mia, tu sabes lo mucho que te he amado, y Dios es testigo de que muero amándote con la misma intensidad: sí, en este instante supremo, en que estoy próximo á comparecer ante su divina presencia, no siento en mi corazon remordimiento alguno al hacerte esta confesion. Dios te formó para que te amase y, amándote, he cumplido su santa voluntad.

Detúvose el rey, y sus cadavéricas facciones retrataron un profundo dolor.

— No llores así, hijo mio, dijo aproximando á su pecho la negra y rizada cabeza del maestre de Santiago, que sollozaba cubriéndose el rostro con el manto: no te desconsueles, Juana, añadió tendiendo los brazos á su hija la marquesa de Villena, niña rubia y angelical: y tú, Enrique, mi hermoso y adorado Enrique, consuélate por Dios. Os dejo una buena madre, y un amigo fiel, y desde el cielo velaré por vosotros: mi solo dolor, al morir, es el no poder dejaros á cada uno un dilatado reino.... pero la corona, que heredé de mi padre, pertenece á mi heredero legítimo, el infante Don Pedro....

Un movimiento del conde de Trastamara cortó al rey su discurso: al oir las últimas palabras de su padre, la frente del infante se cubrió de palidez, y brotaron relámpagos de sus rasgados ojos.

— Mi corona es de mi hijo el infante Don Pedro, repitió el rey que advirtió aquel movimiento, con voz lúgubre, pero con acento severo: no lo olvideis, hijos mios, para que merezcais su amistad y proteccion .... no lo olvides, Leonor, para que procures captarte su benevolencia .... sois vasallos suyos.... amadle y.... respetadle como á vuestro rey....

Calló Don Alonso debilitado por la energía con que habia hablado, y su cabeza cayó lívida y exánime sobre los ricos almohadones de brocado. Mas, incorporándose por un último y poderoso esfuerzo, y apoyándose en mis brazos, pudo bendecir á Leonor y á sus hijos y recomendármelos con una expresiva mirada.

Luego alzó la cabeza, radiante de sublime majestad, brilló en sus ojos un rayo de luz, y dejó oir de nuevo su voz:

— ¡Ricos-hombres!.... gritó con acento sepulcral; ¡prelados de mis reinos!.... yo os.... mando.... que lleveis mi cetro y mi corona.... al infante mi hijo!.... ¡¡Larga vida.... al rey Don Pedro ....!! . . . .
. . . .

En este último y supremo grito lanzó Alonso onceno su postrer suspiro.

Al escucharle, cayó Leonor desmayada sobre el cadáver del rey: la marquesa de Villena y el maestre de Santiago, rompieron en llanto amargo, y el conde de Trastamara puso mano á la espada, mirando con ojos secos y furiosos á los nobles que rodeaban el lecho de su padre: mas aquel iracundo movimiento fué dominado pronto por un intenso dolor: el infante lanzó un gemido penetrante, y cayó con la cara contra el suelo: el golpe le abrió la frente, y anchas gotas de sangre salpicaron el blanco manto de maestre de su hermano.

Era la primera sangre de la infinita, que la temprana muerte del gran Alonso onceno hizo verter.

Entre tanto, un heraldo abrió las cortinas de la tienda real.

— ¡El rey Alonso onceno ha muerto! gritó: ¡Castellanos! ¡Leoneses! ¡larga vida al rey Don Pedro!

V.

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Don Sancho, al escuchar los tristes pormenores de la muerte de Don Alonso.

— ¡Ay! esclamó: mi padre no tuvo un solo pensamiento para sus dos últimos hijos! nada para ella, ni para mí!.... Todo para Enrique entónces y ahora.... ¡todo tambien!....

El conde de Carrion besó la mano del infante, profundamente afectado por tan justo dolor, y continuó despues:

— El dia 28 de marzo formó en batalla todo el ejército castellano, para despedir al cadáver de su real caudillo. Iban al lado del féretro los infantes, rodeados de todos los nobles del reino: yo marchaba al lado de vuestra madre, que cabalgaba en un potro cordobes, é iba enteramente vestida de luto.

Caminámos hasta cerrar la noche, y entónces, á una señal del conde de Trastamara, se detuvo la comitiva: algunos ricos-hombres se aproximaron á los infantes, quienes, despues de abrazar á su madre, partieron á Algeciras, con un corto número de parciales. Leonor temia las iras del rey Don Pedro para sus hijos, y los enviaba á aquella ciudad, que sabia les era adicta: yo seguí con la comitiva hasta Sevilla, en cuyo alcázar moraban la esposa y el hijo del rey difunto.

Las exequias de Don Alonso se celebraron con régia pompa en la catedral, siendo despositados sus restos en la capilla llamada *de los reyes*. Doña María de Portugal concedió habitacion á vuestra madre en su alcázar, y la marquesa de Villena fué á reunirse con su esposo, de cuyo lado bien pronto debia ser arrebatada.

En cuanto á vos y á Berenguela, solo vuestra madre y yo sabíamos dónde estabais, y en vano la reina os buscó por todas partes; vos señor, seguiais guardado por Dulcelina, y vuestra hermana permanecia bajo la custodia de mi buena madre, que la hizo bautizar con su mismo nombre, y la amaba con el mayor estremo.

La noche misma del dia en que concluyeron las fiestas, con que se celebró la coronacion de Don Pedro, fué presa vuestra madre y conducida por los ballesteros de maza del rey á la cárcel pública. En vano pedí audiencia al jóven rey, para implorar por ella: se me negó, y la grave enfermedad, que le sobrecogió á pocos dias, imposibilitó toda tentativa de salvacion, porque la reina hizo trasladar á la infeliz cautiva á las prisiones del alcázar para tenerla mas segura.

Una carta, que recibí entónces de Leon, me avisaba que mi anciana madre se encontraba en la agonía y que queria verme: os confieso, señor, que todo lo olvidé con tan triste nueva; sin pensar en Leonor, ni en vos mismo, salí aquella noche, reventando caballos, á recoger la benedicion materna.

Mas ¡ay, que llegué muy tarde! ¡ya no pude abrazar mas que su cadáver helado!

Guardó algunos instantes de silencio el conde, para reponerse de tantas emociones, y luego continuó:

Con la muerte de mi madre quedaba desamparada la tierna Berenguela: no atreviéndome á llevarla conmigo, y no sabiendo qué partido tomar en tan apuradas circunstancias, me determiné á confiarla á los cuidados de una mujer que tenia fama en la ciudad de muy religiosa, y cuyo nombre era Urraca: fijo ya en mi proyecto, esperé con ansia la noche; escribí dos pergaminos iguales, puse en un bolsillo trescientos doblones, y atando uno de los pergaminos al cuello de la niña, con un cordoncito de seda, esperé el momento favorable.

La señora Urraca vivia enfrente de la casa de mi madre; al toque de ánimas, la vi salir y encaminarse á la iglesia:

entónces tomé en mis brazos á la infanta, que dormia apaciblemente, y me dirigí á casa de la anciana: coloquéla con cuidado en el portal, sin que despertase de su dulce sueño, y puse á su lado el bolsillo que contenia el dinero; retirándome luego á la esquina de un callejon inmediato.

Poco tardó en volver la señora Urraca: la noche habia cerrado, y al entrar tropezó ligeramente con el cuerpo de Berenguela, que despertó y se echó á llorar; la anciana llamó á una vecina, y le pidió una luz: bajaron ambas, y comenzaron á hacer esclamaciones, al ver á aquella hermosa criatura abandonada.

Perplejas estaban, pues que ninguna de ellas sabia leer el pergamino que la infanta llevaba al cuello, y que le habian quitado, cuando acertó á pasar por allí un caballero: entónces Urraca le llamó y le rogó que descifrase el pergamino.

No pude entender lo que hablaron: solo vi que la anciana tomó en sus brazos á la niña, haciéndole mil caricias, y se subió con ella, sin dejarse olvidado el bolsillo.

Presa del mas agudo dolor, por dejar á la infanta en manos desconocidas, pero al mismo tiempo dando gracias á Dios por haberme deparado un medio de ponerla á salvo del rencor de la reina, volví á Sevilla y di cuenta á vuesta madre de la suerte de su hija.

Escuchóme ansiosa, mas no bien acabé, cuando esclamó llorando amargamente:

— ¡El asilo de Don Sancho ha sido descubierto, y la reina va hoy mismo á apoderarse de él!.... ¡Corre, Alvaro, corre, sálvale de una muerte segura!

Volé á casa de Dulcelina que nada sabia: os tomé en mis brazos, y os llevé al meson donde me hospedaba, diciendo que erais mi hijo, y siguiendo hasta hoy en esta ficcion es como he podido salvar vuestra vida.

Tres dias despues, partió Don Pedro I para Búrgos, acompañado de toda la corte para ser jurado rey por las cortes de Castilla, y ántes de regresar á Sevilla, se supo que el infante Don Enrique habia salido de Algeciras con direccion á Asturias donde iba á alzar pendones. Doña Maria, que habia

quedado en Sevilla, mandó conducir á vuestra madre á Talavera de la Reina, llamada así por ser ciudad cuyo señorío le habia regalado Alonso XI en el primer año de su casamiento, y dió orden de que se la encerrara en la cárcel.

¡Oh! ¡Con cuán intenso dolor la vi salir de Sevilla! No me permitió que la siguiera, temblando por vuestra vida, y me hizo jurar que me quedaria para guardaros.... ¡Oh, señor! ya no debia yo volverla á ver!....

Diéz meses sufrí, léjos de ella, todos los tormentos de la desesperacion: mi cariño, en vez de amenguarse con el tiempo, habia llegado á formar una parte de mi existencia, y léjos de Leonor faltaba el aire á mi pecho y la luz á mis ojos.

No pudiendo vivir mas sin verla, tomé una resolucion desesperada.

El esposo de Dulcelina habia sido nombrado, por mi influjo con el rey difunto, alcaide del castillo de Carmona, y estaban confiados á su custodia vuestros hermanos Don Juan y Don Fernando, víctimas ya de las iras de la reina viuda: llamé al alcaide y le pregunté si podria guardarme á mi hijo Fernando, miéntras iba á hacer un viaje: prometió que velaria por mi hijo como por los suyos y la buena Dulcelina se os llevó loca de alegría.

Yo la seguí con su marido: elegí para vos una de las prisiones mas seguras, pero cómoda y espaciosa: dejé mucho dinero para vuestro decoro y mantenimiento, y despues de ver á vuestros infelices hermanos, condenados ya á muerte, os abracé con lágrimas; y partí seguro acerca de vuestra suerte.

Llegué á Talavera en una hermosa mañana del mes de febrero de 1351 y me dirigí apresuradamente á la cárcel; pero la encontré rodeada de la guardia de la reina, la cual no me permitió pasar: desesperado y muerto de fatiga, me dejé caer en un asiento de piedra que habia en la puerta del fúnebre edificio, donde permanecí inmóvil y absorto en tristísimas reflexiones.

De repente, un fuerte rumor me hizo abrir los ojos: levantéme y me dirigí de nuevo á la puerta de la cárcel, pudiendo

penetrar en ella entre el tropel que ya no se cuidaban los soldados de contener: la multitud invadió en breve la escalera, pero se apartó para dejar paso á un hombre que bajaba escoltado por los guardias de la reina y que blandia en la mano un puñal ensangrentado hasta el pomo. Era Alonso Fernandez de Olmedo, uno de los escuderos de Doña María.

Con la muerte en el alma acabé de subir la escalera, y corriendo como un loco, llegué hasta un calabozo á cuya puerta se detenian las olas del gentío; yo entré desatentado, y la luz faltó á mis ojos ante el cuadro de desolacion que se me presentaba.

Leonor de Guzman, tendida en el suelo, tenia el pecho traspasado con cinco puñaladas: su cuerpo, cubierto por un vestido de terciopelo negro, nadaba en un lago de sangre que manaba de sus anchas heridas, y que empapaba sus largos cabellos castaños, cuyos espesos bucles llegaban á sus piés.

Arrodillado sobre la misma sangre de su madre, estaba el conde de Trastamara con los ojos fijos y dilatados, los labios cárdenos y erizado el cabello: tenia entre sus manos crispadas una diadema de perlas, manchada con sangre, lo que probaba que acababa de ser quitada de la cabeza de su infeliz madre: en todos los ángulos de la estancia habia centinelas de los tercios de Don Enrique en cuyas vestas se veian los blasones del infante.

— ¿Quién se atreve á llegar hasta el cadáver de mi madre?.... gritó iracundo, levantándose al oir mis pasos, y blandiendo furioso su daga.

— ¡Alvaro!.... esclamó reconociéndome y arrojándose sollozando entre mis brazos. ¡Alvaro.... eres tú!.... ¡Bendito seas, pues que tu vista ha hecho brotar mi llanto!

Don Sancho soltó un largo gemido, y el conde de Carrion dió tambien rienda suelta á sus lágrimas al recordar la cruel y sangrienta venganza de Doña María de Portugal.

Luego que el infante hubo desahogado un tanto su dolor,

hizo seña al narrador para que continuase, el cual lo hizo del modo siguiente:

— Mira, me dijo Don Enrique, mira, Alvaro, lo que ha encontrado el hijo que ha venido desde Asturias á salvar á su madre!.... al mismo tiempo que el infame Olmedo salia por esa puerta, despues de hundir el puñal de la reina en ese noble pecho, entraba yo por la otra para sacarla de la prision!....

— ¿Quién ha recogido su último suspiro? le pregunté.

— ¡Yo, me contestó el infante, con una indescriptible espresion de orgullo y hasta diré de alegría; sus ojos han perdido la luz mirándome, y su mano se ha helado entre las mias, despues de entregarme esta joya húmeda con su sangre!

Al decir estas palabras besó Don Enrique la corona de perlas que tenia en la mano, y la guardó en su limosnera.

— ¡Ah, maldicion sobre tí, Enrique! gritó levantándose con rabia el infeliz Don Sancho: para tí fueron las últimas caricias de mi padre! para tí tambien las últimas de mi madre y el amor de entrambos miéntras vivieron! para tí el cariño de Berenguela, su vida y su razon, porque ambas cosas pierde por tí!.... maldito seas!

— Calmáos, por Dios, señor, dijo el conde: os lo suplico, pues toca ya á su término esta amarga historia.

Despues, aprovechándose del abatimiento en que el infante habia vuelto á quedar, continuó:

— Conseguí, por fin, arrancar al conde de aquel funesto lugar: arrastrábalo ya hácia la puerta por donde habia entrado, y sus ballesteros nos seguian, cuando vino mi escudero bañado en sudor y cubierto el semblante de palidez.

— ¡Huid, señor! esclamó dirigiéndose á Don Enrique: ¡huid, que vienen á prenderos las tropas del rey! Ya han degollado á los infantes en el castillo de Carmona, y quieren que la venganza se cumpla á un tiempo en todas partes.

Yo arrastré al infante por la puerta por donde habia salido el asesino sin encontrar resistencia; montámos á caballo y seguidos de su guardia, salímos á escape de Talavera.

Aquella misma noche, Don Enrique se dirigió á Aragon y yo partí precipitadamente á Carmona, temblando por vuestra vida: os encontré bueno, y cada vez mas hermoso: los infantes Don Juan y Don Fernando, el uno de edad de diez y ocho años y el otro de catorce, habian sido bárbaramente degollados en su prision, sin que vos supierais siquiera que cerca de vos habian existido.

Ya teniais entónces diez años, y me pedisteis muchas veces que os llevase conmigo; pero pude engañaros, y marché á Aragon ansioso de pelear en los tercios de vuestro hermano Don Enrique, para vengar la muerte de vuestra desventurada madre.

Siete años permanecí á su lado, errante como él, y dividiendo su azarosa suerte: al cabo de este tiempo y pensando con razon que ya podriais soportar los peligros de la guerra, le pedí su vénia para presentarle á mi hijo, y obtenida, partí para Carmona llevándoos despues conmigo.

Vos sabeis, señor, el entrañable amor que el infante os profesó desde luego: mil veces, al ver la afeccion que os unia, estuve á punto de declararle el misterio de vuestro nacimiento; pero un secreto impulso me contenia, sin que yo mismo supiera darme cuenta de su causa. ¡Erais tan dichoso á mi lado! Os amaba tanto yo, que tenia celos de que otro tuviera derechos sobre vos.

Por aquel tiempo, supe por las gentes que tenian encargo en Leon de velar sobre la anciana Urraca, que esta habia abandonado la ciudad, por las contínuas vejaciones que sus habitantes tenian que sufrir de las tropas de ambos bandos, y que habia fijado su residencia en Búrgos, poblacion muy pacífica entónces. Berenguela tenia trece años y seguia en compañía de la anciana.

— ¿No te dolia la suerte de esa desdichada niña? preguntó Don Sancho con acento severo.

— Yo daba cada año una gruesa suma para que de nada careciese: Urraca pasaba por una buena y cristiana mujer: solo hoy he podido comprender la dureza de su corazon y la horrible suerte de la pobre niña.

— Cuando yo la vi en su casa, el dia que Enrique entró á curar su herida, parecia muy feliz, observó Don Sancho.

— Tal vez es su sola desdicha el que esa mujer no conoce la inmensidad de su pena, ni el amor que la vuelve loca: desde aquel dia, amó á Don Enrique, y él, que por razones de política, estaba casado con Doña Juana Manuel, le ocultó su nacimiento y su posicion, fingiéndose un simple escudero para poderla ver.

Cuando las fatigas de la guerra y lo avanzado de mi edad me obligaron á buscar el reposo en esta ciudad, vos, señor, enamorado tambien de su niña, desde el dia mismo en que se prendó de ella Don Enrique, alcanzasteis de él permiso para venir á acompañarme, y la habeis visto todos los dias bajo el nombre de Don García, hijo de un hidalgo de Lerma.

— ¿Por qué no declaraste al rey que yo era su hermano, despues de su coronacion?

— ¡Ah, señor! yo sabia que Don Enrique habia clavado su daga en el pecho de su hermano: herido Don Tello, muertos Don Fadrique, Don Juan y Don Fernando, solo vos podiais hacerle sombra y temblé por vuestra vida!

Hoy he visto á la infanta: la desdichada ha perdido casi enteramente la razon, y estoy persuadido de que la causa de esta desgracia es el invencible amor que profesa al rey. Yo puedo reclamar á vuestra hermana con el pergamino que escribí y que tengo en mi poder, del todo igual al que puse á su lado cuando la deposité en casa de Urraca. ¿Qué debemos hacer, señor? Decidlo vos, mandad.

Calló el conde de Carrion, esperando la contestacion del infante: mas este, con la frente apoyada en la mano, permaneció silencioso é inmóvil.

— ¡Muera yo! dijo por fin el generoso jóven, levantándose de súbito, y clavando sus ojos en el cielo: muera yo, si no puedo dominar ese fatal amor, pero al ménos sálvese la honra de mi hermana, y sálvese mi hermano de cometer el mas horrible de los crímenes.

Luego, mirando de nuevo al anciano, preguntó:

— ¿Tienes alguna prueba que atestigüe el nacimiento real de Berenguela y el mio?

— Ninguna, señor: vuestro padre confiaba enteramente en mi lealtad, y no me dió documento ni escrito alguno para la seguridad de sus hijos: lo rápido é inopinado de su muerte no le dió lugar á tomar ninguna medida acerca de este punto.

— En cuanto á mí, nada me importa: pero ¿es posible que no ha de haber un medio de probar al rey que Berenguela es hermana suya, para contener su pasion?

— No existe medio en lo humano para convencerle de ello, á no ser que él me crea por mi palabra.

— ¡Dios tenga piedad de mí! murmuró Don Sancho. Busca el pergamino, conde, prosiguió: búscale y vé inmediatamente á reclamar á la infanta; y como advirtiese un movimiento de espanto, que Don Alvaro no pudo contener, añadió con tristísima sonrisa:

— Nada temas, conde; no la veré: por la memoria del rey, mi padre, te juro que sabré ser, como tú, mártir de mi propio corazon.

Nada contestó el conde, contentándose con inclinarse profundamente delante del infante: despues tomó la lámpara de plata y acompañó á Don Sancho á su propia estancia, decorada ya con la suntuosidad conveniente al rango del infante, profusamente iluminada y custodiada por una guardia de honor de los hombres de armas de Don Alvaro.

La primera luz del alba empezaba á aparecer cuando llegaron á la puerta del aposento: los soldados presentaron las armas al regio huésped, y no bien se hubo cerrada la puerta tras él, fuese el conde precipitadamente á su aposento, abrió un armario secreto y tomó un pergamino enrollado, igual al que le mostrara en su casa la señora Urraca: embozóse en su manto, y se dirigió á la morada de aquella.

La puerta abierta le dió fácil acceso hasta su miserable estancia; pero la anciana dormia, y el conde tuvo que esperar algunos instantes.

— Vengo á buscar á Berenguela, señora Urraca, le dijo: ahí teneis el pergamino que me autoriza á llevármela, y dos-

cientos doblones, como una última prueba de la generosidad y reconocimiento de sus padres.

— ¡Cómo! ¿Venís á buscarla? dijo la anciana en cuya fisonomía se pintó claramente el disgusto que experimentaba en perder la crecida suma que le daban cada año, por atormentar á la desdichada niña; pues en verdad, en verdad que me alegro en el alma, porque está loca de remate. ¡Berenguela, Berenguela! gritó ocultando codiciosamente en su bolsillo el oro que acababa de recibir. ¡Berenguela!.... despierta, muchacha!

Al decir esto, abrió la cortina que servia de puerta al dormitorio de la doncella: mas el conde y la infame guardadora arrojaron un agudo grito.

La infanta no estaba en el dormitorio. Habia desaparecido.

PARTE SEGUNDA.

EL MARTIR DEL CORAZON.

> **La fatalidad abre heridas en el corazon que solo puede cerrarlas la muerte**
> **. . . . .**
> **. . . Casi siempre el mundo castiga inhumano á la virtud; pero el martirio, que esta sufre en la tierra, es la llave de las puertas del cielo; y es que la virtud tiene rasgos que las mezquindades humanas hacen que se escapen á la débil penetracion del hombre, y no pudiendo apreciarlos mas que Dios, tan solo á Dios le es posible darles la recompensa.**
>
> (José Marco. — *Cartas á la autora.*)

I.

Era cerca del anochecer, y un frio intenso se dejaba sentir en las calles de Toledo. Elevábase soberbio el alcázar de los reyes de Castilla, y sus estancias se iban iluminando poco á poco.

Aquel suntuoso edificio, tan silencioso y lúgubre durante el reinado de Pedro I, como todos los que este habitaba, veíase ahora risueño y animado: á los terribles ballesteros de maza, habia sucedido la elegante guardia de Enrique II *el Dadivoso;* á las sombrías figuras de los escuderos de D. Pe-

dro, los hermosos pajes y los gallardos donceles, algunos de los cuales llevaban su laúd para divertir los oidos de la hermosa reina, que se solazaba en estremo con sus trovas, ó para acallar el llanto del infante Don Juan, niño de pocos años.

A través de los tapices mal corridos de los balcones, se dibujaba de cuando en cuando la esbelta y graciosa figura de una dama de honor que pasaba al tocador de la reina: otras veces, un camarero atravesaba los salones con una lámpara encendida en cada mano, despidiendo la brillante llama mil chispas, al reflejarse en el oro luciente del pebetero que la contenia.

Aquella noche habia gran recepcion en el alcázar. Enrique II recibia á todos los embajadores de la naciones aliadas, y á todos los enviados de las ciudades de sus reinos, que no habian podido aun felicitarle por su advenimiento al trono, á causa de su vida errante; ademas, él mismo habia aplazado esta ceremonia para cuando se reuniese con su muy amada esposa Doña Juana Manuel, bella y angélica criatura, que solo contaba 20 años de edad.

Tres dias despues de llegar la reina y el infante á Toledo, á donde habian ido desde Búrgos, se reunió con ellos D. Enrique, dejando á Sevilla despues de convocar cortes en aquella ciudad, y de hacerse reconocer por ellas.

En la tarde, de que vamos hablando, hacíanse grandes preparativos en el alcázar: la audiencia estaba señalada para las nueve de la noche, y el salon de embajadores quedó á las siete magníficamente decorado é iluminado.

Era el dia 4 de marzo: la luna clara y hermosa iluminaba los góticos torreones del alcázar, que se dibujaban en el empedrado pavimento.

A las ocho empezaron á llegar los cortesanos, prelados y ricos-hombres del reino, cada uno con lucido séquito de pajes, donceles y escuderos; algunos se detuvieron á las puertas del alcázar formando grupos, y entreteniéndose en várias conversaciones.

De súbito, un confuso rumor los hizo enmudecer, y bien pronto, no fué solo el oido el sentido que les quedó suspenso,

porque fijaron todos sus ojos en el estraño espectáculo que se les presentaba.

A la luz de la luna, divisaron á una mujer que corria, perseguida de cerca por una turba de muchachos: la infeliz llevaba los piés descalzos y ensangrentados, y cuando se aprocsimó á los nobles, todos ellos pudieron ver que estaba flaca y pálida en estremo.

Los traviesos muchachos la seguian cada vez mas de cerca, gritando descompasadamente:

— ¡La loca...! ¡La loca...!

Por fin llegó la desdichada á las puertas del alcázar: casi muerta de terror y de fatiga, fué á refugiarse en el grupo de ricos-hombres que tenia mas próximo, y dejándose caer de rodillas, gritó con voz lenta y sofocada:

— ¡Tened piedad de mí...! ¡me arrojan tantas piedras...! ¡me lastiman tanto...! ¡van á matarme...!

— ¿Quién es esta mujer? preguntó D. Pedro Gonzalez de Mendoza, á D. García de Albornoz.

— No sé, contestó el interpelado: no la conozco... ¡calle!.. se ha desmayado, aquí, á nuestros piés... ¡estamos bien, por Dios!

— ¿Cómo bien? vámonos y....

— ¿Dejándola así?

— ¡Pues no! ¿qué quereis hacer con ella?

— ¡Pobre infeliz! murmuró D. Pedro Gutierrez: veamos siquiera qué cara tiene.

El caballero levantó la cabeza de aquella desgraciada, la apoyó en sus rodillas, y la luna iluminó de lleno el semblante que queria ver.

— ¡Por Dios Santo, que es el ángel mas hermoso que puede hallarse en la tierra! esclamó Don Pedro. ¡Qué cabellera tan sedosa, negra y rica! ¡Qué ojos, aun cerrados! ¡qué tez! ¡qué facciones todas! ¡Este divino rostro tiene un conjunto de sublimidad, sencillez y misterio, que yo no he visto jamas!

Bien hubiera podido seguir en sus alabanzas durante largo rato el caballero, sin que nadie le interrumpiese: los corte-

sanos contemplaban absortos la soberana belleza de aquella jóven, á quien los muchachos llamaban *la loca.*

Parecia no pasar de esa dichosa edad en que el corazon vive solo de ilusiones: su traje de luto era el de las villanas de Castilla, pero destrozado y hecho giras; sus piececitos, que cabian en una sola mano de aquellos grandes señores, y que parecian formados de mármol de Carrara, estaban descalzos, y cruzados por sangrientos surcos: sus brazos y sus manos eran delgados en estremo, sin que por eso hubieran perdido sus suaves y hermosos contornos; sus largos cabellos negros, lucientes y rizados, estaban destrenzados, envolviéndola como en un manto de seda, y se veian ceñidos por una riquísima joya de estraña forma: era una diadema de tres hilos de gruesas perlas, abrazadas en medio por un joyel de diamantes de incalculable valor.

— ¡Soberbia alhaja! dijo uno de los prelados: mirad qué divino contraste hacen esas perlas, con el azabache de su cabellera.

Un movimiento de la jóven fijó la atencion de todos; abrió los ojos, y dirigió en torno suyo una mirada de asombro y de afliccion; levantando despues la cabeza, apartó los abundantes rizos que cubrian su frente, y observó medrosa toda la estension de la plaza.

— ¡No están ya...! ¡Gracias á Dios que se han ido! murmuró, exhalando un suspiro de consuelo.

— ¿A quién buscais, niña? preguntó D. García de Albornoz.

— Miraba, señor, contestó con voz dulce y triste, si me esperaban aun aquellos muchachos que tanto me han maltratado.

— No los temais, ya los hemos hecho huir.

— ¡Ah, gracias, señores, gracias! esclamó ella cruzando las manos: ¡Dios os lo pague!

— ¿De dónde venís, niña?

— De Búrgos.

— ¿Cómo os llamais?

— Berenguela.

— ¿Berenguela de qué?

— Creo que no tengo apellido: á lo ménos no lo conozco yo.

— ¿Qué edad teneis?

— Diez y nueve años.

— ¿Qué venís á hacer á Toledo?

— He venido á buscar á Florestan.

— ¿Quién es Florestan?

— Un hombre que me amaba mucho, y á quien yo amo con toda mi alma.

— Para estar loca, dijo un obispo, habla con demasiado concierto.

— ¡Loca! repitió Berenguela estremeciéndose: ¿verdad que no estoy loca, señor? ¡Oh, decidme, por Dios, decidme todos que no! ¡loca! ¡loca! mi madre aseguraba que lo estaba, y por no perder la razon, á fuerza de oírselo decir, huí de Búrgos.... y ahora en los tres dias que voy recorriendo todas las calles de Toledo en busca de Florestan, ¡las gentes que me ven me llaman tambien la loca, me persiguen y me maltratan...!

— ¡Pobre jóven! ¿y á dónde os dijo Florestan que se iba?

— El se fué con el rey de Castilla cuando salió de Búrgos, hace trece meses: con el rey debe estar, y yo he oido decir que S. A. está en Toledo. ¿Podeis, buenos señores, decirme dónde vive?

— ¿Quién?

— El rey.

— Aquí, dijo sonriendo y señalando al alcázar, uno de los cortesanos.

— ¡Ah, pues entónces aquí encontraré á Florestan! gritó Berenguela, precipitándose hácia la puerta y penetrando en el primer patio.

— ¡Buena la habeis hecho, Don Nuño! dijo Gonzalez de Mendoza: por culpa vuestra va á armarse un escándalo en el alcázar.

— No la dejarán pasar, dijo otro noble, pero sigámosla de cerca: esa pobre niña me interesa.

Los nobles siguieron á Berenguela y se detuvieron observando en el patio primero, donde, en efecto, ya la habian detenido los primeros guardias del rey.

II.

Los cortesanos no quisieron avanzar, á fin de que su presencia no embarazase á los soldados.

— Se acabó; dijo uno al ver que el coloquio entre estos y la jóven se prolongaba; de ahí no pasa.

No fué así, sin embargo: quitóse la doncella su riquísima diadema, y la mostró á los soldados diciendo algunas palabras; á la vista de aquella joya, se apartaron, abriéndole paso y pudo llegar hasta la suntuosa escalera, tapizada é iluminada.

Allí habia otra guardia: Berenguela presentó la diadema que conservaba en la mano, y pasó tambien, llegando hasta el peristilo. Su talisman le abrió paso igualmente por enmedio de los soldados, escuderos y pajes que llenaban las galerías y que la miraban asombrados.

En el momento en que Berenguela ponia el pié en la primera antecámara, el reloj del alcázar dió lentamente las nueve de la noche: el eco de los clarines y atabales que retumbó en los patios, se confundió con las últimas vibraciones de la campana, y anunció á los nobles que habian llegado las embajadas, y que estaba abierta audiencia.

Consternados los cortesanos por haber faltado á la etiqueta, aceleraron su marcha y penetraron en la cámara real, á fin de rodear el trono ántes que llegasen los embajadores, que ya subian la escalera.

Berenguela los vió pasar uno á uno tranquilamente, y siguió en pos de ellos, abriéndole paso su corona de perlas.

Enrique II recibió á los cortesanos con su grata y benévola sonrisa, á pesar de su tardanza; estaba sentado en el solio, y vestia un riquísimo traje de ceremonia: su túnica de púrpura, larga hasta la garganta de sus pequeños piés cal-

zados con borceguíes de brocado bordados de oro, estaba bordada igualmente en su derredor de riquísima pedrería, y sujeta con un ceñidor de oro: llevaba el manto real prendido en el hombro derecho con un broche de diamantes, y su corona era de una riqueza deslumbradora.

Sentada junto á Enrique II estaba su esposa, vestida con un suntuoso traje de seda y oro, y recogidos sus rubios cabellos en una redecilla de corales, que remataba, junto á la frente, en una corona de oro y pedrería.

Ya que hemos hecho el retrato del rey cuando enamoraba á Berenguela bajo el fingido nombre de Florestan, digamos algo de la reina, de esa bella y virtuosa princesa, tan injustamente olvidada por casi todos los historiadores.

Llegaria apénas Doña Juana á los 20 años: era de estatura mas bien baja que alta, y de formas delicadas y esbeltas; la pura y suave blancura de su semblante oval estaba animada por sus grandes ojos azules y limpidos que brillaban bojo los tendidos arcos de sus cejas pobladas, sedosas y de un hermoso color castaño; sus cabellos, tambien castaños y abundantes, estaban peinados en gruesas trenzas, y se escapaban por debajo de la red en numerosos rizos: formaba su boca un arco de coral, y su nariz parecia robada al rostro de una estatua griega.

En su bella y simpática fisonomía, solo se descubria el sello de la mas dulce bondad, cuando estaba tranquila; no obstante, el orgullo era la pasion dominante en el alma de aquella jóven, y al mas leve choque, chispeaban sus ojos, encendíanse sus mejillas, y su frente se cubria de un subido carmin.

Sabia que Don Enrique se habia casado con ella por razones de estado, una de las cuales fué el deseo de procurarse el auxilio de su padre Don Fernando Manuel, poderoso señor, que mas de una vez le libró de las asechanzas del rey su hermano, y aunque á la sazon solamente contaba Doña Juana doce años, no se escaparon á su perspicacia las miras del infante al unirse á ella.

La hija de Don Fernando Manuel, retirada en uno de los

castillos de su padre desde el dia de su casamiento, no pensó en su esposo durante los tres primeros años de su matrimonio: mas al cumplir quince, su orgullo de mujer y su dignidad de princesa se rebelaron, y escribió á Don Enrique que queria reunirse á él. Sabido es que, al ir á donde su esposo la esperaba, cayó en manos del rey Don Pedro, y que este la retuvo en su poder hasta que uno de sus camareros se la robó, seducido por el oro de Don Enrique, y la acompañó hasta Aragon, donde se hallaba el infante.

Poco tiempo despues, volvió á separarse de ella, por el nuevo giro que tomaron los negocios políticos. Doña Juana permaneció en la corte de Pedro IV *El del Puñal*, y en vano todos los magnates de Aragon rindieron un tributo de amor á su belleza: la condesa de Trastamara, que ya habia dado á luz al infante Don Juan, se mantuvo fiel á su esposo, escudada por su austera virtud, no obstante su tierna edad, y permaneció en Zaragoza hasta la muerte de Don Pedro I de Castilla: entónces marchó á Búrgos para asistir á la coronacion de su esposo, por rey de Castilla y de Leon: mas aunque sospechaba todas las intrigas amorosas, en que tan fecunda fué la juventud de Don Enrique, y aun llegó á saber algunas con certeza, no le habló, á fuer de mujer orgullosa, de ninguna de ellas, y siguió amándole, no con pasion, pero sí con el tranquillo cariño que siempre le habia profesado: ademas, nada sabia de los amores de Berenguela, que era realmente la única mujer, inclusa la suya, que habia logrado conmover hondamente el corazon del versátil Enrique II.

Perdónesenos esta digresion, necesaria para dar á conocer algun tanto á la reina de Castilla, en el momento de presentarla á nuestros lectores, y volvamos á ocuparnos de la cámara real.

A la derecha del rey estaba en pié un rico-hombre, que tenia en los brazos al infante Don Juan, vestido de gala.

No bien acababa de colocarse cada uno en el sitio marcado por la etiqueta, cuando se oyó á lo léjos un confuso murmullo, mezclado con voces de mujer. Era que la guardia de la antecámara no dejaba pasar á Berenguela.

Miráronse los cortesanos haciéndose señas de inteligencia: mas el rey, absorto en acariciar á su hijo, que reia á carcajadas, no se apercibió de ello. Divertíase el monarca en golpear con su cetro las tiernas mejillas de su hijo, y el frio contacto del oro redoblaba la risa del infante, en vez de hacerle llorar: diríase que el regio niño adivinaba que aquel juguete era el signo de su futura grandeza.

Pero, al fin, creció tanto el tumulto, y se percibieron tan claros los sollozos de una mujer, que el rey levantó la cabeza, y Doña Juana escuchó con atencion.

— Id á ver qué sucede, Hernandez, dijo Don Enrique á un jóven gentil-hombre, que salió al instante.

Mas aun no habia tenido tiempo de llegar á la ante-cámara, cuando se oyó la severa voz de Alvar Perez de Guzman, capitan de guardias del rey.

— Yo os mando que la dejeis pasar, gritó con acento que no admitia réplica. Hace once meses que S. A. me dió terminantemente esa órden, y yo ni olvido ni contravengo jamas las órdenes del rey.

El murmullo cesó, y un instante despues se precipitó Berenguela en la cámara real.

Venia la infeliz pálida y desmelenada: sus desnudos y heridos piés dejaban en pos de ella sangrientas huellas: sus delicadas muñecas estaban enrojecidas por los bruscos estrujones de los soldados, y su espalda, que pudiera servir de modelo para una Vénus, estaba macerada y llena de manchas cárdenas, muestra clara de los golpes con que la habian maltratado: en su hombro izquierdo se veia una ancha y profunda herida, que, por su forma particular, atestiguaba haber sido hecha por una daga.

Solo el semblante se conservaba puro, hermoso, sublime: aquella criatura, arrojada así en medio de aquella régia magnificencia, entre aquellos torrentes de seda, luz y pedrería, parecia el ángel del dolor, enviado por Dios para advertir á los grandes de la tierra lo engañoso de los goces mundanos.

Berenguela llegó al centro del salon de embajadores y no se inmutó, ni dió muestra alguna de asombro; tendió su vista

por toda la estancia, y dió algunos pasos mas hácia el grupo que rodeaba el trono, el cual estaba situado en el estremo de la cámara que daba frente á la puerta de entrada.

Entónces sus grandes y tristes ojos se fijaron en el solio y en la persona que le ocupaba como el punto mas culminante; durante algunos momentos, clavó sus miradas con indefinible afan en el rostro del monarca, que se habia puesto en pié al verla entrar, y por fin se dejó caer en sus brazos, gritando con un acento arrancado á lo mas íntimo de sus entrañas:

— ¡¡Florestan!!...

Los nobles se miraron unos á otros, atónitos y consternados: habian adivinado quién era el amante de la desdichada niña, y cuál era la causa de su enajenacion mental: habian visto á la reina levantarse ante aquella aparicion, con los ojos espantados, y su fisonomía descompuesta les presagiaba que pronto debia estallar el huracan que destrozaba su alma.

En cuanto al rey, la sorpresa le habia dejado inmóvil al ver entrar á Berenguela; mas al eco dulce de aquella voz, un mundo de profundas sensaciones y de ternísimos recuerdos se levantó en su alma, y abrió sus brazos á la doncella, que reclinó en el pecho del rey la abatida cabeza.

— ¿A qué has venido aquí, pobre niña? murmuro Don Enrique al oido de Berenguela.

— He venido á buscarte, Florestan... dijo la jóven con el acento débil, lento y dulcísimo que le era peculiar, ¡te he esperado tanto tiempo!... y luego... cuando perdí la esperanza de que volvieras, creí que enviarias á buscarme y torné á esperar con paciencia.... pero me sentia morir y he querido verte... ¡ántes de dejar este mundo!...

Apénas se percibieron las últimas palabras de la doncella, su palidez se hizo mas intensa, y quedó inmóvil y yerta entre los brazos del rey.

— ¡Don García de Albornoz! gritó la reina dirigiéndose á su capitan de guardias: ¡quitad de mi vista á esa mujer!

— ¡Sus señorías, los enviados de la buena ciudad de Leon! anunciaron los camareros, levantando los tapices de la puerta,

para dar paso á una brillante comitiva de arrogantes caballeros, con los blasones de Leon en las vestas.

— ¿No me habeis oido, Don García? repitió Doña Juana irguiéndose altanera al ver que el capitan permanecia inmóvil y que los embajadores de todos los países, que ya llenaban el salon, contemplaban suspensos el estraño espectáculo que ofrecia aquella mendiga en los brazos del rey. ¡De órden mia detened presa á esa mujer!..

Adelantóse Don García con inseguro paso hasta las gradas del trono, y esperó á que el rey le entregase á Berenguela.

— ¡Atras! ¡señor capitan! gritó con imperiosa voz un caballero leonés que salió del grupo de los enviados. ¡Paso al conde de Carrion! ¡nadie mas que él puede guardar á la infanta de Castilla

— ¡La infanta de Castilla! repitió la reina con temblorosa voz, y dejándose caer en su asiento.

Entónces, aprovechándose el conde del asombro que esta revelacion produjo en el rey, tomó á Berenguela en sus brazos, y atravesó con ella el salon por enmedio de la asombrada multitud.

III.

Eran las doce de la noche en que Enrique II habia recibido á los embajadores de las naciones aliadas; la luna, que habia alumbrado la entrada de las comitivas en el alcázar, se habia ocultado ya, y únicamente un sucio farolillo, que ardia ante una imágen del crucificado, daba alguna claridad á la plaza en que estaba situado el regio edificio.

Acababa de sonar la hora de las apariciones cuando se abrió cautelosamente la puerta del alcázar, y dos hombres salieron á la calle, cerrándose inmediatamente la morada de de los reyes.

Uno de aquellos hombres era el mismo Florestan, que algunos meses ántes vimos salir del alcázar de Búrgos en una

helada tarde de invierno, y dirigirse á casa de la señora Urraca para ver á Berenguela. Llevaba el mismo modesto traje gris, y el mismo ancho manto negro que aquel dia lo cubria; solo su cabeza estaba resguardada esta noche por un sombrero de anchas alas.

El otro era un personaje de elevada y robusta estatura, bigotes canos y altanero semblante; llevaba un manto gris, una gorra sin pluma, y una larga espada pendiente de un ancho talabarte.

— ¿Nos abrirán, Nuño? preguntó Don Enrique á su acompañante.

— Espero que sí, señor, contestó el interpelado; llamaré yo, y creo que el conde de Carrion nos recibirá, á pesar de que siempre nos hemos odiado recíprocamente.

— ¡Por Dios, que si no aclaro pronto este misterio, voy á volverme loco, Sandoval! esclamó el rey con doloroso acento.

— Yo ayudaré á V. A., señor: segun mi pobre inteligencia, no hay aquí misterio alguno: el ambicioso Don Alvaro, que reinó absolutamente en el ánimo de vuestro padre, brama ahora de furor, porque no domina del mismo modo á su hijo; pero su rabia no le ofusca hasta el estremo de impedirle urdir alguna trama que le conquiste el puesto que ambiciona.

— Sin embargo, Nuño, el conde era el mejor amigo de mi padre, y tiene dadas pruebas de que no es ambicioso, como tú le llamas; cuando murió Don Alonso, en vez de hacerse partidario de Don Pedro para medrar, vino á mis tercios, y defendió bravamente mi causa, aunque yo, pobre y errante, nada podia darle: mas de una vez he tenido que recurrir á sus rentas, en medio de mi escasez, y su bolsillo y su vida han sido siempre del bastardo desvalido.

— Es que adivinaba que el infante errante y perseguido seria ántes de mucho el poderoso rey de Castilla y de Leon, dijo el pérfido Sandoval, evitando con una astucia, llena de delicadeza, el repetir á Don Enrique el título de bastardo con que él mismo acababa de nombrarse.

El débil monarca guardó silencio algunos instantes, con-

vencido á medias por las traidoras razones que empleaba, en daño del conde de Carrion, su actual privado Don Nuño de Sandoval.

— ¿Qué podia inducirle á tal creencia? dijo al fin. ¿Cómo podria preveer Don Alvaro que llegaria á ser mio el trono de mi padre?

— El conde de Carrion, señor, ha estado siempre demasiado informado de cuanto pasa en el reino, para que le fuese desconocido el odio que todo él profesaba al cruel y sanguinario Don Pedro; y su buen juicio le decia que, tarde ó temprano, este odio acabaria por derribar del trono á vuestro hermano.

— ¿Luego, concedes talento, al ménos, al conde de Carrion?

— Le concedo tanto, señor, que os encargo, con todas las veras de mi alma, que esteis muy sobre aviso, y que no cedais un punto ante él.

— En efecto, murmuró el rey; si hay trama aquí, debe ser colosal, porque no se toma en boca como quiera la sangre real de Castilla.

El silencio no volvió á interrumpirse, hasta que ambos personajes llegaron á una casa de gran apariencia, situada cerca de la plaza mayor.

— Aquí es, señor, dijo Don Nuño deteniéndose y preparándose á llamar: esta casa tiene todas las señas que me ha dado el escudero de Don Alvaro.

— Llama pues, y ya sabes lo demas.

Sandoval sacudió fuertemente el aldabon, y á poco, una voz vigorosa preguntó desde adentro:

— ¿Quién va?

— Dos caballeros que desean ver al conde de Carrion para un asunto muy importante, contestó Don Nuño.

Notóse que se alejaba la persona que habia preguntado, y un instante despues volvieron á sentirse pasos próximos: la puerta se abrió, y dos escuderos precedieron con bujías á Don Enrique y su privado, hasta la estancia del conde.

Este se levantó cortésmente para recibir á su visita, y á

una seña suya, desaparecieron los servidores. El rey se despojó del manto y del sombrero, imitándole Don Nuño, y ambos mostraron sus fisonomías al conde.

— ¡Ah, señor! esclamó este, ¡cuán grande merced me hace V. A. dignándose honrar mi casa!

— Esta honra no debe ser nueva para tí, Alvaro, porque sabes que te la he concedido muchas veces, dijo el rey con dulce gravedad: ademas, el caso que ahora motiva mi visita es harto importante tambien, y yo hubiera dejado á un lado toda clase de consideraciones, aun cuando no te amase como te amo.

— Ya sé yo que, en otro tiempo, me amaba mucho V. A., dijo el conde con ternura, y fijando en los ojos del monarca los suyos humedecidos.

— Hoy te amo lo mismo, Alvaro, créeme: tu quebrantada salud te impidió permanecer á mi lado, pero hoy, que la creo recobrada, vengo á rogarte que vuelvas á él.

La frente de Sandoval enrojeció de ira, en tanto que la de Don Alvaro brilló con un rayo de dicha.

— ¡No volverá á ocupar sitio tan alto, por quien yo soy! murmuró el primero.

— ¡Dios os bendiga, señor! esclamó el segundo con toda la efusion de su alma.

— Pero ántes, Alvaro, continuó el rey, ántes es preciso que me aclares un terrible misterio que en vano me afano por comprender. ¿Dónde está esa jóven que sacaste desmayada de mi alcázar esta noche?

— Cerca de nosotros, señor.

— ¿Por qué le diste el título de infanta de Castilla?

— Permítame V. A., dijo el conde, que no le conteste hasta que estemos solos.

Y su severa mirada se posó en Don Nuño, que la sostuvo con altanería.

— ¿Por qué? preguntó el monarca, en cuyos ojos chispeaba ya la ira.

— Por razones que luego aprobará V. A.

— Salid, Sandoval, dijo el rey á su favorito, que se mordió los labios hasta hacerse sangre.

— La jóven á quien esta noche di el titulo de infanta de Castilla, lo es efectivamente, señor, dijo el conde así que la puerta se hubo cerrado, y despues de asegurarse por sí mismo de que Don Nuño no podia oirle. Es hija, como V. A., de Don Alonso XI, y de Doña Leonor de Guzman.

— ¡Mientes, miserable! gritó el rey, levantándose con los puños crispados y los ojos brillantes de furor, al oir las terribles palabras que acababa de proferir el conde. ¡Mientes, sí, y tu solo designio es apartar de mí á esa mujer que te juro ha de ser mia!

— Berenguela es hermana de V. A., señor, y por la memoria de su padre os juro yo tambien que jamas será vuestra manceba.

El rey y el anciano conde se encontraron en pié, frente á frente, en actitud amenazadora y lanzándose miradas iracundas.

— ¡Pruebas de lo que dices! murmuró Don Enrique con voz sofocada.

— Ninguna existe: vuestro padre me confió la infanta, fiando solo en mi honradez.

— ¿Quieres hacerme creer que un padre abandona á su hija, sin darle una seguridad para el porvenir?

— Don Alonso no abandonó á su hija, confiándola á mi cuidado.

— Escúchame, Alvaro, dijo el rey, haciendo un violento esfuerzo para serenarse: basta lo que has dicho para que yo desista del propósito de hacer mia á esa jóven; basta, sí, el haberte oido decir que era hermana mia, para cambiar la naturaleza de mi pasion... Pero nada hay en el mundo capaz de apagarla. Ella es la única mujer que ha hecho latir mi corazon... la única que ha despertado mis pasiones dormidas.... Cuando la encontré en mi camino, ya estaba próximo á desistir del propósito de apoderarme del trono de mi hermano, porque ningun monarca cristiano queria ayudarme en mi empresa; pues bien, por esa mujer doblegué mi altivez

hasta pedir auxilio á la Francia; por esa mujer, sin dinero, y casi sin soldados, me propuse ser rey: sí, por ornar su frente de grandeza, ambicioné el trono de Castilla, y para conseguirlo, hundí mi daga en el pecho de mi hermano. Por ella he arrostrado los remordimientos, que sin cesar me persiguen, y estos remordimientos, Alvaro... ¡solo en su presencia se aduermen ó se acallan!...

— ¡Desdichado! murmuró el conde de Carrion, cubriéndose el semblante con las manos.

— Sí, tienes razon, Alvaro, soy muy desdichado: no intentes, pues, quitarme el único bien que me resta... Dáme esa mujer, Alvaro, dámela; yo te juro que, aunque no creo que es hermana mia, la respetaré como á la madre de Dios: ni aun mi mano tocará á la suya... Solo quiero que viva bajo el mismo techo que yó; tan solo ansío hablarle todos los dias, ver cerrar sus párpados al sueño, verla despertar!... beber en sus ojos la vida, y en su dulce sonrisa la tranquilidad que falta á mi conciencia... ¡Alvaro, Alvaro!... ¡yo necesito á esa mujer!...

— Yo no puedo dárosla, señor.

— ¡Vive Dios!...

— Es vuestra hermana.

— ¿Quién me lo asegura?

— Mi palabra de cristiano y caballero.

— ¡No me basta! gritó el rey ebrio de furor: ¡no me basta, villano, porque tu ambicion actual ha ahogado tu antigua hidalguía!...

— ¡Ah!... esclamó el conde, llevando ambas manos al corazon, como si hubiera recibido en él un golpe mortal. Y el infeliz anciano rompió á llorar amargamente.

Mas el rey no pudo reparar en el efecto que su cruel injuria habia producido: furioso como el leon encerrado en una jaula, daba vueltas por la estancia lanzando sonidos inarticulados.

— ¡Berenguela! gritó al fin, ¡Berenguela...! ¿donde estás que no oyes mi voz...?

Y arrojándose casi falto de razon á la puerta de la estancia, la abrió impetuosamente, y echó á correr por las

largas galerías llamando á la infanta con voces descompasadas.

— ¡Detenéos...! gritó el conde que le seguia de léjos, y que le vió pararse junto á una puerta cerrada, que ocupaba el estremo de una galería. Pero era tarde: la puerta, sacudida por el frenético Enrique, se abrió de par en par, presentando á la vista el aposento de la infanta.

— ¡Hola, Sandoval! ¡mis ballesteros aquí! gritó el rey ántes de penetrar en la estancia.

Don Nuño salió de otro aposento cercano, atrevesó la galería, y desapareció en la escalera, alumbrado por teas de resina.

IV.

Dormia la infanta tan profundamente, que no oyó entrar al rey, ni á D. Alvaro: su lecho virginal, blanco como las paredes y el pavimento de su dormitorio, estaba débilmente alumbrado por una lámpara de plata; su negra cabellera, recogida en dos gruesas trenzas, hacia inclinar hácia atras su cabeza; pálido como un busto de mármol estaba su semblante, y solo animado por la riquísima y poblada franja de sus largas pestañas negras; su maltratada espalda y sus magullados brazos estaban modestamente velados por una almilla de finísima tela, al traves de la cual se divisaba el vendaje que cubria su hombro herido: veíase en su semblante el sello de un sufrimiento desgarrador, y estaba tan descolorida como la triple diadema de perlas que ceñia su frente.

Don Sancho velaba recostado en un sitial, que habia á la puerta del oratorio, y medio oculto entre los tapices; el hermoso rostro del infante estaba horriblemente pálido: diríase que en el tiempo que habia pasado, desde la revelacion de su nacimiento, habia vivido una larga existencia de dolor y de pesares.

Ya no tenian brillo sus grandes ojos, ni color su seductora boca: fruncidas sus cejas convulsivamente, formaban una

ancha cinta de terciopelo y hacian mas amarga su desoladora mirada.

Al ver á D. Enrique, que se precipitó impetuosamente en la estancia, se levantó, y su hermosa fisonomía se animó con una terrible espresion de ira; temblaron sus labios y aumentó su intensa palidez: pero no dió un paso para acercarse al rey, y permaneció silencioso é inmóvil.

No así el conde, que fué á situarse junto al lecho de la infanta, en actitud-amenazadora: esta habia hecho un movimiento, sin despertar de su letárgico y doloroso sueño.

En cuanto al rey, detúvose atónito al ver á Don Sancho, porque estaba muy léjos de esperar encontrarle en aquel sitio; creíale en Búrgos en el palacio de su padre, porque, para él, todavía era D. Fernando Garcés hijo del conde de Carrion.

Su sorpresa, pues, al encontrarle allí, fué tan viva, que solo se disipó algun tanto cuando el aguijon de los celos hirió su corazon: su mente se iluminó súbitamente, y el amor de aquel jóven por Berenguela fué tan claro para él como el motivo que movia á D. Alvaro á disputarle la posesion de la doncella: á su modo de ver, el conde la guardaba para su hijo único y querido, para aquel hijo á quien sabia que amaba con tan entrañable pasion, que no pocas veces se habia admirado de afeccion tan fuerte, no obstante la que él mismo habia debido á su padre, el buen Alonso XI, de quien era el hijo predilecto.

En su terrible obcecacion, vió tambien el motivo de que el anciano conde hubiere imaginado la impostura de asegurar que Berenguela era su hermana; aquel hombre, que habia sido el hermano de armas, el confidente, y el mejor amigo del rey su padre; que habio sido casi un igual de los infantes bastardos por haber crecido estos á su lado, y haberlos tenido siempre encomendados á su guarda, queria, valiéndose de su omnímoda influencia, robar al corazon de Enrique á aquella jóven, para satisfacer el corazon de su hijo: y para satisfacer al mismo tiempo su orgullosa ambicion, habia imaginado hacerle creer que era hermana suya, á fin de que la dotase régiamente, y de que los reinos de

Castilla y de Leon supiesen que el jóven conde de Carrion se enlazaba á una infanta real.

El alma de Enrique II era noble, aunque su corazon — siempre ligero é inconsecuente — estuviese á la sazon estraviado por la profunda pasion que profesaba á Berenguela; el tejido de infamias que creyó columbrar, iluminado ya de antemano por las pérfidas sugestiones de Sandoval, el recuerdo punzante del escándalo ocasionado aquella noche por el conde, al publicar ante los embajadores su odiosa impostura, y la ruin ingratitud á la sagrada memoria de su padre, que patentizaba la conducta de D. Alvaro, todas estas consideraciones, en fin, exaltaron mas el ánimo del rey, ya furiosamente irritado, y levantaron en su alma un huracan tan horrible, que forzosamente debia arrollar cuanto se le pusiera delante.

— ¿Qué haceis aquí, Fernando? gritó deteniéndose en frente del jóven que le contestó solo con una mirada de amargo desden.

— Responded á vuestro rey, villano, esclamó Don Enrique poniendo mano á la espada.

— Ya lo veis, contestó friamente el infante: guardar á Berenguela.

Al oir aquel nombre, precipitóse el rey en el dormitorio: la jóven habia despertado al ruido de sus voces, pero incapaz de sentarse en el lecho á causa del lastimoso estado en que la habian puesto sus pasados sufrimientos, se incorporaba sobre un brazo al entrar Don Enrique en el dormitorio.

— ¡Ah... ya sabia yo que vendrias, Florestan! esclamó, miéntras el rey la abrazaba con indecible frenesí.

— Mira, continuó, ese hombre fué el que me sacó de tu casa y me trajo aquí.... ¿por qué me separó de tu lado?

— Nadie volverá ya á separarte de él, Berenguela mia.

— ¿No me engañas? verdad que seré siempre tuya, solo tuya? porque yo no tenia mas que á mi madre, y la abandoné por tí... llévame, llévame contigo, Florestan...

De repente, como herida por un estraño pensamiento, se echó hácia atras y clavó sus grandes y ardientes ojos en los ojos del rey.

— ¿Por qué llevabas ayer un manto de púrpura? preguntó: ¿por qué te vi en la cabeza una corona de oro... y estabas sentado en aquel estrado, y por qué habia una hermosa jóven de largos rizos rubios, sentada junto á tí?

— Porque este hombre, dijo el conde con voz ronca, es Enrique II, rey de Castilla, y aquella jóven, que visteis, es su esposa.

El rey no pensó siquiera en mostrar cólera al anciano, por su terrible revelacion: con los ojos clavados en el rostro de Berenguela, espiaba ansioso el efecto que aquellas palabras producian.

Mas la infanta no tembló, ni su palidez tomó aumento: sus ojos, tristes y radiantes de fiebre, no se empañaron con una lágrima ni separó sus brazos del cuello del monarca.

— ¡Con que te llamas Enrique! dijo sin que se notase alteracion en el eco dulce de su voz: ¿y eres rey? y tienes esposa á quien amar?.... pero... ¿qué importa?... yo solo pido que me dejes amarte, como amamos al sol que nos ilumina, sin que él nos lo agradezca ni lo sepa siquiera... tú quiérela á ella mucho, Enrique, porque dicen que es una gran falta el que un esposo no ame á su esposa, y yo no quiero que cometas faltas por culpa mia... solo con verte seré muy feliz, porque léjos de tí me moriria.

— ¿Me perdonas, amor mio, que sea rey y te lo haya ocultado?

— ¿Qué es un rey? preguntó ella posando sus manos en los hombros de Don Enrique y clavándole cándidamente los ojos.

— Un rey es un desdichado, á quien está vedada toda ventura; un rey es un hombre á quien casan sin amor, á quien aprisionan, á quien rodean mil ingratos, á quien privan de toda libertad: un rey es el ser mas infeliz que existe.

— Pues yo te amaré mas ahora que sé que eres rey: en cuanto al nombre, ¿qué me importa que te llamas Florestan ó Enrique?

— ¡Ea, atras ya, rey de Castilla! gritó Don Sancho, desenvainando su espada, ciego de furor y poniéndose delante

de Don Enrique. ¡Paso al infante Don Sancho, que guarda á la hermana que vos quereis infamar... Atras os digo, ó envaino mi espada en vuestro ruin corazon!

— ¡Viven los cielos, canalla infame! ¿hasta cuándo vais á sacar ramas del tronco soberano? ¿Pensais que así se toma en boca mi sangre? rugió el rey cerrando contra el infante, que paró el golpe con el brazo recibiendo en él una profunda herida. El noble jóven se horrorizó ante la idea de herir al rey, y no hizo otra cosa que defenderse harto débilmente.

Un segundo golpe de Don Enrique le hizo caer exánime; la espada habia entrado por el costado izquierdo, y un raudal de sangre saltó hasta el pecho del monarca.

Este retrocedió espantado hasta la puerta: mas solo un momento le bastó para recobrarse, y abriéndola gritó:

— ¡Ah, de mi guardia!

Don Nuño de Sandoval asomó por la galería á la cabeza de cien ballesteros, y bien pronto se encontraron cerca del rey.

— Rodead ese dormitorio con diez soldados, Nuño; dijo Don Enrique señalando el camarin en que yacia Berenguela rendida á un mortal desmayo, desde que Don Sancho desnudó la espada.

— ¡Atras, canalla! gritó el conde apareciendo entre los tapices con la espada en la mano. ¡Solo pasando por encima de mi cadáver llegarás hasta esa mujer!

— ¡No le mateis! esclamó el rey: desarmadle y llevadle maniatado á los calabozos de mi alcázar.

Mas el valeroso anciano blandió su espada, resuelto á perder la vida ántes que consentir que llegasen al dormitorio: durante algun tiempo, se defendió como un leon furioso, mas al fin le derribó un golpe de maza que recibió en la cabeza de mano de un soldado. Cuando intentó levantarse, estaba desarmado y maniatado fuertemente.

— Conde de Carrion, dijo el rey con voz lenta. Todos tus bienes quedan desde este momento confiscados y sujetos á mi corona, por lo que esta casa me pertenece ya: al amanecer,

serán rotos tus blasones por la mano del verdugo, y á las doce te cortará la cabeza, por traidor y rebelde á tu rey.

— Y yo te juro, rey de Castilla y de Leon, á quien tantas veces mecí en mis brazos, que no conseguirás deshonrar á tu hermana, repuso el conde con acento firme.

— ¡Llevadle! gritó el rey.

Don Alvaro salió entre un buen número de soldados que le rodearon con sus largas alabardas.

— En cuanto á ese jóven, Nuño, continuó el rey, señalando el cuerpo inmóvil de Don Sancho, hazle conducir á una habitacion desocupada de mi alcázar, haz llamar inmediatamente á mi médico para que le asista, y que le guarden con cuidado. Tú rodea esta casa de una buena guardia, y quédate al lado de esa jóven, teniendo presente que me respondes de ella con tu cabeza.

El rey salió, dicho esto, escoltado por algunos soldados, y se dirigió al alcázar al tiempo que el reloj de la catedral daba las dos de la mañana.

V.

Don Enrique, al llegar al alcázar, se encerró en sus habitaciones, al mismo tiempo que la reina se hacia vestir por sus damas, siéndole imposible conciliar el sueño; la escena que habia presenciado en el salon de embajadores, habia impresianado fuertemente su ánimo y afligido su corazon, por mas que su amor al rey no tuviese el carácter de una pasion acendrada.

Arrodillóse, pues, en su reclinatorio, y se puso á rezar las oraciones de la mañana, segura de conseguir alguna calma para su agitado espíritu; su orgullo era lo que mas padecia, y todo orgullo se depone á los piés del monarca de los cielos.

Sus damas arreglaron las luces, pusieron en órden algunos objetos, é iban á salir silenciosamente para no turbarla: mas, al abrir la puerta de la cámara, se oyó una voz en la galería esterior que llamaba á la reina.

Doña Juana se levantó y escuchó atentamente, haciendo una señal á las damas para que se detuvieran: todas permanecieron inmóviles en el umbral de la régia cámara, y solo la reina salió hasta la puerta que daba á la galería.

Algunos soldados avanzaban por ella, rodeando un grupo formado por cuatro de ellos, que conducian á un caballero herido al parecer, porque un reguero de sangre iba marcando su camino: el desdichado se retorcia entre sus brazos y gritaba con voz desfallecida y congojosa:

— ¡La reina!... quiero ver á la reina!... Llevadme á su cámara, por Dios!

— Vamos al torreon de la derecha, dijo el que parecia que los mandaba, sin hacer caso de las súplicas del herido, que es donde me ha dicho Don Nuño que depositemos á este loco.

Y luego añadió dirigiéndose al herido:

— Os prevengo que, si no callais, voy á poneros una mordaza; la reina duerme, y aunque no fuera así, tampoco consentiria en veros á tales horas.

— ¿Qué quereis de la reina, pobre jóven? dijo Doña Juana dejando el umbral de la antecámara, y adelantándose hácia el herido; aquí está para consolaros.

Y dirigiéndose á los ballesteros continuó:

— Id al torreon y colocadle en un lecho, que ya os sigo.

Los soldados prosiguieron su camino, á traves de las anchas galerías, mal alumbradas por alguna que otra lámpara, y la reina volvió á su aposento. Echó sobre su blanco traje un largo manto de seda azul recamado de oro, y despues de mandar á sus damas que la esperasen hasta su vuelta, se dirigió sola al torreon.

Doña Juana pensaba encontrar alivio al dolor que la afligia, en la buena accion que iba á practicar: era noble, sincera y piadosa hasta el estremo; viviendo sin otro amor que el de sus hijos, porque ya hemos dicho que no amaba al rey, solo aquel tiernísimo afecto podia libertar á su corazon apasionado de sentir un gran vacío: aquella jóven dotada de un talento distinguido, de una colosal imaginacion, y de una sen-

sibilidad esquisita, pasaba la primavera de su vida haciendo castillos en el aire, ó entregándose á peligrosos ensueños, que hacian mas amargo su despertar.

Sin embargo, todavía se consideraba feliz, porque su orgullo, ese noble sentimiento que, bien entendido y conducido con tacto es el orígen de todo lo bueno, no habia sido lastimado: los amores del rey habian estado rodeados siempre de cierto pudor y velados á veces por un profundo misterio. D. Enrique, hasta que vió á Berenguela, le habia profesado el afecto mas tierno, afecto que ni aun despues se desmintió un solo instante.

Pero entónces el corazon de la reina estaba profundamente herido: la desoladora escena, que habia presenciado aquella misma noche, habia dejado en él una huella que no podia borrarse jamas.

Al llegar Doña Juana al estremo de la galería que comunicaba con la escalera, oyó en el patio rumor de armas; asomóse á una ventana, y vió, entre un gran número de soldados, á un caballero anciano que creyó reconocer: en aquel momento, uno de los que le conducian abrió una puerta por la que salió una bocanada de aire que hizo oscilar la luz fúnebre de las teas que llevaban los soldados.

— ¡Oh, Dios mio! esclamó la jóven reina juntando las manos. ¡Van á sepultar á ese infeliz en una prision...! ¿Cuál será su delito?

Y volvió á aproximarse á la ventana: pero ya no pudo ver mas que la espalda del preso, que desaparecia por la tortuosa escalera seguido de los soldados.

Doña Juana murmuró una corta oracion á la madre de Dios, para que tuviese piedad de aquel desgraciado, y siguió su camino transida de horror.

Al llegar á la cámara del herido, la vió guardada por muchos soldados que le hicieron los honores mirándose sorprendidos de ver á la reina sola á tales horas.

Doña Juana penetró en la estancia fria y húmeda, débilmente alumbrada por una lámpara de bronce: acercóse al lecho, y descorrió los tapices, sentándose á la cabecera.

— ¡Despejad! dijo á los centinelas que habia en los cuatro ángulos del aposento.

— Señora, se aventuró á decir uno: V. A. ignora sin duda que el rey nos ha dado órden de no perder de vista á su señoría el señor conde.

— ¡Despejad, os digo! y si el rey os reconviene, respondedle que la reina os ordenó dejarla sola con el preso.

Los soldados obedecieron, y la jóven se volvió al herido.

— ¿Qué quereis de mí, conde? dijo con dulce voz.

— Señora.... balbuceó el infante al que ya faltaba la vista y el aliento: señora.... en una prision del alcázar... debe haber.... sí; debe haber un hombre preso.... un anciano....

— ¡Sí.... sí lo hay! haced un esfuerzo, conde, esclamó la reina: ¿ese hombre es vuestro padre?

— ¡No.... no, señora.... mi padre.... no...! es aquel que esta noche.... en la audiencia....

— ¡Ah! esclamó la reina, dándose una palmada en la frente: ¡ahora recuerdo! sí, sí; ese preso es el que se llevó á aquella mujer desmayada...!

— ¡Sí, ese.... mismo, señora.... corred á verle.... por Dios... abridle la prision para que salve á mi hermana.... á que el rey quiere deshon....

La voz del infante espiró en sus labios: su cabeza cayó yerta y lívida sobre los almohadones, y sus ojos quedaron abiertos y sin luz.

— ¡Ha muerto! ¡socorro! ¡socorro! gritó la reina mas pálida que el herido, precipitándose hácia la puerta al mismo tiempo que esta se abria para dar paso al médico del rey.

— ¡Ha muerto, D. Mendo, ha muerto! repitió juntando las manos.

Aproximóse al lecho el médico y puso las suyas en el pecho del herido.

— Vive, señora, dijo, y tal vez sus heridas no sean mortales: pero necesito reconocerlas al momento.

La reina fijó la intensa mirada de sus grandes ojos azules en el hermoso rostro de D. Sancho, y se envolvió en su manto.

— Si le salvais, D. Mendo, os haré pesar en oro; dijo al salir.

Inclinóse el médico sin contestar, y la reina salió del aposento.

— Id á decir al capitan de ballesteros que le aguardo en mi cámara, dijo al pasar por delante de los soldados.

Dos de ellos salieron presurosos, y la reina se dirigió á sus habitaciones, llegando casi al mismo tiempo que ella el capitan.

— ¿Teneis las llaves de las prisiones, Don García? preguntó Doña Juana.

— Sí, señora.

— De órden del rey, venid á abrirme la que acaba de ocuparse.

Salió el capitan y poco despues volvió á buscar á la reina: una escolta de diez ballesteros les esperaba á la puerta, y bajaron inmediatamente la escalera.

— Esperadme aquí fuera, Don García, dijo la reina, abierta ya la puerta del calabozo, y quedad todos al alcance de mi voz.

— ¿Pues qué, señora, va á quedar sola vuestra alteza con un reo, condenado á sufrir la última pena dentro de algunas horas?

— Sí.

— ¡Oh, por Dios, señora mia! esclamó el leal capitan con acento suplicante: ¡por Dios, no haga V. A. tal cosa!

— No temais por mí, Don García, dijo la reina con dulce sonrisa; nada debemos temer cuando ejecutamos una buena accion.

Doña Juana entró en el calabozo, y cerró tras sí la puerta.

VI.

Una pequeña lámpara de hierro daba á la prision una débil claridad, mas fúnebre y aterradora que la oscuridad mas completa: las columnas de piedra, que sostenian la bóveda,

asemejábanse á otros tantos colosales fantasmas de negras y horribles formas; la tenue luz estaba colocada ante una imágen del Crucificado fija en la pared y al alcance de la vista de Don Alvaro, y una pequeña mesa, situada debajo y cubierta con un paño blanco, indicaba que en breve iba á recibir el preso los sagrados sacramentos de la confesion y comunion.

El valeroso conde estaba sentado en un escaño de madera, único asiento que allí habia, y fuertemente maniatado; sus manos, sujetas con gruesas cordeles, no podian moverse, y su cana y venerable cabeza, abierta por la maza del feroz soldado, estaba vendada con un paño blanco, que salpicaban anchas gotas de sangre.

Absorto en amargas meditaciones, ó tal vez orando, ni siquiera se apercibió de la entrada de la reina; su cabeza permaneció inclinada sobre el pecho, y sus ojos fijos é inmóviles.

Doña Juana se adelantó silenciosamente: al ver á aquel anciano venerable, conmovióse hondamente su jóven y tierno corazon y el llanto se agolpó á sus ojos.

— ¡Señor! dijo con tanto respeto que era imposible reconocer en su acento la voz de la mujer altiva que pocas horas ántes habia mandado quitar á la infanta de su presencia.

El anciano levantó la cabeza y se puso en pié, reconociéndola al momento.

— ¡V. A. aquí! dijo cediendo á la reina el grosero asiento que acababa de dejar, con la misma grave cortesía que si estuviera en uno de los salones de su magnífico palacio.

— Vengo de parte de... de un jóven, que han traido al alcázar hace media hora, mal herido y en calidad de preso, dijo la reina aceptando el asiento, porque sentia que no podia sostenerse.

— ¡De parte del infante! esclamó Don Alvaro con indecible alegría. ¡Con que vive!

— ¡Del infante! repitió la reina llevándose ambas manos á la frente, porque sentia desvanecerse su cabeza con tantas

emociones. Pero, ¡Dios mio! ¿quiénes son esos infantes, á quienes yo no conozco, y quién sois vos?

— Yo, señora, soy Don Alvaro Garcés, conde de Carrion, y el segundo padre de los dos jóvenes que habeis visto esta noche, herido y preso el uno, y la otra maltratada y casi demente: en cuanto á ellos, son hermanos de Don Enrique.

— ¡Hermanos de mi esposo!...

— ¡Sí! repitió el anciano, cuya calva frente se enrojeció de ira: ¡hermanos de Don Enrique; hijos, como él, de Alonso XI y de Leonor de Guzman! Hermanos desdichados, á quienes no quiere reconocer!... Dos infelices criaturas que han vivido bajo mi amparo, para que pierdan la vida el uno, y la otra ademas la honra, que es mil veces peor! ¡Honra y vidas, que con tantos afanes conservé! ¡Es posible que habeis de perecer ahora por ese ingrato á quien tanto he amado, y por quien derramé mi sangre en cien combates!

— ¿No sabe el rey que son sus hermanos?

— No quiere creerlo, señora, porque hasta hoy no lo habia sospechado siquiera, y porque yo no tengo otra seguridad que darle que mi palabra.

— ¡Oh, qué horrible misterio! murmuró la reina pasando sus manos por la abrasada frente; y luego añadió en voz alta:

— ¿Dónde conoció á su hermana?

— En Búrgos, y desde entónces la amó con locura.

— ¿Y á su hermano?

— Don Sancho pasaba por Don Fernando Garcés, mi hijo.

— ¿Dónde está la infanta?

— En la que fué mi casa, que ahora está guardada por los soldados del rey.

— ¿Luego esa desdichada, dijo la reina con espanto, está en poder de Don Enrique?

— ¡Sí! esclamó el conde, retorciendo con delirante dolor sus manos atadas: ¡sí, está en poder de Don Enrique, sin que nadie mas que yo pueda librarla de él! y yo... yo estoy aquí atado... yo voy á morir dentro de pocas horas... ¡Oh, si yo pudiese abandonar durante algunos instantes esta prision!...

— Pero ¿qué podriais hacer, desdichado anciano? repuso Doña Juana, por cuyas blancas mejillas se deslizaban gruesas lágrimas.

— ¡Oh, yo tengo medios para salvarla, si pudiese llegar hasta ella! esclamó el conde con tanta confianza, que la jóven reina se levantó involuntariamente.

— ¡Oh! murmuró: si ella quisiera seguirnos, yo la salvaria tambien, como á mi querida hermana, y la haria feliz! Y luego añadió como asaltada por una idea repentina:

— ¿Vamos á verla, conde?

— ¡A verla! ¿Olvida V. A. que va á amanecer y que dentro de algunos instantes vendrá á buscarme el confesor?

— No, todavía no: tenemos aun hora y media... mirad, añadió, mirad, esa puerta de tablas desunidas... debe comunicar con una escalera que da al jardin... una vez allí, la salida es segura, porque yo tengo una llave... vamos, vamos á salvar á esa desdichada.

Y la reina se quitó su toca de encajes, que retorció haciéndola una mecha y humedeciéndola en el aceite de la lámpara; luego la encendió y se arrodilló á los piés del conde, prendiendo fuego á la gruesa cuerda que los sujetaba y que sus delicadas manos jamas hubieran podido desatar.

Cuando los piés del anciano quedaron libres, hizo lo mismo con las manos, sirviéndole de mecha la cuerda que acababa de romper.

— Ea, dijo apartando de su frente los profusos bucles de su rubia cabellera, que habia quedado libre de toda sujecion, y echando sobre los hombros su recamado manto: vamos, conde; vos, que teneis mucha fuerza, quitad uno de esos tablones... no perdamos tiempo.

— ¡Bendito seas, ángel de Dios! esclamó Don Alvaro, besando las manos de la reina.

— ¿Podremos convencerla para que nos siga, conde?

— ¡Oh, si nos dejan llegar hasta ella, os juro que la salvaré! dijo el anciano, al mismo tiempo que echaba abajo de un vigoroso empuje una de las tablas de la puerta; luego

descolgó la lámpara, y una oscura y tortuosa escalera apareció, en efecto, á la vista de entrambos.

— ¡Esta es la que conduce al jardin! esclamó Doña Juana: ¡no me habia engañado!

Y dejando la lámpara en el primer peldaño, se apoyó en el brazo del conde, y lo arrastró tras sí precipitadamente.

— ¡Oh, qué noche! murmuró la reina.

— ¡Noche de tormentos, añadió el anciano, que va á abrir á dos mártires las puertas del cielo!

VII.

La reina de Castilla pudo vencer todas la difficultades que los ballesteros del rey oponian para permitirle la entrada en la casa del conde. Sabian ellos bien que los caprichos de Doña Juana eran acatados por su esposo mismo, el cual le profesaba un afecto tranquilo, pero tiernísimo.

Al fin penetraron en la cámara de la infanta: esta habia saltado del lecho al volver de su desmayo, y se habia puesto únicamente una túnica blanca: estaba sentada en un sitial, y sus piés desnudos se apoyaban en el helado mármol del pavimiento.

Sus largos cabellos, cuyas gruesas trenzas estaban medio deshechas, caian en desórden sobre su frente cubierta de intensa palidez; todas sus facciones, desencajadas hasta un estremo increible, habian perdido su espresion dulce y débil, y sus grandes ojos, casi siempre melancólicos é impregnados de ternura infinita, se veian brillantes de fiebre, y giraban á todos lados llenos de espanto.

Cuando vió aparecer á la reina y al conde, se levantó, y de un salto se puso cerca de ellos.

— ¿Dónde está Florestan? preguntó con ansia, devorando al anciano con su ardiente mirada.

— Florestan ha muerto para vos, dijo Don Alvaro con voz hueca, y conduciéndola de nuevo á su asiento.

— ¡Ha muerto! gritó la desdichada: ¿le has muerto tú ó

tu hijo?... porque ese caballero que me guardaba, me dijo que Don García era hijo tuyo... sí... sí... ¡él fué! yo le vi sacar la espada... y luego... creo que me desmayé...

— ¿Quereis venir conmigo, Berenguela? preguntó la reina acercándose á ella.

— ¿Salir yo de este cuarto regado con su sangre? esclamó la infanta que acababa de arrodillarse en la sangre todavía caliente de Don Sancho: ¿quién eres tú que me haces esa pregunta? prosiguió volviendo hácia la reina sus estraviados ojos y mirándola atentamente.

Mas, reconociéndola al instante y poniéndose en pié, la llevó cerca de la lámpara de plata que ardia en su dormitorio, abandonado ya por los ballesteros, desde el momento en que la reina se presentó.

— ¡Ah! dijo Berenguela mirándola con fijeza: ¡es la jóven de los rizos rubios, que me dijeron era la esposa de Florestan!... ¿Y no llora?... ¿Es que tus ojos se han secado como los mios? ¿es que no tienen lágrimas que verter? ¿ó vienes acaso á morir conmigo sobre esa sangre que derramó por mí?

— ¡Oh, Dios mio! ¡está loca! esclamó la reina cubriéndose el rostro con las manos.

— ¡Loca! repitió amargamente la infanta, cuyo desvarío crecia por instantes. ¿Tambien dices tú como mi madre y como aquellos muchachos que me pegaban tanto?

— Mira... yo huí del lado de mi madre porque me llamaban loca... ¿y sabes por qué?... por que llevaba siempre estas perlas que Florestan ciñó á mi cabeza, y porque todos los dias salia al campo á esperarle.... luego vine á buscarle á Toledo, y las gentes me maltraban y me llamaban loca tambien!... despues encontré á Florestan, á mi querido Florestan, á tu lado... y yo.... no te aborrecí, ni dejé de amarte... por eso... pero tú mandaste que me arrancaran de sus brazos .. tú, que eres tan hermosa... y tienes el rostro tan dulce como los ángeles de mis sueños... ¿por qué fuiste tan cruel conmigo?... ¿porqué me separaste de él si yo no te habia hecho ningun daño?...

— ¡Oh, desgraciada niña!

— Luego, continuó Berenguela, tomando en sus manos

abrasadas las manos de la reina; luego ese hombre me trajo á esta casa... y me dió por carcelero á su hijo... que me habia perseguido un año con su amor, cuando estaba en Búrgos... y cuando volvió Florestan á buscarme,... padre é hijo sacaron las espadas y le mataron... ahí... donde está ese charco de sangre!...

Y la infanta señalaba el sitio donde se habia arrodillado.

— ¡Ah! gritó desesperadamente el conde: mirad ya la luz del dia! ¡Nos hemos equivocado en la hora!

En efecto: una blanca cinta empezaba á dibujarse en el horizonte, empujando rápidamente las tinieblas.

— Es menester concluir, dijo la reina con amargo desaliento ¡Y esa guardia que se ha doblado en las puertas!... ya es imposible salir... imposible... ¡yo estoy vendida tambien!

Hubo un rato de solemne silencio: la reina, cubierto el rostro con las manos, sollozaba amargamente; el conde, apoyado en la pared, permanecia yerto é inmóvil. Berenguela, en pié, les miraba alternativamente, sin comprender nada de aquella desesperacion.

— ¡Ven! dijo despues de un largo rato, queriendo llevar á la reina al sitio donde se habia arrodillado; ¡ven.... aquí debemos morir las dos... porque aquí ha muerto él!...

Un confuso sonido de atabales y de trompetas, que desembocaba en la Plaza Mayor, cubrió la debilitada voz de la jóven, y poco despues se oyó la de un pregonero.

— «¡Oid, oid, oid!» decia con fuerte acento: «esta es la «justicia que manda hacer nuestro buen rey Enrique II, con «el traidor y rebelde conde de Carrion, que ha roto su honor, «como el verdugo rompe ahora sus blasones, y como, al me- «diarse el dia de hoy, romperá el hilo de su vida.»

Un golpe fuerte y metálico resonó en todos los ángulos de la plaza; era el hacha del verdugo que chocaba contra el blasonado escudo de los condes de Carrion y contra sus armas siempre victoriosas y aun teñidas con su sangre.

El anciano se enderezó como un leon herido: hubiérase dicho que el hacha del verdugo habia partido su corazon: la

reina, olvidando su propia afliccion, le tendió una mano, que él se cuidó de tomar.

— ¡Salvémosla, por Dios, conde! esclamó Doña Juana señalando á Berenguela, que permanecia inmóvil.

— Es inútil pensar en salir; la guardia se ha doblado y tenemos que atravesar la Plaza Mayor, donde están levantando mi cadalso, y la cual estará llena de soldados del rey... ¡Oh! grité de repente el conde, acercándose á Berenguela que parecia una estatua de mármol, y desprendiéndole de la frente su diadema de perlas.

— ¿Qué vais á hacer? esclamó la reina.

— ¡Salvarla! contestó el anciano con entereza.

La pobre loca no hizo movimiento alguno; ni siquiera advirtió que le quitaban aquella riquísima alhaja; arrodillada sobre la sangre de su hermano, que ya empapaba su blanca túnica, tenia la boca seca y entreabierta, y tiritaba de calentura.

La reina se acercó á ella y tocó sus manos heladas.

— Va á perder el sentido, conde, dijo volviéndose al anciano, que se habia quedado enfrente de la infanta, mirándola con desencajados ojos. ¡Una copa de agua.... pronto! si no, esta pobre jóven se muere!... continuó la reina al ver que Berenguela desfallecia por momentos.

El anciano se acercó impávido á una mesa, tomó una copa de oro con agua que habia pedido aquella misma noche para recobrar á Berenguela de su desmayo al volver del alcázar, y se la presentó despues de contemplarla cerca de la lámpara. La desdichada apuró ansiosa hasta la última gota el agua que contenia la copa, y luego, por un movimiento natural en su carácter apasionado, besó dulcemente la mano que se la habia presentado.

— ¡Oh... ya se ha salvado!... esclamó Don Alvaro respirando con fuerza y clavando en el cielo una mirada de ardorosa gratitud.

— ¿Qué decís?... preguntó la reina asombrada; pero el acento espiró en sus labios, y sus ojos retrataron un profundo terror.

Un gran ruido de pasos y de armas se dejó oir en la antecámara: poco á poco fueron aproximandose, y breves instantes despues se oyó la voz de Enrique II que gritaba con imperio:

— ¡Abrid al rey!

Don Alvaro sacó la llave del aposento, que pocos momentos ántes se guardara, y abrió; entónces aparecieron en la puerta el rey y Don Sancho, escoltados por una fuerte guardia; el primero estaba pálido y tembloroso: el segundo venia sostenido por dos soldados, envuelto en un ancho manto blanco, y parecia un cadáver escapado de la tumba.

VIII.

Algunos momentos despues de dejar la reina el aposento del infante, entró el rey en él á tiempo que Don Mendo registraba sus heridas. Don Enrique habia profesado siempre un entrañable afecto á Don Sancho, por la hermosura de su índole, la ternura de su corazon, y su valor á toda prueba.

Al oir decir al conde que Berenguela era hermana suya, su funesto amor se rebeló contra aquella terrible é insuperable barrera: al saber que el hombre á quien creia hijo de Don Alvaro queria arrebatarle aquella jóven, tomando tambien el título de hermano suyo, su furor no conoció límites, y se arrojó á él con la espada desnuda; mas al ver que á pesar de su valentía permanecia inmóvil, al mirarle tendido á sus piés, exánime, y al parecer sin vida, un sentimiento desconocido se alzó en su corazon: su afeccion hácia aquel hermoso jóven renació mas fuerte que nunca, y ya se ha visto que le mandó conducir al alcázar, y que encargó que llamasen á un médico. Luego que salió de casa del conde, y se aseguró de que este quedaba en la prision, fué á informarse por sí mismo del estado del herido.

Don Mendo reconocia las heridas con sumo cuidado; al

ver al rey quiso incorporarse el pobre jóven, mas aquel le hizo señas para que permaneciese quieto, y mando á Don Mendo que prosiguiese la operacion, tomando él mismo una luz para alumbrarle.

De repente el rey dió un grito: acababa de ver en el costado derecho del jóven, y junto á la herida que Don Mendo reconocia, una mancha rosada que él tenia tambien en el mismo sitio, y que distinguia á todos los bastardos de Alonso XI, que la habian heredado de su madre Leonor de Guzman; el mismo conde de Carrion ignoraba esta circunstancia, y ninguno de los infantes sabia que cada uno de sus hermanos estaba marcado así.

Don Enrique, con el corazon anegado de ternura, rodeó con sus brazos el cuerpo de Don Sancho, y al mismo tiempo esclamó con voz vibrante de emocion:

— ¡Hermano mio!

El infante le miró con asombrados ojos, y pasó la mano por su frente para convencerse de que no soñaba.

— ¡Perdon, perdon, Sancho! ¡Oh, perdóname! continuó Don Enrique apoyando en su pecho la cabeza de su hermano.

— ¿Y Berenguela? preguntó tímidamente el infante.

— ¡Ah! ¡no sé! yo la dejé desmayada y vine á verte á tí.

— ¡Pobre hermana mia! murmuró Don Sancho con temblorosa voz.

— ¡Tu hermana! repitió Don Enrique cuyos ojos lanzaron relámpagos sombríos. ¡Pues entónces, tú no eres hermano mio!... entónces la señal que yo he visto miente!... ¡Oh sí, sí... miente... miente!... porque si ella fuese mi hermana, no hubiera puesto Dios en mi corazon el gérmen de este fatal amor!...

— ¡Es vuestra hermana como yo!

— ¡Ven, pues! esclamó el rey: ¡ven, Sancho, ó Fernando, ó como quiera que te nombres! Quiero que me acompañes á cerciorarme de esta horrible verdad!...

Don Enrique, con el semblante desencajado, llamó al escudero del infante, y le ordenó que le vistiese en cuanto Don

Mendo acabase de vendar sus heridas: dió órden de preparar una litera, y despues que Don Sancho estuvo vestido, le envolvió el mismo en su ancho manto blanco, y mandó á dos soldados que lo condujesen á la litera, encaminándose todos á casa del conde.

Su aparicion produjo muy diferente sensacion en las tres personas que ocupaban la cámara de la infanta: la reina miró á Don Enrique con terror, y á Don Sancho con asombro. Don Alvaro permaneció sereno é inmóvil, y en cuanto á Berenguela se precipitó hácia su amante con indecible afan; mas ántes que pudiera salvar la distancia que les separaba, cayó exánime á los piés del infante.

— ¡Qué veo! esclamó el rey. ¡A qué han venido aquí la reina y ese traidor!

— He venido á salvar el honor de esa desdichada, contestó el anciano con firmeza.

En cuanto á la reina, se habia arrodillado junto á la infanta, y no se cuidó de contestar á su esposo.

— ¡Berenguela! ¡Berenguela! gritó el rey acercándose á la jóven que yacia inmóvil en el suelo, sin hacer caso de las palabras que pronunciara el conde.

— No turbeis los últimos momentos que restan de vida á esa desgraciada, dijo el conde con acento severo.

— ¿Qué?... ¡Oh!... ¿qué has pronunciado? ¿acaso... habrás sido tú su verdugo?...

— No he sido mas que el salvador de su honra!

— ¡Tú! ¡mientes... miserable! gritó el rey con ronca voz, y cogiendo por un brazo al conde; y luego continuó con acento lastimero y suplicante:

— Pero ¡oh, no... no! ¡eso no puede ser!... ¡Alvaro... díme que me engañas!...

— Un veneno activo, que yo vertí en esa copa, cuyo contenido acaba de beber, circula ahora por sus venas.

— ¡Ah!... ¡qué horror!... esclamaron la reina y Don Sancho, que cayó tambien de rodillas junto á la pobre niña.

El rey lanzó un sordo gemido: levantó á Berenguela entre

sus brazos, y fué á sentarse con ella en el sitial en que estaba apoyado Don Alvaro.

— ¡Llevad á este hombre al cadalso, y que caiga su cabeza inmediatamente! dijo con lenta y oprimida voz.

La escolta, que habia acompañado á los regios hermanos, rodeó al anciano conde, que fué á situarse enfrente del rey.

— Oyeme, Enrique, dijo con su grave y reposada voz: yo amé á tu madre, como solo se ama una vez en la vida, y sin embargo, fuí el mejor amigo de tu padre, torturando sin piedad mi corazon; á tí y á todos tus hermanos os recibí en mis brazos y oculté el nacimiento de los dos últimos, porque el rey tu padre me lo mandó así: he sido el genio bienhechor de tu familia, y un segundo padre para vosostros... ¡y sin embargo, he tenido el valor suficiente para matar á esa pobre niña sin sentir el mas leve remordimiento!

Pero lo que mas debe asombrarte, rey de Castilla, continuó el anciano, es saber que tú mismo has puesto en mis manos el medio de darle la muerte. ¡Sí! el joyel que cerraba las sartas de perlas de esa diadema, que tú le diste, contenia el veneno que le quita la vida!

El rey apoyó su frente en la frente helada de la infanta, ceñida aun con la fatal diadema, y dejo escapar un sollozo desgarrador. Don Alvaro continuó tranquilamente:

— Nadie mas que yo sabia en el mundo este terrible secreto, porque solo yo estaba presente cuando Alonso XI la dió á tu madre: — «Si alguna vez, le dijo, te ves próxima á parecer bajo el puñal de un asesino, bebe el veneno que contiene esta joya: tu muerte así será mas dulce é instantánea.» — ¡Oh! al dar esa diadema á tu hermana, debiste saber que ponias en mis manos la defensa de su honor!

El anciano se acercó al infante, que le abrió los brazos sollozando: luego se inclinó sobre Berenguela, y besó sus manos heladas murmurando:

— ¡Duerme en paz, ángel de Dios!

— ¡Perdon para él, señor! esclamó el infante volviéndose hácia el rey.

— ¡No le quiero! repuso el anciano pasando el umbral rodeado de soldados. ¡Dios nos juzgará á los dos!

Salió de la estancia con paso firme, y el rey se quedó como petrificado, con la infanta en los brazos, en tanto que ella le contemplaba sumida en un éxtasis delicioso: la animacion de la fiebre habia desaparecido de su fisonomía, y sus ojos dulces como en los tiempos en que conoció á Florestan, se fijaban en los del rey con entrañable amor: empero su palidez crecia á cada instante, y un círculo azulado rodeaba ya aquellos grandes ojos.

— ¡Cuán bien estoy así... Florestan!... murmuró con voz dulcísima, pero tan débil ya, que apénas podia percibirse: ¡que dichosa soy... mirando ese hermoso sol!... ¡así lucia... el dia primero que te vi!...

El rey ahogó un sollozo: en cuanto á la reina, se ocupaba en sostener la cabeza del infante, que habia caido desfallecido en un sitial, situado en frente del que ocupaba el rey con Berenguela.

De repente, la mirada de la jóven se apagó, como la luz próxima á estinguirse.

— ¡Tengo sueño! murmuró reclinando su cabeza en el hombro del rey: ¡déjame... dormir... aquí, Florestan!...

Carráronse sus ojos: apareció en su boca una sonrisa inocente, y su boca despidió el postrer suspiro.

El rey no lanzó ya un solo gemido: breves instantes permaneció mirando con sombríos ojos el cadáver de Berenguela; de repente esclamó:

— ¡Oh, quiero desgarrar yo mismo mi propio corazon! ¡Quiero apurar hasta las heces el amargo cáliz de mi dolor!

Al pronunciar estas palabras, depositó el cadáver en el lecho, y rasgó con su daga la túnica de la infanta, apareciendo bien pronto la señal del costado.

— ¡Hermana mia! gritó besando en la frente á Berenguela; despues levantándose con los ojos llenos de lágrimas prosiguió:

— ¡Ruega al señor que me perdone, el no haberte arrancado tu postrera ilusion de amor!

La reina cerró piadosamente los ojos de la jóven, y besó sus mejillas frias ya, en tanto que Don Sancho ocultaba sollozando su frente entre las ropas del lecho.

— ¡Valor, hermano mio! dijo el rey abrazándole; yo la amé con locura, y me consuelo al pensar que está á los piés de Dios!

— ¡Valor, hermano! repitió la reina cubriendo el cádaver con su manto real; yo la amaba tambien, y sabré consolar tu dolor!

— ¡Oh, Dios mio! murmuró aquel mártir del corazon, alzando al cielo sus abatidos ojos: ¡no les hagais saber nunca hasta qué estremo la amaba yo!

IX.

Algunos meses despues, presentó Enrique II una batalla á los ingleses, en la cual quedó prisionero el infante Don Sancho que mandaba uno de los cuerpos del ejército de su hermano.

El rey de Castilla pagó por el infante un fuerte rescate, y envió á buscarle al primer puerto á una brillante comitiva de los señores mas jóvenes y apuestos de su reino.

Pocos dias despues, llegaron dos heraldos á las puertas del alcázar, solicitando una audiencia del rey, para decirle que habian adelantado á la comitiva con el objeto de prevenirle que su señoría el infante Don Sancho venia muy enfermo.

— ¡Oh, Dios mio! esclamó el rey, en cuyo semblante se retrató un agudo dolor al oir esta triste nueva: ¿y debe llegar pronto?

— Solo le precedemos algunos instantes, contestaron aquellos.

Diéronse inmediatamente órdenes para que se preparasen las habitaciones de Don Sancho, y no bien se dejaron oir las

trompetas y atabales de la guardia del rey, anunciando que ya se divisaba la comitiva del infante, bajó Don Enrique la escalera para abrazar á aquel hermano con tanto estremo querido.

El infante no pudo ya doblar la rodilla para saludar al rey que le estrechó contra su pecho; dos escuderos le subieron en sus brazos, y le depositaron en su magnífico lecho.

Estaba Don Sancho pálido y demacrado: la terrible enfermedad de languidez, que hacia tres meses le consumia, habia llegado á minar todos los órganos de su vida.

El rey y la reina se retiraron muy tarde á sus habitaciones, y poco despues, los ballesteros, que dormitaban en las galerías, vieron deslizarse á un fantasma, envuelto en un largo manto azul: santiguáronse todos devotamente, porque, á su modo de ver, era el alma de una mujer, que segun se aseguraba con sumo misterio, salia cada noche de uno de los sepulcros del panteon, coronada de perlas y abrigada con un manto azul: decíase tambien que era una jóven muy amada del rey, á la cual habian enterrado con aquella alhaja, presente sin duda de Satanas, segun afirmaban las reverendas dueñas, y que no podia morar en el panteon de los reyes, por ser solo una villana que habia venido de la muy noble ciudad de Búrgos.

Al rayar el dia, las personas encargadas de velar al infante vieron con sumo terror que, durante su sueño, habia aquel desaparecido: en vano registraron todo el alcázar ántes de avisar al rey, al cual tuvieron por fin que dar parte de tan estraño acontecimiento.

Al dia siguente, murió uno de los infantes, de muy corta edad, que estaba enfermo hacia algun tiempo. El rey, dominado por el profundo dolor, que le causara la muerte de su hijo, y atraido por un inesplicable presentimiento, quiso acompañarle hasta el sepulcro: envolvióse en un manto negro, se dirigió al panteon, y se ocultó tras una columna: de repente lanzó un grito de angustia, y los cortesanos, atónitos, reconocieron á D. Enrique, al precipitarse sobre una figura humana, que yacia tendida sobre una tumba recien cerrada, y que

solo tenia grabado el sencillo nombre de *Berenguela.*

El rey habia reconocido un magnífico manto de seda azul bordado de oro: era de la reina, y bajo él descansaba Don Sancho dormido con el sueño eterno.

El mártir del corazon quiso que le sirviese de sudario el manto real, que cubrió el cadáver de la infanta.

Un rayo de luz brotó en la mente de Enrique *El de las mercedes*, que dobló la frente y oró con fervor . . . . .
. . . .
. . . .

La reina Doña Juana empezó á padecer desde aquel dia la misma enfermedad de languidez que mató al infante.

¿Qué pasaba en el corazon de la reina de Castilla? ¡solo Dios pudiera decirlo!

El dia mismo que se cumplian seis meses desde la muerte del infante, cuatro condes de Castilla velaban el cadáver de su soberana, espada en mano y en pié, á los cuatro ángulos de su suntuoso lecho mortuorio.

El cadáver de la reina fué colocado, por órden del rey, en la tumba inmediata á la que ocupaba el de Don Sancho.

Dícese que Enrique II no volvió á dormir desde aquella época fatal: que desterró al ambicioso Don Nuño de Sandoval, y que ni aun el amor de sus hijos pudo consolar el hondo pesar que le devoraba el corazon.

¿Habia adivinado el monarca cuál era el mal que cortó los dias de la bella y adorable criatura á quien llamó su esposa?

¡Tal vez Dios le advirtió en sueños que las purísimas almas de la reina y del infante moraban juntas en el cielo!

LUZ DE LUNA.

LUZ DE LUNA.

I.

TRISTEZA.

El segundo tercio del siglo XV iba á espirar. Era el oscurecer de un hermoso dia de otoño, y las campanas de Segovia tocaban á la oracion: las damas de la corte — pues la corte estaba entónces en esta ciudad — se dirigian al templo cubiertas con largos mantos negros y acompañadas de reverendas dueñas, lo que no impedia que algunas de ellas trocasen una frase amorosa, pronunciada á media voz, con los gallardos donceles que de cerca las seguian, ó recibiesen un billete, que ocultaban con rapidez maravillosa entre los anchos pliegues del manto.

Triste estaba entónces la ciudad. Enrique IV habia abierto una tregua á sus contínuas diversiones, y en cuanto á la reina, no parecia desear tampoco los saraos y festines, que tanto la hacian gozar en otro tiempo; murmurábase entre sus damas, que una profunda tristeza la consumia, aunque ninguna de ellas podia adivinar ni remotamente la causa: y en efecto, no existia al parecer.

Don Beltran de la Cueva estaba á sus piés todo el tiempo que le dejaban libre sus ambiciosos planes; al penetrar en la régia cámara, desaparecia en el umbral el hondo pliegue, que unia sus pobladas cejas, animábanse sus negros ojos, y asomaba á sus labios la sonrisa: mas aunque esta sonrisa era triste tambien, parecia que Don Beltran era feliz al lado de Doña Juana.

¿Qué tenia, pues, la reina? ¿seria acaso que la aquejaba el presentimiento de alguna desgracia? ¿soñaria con dolores lejanos todavía? ¿ó por ventura la entristecia el remordimiento de su culpable pasion?

Todos estos comentarios se hacian en palacio. ¡Terrible mansion son las cortes!

Las crónicas me han enseñado que en las antiguas se murmuraba desapiadadamente, y he oido decir tambien que en las de ahora, hay la misma cruel murmuracion.

Pero entónces, como hoy, se erraban tambien los juicios: formábanlos equivocados los que, dotados de una imaginacion activa, anhelaban darle alimento con tan vano trabajo; y al oirlos emitir á estos, se encogian de hombros con frialdad é indiferencia las personas dotadas de un generoso corazon.

Solo el conde de Ledesma podia saber la causa de aquella tristeza: solo él podia decir por qué se apagaban los ojos de la hermosa soberana, por qué palidecia su frente, por qué lloraba, y Don Beltran no lo decia á nadie.

Las siete de la noche acababan de sonar en el reloj del alcázar real: los balcones de la cámara de Doña Juana, abiertos aun, permitian ver la ancha plaza que atravesaban los pacíficos habitantes de Segovia al dirigirse al templo: la reina habia dado órden de que no entrasen luces hasta que ella llamase, y la estancia, débilmente alumbrada por el crepúsculo, se iluminaba ya con el blanco fulgor de la luna, que aparecia llena y purísima en el azulado cielo sembrado de estrellas.

Ya no hacia calor; pero un ambiente templado todavía iba á aliviar con sus caricias la agonía de las flores que morian en soberbios jarrones de oro y plata.

Magníficos tapices cubrian el pavimento y las paredes; grandes y hermosos espejos, con marcos de recortado ébano y molduras de plata, reproducian los sillones de elevado respaldo.

Recostada en uno mas ancho que los otros, estaba Doña Juana absorta en una profunda meditacion; la luna iba á quebrar sus rayos en la pálida y hermosa frente de la reina

y en los gruesos bucles de sus cabellos de un negro brillante y azulado, radiaban como dos estrellas sus rasgados y negros ojos, ántes llenos de fuego y ahora velados por la tristeza, pero siempre de una hermosura sin rival. Jamas Miguel Angel trazó un perfil tan severamente correcto; su boca pequeña y soñadora estaba deprimida en ambos ángulos por un pliegue habitual de melancolía, y sus manos, de una belleza soberana, aparecian pálidas y enflaquecidas al cruzarse sobre el negro terciopelo de su vestido.

Sentado á sus piés sobre un rico almohadon, veiáse un paje, que podria tener diez y seis años: su angélica hermosura era el tipo opuesto á la severa belleza de la reina: de ménos estatura que esta, era delgado y esbelto como una doncella. Tenia, como Doña Juana, grandes y rasgados ojos; pero de puro y sombrío azul; su boquita purpúrea, su delicada nariz, eran de una suavidad encantadora; caian sus dorados y abundantes cabellos en espesos y largos rizos sobre la gola de encajes, y sus manos, blancas como el marfil, eran mas bellas y delicadas aun que las de la reina.

Vestia una ropilla de raso azul celeste, prolijamente bordada de plata y sujeta con un cinturon de lo mismo, que dibujaba su esbelto talle y dejaba ver el puño de pedrería de una linda y pequeña daga, segun el uso de los pajes de aquel tiempo: sus calzas de seda blanca permitian adivinar sus puras y juveniles formas, y sus zapatos, de raso blanco tambien y adornados de un gran lazo celeste, encerraban unos piés infantiles: divertíase en deshojar una rosa ménos pura y blanca que su serena frente.

— ¿Qué teneis hoy, señora mia? dijo al fin, alzando la cabeza y fijando en la reina sus azulados ojos: ¿por qué estais tan triste?

La voz del paje tenia un eco dulce, sonoro y armonioso: era uno de esos acentos, que una vez oidos, no se olvidan jamas y que conmueven siempre, porque hacia vibrar las cuerdas mas delicadas del alma: la reina no le oyó sin duda, porque no se movió.

El pajecillo esperó algunos instantes la respuesta; pero,

viendo que no se le daba, alargó la mano á un florero y tomó la mas marchita de las rosas, volviendo á su primera ocupacion.

Un suspiro, que se escapó de los labios de Doña Juana, le hizo alzar vivamente la cabeza.

— ¿Qué teneis, señora? repitió el paje con mas dulzura todavía; y arrodillándose sobre el almohadon en que habia estado sentado, buscó con su ojos la abatida mirada de la reina.

Estremecióse esta, y pasó una mano por su frente, como para apartar un triste pensamiento.

— No tengo nada, Fernando, dijo con alterada voz: ¿qué hora es? añadió levantándose; ¿por qué no pides luces?

— V. A. mandó que no iluminasen la cámara, porque penetraba tan hermosa luna....

— ¿Ha venido el conde? interrumpió la reina con viveza.

A esta pregunta se inmutó la fisonomía del pajecillo: á haber luz en la estancia, fácilmente hubiera visto Doña Juana sus ojos llenos de lágrimas.

— Don Beltran no vendrá esta noche, señora, dijo al fin sobreponiéndose á la emocion dolorosa que habia hecho palidecer su frente: y añadió con un profundo suspiro, y en voz tan baja, que no pudo llegar á los oidos de Doña Juana: ¡desgraciadamente no vendrá!

— ¡No vendrá! repitió la reina cuyo hermoso semblante se entristeció mucho mas: ¿y por qué?

— Porque dentro de dos horas, señora, debe salir con el rey para Toledo, á donde los llaman los partes dados por Pedro Lopez de Ayala: en la conjuracion del marqués de Villena están comprometidos muchos nobles castellanos: cuéntanse entre ellos Don Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo; Don Alfonso Fonseca, arzobispo de Sevilla; el condestable de Castilla, Don Manrique Lúcas de Iranzu; Don Gomez Solís, maestre de Alcántara; Don Diego de Arias, tesorero mayor, y otros muchos.

— ¿Y los Lunas?

— ¡Mi padre! ¡mi hermano! ¡oh, no! esclamo fieramente

el pajecillo, cuya frente se cubrió de un subido carmin: ántes morirán cien veces, que ser traidores á su rey.

— Pero ¿dónde se hallan?

— En Aragon, señora: no quieren rendir homenaje á vuestro esposo, porque le aborrecen; pero respetan la persona del rey de Castilla.

— Mas la conspiracion de Toledo está secretamente protegida por Don Juan de Aragon, Fernando. ¿Cómo Don Fadrique no ha de ayudar al monarca que le da asilo? y tu jóven hermano Gonzalo, ¿cómo ha de permanecer en calma en la corte de Aragon?

— En calma estarán, señora, hasta el dia en que peligre la vida del rey ó la de V. A.; entónces volverán á Castilla para castigar á los traidores.

— ¡Buenos y nobles caballeros! esclamó Doña Juana, en cuyas largas pestañas negras brillaba una lágrima.

— ¡Oh, sí! muy nobles, señora, repitió el paje con profunda emocion; pero buenos aun mas que nobles, y sobre todo para vos... ¡Oh! señora mia! continuó el niño con los ojos humedecidos de llanto; si hubieseis oido á mi buen padre el dia en que me envió á vuestro lado, comprenderiais hasta qué estremo os adoran los Lunas. «Vé, me dijo, hijo mio: la persona de la reina está amenazada, y yo te envío á su lado para que veles por ella: muere si es preciso, pero que sea tu pecho el escudo de su vida.»

— ¡Oh, Don Fadrique! murmuró Doña Juana: ¡felices los reyes cuyos vasallos se os parezcan!

— Mi padre os debe la vida, señora, segun él mismo me ha dicho, y la vida de todos los Lunas os pertenece: mas aun, os debe tambien su libertad y su honor.

— Verdad es, Fernando, dijo Doña Juana, que tuve la fortuna de sacar á su padre de la prision en que gemia: es cierto que le devolví la libertad, y con ella el poder de deshacer la odiosa calumnia que pesaba sobre él; pero ha satisfecho su deuda con usura, poniéndote á mi lado, y dándome tu puro amor, único consuelo en los males que me agobian.

Al pronunciar estas palabras, prorumpió en llanto la reina:

el pajecillo se arrodilló de nuevo á sus piés, y besó cien veces sus manos, que humedecia tambien con sus lágrimas.

— No os aflijais por Dios, señora mia, dijo: yo estoy aquí para instruir á mi padre y á mi hermano de los planes de Don Juan Pacheco, marqués de Villena, que es el jefe de los conjurados y vuestro mas cruel enemigo; no puede perdonaros el que dieseis libertad á mi padre, que sabe os sostendrá á vos y á vuestro esposo, á todo trance, en el trono de Castilla; ya están de vuelta en Toledo con el infante Don Alonso, al cual han sacado del castillo de Maqueda y proclamado rey: pero nada temais, señora, prosiguió el niño volviendo á acariciar las manos de la reina; yo velo por vos; si os veo en peligro, avisaré á mi padre y á mi hermano, que vendrán con trescientas lanzas á vuestro socorro; con nadie podeis contar aquí mas que con el conde de Ledesma y conmigo.... pero Don Beltran y yo valemos mas que todos esos villanos.

— ¡Don Beltran! esclamó dolorosamente la reina, porque este nombre avivó sus pesares: ¿acaso piensa ya en mí?

Nada contestó el paje: palideció, é inclinó tristemente la cabeza.

Durante algunos instantes, reinó en la estancia un profundo silencio; levantose, por fin, Doña Juana, y el paje la imitó.

— Pide luces, Fernando, dijo con voz alterada.

Obedeció el niño, y la cámara real quedó bien pronto iluminada.

— Ahora, dijo Doña Juana, véte, Fernando: me siento enferma.... quizá el reposo me aliviará.... deseo estar sola.

Y se dejó caer de nuevo en el sitial, pálida y quebrantada.

— ¿No necesita ya V. A. de mis servicios? preguntó el niño tristemente.

— Sí: ántes de retirarte á descansar, lleva este billete á Don Beltran, dijo la reina dándole un papel.

Fernando llevó á sus labios una mano de su señora, y salió.

En cuanto á Doña Juana, reclinó su cabeza sobre el ancho respaldo de su sillon, y dejó escapar un profundo gemido.

II.

EL PAJE DE LA REINA.

Al dejar Fernando la cámara de la reina, se dirigió á las habitaciones de Don Enrique; reinaba allí el mas completo desórden, porque era la hora de partir: en la antecámara muchos nobles, armados completamente, esperaban conversando á que saliese el rey, y entretanto los pajes y escuderos entraban, salian y cruzaban en todas direcciones.

Fernando entró, procurando no ser visto, pero no pudo ocultarse á las miradas de un grupo de cortesanos que hablaban cerca de la puerta.

¡Hola, el hermoso paje! dijo uno haciendo una seña significativa al que tenia mas cerca.

— ¡El favorito de la reina! contestó otro con maliciosa sonrisa.

— ¡El niño mimado! añadió un tercero.

— Este será el sucesor de Don Beltran en el corazon de Doña Juana, dijo á su vez un jóven y elegante obispo; pero, añadió, confesad, señores, que es una hermosa criatura: miradle ruborizarse como una doncella porque le miramos....

Y todos se echaron á reir.

En aquel momento, y haciéndose superior á su emocion, se acercó el paje llevando en la mano su gorra, cuya larga pluma blanca besaba la alfombra.

— ¿Podriais decirme, señores, dijo con suave y argentina voz, dónde se halla Don Beltran, á quien no veo por aquí?

Todas las risas cesaron.

Habia en aquel acento tanta dulzura, y al mismo tiempo tanta melancolía y respeto, que no pudo ménos de conmover á los satíricos cortesanos.

— Creo que estará con el rey, amiguito, contestó el obispo de Cuenca, que era el hermoso jóven y el mismo que notó el rubor del pajecillo.

— Vedle allí que sale con S. A., dijo otro caballero señalando la puerta de la cámara de Don Enrique, en cuyo umbral aparecia este conversando con el conde de Ledesma.

El paje se inclinó profundamente, y se dirigió á ellos deteniéndose á una distancia repetuosa.

Enrique IV salia para montar á caballo y marchar inmediatamente; al ver al paje se detuvo, y los cortesanos se volvieron para contemplar una escena que adivinaban seria muy curiosa.

Habia, en efecto, razones para creerlo así: el pajecillo era aborrecido en la corte, aunque apénas conocido en ella, por el solo motivo de amarle la reina y Don Beltran: es cierto que cuando alguna vez aparecia, su encanto irresistible, su candidez y hermosura, subyugaban á todos; mas el pobre niño, que se conocia harto débil para vivir entre tantas maldades é intrigas, pasaba su vida á los piés de Doña Juana, y evitaba cuanto podia darse á ver: así, pues, aunque llevaba cuatro meses de estancia en la corte, habia en ella muchas personas que no le conocian aun, y de este número era el rey.

— ¿Qué quieres, niño? dijo este mirando al pajecillo, en tanto que el conde de Ledesma le contemplaba tambien como arrobado.

— Señor, contestó doblando en tierra una rodilla, solo besar la mano de V. A. ántes de su partida.

— ¿Quién eres?

— El paje de S. A. la reina.

— ¡Ah.... ah! esclamó el rey; ¿conque tú eres ese precioso niño que tanto llama la curiosidad de todos? Y tomando la mano de Fernando, le hizo levantar, y se aproximó con él á una de las lámparas que iluminaban el salon.

— ¡Oh, qué hermoso es, conde, qué hermoso! esclamó el rey despues de haberle contemplado breve rato: ¡jamas he visto criatura mas bella! Y Don Enrique clavó de nuevo sus ojos en el semblante del paje.

— ¿Qué edad tienes? preguntó sin soltar la mano del niño.

— Diez y seis años, señor.

El semblante de Don Beltran retrataba una angustia dolorosa, y sus negros ojos estaban fijos en el paje con una indescriptible espresion de dolor y de ansiedad.

— Díme, ¿te hallas bien al lado de la reina? preguntó Don Eurique al pajecillo: porque si no, te vendrias conmigo, y haria un magnífico presente á Guiomar, concluyó acercándose al oido de Don Beltran.

Palideció el conde, y una nube pasó por delante de su vista; pero haciendo un violento esfuerzo, dijo al rey con serena sonrisa:

— Advertíd, señor, que es estremada la beldad de este jóven.

— ¿Cómo te llamas? tornó á interrogar el rey.

— Fernando, señor, contestó el niño con los ojos fijos en el semblante del conde.

— De Acuña, añadió Don Beltran: es descendiente de los valientes aragoneses de este nombre.

— Adios, hijo mio, dijo el rey; á mi vuelta de Toledo, ven á verme inmediatamente, y pídeme lo que desees, que te doy mi palabra de otorgártelo: y alargó su mano á Fernando, que la llevó á sus labios.

El rey echó á andar, y Don Beltran iba á seguirle, mas el niño le detuvo por el brazo.

— Tomad este papel que me ha dado la reina para vos, señor conde, le dijo en voz baja y precipitada: y os ruego, en nombre de vuestro amor, añadió clavando en los negros ojos de Don Beltran sus ojos azules, os ruego que detengais por hoy la marcha del rey.

— ¡Eso es imposible! esclamó el favorito aterrado: el rey baja ya la escalera para montar á caballo.

— Pues corred á detenerle por Dios santo, Beltran, repuso el paje tomando entre las suyas una mano del conde; no es ya por vuestro amor por el que os lo suplico, añadió con infinita dulzura.... ¡es por el mio!....

Aquellas palabras parecieron obrar una súbita reaccion en el conde de Ledesma, que estrechó entre las suyas las manos del pajecillo, y salió precipitadamente en pos del rey, á quien alcanzó al fin de la escalera.

— Señor, le dijo, acaba de hablarme un paje de Doña Guiomar: ha venido á decirme de su parte que se halla indispuesta y desea veros ahora mismo.

— Dí que voy al instante, y prepárate para acompañarme, contestó el rey, cuyo semblante se alteró al oir aquella nueva: Señores, prosiguió volviéndose á los cortesanos; suspendemos nuestra marcha indefinidamente: con tiempo daremos nuestras órdenes.

Y apoyándose en el brazo de Don Beltran, entró en sus habitaciones, de las que poco despues salió por una puerta secreta, envuelto en una larga capa negra y acompañado del favorito.

III.

LA CORTE DE ENRIQUE IV.

Al oir los cortesanos las palabras del rey: ***señores, suspendemos nuestra marcha indefinidamente,*** quedaron mirándose unos á otros: muchos de ellos eran mas enemigos de Enrique que los mismos conjurados, y solo esperaban llegar á Toledo para unirse al partido de Villena: cruzábanse allí tambien odios y rencores personales, deseos de venganza y anhelo de combates, en que cada uno de ellos queria ó esterminar á su enemigo, ó á lo menos, alcanzar renombre y gloria.

Ni uno de ellos amaba sinceramente á Enrique IV. Pero ¿cómo amar á aquel monarca antojadizo é inconsecuente?

¿Cómo amarle cuando anteponia un capricho suyo, por insignificante que fuese, á los sagrados intereses del reino? ¿Cómo amarle, en fin, siendo esposo infiel y padre desnaturalizado?

Aquellos hombres no eran tampoco afectos á la reina: aunque Doña Juana era una noble jóven, de corazon sensible y alma elevada, nadie reconocia en ella estas hermosas cualidades, de que descaradamente se burlaban en aquella época de disolucion y escándalos: pero ¡cosa estraña! Lo que ménos le perdonaban era su ardiente pasion por Beltran de la Cueva; ellos, sumidos en toda clase de desórdenes, ellos, que cada dia cambiaban de dama, culpaban aquel amor, criminal es verdad, pero escusable por el abandono en que Enrique IV dejaba á su jóven y bella esposa.

Aquel rey, indigno de su estirpe, aquel hombre que corria de esceso en esceso, arrastrando por el lodo la aúrea corona de Castilla, no merecia el amor de Juana; no habia respetado en ella ni su orgullo de princesa, ni su dignidad de mujer. De continuo la pobre jóven se habia visto pospuesta á vasallas suyas, y no pocas veces á sus mismas camareras que ocupaban su lugar en el corazon de su esposo; y su alma enérgica y altiva, bien que dotada de suma grandeza, se abrió al amor que le brindara Don Beltran y le amó tambien con todo su corazon.

No detestaban los nobles aquel lazo por lo que era en sí: la mayor parte de ellos eran incapaces de sentir una gran pasion, y por consiguiente ignoraban su valor; su irritacion nacia de celos por la rápida elevacion de Don Beltran, que de paje de lanza habia llegado á obtener las mayores dignidades y los mas altos honores, y sin embargo, á ser posible que la reina se prendase de cualquiera de ellos, hubiera ofrecido á sus piés el preferido, no un verdadero amor, sino un bajo y degradante servilismo, con la esperanza de medrar.

Todos ellos acusaban de desleal la conducta del conde de Ledesma y tal vez con razon: Don Beltran se habia hecho dueño del corazon del rey, sirviéndole de tercero en todas sus intrigas amorosas, y acompañándole en sus nocturnas

espediciones; y Don Enrique, agradecido á tan buenos oficios y enteramente subyugado por el encanto irresistible de su amigo, cerraba los ojos para no ver la intimidad de este con su esposa, aunque, para complemento de la murmuracion, se aseguraba que estas relaciones hacian en realidad sufrir al rey quien, á pesar de su caprichoso carácter, amaba á Doña Juana cuanto él podia amar.

Nada se habian cuidado la reina y Don Beltran de las hablillas de la corte: absortos en su amor, olvidaban el universo entero; pero hacia cuatro meses que el cielo de su dicha se hallaba cargado de negros nubarrones, y Doña Juana lloraba sin consuelo un pesar que ocultaba á todos.

¡Pobre jóven! ¿cuál era la causa de su amarga afliccion? Ella buscaba con empeño la soledad. Ya no la alegraban el canto de los pajarillos, ni el radiante sol: la luz de sus ojos se apagaba lentamente, y sus labios perdian su purpúreo matiz: ¡fatales síntomas en una mujer enamorada! ¡ellos dicen que fenecieron sus esperanzas de ventura!

Y era así: desde el dia en que llegó á Segovia Fernando de Luna, Don Beltran parecia preocupado y sombrío: ya no se animaban sus facciones al ver á la reina: á veces pasaba dias enteros léjos de ella, y hasta parecia hastiado de su cariño.

¡Ay! este cambio, por lentamente que se opere, no se escapa jamas á los ojos de la mujer que ama! Doña Juana le siguió con tristísima mirada; pero ni una queja se escapó de sus labios, porque las almas nobles guardan con cuidado sus dolores, y devuelven por cada uno una sonrisa: cuando el sufrimiento la vencia, se arrodillaba junto á la cuna de su hija, y pedia al cielo consuelo y fortaleza para sobrellevar sus penas.

Encontraba tambien algun alivio en el amor que profesaba á su hermoso paje: el dia mismo de su llegada le fué presentado por Don Beltran, y el niño, al besarle la mano, le entregó una carta que decia así:

«Señora: Sin duda alguna me habrá olvidado V. A., porque las almas nobles no recuerdan los beneficios que hacen;

pero si el que los recibe es merecedor de ellos, los graba de un modo indeleble en los mas íntimo de su corazon y los paga cuando puede.

«Yo creo, señora, que satisfago ahora en parte la deuda de gratitud y amor, que contraje con V. A., enviándoos á mi hijo Fernando: parto á Aragon con Gonzalo, mi hijo mayor; no quiero rendir mas vasallaje á Enrique IV, puesto que á no ser por el ángel, á quien llama esposa suya, hubiera muerto en el calabozo en que me sepultó su padre; pero no quiero tampoco serle traidor, y abandono mi hermosa Castilla para no mezclarme en las intrigas de los nobles.

«Por el cielo, guardáos, señora mia: solo teneis un amigo fiel, y ese es Don Beltran; á él le envío mi hijo para que le ponga al lado de V. A., nadie desconfía de un niño: su adhesion no os atraerá mal ninguno, y si correis peligro, si vuestro esposo vacila en el trono, este mismo niño llamará á su padre y á su hermano, que volarán al socorro de sus soberanos.

«Yo sé que Don Juan Pacheco no perdona á V. A. la libertad que me dió, y de la que hice uso arrojándole del lado del rey; sé tambien que quiere conduciros al castillo de Maqueda, de donde han sacado al infante; pero por el nombre que llevo, juro á V. A., que no lo han de conseguir.

«Dios guarde á V. A. y os conceda, señora mia, la dicha que tanto mereceis. *Fadrique de Luna.*»

La reina acogió con amor al niño y le hizo su paje: la memoria de los Lunas no se habia borrado de su alma, porque sabia cuánto la amaban aquellos buenos caballeros.

Aprisionado Don Fadrique, durante el reinado de Don Juan II, por una calumnia del marqués de Villena, gemia aun en una oscura prision al subir al trono su hijo Enrique IV; mas cuando Doña Juana vino á dividirle con él, el primer acto de piedad de esta princesa fué mandar abrir todos los calabozos.

Una vez libre el de Luna, su mas ardiente afan fué arrancar la máscara á Villena: consiguiólo, y el rey que ya empezaba á aficionarse á Beltran de la Cueva, le tomó tal aver-

sion que se vió obligado á no presentarse mas en el alcázar; pero juró odio y venganza al rey, á Don Fadrique, y sobre todo á Doña Juana.

Algunos dias despues, salió de Madrid como jefe principal de la conspiracion que se formaba en Toledo para destronar á Enrique IV, pero casi al mismo tiempo salió tambien Don Fadrique con su hijo Gonzalo para la corte de Aragon: su única hija, Luz, quedaba, segun se decia, en un monasterio de Avila; en cuanto á Fernando, por ser niño sin duda, nadie le conocia ni habia oido hablar de él.

Desde que vivia en el alcázar el pajecillo, apénas habia salido de las habitaciones de la reina: consolaba su dolorosa melancolía, y la amaba tanto, que la expresion de aquel ardiente cariño le hacia á veces olvidar sus pesares.

La seductora belleza de aquel niño habia llamado la atencion de toda la corte, y el rey mismo estaba impaciente por conocerla; pero todos cuantos elogios le habian hecho de él, le parecieron muy débiles al verle en su antecámara en la noche señalada para partir á Toledo.

El paje salió detras del rey y se dirigió á su aposento, en tanto que la cólera de los nobles estallaba en imprecaciones contra el conde de Ledesma y Doña Guiomar; porque sabian que solo la querida y el favorito tenian el poder de dominar la voluntad del rey.

— ¡Por el cielo! esclamó Don Lope Barrientos, ¡que se me acaba la paciencia! esta misma noche marcho á Toledo á unirme con Villena.

— Y yo os acompañaré, Don Lope, dijo Don Pedro Gomez.

— Y yo con mi compañía franca, añadió Don Nuño de Saavedra.

— Y yo, y yo, repitieron muchos nobles.

— Pues id con Dios, señores, repuso Don Diego Arias, anciano de hermosa y apacible fisonomía: yo por ahora prefiero irme á acostar.

Los cortesanos fueron saliendo poco á poco, y en la gran cámara quedaron solamente los pajes y escuderos del rey.

IV.

AMOR.

Las doce de aquella misma noche serian cuando el paje salió de su aposento y se dirigió con silencioso paso á la puerta de la habitacion de Doña Juana; escuchó breves instantes, y despues se dirigió á otra puerta que abrió suavemente, encontrándose en el salon amarillo.

Aquella estancia, intermediaria entre las habitaciones de Enrique IV y de su esposa, era llamada así por el color de sus tapices y sillería, y no se abria casi nunca; pero Fernando, que no podia conciliar el sueño, iba á buscar en ella la calma y la soledad; llevaba en la mano un rollo de papel y un tintero, que formaba un cuerno de plata: en el centro de la estancia se veia una mesa dorada, y pendiente del techo una lámpara, suspendida de largas cadenas de plata, para que sus tibios rayos diesen luz á la mesa; sin duda aquel aposento estaba preparado de órden del paje ó por él mismo para pasar en él la noche.

Fernando cerró la puerta sin ruido: se quitó la gorra que dejó en un sillon, y despues se aproximó á la mesa para colocar en ella el papel y el tintero: mas ambas cosas cayeron de sus manos y retrocedió mas blanco que las olas de encaje de su gorguera, al ver á un caballero que, inmóvil y silencioso, estaba sentado en el sillon colocado delante de la mesa, y que, al ruido que hizo en el suelo el tintero, levantó la frente, estremecióse y se puso en pié.

— ¡Doña Luz! esclamó juntando sus manos con una especie de adoracion.

Palideció el paje fijando sus ojos en aquel hombre: mas aquella mirada cambió el alabastro de su semblante en un súbito carmin.

— ¡Ah! dijo: ¡me habeis asustado, Don Beltran!... pero, prosiguió con una sonrisa que desmentia su temblorosa voz; ¿qué haceis aquí? Yo venia á escribir á mi padre en esta estancia mucho mas silenciosa que la mia; pero, puesto que

la habeis elegido ántes que yo, me voy para no molestaros; y diciendo esto, recogió su tintero y papel, y fué á tomar su gorra.

— Detenéos por el cielo, Luz, dijo el conde de Ledesma con acento suplicante: ¡tened piedad de mí!

El fingido paje alzó al cielo sus ojos con tristísima espresion, como pidiendo valor; pero cuando se volvió á Don Beltran, su habitual y dulce sonrisa vagaba de nuevo por sus labios; dejó otra vez su gorra sobre la mesa, y echó sus largos rizos dorados hácia atras con un movimiento infantil, sentándose en el sillon que acababa de dejar el conde.

Este permaneció de pié delante de ella, contemplándola con una mirada ardiente y melancólica.

— ¡Gracias, Doña Luz! dijo el conde con profunda emocion y rompiendo al fin el silencio: gracias por vuestra bondad en acceder á mi ruego; esta condescendencia, por otra parte, en nada os compromete, prosiguió con amargura; nadie estrañará que pasen en conversacion, aunque sea toda una noche, el paje y el amante de la reina!

— Creo, no obstante, conde, que para vos seré Doña Luz de Luna, y no el paje Fernando, repuso la doncella con acento grave y dulce á la vez.

— ¡Oh, sí, sí! esclamó Don Beltran; ¡mas nada temais, Luz: vos sois para mí lo mas sagrado que existe en la tierra; lo mas santo que conozco; sois lo que mas amo en este mundo, mi mas caro y apreciado tesoro: el ángel que ilumina el áspero camino de mi vida! ¡Oh, Luz! prosiguió el conde, con tan honda emocion, que las lágrimas brotaron de sus ojos. ¡Luz mia! ¿cuándo daréis una esperanza á mi ardiente amor? ¿no sabeis que este cariño es puro y santo? ¿no os he rogado mil veces que me permitais pedir vuestra mano á Don Fadrique?

— ¿Y la reina, conde? dijo Luz con doloroso acento: ¿qué seria de la reina el dia en que os perdiese para siempre? ¿qué porvenir le espera, muertas las esperanzas de su amor?

— ¡La reina! repitió el conde, ¡la reina! ¿tengo yo la culpa acaso de haberme engañado creyendo amarla? ¿tengo yo la

culpa de que ella se haya apasionado de mí? ¡Por piedad, Luz, por piedad! no mezcleis en nuestro puro amor el recuerdo de esa pasion criminal!...

Detúvose el conde para mirar á la jóven que lloraba cubriéndose el rostro con las manos.

— ¡Llanto! esclamó apasionadamente arrodillándose á sus piés: ¡llanto, amada mia! ¡y lo viertes por mí! díme, prosiguió, buscando con sus ojos la mirada de la doncella: ¡díme que te enternecen mis tormentos! ¡díme que comprendes al fin la inmensidad de mi amor!... porque lo comprendes ya, ¿no es verdad? ¿no es cierto que me has visto revivir bajo la luz de tus divinos ojos, bajo la paz de tu sonrisa? ¿que has visto cómo recobraba la alegría de mi corazon y el sosiego de mi alma, bajo la influencia de tu virtud? ¡Oh!.... ¡si supieras lo que pasó por mí el dia en que te me presentaste con la carta de tu padre!... ¡creí que el corazon iba á saltárseme del pecho!

Aquel hombre de hierro, cuyo valor se habia hecho proverbial en toda Castilla, cayó vencido y quebrantado por la emocion que esperimentaba: pálido, con la respiracion anhelante, apoyó su frente en el brazo del sillon de Luz.

— Yo tambien os amo, conde, dijo esta tomándole las manos y obligándole á que se levantase: sí, os amo, como ya no volveré á amar á pesar de no tener mas que diez y seis años: dejadme concluir, añadió conteniendo con imperioso ademan el trasporte del conde: esta primera confesion será tambien la postrera.

— ¡La postrera!

— Sí, desde ahora os lo juro por el nombre que llevo, yo ahogaré esta pasion, y si no puedo conseguirlo, moriré: escuchadme, Beltran, prosiguió enternecida al ver la angustia que se retrataba en las facciones del conde. Mi padre debe su vida á la reina, y su bienhechora está rodeada de enemigos, abandonada de su esposo: solo un bien le resta, ¡vuestro amor! y este bien, que compensaba para ella todos los demas, le ha de perder tambien! ¡y quereis, conde, hacerme su enemiga! ¡quereis que, en pago de la vida y de la libertad de mi padre, clave en su corazon ese acerado puñal! ¡quereis, en fin,

que desobedezca á mi padre, que me mandó oponer mi pecho como un escudo á los golpes que asestasen al suyo! ¡oh, no, no! ¡jamas!

— ¿Y creeis, Luz, que porque vos dejeis de amarme, renacerá mi cariño hácia la reina? ¿pensais que humillaré de nuevo la frente á ese vergonzoso yugo? ¿imaginais que para conservar mi fortuna y elevacion, le fingiré de nuevo el sagrado sentimiento que solo vos en el mundo habeis podido inspirarme? ¡Por Dios, que os equivocais! ¡voy á renunciar esta noche todos mis cargos y títulos, y mañana seré otra vez un pobre soldado! ¡Ya nada quiero de ella!

— Y yo, conde, os aborreceré, como á mi mas mortal enemigo, porque habréis causado la muerte á la bienhechora de los mios, dijo la jóven con airado acento: sí, os lo juro por el Dios que nos oye; si asestais ese golpe al corazon de la reina, mi amor se trocará en aversion, porque la amo mas que á vos.

Al acabar de pronunciar estas palabras, se dirigió á la puerta; mas el conde la detuvo, poniéndose delante.

— ¡Luz! esclamó, por piedad, no me dejeis así: decidme al ménos que el recuerdo de mi cariño os será grato: yo haré lo que querais... no me separaré del lado de la reina... la defenderé con mi vida... ¿estais contenta? prosiguió clavando sus ojos con amarga tristeza en los ojos de Luz.

— Sí, conde, contestó la doncella tendiendo al caballero su blanca manecita: ¡oh, sí, muy contenta! ¡me habeis hecho tan feliz!... Vos pagaréis de este modo á Doña Juana la deuda de los Lunas, y yo... yo os amaré... como á mi mejor amigo.

Temblaron los labios de la jóven al pronunciar estas palabras, y una espantosa palidez cubrió su semblante.

— Ahora, añadió haciéndose superior á su emocion, ahora es ya de dia, conde: marchad á ver á la reina: sé, por Inés, que está indispuesta, y por eso fuí á suplicaros que detuvierais vuestra partida.

— Os obedezco, Luz, dijo tristemente el conde: ¡quiera Dios que mi vida, convertida desde hoy en un largo y dolo-

roso sacrificio, pague esa deuda terrible que me roba vuestro amor!

— Os engañais, Beltran; la satisfaccion de esa deuda me liga á vos con una tierna é inalterable amistad, y este puro sentimiento reemplazará al amor, porque vuestro amor y el mio pertenecen á la reina de Castilla.

Al concluir estas palabras, abrió la puerta de su aposento y entró en él, cerrando despues de saludar al conde, quien tomó lentamente el camino de las habitaciones de la reina.

En cuanto á Luz, se dejó caer de rodillas al pié de su lecho, y esclamó con voz entrecortada por los sollozos:

— ¡Gracias, Dios mio! ¡gracias, por las fuerzas que me habeis concedido en tan ardua y dolorosa lucha! ¡Oh, Dios piadoso! ¡Oh, Vírgen mia! ¡No me desampareis!

V.

LA ENTRADA DE VILLENA.

Cuatro dias habian pasado desde estos sucesos, y todavía no se habia dado órden ninguna para la partida del rey.

Doña Guiomar seguia indispuesta, obedeciendo tal vez los consejos de Don Juan Pacheco, marqués de Villena, su amante oculto, aunque nadie en Castilla le conocia otro que Enrique IV.

La hermosa dama de honor de Doña Juana tenia enteramente subyugado el corazon del rey; pero ella no sentia hácia el monarca mas que el desprecio, que necesariamente debia inspirar á una mujer de su temple, porque Doña Guiomar tenia talento y corazon.

A pesar de no contar mas que treinta años, amaba con pasion al marqués de Villena, que pasaba de los cincuenta. La energía de aquel hombre, sus brillantes prendas y su elevado talento le inspiraban cariño y admiracion: aun su misma ambicion era otro nuevo mérito á sus ojos, porque era ambiciosa tambien.

La noche en que, á ruegos del paje, detuvo Don Beltran la marcha del rey, recibió ella una carta de Toledo, concebida en estos términos:

«Es absolutamente preciso que detengais al rey cuatro dias mas en Segovia: al finar el último, os veré en vuestra misma casa, porque entraremos victoriosos, llevando á nuestro frente al infante Don Alfonso. — Villena.»

No bien leyó la dama de honor este billete, que le fué entregado al desnudar á la reina, lo ocultó cuidadosamente entre los pliegues de su brial: despues estendió los brazos, y cerrando los ojos, se dejó caer en un sillon, dando un ahogado grito que hizo acudir á la reina y todas las damas: el desmayo duró media hora, al cabo de la cual pareció reanimarse, y pidió permiso, con voz débil, para retirarse. Doña Juana dispuso que se trasladase la enferma á su casa en una de sus carrozas, y mandó á Doña Blanca de Solís, la mas jóven de sus damas de honor, que la acompañase y velase á su lado toda la noche.

Poco agradó, en verdad, esta órden á Doña Blanca: odiaba, como todas sus compañeras, á aquella orgullosa mujer, que las trataba muy mal; pero se inclinó profundamente ante la reina, y abrigó ella misma, con su capuchon de pieles, los hermosos hombros de Doña Guiomar.

Despidiólas Doña Juana, dispensando á la enferma de todo servicio en su aposento miéntras durase la indisposicion, y asegurándole que sus damas alternarian en su cuidado y asistencia; pero durante el camino, Doña Guiomar se animó y pareció casi buena al llegar á su casa.

— Doña Blanca, dijo á la jóven con una dulzura estraña en ella; no quiero que os molesteis: yo estoy mucho mejor, y creo que mañana podré asistir al alcázar á la hora de levantarse su alteza: voy á mandar que os conduzcan á vuestra casa, quedando yo sumamente reconocida á vuestros afectuosos cuidados.

— Pero, señora, tal vez os engañais, repuso la sencilla jóven, sin comprender las miras de la altiva dama: podeis poneros peor... no, no, yo velaré con sumo gusto á vuestro lado.

— Os digo que me siento ya muy bien, repitió Doña Guiomar, cuyas morenas mejillas se encendieron con tan leve contradiccion.

— La reina me reconvendrá... murmuró débilmente la pobre niña, aterrada como una paloma delante del milano.

— Yo os disculparé con S. A. mañana, cuando asista á su cámara: le diré, que os he rogado que os retiraseis: ea, buenas noches, Doña Blanca, continuó bajando ligeramente de la alta carroza, y entrando en su casa.

No bien se halló en su aposento, escribió al conde de Ledesma diciéndole que estaba bastante indispuesta, y rogándole que se lo hiciera saber al rey. Mas Don Beltran, suponiendo la verdad, porque no ignoraba la intimidad de Villena con la dama de honor, se guardó bien de enseñar la misiva á Don Enrique y la hizo pedazos en seguida que la leyó.

Los ruegos del paje alcanzaron lo que deseaba Doña Guiomar: el rey voló á su casa así que tuvo noticia de la indisposicion que la aquejaba y que ella fingia por su parte á las mil maravillas.

Al volver al alcázar con Don Enrique, Beltran de la Cueva se dirigió al salon amarillo, porque los dolores alejaban el sueño de sus ojos: desde el dia en que vió á Luz de Luna, la amó con pasion. y aquel fuego devorador aniquilaba enteramente sus fuerzas morales.

Sin embargo, compadecia profundamente á la reina: á medida que él se tornaba frio é indiferente, la pobre jóven languidecia, y su frente se doblaba mas pálida y abatida que la del conde: ella ignoraba, no obstante, la causa de su desvío: no sabia que otro nuevo amor le robaba el corazon de su amante, porque no sabia tampoco que su amoroso pajecillo era una hermosa doncella.

En la corte de Castilla, nadie, mas que Don Beltran, conocia este secreto, porque solo á su lealtad lo habia confiado su anciano amigo Don Fadrique de Luna. ¡Dios, en su bondad, quiso evitar á aquella infeliz princesa el mas amargo de todos los dolores!... ¡Los celos!

Era el dia que Villena habia señalado para entrar en Se-

govia: brillaba el sol en todo su esplendor, y el tibio vient de octubre traia en sus alas los perfumes de las últimas flores.

Enrique IV, sin acordarse de que rugia sobre su cabeza una terrible tempestad, pasaba casi todo su tiempo al lado de Doña Guiomar, que agravaba ó disminuia su indisposicion, segun convenia á sus planes: Toledo y la conspiracion que encerraba dentro de sus muros se habian borrado completamente de la memoria del rey.

Espantoso desórden reinaba en la ciudad; muchos de los nobles, partidarios de Villena, y avisados por él, sabian que aquella noche debian entrar los conjurados, y que Don Enrique iba á ser arrancado del trono, para colocar en él á su hermano Don Alfonso.

Otros — y estos eran los ménos — adictos al rey, se aprestaban á la defensa, y cruzaban en todas direcciones á la cabeza de sus compañías francas.

En vano fué avisar al rey de lo que acontecia: en vano le pintaron el riesgo que corria: su sagaz manceba le aprisionaba á su lado, y el rey se contentaba con responder: *No se atreverán.*

Tres dias hacia que Luz habia escrito á su padre llamándole á Segovia. «La reina peligra, padre mio, le decia: Villena está cerca de aquí, y ya sabeis que es su enemigo mortal: venid, pues, á salvarla de la prision ó de la muerte.»

Despues de escrita esta carta, el pajecillo se situó al lado de la reina, que esperaba sin impaciencia ni temor lo que iba á suceder: sabia que si vencian los conjurados seria sepultada en un sombrío castillo, porque sabia tambien hasta qué punto la odiaba Don Juan Pacheco, y presagiaba que su primer cuidado seria abrirle una prision; pero todo lo olvidaba, porque veia de nuevo tierno y amante á Don Beltran y hacia dos dias que era feliz, á pesar de los males que la amenazaban.

El pobre pajecillo era dichoso tambien con la ventura de

su señora, aunque su rosado semblante habia tomado la palidez del alabastro, y sus espléndidos ojos azules se veian rodeados de un ancho círculo morado: en aquellos cuatro dias no se habia separado un momento de la reina: en pié, detras de su sitial, estremecíase al menor ruido que sonaba en la calle, y parecia escuchar constantemente con ansiedad.

Hácia las cuatro de la tarde creció el rumor en las calles, y se oyeron pasos cautelosos en la escalera que daba á las habitaciones de la reina: las damas de honor se estrecharon temblando unas á otras, y el paje palideció mas que ellas: los pasos, que sonaban ya junto á la puerta principal, cesaron de repente, y un instante despues se oyó dar vuelta suavemente á la llave.

— ¡Nos encierran! gritó Doña Juana: ¡estamos prisioneras! y se acercó á otra puerta disimulada en los tapices, al mismo tiempo que la cerraban tambien.

Un ahogado sollozo se escapó del pecho de la reina: no pensó en ella, sino en la Cueva, en su esposo, en su pobre hija y en su reino perdido. ¡Ella, la reina de Castilla, tendria que morir en una prision!.... La pobre jóven se dejó caer de rodillas en su reclinatorio y oró con fervor, imitándola sus damas y Fernando.

Ya habia tendido la noche su denso manto, y aun permanecian postradas: de súbito saltó uno de los cristales de colores del anchuroso balcon de piedra, y tras de aquel, todos los demas que componian la ojiva vidriera, y un hombre se precipitó en la estancia: las voces de la reina, de sus damas y del paje, se confundieron en un solo grito de terror; mas el aparecido, sin mirar á nadie, se dirigió al paje, á quien acercó á su pecho con un apasionado movimiento y como para protegerle del riesgo que le amenazaba.

— ¡Don Beltran! esclamó la reina reconociéndole y tendiéndole sus manos.

— Nada tema V. A., señora, contestó el conde besando la diestra de Doña Juana: he encontrado cerradas todas las

puertas y he entrado por ahí, continuó señalando el balcon, para defenderos hasta mi último aliento.

VI.

EL TRONO Y EL HONOR.

Cuando Don Enrique volvió al anochecer á su alcázar, no se notaba otra señal de alarma que las rondas que se cruzaban en todas direcciones; los conjurados aun no habian entrado; mas, careciendo de puertas la ciudad, era imposible oponerles este obstáculo.

Don Beltran sabia, no obstante, que Villena estaba con los principales jefes dentro de Segovia: reunió á todos aquellos con quienes podia contar y se aprestó á la defensa; porque su lealtad como soldado era á toda prueba, y estaba decidido á perder mil vidas que tuviera por defender á sus soberanos: tenia ademas que velar por Luz, cuya existencia y honor le habian sido confiados por su padre, y que eran mucho mas caros á su corazon que todos los intereses de la tierra.

Don Enrique se acordó, por fin, de su esposa y de su hija, y al cerrar la noche, salió de su cámara para dirigirse á las habitaciones de la reina, acompañado de muchos cortesanos: mas quedaron atónitas al encontrar todas las puertas cerradas.

Doña Juana estaba ya aprisionada: era la primera víctima de la venganza de Villena.

El semblante del soberano se trastornó enteramente: en el fondo de aquel corazon helado y endurecido habia algun cariño hácia la jóven y hermosa princesa á quien llamaba esposa suya, y la idea de que se la habian robado ó de que otro se habia anticipado á salvarla, le hizo olvidar todo lo demas.

— ¡Echad abajo esa puerta! dijo con voz fuerte.

Los soldados de su guardia empuñaron las hachas de armas é hirieron con un solo golpe la maciza puerta que no se conmovió lo mas mínimo. Un curioso observador hubiera visto aparecer una burlona sonrisa en los labios de los cortesanos: las llaves de la habitacion de la reina tal vez no estaban léjos de allí.

La voz del rey se dejó oir de nuevo entre el estruendo.

— Llamad á la Cueva, gritó con airado acento, y aun no habia espirado el eco, salieron tres pajes en distintas direcciones.

— Señor, dijo Don Diego Arias, que era el anciano de hermoso semblante á quien vimos en el alcázar: yo creo que debíamos bajar al jardin, para ver, si nos es posible, por entre los balcones, si la reina está dentro de su habitacion: el profundo silencio, que se advierte, me hace temer que nos la hayan arrebatado, y en ese caso, juraria, por el nombre que llevo, que hay traidores entre nosotros.

Y el noble caballero, en cuyo corazon ardia la indignacion, tendió en derredor suyo una mirada amenazadora.

— Tienes razon, Arias, dijo el rey: vamos al jardin, y si tus temores salen ciertos.... ¡ay de los culpables!

Y echó á andar seguido de todos sus cortesanos.

Algunos soldados y escuderos iban detras alumbrando con hachas.

Al llegar al jardin, mandó Don Enrique que se detuviesen todos á la puerta, y se adelantó él solo con Don Diego Arias, hasta colocarse enfrente de los balcones de la cámara de la reina: la luna derramaba una tenue claridad á traves de la espesa cortina de nubes que la ocultaba, y que permitian distinguir, no obstante, hasta las mas pequeñas plantas.

En tanto que Don Enrique y el anciano Don Diego miraban con ansiedad al fondo de la cámara de la reina, en la que se notaba el resplandor lejano de una luz, la Cueva se dirigió á una puerta del alcázar por donde acostumbraba á entrar: mas su angustia fué indescriptible al encontrarla

cerrada; de repente un confuso rumor de golpes y voces llegó á sus oidos: era que los soldados del rey herian con las hachas de armas la puerta principal.

— ¡Tambien cerrada aquella! murmuró el conde que adivinó la causa de aquel estruendo: tendió en seguida en derredor suyo una mirada en la cual radiaba una ráfaga de delirio, y echó á correr hácia el jardin.

— ¿Qué voy á hacer? murmuró parándose de repente: ¡qué voy á hacer, Dios mio! ¿Cómo salvarlas? ¡Salvarlas! ¿Y de quién? ¿quién ha cerrado las puertas del alcázar? ¿Villena? ¿Quién las manda abrir? ¿El rey? ¿O ha sido Enrique IV quien las ha aprisionado, y Don Juan Pacheco el que intenta derribar esas mismas puertas?

Calló el conde y se apoyó contra el muro casi desfallecido.

— ¡Luz! murmuró al cabo de algunos instantes: ¡Luz mia! ¡qué va á ser de tí! ¡pagarás tú, pobre ángel, los odios que nacieron alrededor del trono! ¡y yo.... yo no puedo salvarte.... no puedo!....

Un amargo sollozo desgarró la garganta de Don Beltran: pálido como un cadáver cerró los ojos y quedó inmóvil.

Un golpe mas fuerte que los otros le hizo estremecer: rápido como un relámpago echó á correr y salió del alcázar.

En aquel mismo instante miraban con mayor ansiedad que nunca el rey y Don Diego al interior de la cámara de la reina: el anciano hacia ya rato que escuchaba atentamente con la cabeza inclinada: hubo un instante en que Don Enrique fué á hablar, mas el caballero le apretó fuertemente el brazo, haciéndole señas de que callase, y olvidando la etiqueta en una ocasion tan importante.

De súbito levantó tambien la cabeza el rey; se oian claramente sobre la arena del jardin los pasos de un hombre, y al mismo tiempo estalló un horrible tumulto en la plaza del alcázar; per detras de las paredes del jardin se percibia el choque de las armas y los gritos de los combatientes.

Por un movimiento involuntario, Don Enrique iba á precipitarse hácia la puerta; mas Don Diego le detuvo.

El hombre, cuyos pasos se oian, entraba entónces en la calle de árboles en que ellos estaban.

Sin detenerse llegó al pié de los balcones de la reina y sacó una larga escala de seda, que sujetó al de enmedio, afianzándola á la parte inferior con largos garfios de hierro.

— ¡Castilla por Don Alfonso! gritaron muchas voces en la plaza del alcázar.

— ¡Abajo los traidores! ¡muera Villena! respondió otra inmensa gritería.

Don Enrique hizo un segundo é impetuoso movimiento, y se lanzó á la puerta; mas el anciano Don Diego le sujetó fuertemente por el brazo.

— En la calle quieren quitaros el trono, señor, le dijo con voz profunda; pero aquí os roban vuestro honor, añadió señalando al hombre que acababa de escalar el balcon.

Mas apénas pudo vérsele, porque dió con mano fuerte un golpe en la ojiva vidriera, que cayó hecha mil pedazos, y se precipitó de un salto en la cámara real.

Por un momento vieron el rey y Don Diego, á traves de los cristales mutilados, á la reina y sus damas postradas: los blancos trajes se estendian en amplios pliegues como una alfombra de nieve en el mármol del pavimento: el grito de espanto lanzado por la soberana y sus damas llegó tambien á oidos de Don Enrique y Don Diego; mas en el instante mismo se cerraron de golpe ambos postigos, y desapareció el luminoso cuadro.

— Vamos, Arias, dijo Don Enrique con sordo acento: vamos á lavar el honor, y despues defenderemos el trono.

Y el rey y Don Diego salieron del jardin con precipitado paso.

VII.

¡CASTILLA POR DON ENRIQUE!

Al volver el rey á la habitacion de su esposa, acababa de saltar la puerta deshecha por los golpes de los soldados.

— Nadie se mueva hasta que yo lo mande, dijo Don Enrique con severo acento: ¿habeis encontrado al conde de Ledesma? preguntó á los que habia enviado á buscarle.

— No, señor.

— Seguidme, Arias, dijo el rey, y entró en la cámara de su esposa.

Pero en el mismo instante, un rumor confuso se oyó al otro lado de las habitaciones; acababan de echar abajo otras puertas del alcázar que daban á distintas calles; un momento despues se abrió la puerta oculta entre los tapices, y apareció Villena con la espada desnuda y seguido de gran número de los suyos. Encontráronse frente á frente el rey y su enemigo, mas la primera mirada de ambos fué para buscar á la reina: los semblantes de los dos se encendieron con un subido carmin, y brotaron de sus ojos relámpagos de furor.

Vestida Doña Juana con un largo traje blanco, estaba arrodillada en su reclinatorio; sus largos cabellos negros caian en rizos medio deshechos alrededor de sus hombros y garganta: tenia cruzadas las manos fuertemente, y sus grandes ojos se fijaban en Villena con profundo terror. Don Beltran estaba de pié á su lado, y su presencia fué la que trastornó de rabia los semblantes del rey y de Villena; el uno veia en él á su rival, el otro á su enemigo: la vidriera rota, que el rey fué á abrir, dejaba penetrar una corriente de aire frio que hacia vacilar la luz de la única lámpara que alumbraba el aposento.

El rey se acercó á la Cueva, y le cogió del brazo.

— ¿Por dónde habeis entrado en la cámara de la reina conde? le preguntó con una terrible mirada.

— Por la misma puerta que V. A., señor, contestó el favorito con voz firme.

— ¿Y á qué hora?

— Hace apénas media.

— ¿Por qué, en vez de venir aquí, no estuvisteis á mi lado?

— ¡Oh, señor! repuso Don Beltran con tan serena sonrisa, que ocultó del todo la angustia retratada en sus facciones: vine aquí porque vos estabais rodeado de valientes caballeros, y la reina estaba sola y espuesta á la furia del marqués.

— ¡Vive Dios, Don Enrique! que no sé cómo teneis calma para escucharle, esclamó Villena, cuya furia se aumentó al ver malograda su esperanza de encontrar á la reina sola. El conde acaba de entrar por ese balcon, puesto que no habia otra entrada, porque todas las llaves de esta parte del alcázar se recogieron por órden mia.

— ¡Mentís como un villano, marqués! gritó entónces el paje de la reina, saliendo al frente de todos: quien ha entrado por ese balcon, he sido yo.

Al oir el mentís del niño, trastornóse enteramente el semblante de Villena, y se arrojó á él, en tanto que muchos de los suyos rodearon al conde.

Ninguno, empero, se atrevió á llegar al soberano.

— ¡Favor al rey! gritó Don Enrique, y todos los nobles, que esperaban sus órdenes, precipitarose de tropel en la estancia con las espadas en la mano.

En el instante mismo en que Villena se lanzaba al pajecillo, retrocedió: Don Juan Pacheco era muy valiente y la espada cayó de sus manos al contemplar de cerca el puro y bellísimo semblante del niño.

— Sí, prosiguió Fernando yendo á postrarse á los piés de la reina, que se habia dejado caer en un sitial: yo fuí el que escaló ese balcon, al ver que las puertas me vedaban la entrada: porque, añadió, cubriendo de besos las manos de Doña Juana, no podia acostarme sin ver á mi señora.

Los cortesanos se miraron atónitos. ¿Seria aquel niño

el nuevo amante de la reina? su lenguaje lo hacia suponer así.

La refriega se habia empeñado en aquella estancia: combatian junto á la Cueva algunos caballeros, en tanto que el rey contemplaba con mirada sombría al lindo paje, que ocultaba su frente en los pliegues del vestido de la reina para no ver aquella desastrosa escena.

De repente lanzó un agudo grito: acababa de caer la Cueva herido, y aquel golpe produjo, aunque sin verlo, un doloroso choque en todo su ser. Volvióse arrodillado como estaba, y cruzó sus manos sobre el pecho con una desgarradora espresion de dolor: despues, como atraido por una fuerza superior á su debilidad, se levantó trabajosamente y quiso correr hácia Don Beltran, mas el rey le detuvo.

— Niño, dijo, ya que tanto amais á la reina, es preciso defenderla, porque os la quieren robar, añadió con fiera y maligna sonrisa: vamos, desenvainad esa preciosa daga regalo suyo, sin duda.... ¡Vamos!

Tembló el paje: su brazo se rompia entre los dedos del rey.

— Sí, sí, que combata, gritaron muchas voces. Mas la de la Cueva dominó todas las demas.

— ¡Señor! gritó, ¡piedad, ese paje es una mujer!

— ¡Una mujer! repitieron en coro el rey y todos los cortesanos.

— ¡Sí, dijo la pobre niña cuyo semblante estaba blanco como el mármol: sí, Don Enrique, el amante de la reina, ya lo veis, es una mujer!

Y en sus labios se dibujó una angélica sonrisa, en tanto que sus ojos se cerraban cayendo desvanecida en los brazos del rey.

— ¡Castilla por Don Enrique! gritaron en la plaza mil voces en una.

— ¡Castilla por Don Enrique! repitieron en la escalera del alcázar.

— ¡Castilla por Don Enrique! resonó por tercera vez en la puerta de la cámara real, y Don Fadrique de Luna,

seguido de su hijo y de gran número de soldados, entró por la puerta principal de la cámara, en tanto que Villena y los suyos huian vergonzosamente por la puertecilla secreta que les habia dado paso.

VIII.

LOS LUNAS.

La primera mirada de Don Fadrique se dirigió en busca de la reina; al descubrirla desmayada en el ancho sillon, se arrodilló delante de ella y besó una de sus manos.

Gonzalo, entre tanto, habia visto á su hermana sin sentido en los brazos del rey.

— ¡Luz! esclamó estendiendo los suyos para recibirla.

Al eco de esta voz amiga, abrió la jóven los ojos y los fijó en el semblante del caballero.

— ¡Hermano mio! murmuró con débil voz: ¿y nuestro padre? preguntó en seguida.

Pero Don Fadrique llegaba ya, y la estrechó amorosamente contra su seno.

— Al fin te veo, hija mia, esclamó el anciano con los ojos llenos de lágrimas, ¡si supieras cuánto sufria léjos de tí!

— ¡La hija de Luna! murmuró el rey: es mas noble, mas niña y mucho mas hermosa que Doña Guiomar.

Y sus ojos se fijaron con amor en la pobre doncella á quien habia estado á punto de matar pocos momentos ántes.

Comenzaba á volver en sí la reina y Luz iba á acercarse á ella, mas su padre la contuvo suavemente.

— Señor, dijo en voz baja y aproximándose al rey; prometedme que no diréis á nadie jamas que el paje Fernando era mi hija Luz: y vosotros, caballeros, prosiguió volviéndose á los nobles, concededme, os ruego, el mismo favor.

— ¿Pero de qué servirá esto, cuando la han de ver aquí

todos los dias, dijo el rey, y ademas, por qué ocultar todo lo que vale este ángel de paz?

— Nadie la verá, señor, contestó el de Luna, porque, ántes de amanecer, tomaremos el camino de Aragon, sin que mi Luz deje su vestido de paje.

— ¡Cómo, Don Fadrique! ¿con que me dejais de nuevo? esclamó el rey con doloroso acento: ¿me dejais, sin que pueda pagaros todo lo que os debo?

— Si algo vale el servicio que he tenido la dicha de hacer á V. A., señor, contestó Don Fadrique, no pido mas recompensa que el permiso para marchar.

— Idos pues, dijo tristemente el rey: ahora, al ménos, añadió bajando la voz, dejad á Luz al lado de la reina.

— ¡Imposible, señor! respondió con acento firme el anciano: he consentido en separarme de mi hija miéntras sus servicios han hecho falta á mi bienhechora, continuó besando una mano de la reina, quien, recobrada ya y comprendiendo lo que pasaba, le dió gracias con una dulce sonrisa: ahora, concluyó Don Fadrique, no puedo consentir en alejarme de aquí sin mi Fernando.

— ¡Cómo! esclamó Doña Juana, ¿os le llevais?

— ¡Sí señora! pero os dejo un buen amigo en el conde de Ledesma, dijo Don Fadrique estrechando entre las suyas las manos de Don Beltran: á no ser por él, hubierais caido en poder de Villena ántes de llegar yo.

— Venid aquí, la Cueva, dijo el rey: desde hoy sois duque de Albuquerque, y os damos ademas los señoríos de Atienza y Roa. Quedad con Dios, Don Fadrique, prosiguió dirigiéndose al anciano: adios, Gonzalo; ya que os obstinais en partir, no me opongo á vuestro deseo; pero jamas olvidaré que os debo mi corona y mi vida.

Inclináronse los Lunas, pero no besaron la mano del rey; para aquellos nobles caballeros era un imposible amar ni respetar á aquel hombre: únicamente acataban la corona que ceñia sus sienes.

— Adios, Fernando, prosiguió el rey tomando en las suyas

las blancas y delicadas manos de Doña Luz: si alguna vez sufrís ó deseais algo, acordáos del rey de Castilla.

Despues besó la mano de la reina y salió de la estancia apoyado en el brazo de Don Beltran y seguido de todos los cortesanos.

IX.

EL SACRIFICIO.

Al rayar el dia siguiente, salió Beltran de la Cueva de su casa y se dirigió al alcázar, mas los Lunas habian partido ya y no encontró de ellos otro resto que esta carta escrita de mano de Doña Luz.

«Adios, conde: os he amado y os amo como á nadie en el mundo; pero amo mas que todo la ventura de la que salvó la vida de mi padre.

Voy á encerrarme en el convento de Santa María, y en él rogaré al cielo que os haga feliz. *Luz.*»

Palideció el duque al leer esta carta y ocultó el rostro entre las manos, permaneciendo largo rato en esta postura.

Aquel golpe cruel aniquiló para siempre sus facultades de amar: la ambicion ocupó esclusivamente su alma, y volvió á fingir con la reina un cariño que ya no podia sentir.

Sus miras se cumplieron: Don Enrique, enteramente subyugado por él, lo elevó á la cumbre del poder, lo que no impidió que el inconstante monarca le aborreciese y desterrase un año mas tarde.

En cuanto á Doña Juana, gracias al sublime sacrificio de su paje, recobró la tranquilidad de su espíritu con la certeza de ser amada: aquella pasion, culpable en verdad, pero escusable por las circunstancias que la acompañaban, era toda la parte de ventura que Dios habia querido concederle en este mundo de dolor.

Luz de Luna profesó al año de entrar en el convento: en

el fondo de su alma y junto al amor de Dios, vivió siempre el recuerdo de Don Beltran: quizas aquella pasion dolorosa alcanzó del Señor el perdon de los estravíos del conde de Ledesma; tal vez el largo martirio de la pobre jóven borró del libro de la justicia divina las culpas del favorito de la reina. ¡Felices aquellas que, como Luz, lo alcancen! ¡Felices, sí, por mucho que hayan sufrido!

Várias veces, al contemplar la blanca antorcha del firmamento cuyo nombre llevaba la hija de Don Fadrique, se deslizaba una lágrima de las negras pupilas del conde, y sus labios murmuraban estas palabras: «¡Ruega al cielo por mí!....»

Y al mismo tiempo una jóven religiosa del convento de Santa María fijaba sus azulados ojos en el astro de la noche y decia en voz tan baja que se perdia en las auras perfumadas de su jardin: «Oh, Dios de bondad! ¡hacedle feliz.... pero ¡no arranqueis mi recuerdo de su corazon!....»

Antes de cumplir veinte años, murió Luz de Luna: las buenas religiosas la acostaron para que durmiese el sueño eterno en una urna de mármol rodeada de flores, y decian que todas las noches una paloma blanca iba á posar su vuelo sobre el sepulcro.

Era el alma de Luz que iba á pedir al astro, que le dió su nombre, un recuerdo del poderoso duque de Albuquerque, proscrito ya y desterrado.

¡Alma bendita é inocente!!

LA PRINCESA DE LOS CASPIOS.

I.

HERMIONE.

La historia de los pueblos de Oriente, de ese pedazo de mundo que no há mucho ha sido teatro de una guerra que ha fijado la consideracion del resto del universo, se pierde en la noche de los tiempos. Hay, sin embargo, en ella, episodios que conmueven profundamente el ánimo, y de esta especie es el que sirve de base á esta leyenda.

En aquella nacion idólatra, donde falta el freno mas fuerte y poderoso de las pasiones humanas, que es la religion, se han desarrollado estas siempre con terrible vehemencia; las mujeres, que entre nosotros parece han nacido únicamente para el sufrimiento, la dulzura y la resignacion, dan allí rienda suelta á sus impetuosos sentimientos, y son, no pocas veces, víctimas de ellos.

El amor y la venganza, sobre todo, han producido terribles desastres; no conociéndose el honor, la probidad, ni ninguna de las virtudes sociales, el asesinato venga las mas leves diferencias como las ofensas mas graves.

Hubo un tiempo en que el Asia, aunque dividida en reinos, estaba dominada por príncipes ó gobernada por sátrapas, cuya vida licenciosa y llena de desórdenes hundió al fin su poder.

Principalmente en Persia, en aquel reino, el mas hermoso

y dilatado de todo el Oriente, existian multitud de soberanos á quienes el bondadoso y anciano rey Darío no tenia fortaleza bastante para castigar; esta culpable debilidad fué la causa de su ruina, porque en breve perdió su prestigio, y el dia de la memorable batalla, que se dió á orillas del Eúfrates, se vió vendido por los poderosos, cuyos escesos habia tolerado, y abandonado de los débiles, á los cuales estos mismos escesos habian hecho sufrir todo género de vejaciones.

Uno solo, sin embargo, permaneció fiel al anciano rey hasta que rindió el último aliento.

Crádates, soberano de los Caspios, era vasallo de Darío, y el mas amado entre todos los príncipes de su corte; sirvióle con inviolable fidelidad durante su vida; mas cuando la perdió en el combate que puso á la Persia en manos de Alejandro el Grande, el anciano Crádates se sometió, como el reino todo, al vencedor, y fué con el resto de sus tropas y su familia entera á postrarse á los piés de Alejandro.

Recibióle este con bondad suma, y de este modo derramó un saludable bálsamo en la herida que habia abierto en el corazon del príncipe la muerte de su señor; el noble anciano cedió, como todos, al influjo de aquel hombre estraordinario y se dispuso á servirle con la misma lealtad que á su amado rey.

Tenia Crádates dos hijos valientes y gallardos cuyos nombre eran Tolomeo y Casandro, y una hija mas jóven que estos, llamada Hermione.

La belleza de las mujeres persas ha sido proverbial en toda el Asia, pero la de Hermione era superior á todo encarecimiento.

Nacida de madre escita y de padre persa, el cruzamiento de las dos razas produjo el tipo mas perfecto y seductor; tenia la tez de alabastro, el cuello de cisne, y los azulados ojos de su madre Berenice, y las luengas pestañas negras, las pobladas cejas, la espléndida cabellera de azabache, la boca de púrpura y el leve talle de las hijas de Persia.

Nada habia comparable á la hermosura de su frente de

mármol; nada tan bello como sus manos de marfil y como sus torneados brazos; nada, en fin, tan esbelto y majestuoso como su elevada estatura, que sobresalia como una palmera entre las mujeres que la rodeaban, pequeñas como lo son comunmente todas las de aquella nacion.

Quince años contaba la princesa, cuando Crádates fué con ella y sus hermanos á postrarse á los piés de Alejandro.

La imaginacion entusiasta de la jóven, vivamente impresionada por la relacion de las hazañas de este gran monarca, se enardeció mucho mas cuando pudo verle y contemplar su juventud y belleza unidas á su nobleza y heroismo, y aquel instante decidió de su vida.

Concibió por el rey una vehementísima pasion, y la arrogante Hermione, objeto de la adoracion de casi todos los príncipes del Asia, se convirtió en esclava del rey de Macedonia.

El jóven monarca no reparó en el efecto que habia producido: vió á sus piés á una hermosa y esbelta jóven, vestida de un largo traje blanco, y cuyos marmóreos hombros, mas que el cendal de su vestido, estaban medio cubiertos con un manto de púrpura recamado de oro; miró por un instante aquella angélica cabeza poblada de rizos negros, y aquellos piececitos que aparecian torneados á traves de las cintas de sus sandalias de grana, y despues volvió los ojos á otro lado con frialdad.

En cuanto á Hermione, solo la palidez de su semblante y el temblor de sus labios pudieron dár á conocer lo que pasaba en su alma.

El príncipe Crádates siguió por algun tiempo la marcha del ejército real; pero queriendo Alejandro ligar al anciano con beneficios y manifestarle á la vez la confianza que de él hacia, le envió á Maracanda, nombrándole gobernador de esta ciudad y de su dilatada provincia, y trasmitiéndole un poder igual al que tenian los sátrapas en tiempo de Darío, el desgraciado rey de Persia.

El príncipe recibió esta gracia con un vivo reconocimiento y con un deseo ardiente de dar un testimonio de él al gene-

12*

roso vencedor. Mas la desdichada Hermione, cuya pasion habia hecho rápidos progresos, vió en esta nueva su sentencia de muerte.

¡Perdia á Alejandro! ¡Se alejaba de él sin poderle decir que le amaba!... y para colmo de su desgracia, tenia que encerrar cuidadosamente este amor en el fondo de su alma y ocultar á su padre un sentimiento que hubiera reprendido quizá con demasiada severidad.

Jóvenes que amais sin esperanza: vosotras, que os veis precisadas á mostrar la sonrisa en los labios, cuando teneis desgarrado el corazon; vosotras, en fin, que sabeis lo que es pasar mil veces por delante del hombre á quien amais, sin que sospeche siquiera lo que sufrís; imagináos por un momento que os arrebatan el triste consuelo de verle; pensad cuán intenso y amargo seria vuestro dolor, y tendréis una idea del tormento de la desventurada Hermione.

Con la muerte en el alma partió con su padre y sus hermanos para Maracanda, que se sometió al rey sin resistencia, siguiendo el ejemplo de los demas pueblos del Asia Menor, y aquella pobre niña cayó en una profunda melancolía.

Todos los delirios de la pasion mas fuerte se apoderaron de su espíritu; llamaba á Alejandro, acariciaba un retrato suyo que habia podido procurarse, y que jamas separaba de su seno; veíasela, en medio del sueño, pálida y agitada, derramando abundantes lágrimas, y solamente despertaba de tan dolorosa pesadilla para sentir un martirio mil y mil veces mas cruel.

Hermione no tenia madre; la hermosa Berenice, hija del rey de Isedon, y esposa de Crádates, murió al darla á luz, y el cielo arrebató con ella á la infeliz princesa el apoyo mejor y mas seguro.

Cierto es que su padre la amaba con ciego cariño, y que la adoraban sus hermanos, sobre todo Casandro, que era de natural muy dulce; pero nunca pudo Hermione resolverse á declararles su fatal secreto, encerrándolo, por el contrario, con cuidadoso afan en lo mas íntimo de su alma.

Cerca de un año hacia que vivian en Maracanda, cuando

Alejandro llamó á los jóvenes príncipes, hermanos de Hermione, confiándoles cargos muy importantes en el ejército y sin desperdiciar una ocasion en que pudiera manifestar al anciano Crádates su amor y estimacion.

Entónces fué cuando llegó Efestion á aquel reino; Efestion el malvado, Efestion el regicida, puesto que, cómplice del traidor Besso, hicieron ambos espirar, á los golpes de sus puñales, al magnánimo rey de Persia; Efestion, cuya sangrienta memoria ha quedado para siempre grabada en todos los pueblos que bañan el Eúfrates y el Termodonta.

Despues del detestable regicidio, que quedó oculto por entónces á favor de las tinieblas de la noche en la agitacion de aquella memorable batalla, que decidió la suerte de dos grandes naciones, é hizo á la una esclava de la otra, siguieron Efestion y Besso toda la Bactriana, asolando á los pueblos y apoderándose de las riquezas de aquel desdichado territorio; mas cuando Alejandro llevó hasta allí sus armas vencedoras, Efestion vendió á su amigo, y queriendo contraer méritos con el soberano, prendió á Besso por su propia mano y le condujo sujeto á la tienda del rey.

El gran Alejandro ignoraba todavía quiénes eran los asesinos del anciano Darío, al cual amaba tanto, no obstante ser su enemigo y haberle conquistado casi todo su reino.

Besso le fué presentado con la lengua cortada, y Efestion urdió una fábula que nadie podia desmentir.

Imposibilitado Besso de hablar, solo un esclavo podia descubrir al infame regicida; pero el infeliz siervo fué muerto y arrojado al Eúfrates así que se cometió el crímen.

Por lo tanto, todo el rigor de Alejandro cayó sobre el desgraciado Besso, que fué colgado de un árbol, asaeteado y descuartizado, ántes de espirar, por cuatro caballos (1), y Efestion fué recompensado con mano pródiga por el rey, que le agradeció que le hubiera proporcionado la ocasion de ejercer aquel acto de justicia; pero el malvado regicida, abusando de

---

(1) Histórico.

los favores del monarca, sembró nuevas sediciones en el campo, y obligando á los daheses á que se sublevasen con siete mil caballos bactrios, partió con ellos en direccion á Maracanda, á fin de obligar al príncipe Crádates, con quien le unia una estrecha amistad, á levantarse contra su rey y señor.

Al pronto ocultó sus designios, haciendo creer á Crádates que venia por órden de Alejandro; y el príncipe, engañado con esta treta, le recibió en su mismo palacio y le trató como enviado del rey, dando órdenes para que se alojase parte del ejército en la ciudad, y el resto en los lugares mas cercanos, pero con la mayor comodidad posible.

Efestion habia tomado muchas precauciones para que el anciano no descubriese la verdad. Cubrió los caminos de guardias para detener á todo el que pudiese venir de parte del rey ó de cualquiera otro lado, y de este modo pudo ocultar al príncipe su infamia.

Aquel hombre, de corazon de hierro hasta entónces, tenia á la sazon en sí mismo el mas peligroso enemigo: amaba á Hermione, y la amaba con toda la energía de la primera pasion; la bella y melancólica niña le hacia olvidar todos sus proyectos con una sola mirada, y delante de ella desaparecia á sus ojos el resto del mundo.

Un presentimiento oculto le aconsejó no declararle su amor: adivinaba que Hermione no corresponderia jamas á su indomable pasion, y prefirió entenderse con el príncipe y pedirle la mano de su hija.

El engañado Crádates prestó oidos á la proposicion que Efestion le hiciera; y creyendo á este en un alto favor con el rey, supuso que no podia esperar un partido mas ventajoso para su hija, y prometió su mano á Efestion, sin consultarla en atencion á su corta edad.

Mas al participar su resolucion á Hermione, encontró en ella una resistencia que no esperaba; nacida la jóven con un carácter generoso, pero altivo, se rebeló contra esta violencia y habló á su padre con energía.

En aquellos pueblos poco civilizados é idólatras, la educacion y la religion no podian ser frenos para contener el ímpetu

de los sentimientos, y la pobre niña, agotado su valor, se entregó completamente al esceso de su pena.

— Padre, esclamó postrada á los piés del anciano, ¡quieran los dioses, ya que no teneis piedad de vuestra hija, que halleis en su obediencia el castigo de vuestra crueldad!... Mas no creais, prosiguió levantándose con fiereza, no creais, señor, que cedo todavía; voy á escribir á mis hermanos, y despues me arrojaré á las plantas de Efestion; le haré saber que no le amo, que no quiero, que no puedo ser suya, y si no se compadece de mí, si mis hermanos no vienen en mi socorro, imploraré el favor del rey.

Al pronunciar estas últimas palabras, templaron los labios de la princesa, y su semblante se cubrió de una mortal palidez: aquel pensamiento atravesó su corazon como un dardo de fuego, y trajo ante sus ojos, con mas viveza que nunca, la imágen de Alejandro.

Crádates no advirtió lo que pasaba en el corazon de su hija, y creyó efecto de su impaciencia ó de su dolor el trastorno que notara en su rostro.

— Escucha, hija mia, le dijo con ternura, si yo no supiera que ibas á ser feliz, no me verias hoy tan obstinado; te ruego, pues, que me obedezcas, y no me obligues, continuó cambiando de voz, á que haga uso de la autoridad que los dioses me han concedido sobre tí; no pidas auxilio á nadie contra tu padre, Hermione; tus hermanos, léjos de aprobar tu rebeldía, te obligarán á obedecerme, y Efestion te ama demasiado para que consienta en perderte; en cuanto al rey, prosiguió el príncipe sin poder calcular el daño que causaba á su hija, en cuanto al rey, está harto entretenido para pensar en tí; todos los príncipes del Asia estamos convocados en Babilonia para dentro de quince dias, con el fin de asistir á sus bodas. En este pliego, escrito de mano del monarca, me lo participa, añadiendo que se casa con la princesa de Persia, prisionera suya, con toda su familia, desde la muerte del rey su padre.

Un rayo no hubiera aturdido ménos á la jóven que esta noticia; Hermione lanzó un agudo grito, estendió los brazos y cayó desplomada á los piés de Crádates. El anciano la

tomó en sus brazos y la condujo á su aposento, encargándola á los cuidados de su nodriza Teane.

Cuando la jóven volvió á abrir los ojos, vió á su padre sentado junto al lecho, que estrechaba una de sus manos cubriéndola de besos y de lágrimas: algo apartado Efestion, en pié y silencioso, la contemplaba con una mirada de dolor.

Pocos hombres habia entónces comparables á él; de elevada estatura, y modelada como el Apolo antiguo, se olvidaba su gallardía para admirar la belleza de su semblante; era notable el contraste que ofrecia su dorada cabellera, naturalmente rizada, con sus rasgados ojos de un negro afelpado; el resto de sus facciones completaba ese magnífico tipo oriental, que tan perfecto se conserva todavía en Atenas ó en la ísla de Delos. Su edad no llegaba á veinte y seis años, y jamas un alma mas horrible se ha albergado en un cuerpo mas hermoso: en aquel bárbaro corazon no imperaba mas que un solo sentimiento: su pasion á Hermione. Al verla estendida en el lecho, y al parecer sin vida, la mas cruel desesperacion se apoderó de él, y al verla abrir los ojos, una inmensa alegría sacudió á aquella fiera naturaleza.

Apénas Hermione volvió en sí, se sentó en el lecho; apartó de su frente los numerosos bucles, negros como el ébano, que la cubrian, y permaneció silenciosa algunos instantes.

— Padre, dijo al fin con voz firme, os obedeceré, y vos, señor, prosiguió tendiendo sus manos á Efestion, que las estrechó entre las suyas, recibid el juramento que os hago de ser vuestra.... Yo no os amo ahora, añadió la jóven; pero de nuevo os juro, por los dioses, que os amaré muy pronto, Efestion, ó que moriré de lo contrario.

La desdichada no sabia aun quién era el hombre á quien acababa de ligarse para siempre. Apoyóse en el brazo de su padre, y ambos bajaron al jardin seguidos de Efestion, que habiendo conseguido lo que mas deseaba en el mundo, fijó otra vez su pensamiento todo en la ejecucion de sus tenebrosos planes.

II.

DOLORES SIN CONSUELO.

Algunos dias despues de los sucesos que acabamos de referir, la hija de Crádates se unió para siempre á Efestion, príncipe de los ismenios, á cuya dignidad le habia elevado el magnánimo Alejandro, en recompensa de haber puesto en sus manos al matador de Darío.

Crádates se preparó para ir á Babilonia con el objeto de asistir á las bodas reales, sin que los jóvenes esposos consintieran en acompañarle, aunque por motivos muy diversos.

Hermione hizo al deber el sacrificio de su amor, y la imágen de Alejandro empezaba á borrarse de su memoria, como su retrato habia desaparecido de su pecho; su amarga melancolía habia degenerado en una calma triste, pero que le proporcionaba algun reposo; insensiblemente se iba acostumbrando á Efestion, y sin duda alguna le hubiese amado con el tiempo si su enemiga suerte no lo hubiera dispuesto de otro modo.

Era un dia hermoso de estío, víspera del en que debia partir el anciano Crádates; hallábanse en los estensos y perfumados jardines la princesa y sus damas, todas casi tan niñas y hermosas como su jóven soberana: veíase entre ellas á la armenia de dorados cabellos y velados ojos; á la odalisca de esbeltas y torneadas formas; á la georgiana de tez rosada y luciente mirada negra; á la ateniense de virginal perfil y piés de niña; á la persa de purpurina boca, estrecha frente y dulce sonrisa; á la escita de celestes ojos, enhiesto cuello y manos de nieve; y todos los tipos, en fin, mas bellos y perfectos de los imperios del Asia.

Sentada Hermione á la orilla de un azulado arroyuelo, hablaba con su nodriza Teane, cuyo amor hácia ella rayaba en adoracion; las damas se habian quitado los mantos y salta-

ban como cervatillos en las anchas praderas de flores, cuyos débiles tallos se tronchaban bajo la tenue presion de sus lindos piés, calzados con sandalias.

El jardin estaba ademas lleno de guardias de la princesa, deudos de Crádates y esclavos negros.

De súbito se oyó un estraordinario ruido á las puertas del palacio, y las damas corrieron despavoridas al lado de la princesa y de la anciana Teane.

— Anda á ver que sucede, Orontes, dijo Hermione con serena voz á un eunuco negro, que salió al instante á cumplir esta órden; pero un momento despues volvió pálido y trastornado.

Seguíanle de cerca dos caballeros armados á medias, pues al uno le faltaba una manopla, y dejaba ver una mano horriblemente mutilada aunque no por eso habia abandonado la espada, y el otro traia la cabeza descubierta, y su yelmo, perdido tal vez en alguna refriega, no habia sido suficiente á librarle de recibir en ella una profunda herida.

Al ver á aquellos hombres, se puso en pié la princesa; dilatáronse sus grandes ojos azules, y cubrió su rostro una palidez mortal.

— ¡Casandro!... ¡Tolomeo!... esclamó al fin tendiéndoles los brazos, en tanto que se iba llenando el jardin de soldados y deudos de los príncipes, tan heridos y desfigurados como ellos; ¡hermanos mios! ¿qué los ha sucedido? ¿qué es esto? gritó dando un alarido desgarrador al ver caer á Casandro privado de conocimiento.

— ¡Hermana!... esclamó Tolomeo asiéndola del brazo; ¡hermana!... ántes de todo, respóndeme... ¿eres ya esposa de Efestion?

— Sí, contestó la jóven con temblorosa voz.

— ¡Ah! gritó el príncipe; ¡maldicion sobre nosostros!... Y soltó el brazo de la infeliz Hermione, la cual fué á abrazar á Casandro, que permanecia desmayado todavía en los brazos de sus escuderos.

A poco llegó al jardin el anciano Crádates. Al ver á su querido Tolomeo horriblemente herido y ensangrentado, y á

su hermoso Casandro, al parecer sin vida, el desgraciado padre quedo yerto de espanto.

— ¿Qué habeis hecho, señor? esclamó el príncipe, ¿con que habeis entregado á Hermione al asesino de nuestro rey? ¿Sabeis que Darío rindió su vida á los golpes del puñal de ese monstruo de iniquidad? ¿Sabeis que se ha rebelado contra Alejandro y que está en Maracanda el foco de la rebellion? ¿Sabeis que pasais en el campo macedonio por un traidor como él? ¡Oh, padre! prosiguió el infeliz Tolomeo en el parasismo del dolor mas violento, ¿sabeis que me cuesta la vida de Casandro haber podido penetrar hasta aquí?

Nada respondió el anciano, y fué lentamente á postrarse ante Casandro, cuya cabeza abierta sostenia Hermione sollozando amargamente.

Crádates separó los hermosos rizos de ébano que cubrian aquella frente ensangrentada, y sin derramar una lágrima, pero mas pálido que el herido, puso en ella sus labios, dominando por un momento el amor paterno á todos.

— ¡Yo te vengaré, hijo mio, yo te vengaré! esclamó levantándose en seguida.

— ¡Venganza, sí! gritó Tolomeo; yo he venido, de parte de Alejandro, á averiguar la verdad de lo que aquí sucede, porque no se resuelve á creeros culpable y prefiere juzgaros engañado. — Id, nos ha dicho; á los hijos toca salvar el honor del padre; la alianza que me han anunciado va á efectuarse entre Crádates y Efestion es una prenda de traicion. Volad, pues, á impedir que la inocente Hermione se una al asesino de vuestro rey, y traedme al regicida para que expíe como Besso, no su rebelion contra mí, que desde luego le perdono, sino el horrible crímen que cometió al derramar, con sus miserables manos, la augusta sangre de Darío.

Casandro habia vuelto de su desmayo; echó los brazos al cuello de Hermione, teniéndola largo rato oprimida contra su pecho, y despues se sentó con firmeza en un banco de césped.

Crádates y Tolomeo se aproximaron á el, en tanto que algunos vendaban sus heridas.

— Padre mio, dijo con débil voz, no perdais tiempo; el

cuerpo de ejército, que el rey nos dió para batir las tropas de Efestion, ha sido deshecho, y el traidor cuenta con muchas fuerzas dentro de Maracanda. Huid, por el cielo, con Hermione, y salvadla.... á favor de un disfraz podréis llegar á Babilonia.. presentáos al rey, decidle que envíe al momento los soldados necesarios para sofocar la sedicion. El esclavo que presenció el asesinato del rey Darío, y que fué arrojado á las ondas del Eúfrates, no murió como se creia, y ha descubierto á Alejandro todos los crímenes de Efestion... huid, huid, por los dioses, y lleváos á mi hermana. ¿Qué pueden hacer aquí un anciano y una niña?

— ¡Morir! contestó una voz bien conocida de todos.

Era Efestion que habia penetrado en el jardin seguido de un gran número de parciales.

— ¡Sí! prosiguió el traidor, morirán como vosotros y como todos los que no se unan á mi causa; ya no es tiempo de retroceder; juego mi vida, y haré todo lo posible para no perderla. Yo te engañé, Crádates, continuó dirigiéndose al príncipe; sí, yo sublevé las tropas que existen en Maracanda, y vine aquí únicamente para que secundaras mi rebelion contra Alejandro.

— ¿Y creiste que yo?... tartamudeó Crádates temblando de ira y lanzando una mirada de desprecio al miserable Efestion... ¡Oh! decidme, continuó juntando las manos, decidme que habeis mentido, aseguradme que, convencido de vuestro error, desistís de vuestros horribles planes.

— ¡Imposible! contestó Efestion con estóica calma. Si cuando el rey de Macedonia me favorecia me rebelé contra él, juzga tú mismo lo que debo hacer ahora que pide mi cabeza.

— ¡Traidor! gritó el príncipe tirando de la espada y arrojándose á él; ¡infame regicida!... Te juro, por los dioses, que no has de salir vivo de aquí!...

El acero de Efestion cortó el aliento al desgraciado anciano, que cayó con el pecho atravesado á los piés del asesino de Darío sin poder hacer otra cosa que tender los brazos á sus hijos.

Dos terribles golpes sintió al mismo tiempo el malvado. La espada de Tolomeo, aunque manejada por su mano izquierda, le partió el hombro, y la de Casandro le produjo una profunda herida en la espalda; mas los infelices príncipes rindieron muy pronto sus vidas á los furibundos golpes de una nube de soldados, que los rodearon de repente inmolándolos sin piedad.

La desdichada Hermione lanzó un penetrante alarido, y cayó sin sentido inundada en aquella sangre, que era la misma que corria por sus venas.

Efestion, sin turbarse en lo mas mínimo, y con un valor admirable, digno de mas noble causa, mandó hacer una señal, convenida sin duda, porque en pocas horas fué pasada á cuchillo por los sediciosos toda la guarnicion de Maracanda que no quiso secundar la rebellion.

III.

EL REGICIDA.

La hija de Crádates pasó muchos dias entregada á una furiosa demencia; encerrada en sus habitaciones con su nodriza Teane, llamaba á su padre, á sus hermanos, y maldecia á su inhumano verdugo, sin consentir en tomar alimento alguno ni ver á nadie.

Cuando se calmó su doloroso delirio, cayó en una melancolía profunda; la infortunada jóven se sentia desfallecer y se rendia quebrantada al peso de su amarga pena. A no ser por los amorosos cuidados de la buena Teane, hubiera muerto sin duda.

Una noche que, sentada junto á una ventana, lloraba pensando en su desgraciada familia, entró de improviso Efestion en su aposento; al verle Hermione, se estremeció de horror, helóse el llanto en sus yertas mejillas, y en su hermoso semblante se pintó, con la mayor energía, todo el odio que aquel hombre le inspiraba.

— ¡Verdugo de mi padre! esclamó con indecible vehemencia la irritada princesa. ¡Asesino de mis hermanos! ¿Qué buscas aquí? ¿Vienes á gozarte en mis tormentos? ¿Acaso es tu designio quitarme tambien la vida? Hiere, prosiguió descubriendo su seno, hiere sin piedad; traspasa este corazon, enemigo de esa mano parricida, que hace pocos dias me alargaste en señal de tu amor, y que diste á mi buen padre en prueba de fidelidad. No te detengan los aborrecibles lazos que nos unen; no alimentes, para tu ruina, una serpiente que te devorará, si no la ahogas primero.

— Escúchame, Hermione, dijo Efestion con voz dulce y reposada. Si para conservar mi fortuna y mi vida tuve que envainar mi puñal en el pecho de tu padre, para conservar la tuya y hacerte feliz no perdonaré sacrificio alguno; yo te amo, prosiguió cruzando sus manos con una indescriptible mezcla de pasion y de dolor; yo te amo, Hermione, y este amor es el único sentimiento dulce que ha surgido en mi corazon; no siento remordimiento alguno por haber dado muerte á los tuyos, mas tu dolor traspasa mi alma. ¡Oh, Hermione! continuó Efestion arrojándose á los piés de la princesa: ¡mi adorada Hermione!... perdóname y díme que no me aborreces, que me miras sin horror, que podrás amarme algun dia....

— ¡Ah! gritó la princesa rechazando á su esposo, quien, arrodillado, todavía sollozaba amargamente. ¡Verdugo de mi padre! ¡Quieran los dioses descargar sobre tu cabeza todos los rayos de su venganza!

Hermione salió del aposento.

El príncipe de los ismenios permaneció como helado de estupor; su alma indómita jamas se habia humillado, y tan solo el vehemente amor, que Hermione le inspiraba, habia podido ablandar su fiereza.

Cuando le volvió la espalda la princesa, la siguió con la vista sin variar de postura, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, pálidas con la fuerza del dolor.

— ¡Nunca me amará! murmuró despues con ahogado sollozo, y cubriéndose el semblante con las manos.

Imposible era, en efecto, que la jóven princesa amase ya á aquel hombre; con su presencia despertóse en el alma de Hermione una ardiente sed de venganza; y al huir de él, corrió á encerrarse en otro aposento para poner por obra un proyecto que hacia algunos dias meditaba.

¿Habeis amado, lectoras mias, para olvidar despues? ¿No os ha sucedido, en alguna época de vuestra vida, tener que dejar de querer á un ser digno de vuestra adoracion, para amar á otro ser que valia mucho ménos, ya por conveniencias sociales, ya por exigencias del mundo, ya en fin, por caprichos del corazon? ¿Y no habeis sido engañadas por el mismo á quien dabais un cariño que no merecia? ¡Ah! ¿Qué habeis hecho entónces? Pero ya lo adivino: habeis vuelto vuestros ojos, cansados de llorar, hácia aquel objeto que debisteis amar eternamente, á pesar de las exigencias de la sociedad y de las hipócritas fórmulas del mundo; tal vez por orgullo no le habeis dicho: te amo como ántes. Vuestros deberes quizá os habrán retenido léjos de él, ¿pero no es verdad que á él habeis vuelto sin cesar el pensamiento y la mirada? ¿No es verdad que habeis consagrado á su recuerdo todos los instantes de vuestra vida, como el único consuelo de vuestra amargura?...

Esto fué, pues, lo que sucedió á Hermione; dormia en su alma, debilitada por largos combates, una violenta pasion, que despertó de súbito al rudo choque de su infortunio; y como vosotras, volvió de nuevo los ojos y el corazon hácia aquel hermoso y benéfico recuerdo, único bien que le restaba en el mundo.

Sola y sin amparo, quiso escribir al magnánimo Alejandro para pedirle venganza de la muerte de su padre y de sus hermanos; no tuvo que combatir esta resolucion; odiaba á Efestion, como verdugo de los suyos, como regicida del anciano Darío y como traidor al rey de Macedonia, y con mano firme y sin remordimientos trazó la siguiente carta (1).

(1) Esta carta está copiada casi literalmente del antiquísimo volúmen de donde he tomado los datos necesarios para escribir esta leyenda; únicamente me he limitado á poner mas en claro algunos conceptos.

«No es, ¡oh, señor! la esposa del infiel Efestion, es la hija del noble Crádates la que se dirige á vos; si el nombre del primero os es aborrecible, creo que la memoria del segundo os debe ser de alguna estimacion.

«El venerable anciano, á quien debí la vida, ha rendido la suya á los golpes del puñal del hombre que hoy me llama su esposa; en vano fué, ¡oh señor! en vano fué que enviaseis á mis hermanos para que impidiesen el sacrificio de la infeliz Hermione. En vano ¡ay! pues que ya estaba unida con lazos eternos al miserable que tan cruelmente ha derramado la sangre de mi inocente familia.... Tolomeo, vuestro amado Tolomeo, ha muerto destrozado por las lanzas de los soldados de Efestion; y Casandro, el jóven y hermoso escudero que nunca se apartaba de vuestro lado, ha espirado horriblemente mutilado, pronunciando el nombre adorado de Alejandro.

«¡Venganza, señor, venganza! yo la invoco de vuestra justicia contra el matador del rey Darío, padre de la princesa que habeis elegido por esposa; contra el verdugo de los mios, contra el infame que ha osado hacer á su bienhechor y su rey la mas horrible de las traiciones.

«¡Que muera, ya que ha derramado tanta sangre noble é inocente!... Que espire al rigor de los tormentos mas crueles, y así plegue á los dioses prolongar y hacer felices los dias de vuestro reinado. — *Hermione.*»

Escrita esta carta, fué entregada y recomendada mil veces al hijo de la anciana Teane, que partió sin dilacion al campo macedonio.

Hermione quedó sola con su nodriza, entregada á la mas cruel ansiedad; dotada de un alma generosa, aunque, como ya hemos dicho, enérgica y altiva, tardó poco en aparecer el remordimiento; habia demandado con ansia la muerte de su esposo, y la sola idea de que era muy probable que Alejandro le hiciese justicia, la helaba de terror.

— ¿Por ventura, se decia, podrán devolver la vida á las víctimas que lloro los suplicios que hagan sufrir á su verdugo?

Además, por culpable que este fuese, ¿no era tambien su esposo?

Hermione lloraba amargamente, cuando se abrió con estrépito la puerta de su aposento, y el mas horrendo espectáculo se presentó á sus ojos.

Acababa de ver entrar pálido, cubierto de sangre y brotando fuego por los ojos, á Efestion, que traia en una mano la carta que ella habia escrito pocas horas ántes, y en la otra la cabeza del desgraciado mensajero (1).

Fria é inmóvil como la estatua de la desesperacion, clavo la princesa sus estraviados ojos en Efestion.

— Mira, dijo este aproximándose á su esposa y mostrándole el sangriento despojo; mira, Hermione, la recompensa que das á los que pretenden servirte con fidelidad: y al pronunciar estas palabras, arrojó la lívida cabeza á los piés de Teane, que cayó al suelo desmayada, dando un prolongado grito.

— ¡Bárbaro! esclamó Hermione en el parosismo del furor mas violento. ¡Execrable verdugo! aun no lo sabes todo: esa carta no te ha revelado mas que una parte muy pequeña de lo que pasa en mi alma. Yo te aborrezco, Efestion, te odio, y para que sea doblado tu tormento, sabe que amo, que adoro al rey Alejandro, aunque nada le digo en este escrito; mátame ahora, prosiguió la princesa con terrible vehemencia; mátame, Efestion, porque te juro que trabajaré incesantemente para perderte miéntras tenga vida.

Calló la jóven; su esposo, mudo y helado, fijó en ella sus ojos secos y dilatados; pero poco á poco fuése encendiendo su semblante, y el trastorno de sus facciones patentizó bien pronto la borrasca que hervia en su alma.

— ¡Já!... ¡já!... ¡já!... ¿Con que amas al rey, Hermione? esclamó soltando una amarga carcajada. ¿Y cómo paga él tu amor? ¿Acaso con la ciega idolatría con que yo te he adorado?

Interrumpióse al decir esto, y sus labios temblaron con-

(1) Histórico.

vulsivos, en tanto que sus rasgados ojos despedian relámpagos de furor.

— ¿No sabes, gritó despues con ronca voz, acercándose impetuosamente á la jóven y asiéndola de un brazo; no sabes que va á casarse con la princesa de Persia? ¿Ignoras que dilata mi castigo, que es lo que mas anhela en el mundo, para no pensar mas que en su bella Estatira? ¿Y te se oculta, Hermione, que yo le odio hasta el estremo de intentar darle la muerte por mi propia mano?

— ¡La muerte! esclamó la princesa con un alarido de dolor... ¡la muerte!... Entónces, Efestion, una misma losa nos cubrirá á entrambos.

— Calla, le interrumpió el príncipe; calla, insensata, dentro de tres dias habrá cortado la vida de Alejandro el filo de mi puñal, y tú serás la esposa de Efestion III, rey de Persia y Macedonia.

IV.

EL PUÑAL DE ESTRATON.

Dos dias han trascurrido desde que tuvo lugar la última entrevista de los dos esposos: el príncipe de los ismenios se prepara á partir en cuanto raye la aurora para el campo macedonio, á fin de llegar de incógnito al cerrar la noche; pocas personas van en su compañía, pero le sigue de cerca un formidable ejército.

Señor de Maracanda, y teniendo á su devocion las dilatadas costas de la Bactriana, va á dirigirse, con ánimo sereno y á favor de un disfraz, á dar el golpe mortal en el corazon de su rey y señor, el magnánimo Alejandro, en la noche misma de sus régias bodas.

Efestion odiaba al monarca porque ambicionaba su corona; pero le aborrecia mucho mas desde que sabia que le habia robado el corazon de Hermione.

Así, pues, muerto Alejandro, se hacia proclamar rey in-

mediatamente, se deshacia de un poderoso, aunque inocente rival, y recogia de una vez el fruto de todos los crímenes de su vida.

Tendióse en el lecho, y bien pronto el sueño cerró sus fatigados ojos.

Dejémosle dormir, y vamos en busca de Hermione, cuya triste suerte es harto digna de compasion.

Sentada la jóven, tenia las manos cruzadas sobre las rodillas; su semblante, hermoso hasta el grado mas sublime, estaba pálido como el mármol; sus grandes ojos azules, serenos como el cielo de un dia de estío, estaban ahora fijos é inmóviles, y sus largos cabellos negros, sueltos, la envolvian como un manto de seda, y bajaban á ensortijarse en sus diminutos piés. Una túnica de lana fina y blanca, á la manera de las de las sacerdotisas druidas, y un manto de púrpura de Tiro, sujeto en el hombro con un broche de pedrería, companian su traje, que llevaba desceñido y en el mayor desórden.

La pobre Teane, sentada á sus piés, lloraba amargamente, sin que interrumpiese el sepulcral silencio que reinaba en la estancia otro rumor que el que producian los sollozos de la anciana.

De repente levantó la princesa la frente, y sacudió la cabeza con un fiero movimiento de arrogancia.

— Basta de llorar, madre mia, dijo dirigiéndose á Teane: muera el asesino de mi padre: él me inspira desde el cielo, donde mora en compañía de los dioses. ¡Oh, padre mio! ¡Oh, hermanos! ¡Voy á vengaros para dar paz á vuestras sombras irritadas!

Calló la princesa sin atreverse á formular el pensamiento que dominaba á todos los demás en su alma; el amor tenia no pequeña parte en su resolucion; pero Hermione no queria confesarse á sí misma lo que juzgaba una innoble flaqueza.

En su alma fuerte existia el gérmen de todas las virtudes, y la desgraciada princesa hubiera sido una mujer sin igual si hubiera nacido en nuestro siglo y bajo el cielo de nuestra hermosa España.

Levantóse Hermione, imitándola Teane, que abrió en seguida la puerta.

Eran las once de la noche; la nodriza encendió una linterna sorda y salió para llamar al capitan de guardias de la princesa, que entró un momento despues seguido de aquella.

— ¿Está la carroza prevenida, Estraton? preguntó la jóven.

— Sí, señora, contestó este.

— ¿Y mi guardia?

— Os espera.

— Seguidme, pues, dijo Hermione; pero no me obligueis á dar el golpe fatal, añadió con temblorosa voz.

Nada respondieron sus taciturnos compañeros, y siguieron caminando por las largas galerías que conducian al aposento del príncipe.

Al pasar por la antecámara, encontraron dormida á toda la guardia, ménos á Nearco, su capitan, que se paseaba junto á la puerta que daba paso á la estancia de Efestion; la débil luz de una tea, colocada en un pebetero de oro, iluminaba el semblante del jóven guerrero al pasar por delante de ella, volviendo á dejarle en la sombra cuando se alejaba con mesurado paso.

Solamente el acompasado ruido de su armadura turbaba el silencio que reinaba en aquel aposento.

Al divisar Nearco á la jóven princesa, descubrió su cabeza y se adelantó á recibirla con el yelmo en la mano; mas Estraton se abalanzó sobre él, y cubriéndole la cabeza con una capa, le hundió su puñal en la garganta (1).

El capitan cayó sin lanzar un gemido, y en su rostro juvenil apareció la inmovilidad de la muerte.

— ¡Adelante, señora! dijo Estraton; tened valor.

— ¿No pudierais ir solo? dijo Hermione, mas pálida que el cadáver que yacia tendido á sus piés, y pasando una mano por su frente bañada de helado sudor.

(1) Histórico.

— Imposible, respondió Estraton; si vos no me acompañais, yo tambien me retiro.

— Y mañana, murmuró Teane, mañana morirá sin remedio el rey á manos de Efestion.

Entónces brillaron los ojos de la princesa con una ráfaga de delirio, y abrió la puerta que la separaba del aposento de su esposo, que dormia tranquilamente.

Estraton echó sobre la cabeza del príncipe la capa fatal y envainó tres veces en su pecho el puñal, rojo aun de la sangre de Nearco.

Un grito, sofocado por los anchos pliegues del manto de púrpura, llegó á los oidos de la nueva Judith: despues nada se oyó. . . . Se agitó el sudario, y siguió el silencio de la muerte.

Teane sacó un largo y afilado cuchillo, cortó la cabeza de Efestion, y la guardó envuelta en la horrible capa, en tanto que Estraton se acercaba á Hermione, que retrocedió espantada.

— ¡He vengado á vuestra familia, señora! dijo el capitan de guardias con amarga sonrisa.

— ¡Y has salvado á la vez la vida y la corona de Alejandro! contestó la princesa tendiendo sus manos al asesino ¡Gracias, Estraton!

. . . .

Pocos momentos despues, subian Hermione, Teane y Estraton á la carroza de la princesa, escoltados por una numerosa guardia.

Estraton poseia toda la confianza del príncipe de los ismenios, é hizo creer á todos muy fácilmente que, por órden de este, sacaba del campo á Hermione.

V.

JUSTICIA DE ALEJANDRO EL GRANDE.

Al finar aquel dia, es decir, á la misma hora en que debia penetrar Efestion, segun sus designios, en el campo

de los macedonios, llegó á él la princesa: los arqueros del rey divisaron la crecida escolta que acompañaba la carroza, é inmediatamente dieron la voz de *alerta*.

Todas las tropas se formaron delante de las tiendas.

Apeóse la princesa, habiéndole tenido el estribo el príncipe de Epiro, jóven el mas apuesto y arrogante de todos los que componian la corte de Alejandro el Grande.

El campamento presentaba un espectáculo de que no podemos tener idea en nuestros dias; la anchurosa llanura, en la cual se habian construido las tiendas, se veia iluminada por el resplandor de mil hogueras que habian encendido los soldados en señal de regocijo; brillaba la luna en el firmamento, derramando sus plateados rayos, que iban á quebrarse en las lucientes armaduras de los guerreros.

Aquellas dos luces hacian un magnífico y sorprendente contraste, y sus fulgores luchaban en brillantez, venciendo, no obstante, á los rojizos resplandores de las hogueras, los puros y argentinos rayos de la antorcha celeste.

Veíase en primer término una larga fila de tiendas, tan profusamente alumbradas en su interior, que parecia que un radiante sol les prestaba sus fulgores; sus cortinas eran de tisú de plata recamadas de pedrería; en todas ellas tremolaban los estandartes de Persia y Macedonia, columpiados por el suave viento de la noche, y en su parte mas elevada se ostentaban, formados con flores, los nombres de Alejandro y Estatira.

La primera de aquellas tiendas estaba ocupada por la familia real: las demas por los príncipes confederados de toda el Asia, que habian acudido á la gran solemnidad que se celebraba con motivo de las régias bodas.

Los pajes, escuderos y soldados, tenian un poco mas retiradas sus tiendas, pero su número era tan grande, que hubiera sido una locura el intentar contarlas.

La infeliz Hermione sintió que su corazon se destrozaba al contemplar aquel hermoso cuadro. Palideció de pronto, y sus labios temblaron convulsivamente; pero, haciendo un

violento esfuerzo, presentó sonriendo su mano al jóven Demetrio que la esperaba.

— Conducidme á la tienda del rey, príncipe, dijo con dulce voz al caballero. Y pasó con semblante sereno, é inclinando la cabeza para saludar, por delante de las filas de soldados, que doblaban ante ella sus picas y ballestas.

La carroza quedó rodeada de la guardia de la princesa, á la cual siguió Estraton con Teane hasta el umbral de la tienda de Alejandro; allí se detuvieron con los príncipes y cortesanos que iban en pos de la jóven.

Hermione se quedó inmóvil y como petrificada al levantar dos heraldos las amplias cortinas de la tienda real.

Recostado el monarca en una otomana, tenia á su lado á su jóven esposa. Cerca de ellos se veia á la anciana reina de Persia Sisigambes, madre del rey Darío, en cuyas rodillas estaba sentada la niña Aspasia, hermana de la desposada.

La régia abuela contemplaba á sus nietas con entrañable amor, y de vez en cuando acercaba sus labios á los dorados y perfumados bucles de la niña que tenia en su regazo; aquella venerable anciana era el único apoyo que el cielo habia dejado á las huérfanas de Darío.

Todos los historiadores convienen unánimes en elogiar la maravillosa belleza, aunque de género diferente, de las princesas de Persia.

La esposa de Alejandro contaba entónces diez y siete años, y su talla elevada era esbelta y débil, como las jóvenes palmeras de su nacion; tenia los ojos estremadamente grandes, negros y brillantes como el azabache bruñido, pero melancólicos y pensativos; la direccion natural de su mirada era de frente; pero notábase en ella una ligera inflexion hácia el cielo, como si mirase mas allá de este mundo; por eso, sin duda, sus larguísimas y ensortijadas pestañas se unian casi á sus arqueadas cejas de suave y delicado dibujo. En aquellos hermosos ojos se encerraba una historia entera de amor y tristeza (1).

(1) Sabida es la entrañable pasion que la jóven Estatira alimentaba por el príncipe de Escitia, y bien notorio es tambien que solo consintió

Jamas habian crecido sus cabellos mas que hasta el estremo del cuello que se une á la espalda, y á la que las criollas de las Antillas — únicas mujeres que poseen estas cabelleras cortas y espesas — llaman collar de Vénus; pero allí se ensortijaban en gruesos y lustrosos anillos de un négro azulado, como el plumaje que viste las alas del cuervo: tal vez, inspirados los macedonios por la sublime hermosura de aquella cabeza de querubin, apellidaron á su jóven soberana *el ángel* triste.

El resto de sus facciones era de una belleza tal, que al ver á Estatira se esperimentaba un vago sentimiento de melancolía, y parecia imposible que aquella divina criatura pudiese vivir en el mundo (1).

Cuéntase que al formar Praxiteles la célebre estatua de la princesa, que se conserva en Aténas como una maravilla de arte y hermosura, tachó de demasiado débiles y delicadas las formas del modelo, y que notándolo ella, le dijo con dulce y triste sonrisa: *El pan del cautiverio, amigo mio, me ha hecho crecer, pero no ha podido nutrirme;* y á la verdad que no le faltaba razon, porque sus manos eran delgadas hasta la trasparencia, delgada tambien su garganta como la de una niña, y en su seno, blanco como el lirio de los valles, se dibujaban con claridad sus azuladas venas.

La princesa Aspasia contaba dos años ménos, y era pequeña, rubia, rosada y gruesa, como una de esas jóvenes que ha reproducido el pincel de Boucher; sus ojos azules eran dulces y alegres: la blancura de azucena de su frente, sienes y garganta, hacia un precioso contraste con el sonrosado de sus mejillas: sus cabellos, de un rubio dorado y brillante, bajaban en sedosos y largos bucles hasta tocar su cintura, y su sonrisa era encantadora, y admirable la perfeccion de todas sus formas.

---

en ser reina de Macedonia, por evitar á su anciana abuela y á su jóven hermana el cautiverio de Alejandro.

(1) La reina de Macedonia vivió, no obstante, largos años, y su existencia, tan frágil al parecer, fué combatida por terribles dolores.

Tenia puesta una túnica blanca, y su manto era azul lo mismo que la banda que ceñia su cabeza.

La esposa de Alejandro llevaba un traje de brocado de oro, aunque con dificultad podia asegurarse por la profusion de pedrería de que estaba cubierto; formaban el dibujo de la tela los rubíes, topacios y amatistas, y el ramaje las mas ricas y brillantes esmeraldas: su rizada y negra cabellera estaba sujeta con un ancho cintillo de diamantes, y llevaba semicubiertos los hombros con el manto real.

En cuanto al rey de Macedonia, su belleza era de ese género que no se puede olvidar jamas cuando se ha visto una vez. Tenia su tez ese moreno de ámbar, que ejerce una seduccion tan poderosa cuando es realzado por unos grandes ojos negros, de azulado globo; por una boca de subido carmin, sombreado por un negro bigote y por una abundante cabellera de color castaño. No era alto, aunque su estatura pasaba algo de los límites regulares; y sus formas esbeltas y nerviosas eran perfectas como las del jóven Apolo. Estaba armado enteramente; llevaba, como Estatira, el manto real, bajando sus largos pliegues hasta besar el pavimento, y ceñia sus sienes la doble corona de Macedonia y de Persia, cuyos imperios estaban simbolizados en florones de oro y pedrería.

La princesa, inmóvil en el umbral, miraba atónita al interior de la tienda. Asemejábase á un pobre pájaro fascinado por los ojos de un halcon; detras de ella esperaban Teane y Estraton á que penetrase para seguirla.

Al aparecer la jóven, el rey y la reina se pusieron de pié: habian oido batir marcha, y conocido que la persona que se acercaba era de elevada jerarquía, adquiriendo esta certeza al ver el majestuoso continente de la recien llegada.

Aspasia bajó de las rodillas de su abuela, la cual se incorporó con trabajo en la pila de cojines en que estaba recostada. Hermione no avanzó un paso, sin embargo; muda, helada, seguia embebida contemplando al rey y á las princesas; la presencia de Alejandro la sumergia en un éstasis

delicioso; pero la vista de su esposa, tan bella y adorable, desgarraba su corazon.

Alejandro recordó al fin haber visto otra vez á aquella hermosa y melancólica jóven, y al cabo de breves instantes de reflexion, se presentó vivamente á su memoria la hija de Crádates arrodillada á sus piés, como la habia contemplado un año ántes.

— Los dioses os den paz, princesa, dijo adelantándose para recibirla: bien venida seais.

Aquella voz vibrante y sonora sacó á Hermione de su doloroso letargo; pero sus rodillas se doblaron y cayó de hinojos á los piés del rey: diríase que una fatalidad implacable obligaba á la infeliz á doblar siempre la frente á las plantas del hombre á quien tanto amaba.

— Alzad, princesa, dijo Alejandro, tomando en sus torneadas y nerviosas manos las yertas de Hermione: alzad, os lo ruego, añadió con seductor acento.

Mas como viese que la jóven no abandonaba su postura:

— ¿Quereis algo? prosiguió: ¿en qué puedo serviros?

De súbito se nubló su frente, y sus cejas se contrajeron con un movimiento nervioso.

— ¿Y vuestro padre? preguntó despues vivamente y dirigiéndose á la princesa; ¿qué es de él y de vuestros hermanos?

— ¡Han muerto, señor! contestó Hermione con voz baja y temblorosa.

— ¿Han... muerto?... repitió Alejandro, cuyo corazon sensible como el de una mujer saltó en su pecho con violento latido. ¡Han muerto!... ¿quién los ha muerto, Hermione?

— ¡Este traidor!... esclamó Teane abriéndose paso entre la multitud que obstruia la puerta; y mostrando en la mano la ensangrentada cabeza que sacó de la capa en donde la llevara envuelta, se precipitó tambien á los piés del rey.

— ¡Sí! prosiguió la vengativa anciana; Efestion es el verdugo de Crádates, de sus hijos y del mio. Efestion, repitió enjugando con fiereza las lágrimas que aquel doloroso

recuerdo le arrancara; Efestion, que iba á ser tambien vuestro asesino, porque queria ceñir á su frente vuestra corona; pero su esposa ¡oh, gran rey! os ha salvado y me ha vengado, vengándose á la vez á sí misma.

— ¡Su esposa! gritó Alejandro con un acento que estremeció á todos; y cubriéndose el rostro con las manos, huyó al estremo mas lejano de la estancia.

Hubo un largo silencio interrumpido únicamente por los sollozos de la princesa, que inclinaba la frente hasta el suelo. ¡Ay, desventurada, aquel grito le decia bien claro que habian muerto todas sus esperanzas!

Alzó por fin el monarca la frente, cubierta de lívida palidez, y sus ojos brillaron con un fulgor sombrío.

Nadie ha puesto en duda la rígida virtud de Alejandro, porque dió de ella tan evidentes y poderosas pruebas, que la envidia ó la calumnia han sido siempre impotentes para herir su glorioso renombre; á la fama de sus hechos de armas iba unida la de sus rasgos de generosidad y de su severa justicia; perdonó en todas ocasiones sus propias ofensas, por graves que fuesen, pero se manifestó inflexible para castigar delitos y hasta leves faltas si argüian crueldad de corazon ó bajeza de sentimientos.

Efestion era reo de los mas odiosos crímenes: traidor y asesino de Darío, traidor á Alejandro y asesino de Crádates y de sus hijos, merecia mil muertes; mas todo se borró de la memoria del rey: al oir que habia muerto por la mano de su esposa, no pensó siquiera en que debia su corona y su vida á aquel crímen, no; vió el crímen solo con todo su horror y en toda su desnudez, y para él, Efestion era la víctima, Hermione era el verdugo.

— ¿Conque esta mujer, dijo lentamente, ha asesinado al hombre á quien unió su destino? ¿Quién te mandó castigar las ofensas que me habia hecho, monstruo de iniquidad? ¿Por qué esceso de maldad has querido manchar tus manos con la sangre de tu esposo? ¡Oh, Crádates! prosiguió alzando su vista al cielo: ¡no me es dado castigar tu muerte! ¡No puedo vengar las vuestras, Casandro, Tolomeo!... ¡Esta

furia, á la cual llamasteis hija y hermana, me ha robado con su horrible crímen el derecho de hacer justicia!

— ¡Yo no he sido quien le mató!... No... ¡no he sido yo!... gritó Hermione en el vértigo del dolor mas agudo, y retorciendo sus manos.

El rey lanzó á la infeliz jóven una mirada que ahogó su voz y aniquiló sus fuerzas.

— Quitad de mi presencia á esa mujer, dijo dirigiéndose á su guardia, y que jamas vuelva á parecer ante mis ojos.

— ¡Bárbaro!... gritó la princesa, en cuya mirada azul y brillante radiaba una ráfaga de delirio. ¡Hombre cruel! ya que me arrojas de tu presencia para siempre, oye al ménos el secreto que hace tanto tiempo destroza con su peso mi corazon. ¡Yo te amo!... y esta fatal pasion no la han podido apagar la ausencia ni el dolor. ¡Ah! ¿Y tú piensas que la que ha sabido conocerte y amarte haya sido capaz de clavar un puñal en el pecho de su marido? No me opuse á ello, porque sabia que iba á robarte la corona y la vida, y quise salvarte una y otra, pero mis manos no se han teñido de sangre, é ignoraba que traian á tu vista este sangriento despojo. ¡Mírame, Alejandro! prosiguió la pobre jóven arrastrándose de rodillas por el duro pavimento; ¡mírame, y verás mi frente marchita por el dolor! ¡Mírame, y encontrarás mis ojos secos y abrasados á fuerza de llorar!... ¡ya no tengo padre, ni hermanos!... ¡No tengo á nadie que se compadezca de mi!... ¡Ten tú, al ménos, piedad, por lo que mas ames!

Calló la princesa, quebrantada por aquel horrible dolor; dobló la cabeza sobre el pecho, y una espantosa convulsion recorrió todo su cuerpo.

Sus ojos no derramaban una lágrima siquiera; fijos é inmóviles, parecian los de una sonámbula ó los de una muerta. La reina habia dejado su asiento y acercádose á ella poco á poco; cuando la vió próxima á desfallecer, dobló una rodilla en tierra y apoyó piadosamente en su regazo la cabeza de la infeliz Hermione, que cerró los ojos exhalando un doloroso y profundo gemido.

— ¡Lleváos de aquí á esa mujer! repitió Alejandro, sin volverse á mirar á la jóven que yacia inanimada.

— ¡Piedad, señor! esclamaron á la vez la reina y su hermana, juntando las manos con suplicante ademan y con los ojos llenos de lágrimas.

— ¡Piedad, hijo mio! repitió la anciana Sisigambes con alterada voz.

— ¡Arqueros! gritó Alejandro, en cuya bella y majestuosa fisonomía se pintó una terrible espresion, capaz de intimidar á los hombres mas valientes, ¡preparad las armas para dar muerte á la culpable!

Los soldados, obedientes, montaron los arcos; pero los detuvo un terrible grito de la reina.

— ¡Soldados! dijo cubriendo á Hermione con su cuerpo; mi pecho es el escudo de esta jóven; si os atreveis, pues, asestad esos dardos á vuestra reina (1).

Desapareció súbitamente la espresion de furor que trastornaba el semblante del rey, y quedó mas pálido que la piel de cisne que guarnecia su manto real; adelantóse rápidamente y puso una mano sobre la cabeza de su esposa, como si de ese modo quisiera protegerla del peligro que la amenazaba. Al mismo tiempo hizo una imperiosa señal á los soldados, que permanecieron inmóviles con las flechas en los arcos.

— Lleváos á esta jóven, Demetrio, dijo Estatira en voz baja al príncipe de Epiro, y ponedla en salvo de la ira del rey.

Con un rápido movimiento cogió el jóven á Hermione, y la sacó de la tienda dejándola en los brazos de su nodriza como si fuera un niño dormido.

— Alejáos sin perder tiempo de las trincheras de los macedonios, dijo el príncipe á Estraton, en tanto que clavaba en el hermoso semblante de Hermione una mirada ardiente y melancólica. Despues esclamó:

(1) La angélica bondad de la reina Estatira y su piedad por todo el que sufria, le atrajeron terribles desgracias, y los beneficios que dispensó esta princesa fueron siempre recompensados con la ingratitud de los que los recibieron.

— ¡Pluguiese á los dioses, desventurada Hermione, que jamas te hubiera conocido, ó que al ménos me fuese dado el consuelo de morir junto á tí!

La infortunada princesa quedó yerta é inmóvil sobre la húmeda campiña. Teane se sentó á su lado llorando amargamente, miéntras Estraton, que se habia subido á una pequeña eminencia, parecia escuchar con ansiedad.

— ¡Vienen!... gritó percibiendo el galope de muchos caballos, ¡nos persiguen!.... Teane, ¡huid con la princesa!

Pero ántes de espirar en sus labios estas palabras, se precipitaron los soldados del rey en la llanura.

— ¡El culpable es ese hombre! esclamó Teane rodeando con sus brazos á la princesa, y señalando á Estraton: ¡matadle!... ¡él es el asesino!

La anciana, al ver amenazada de muerte á su querida hija, se olvidó de todo y solo pensó en salvarla.

— No temas nada, buena vieja, dijo el que parecia mandar á los demas; solo venimos á buscar á ese hombre; el rey no quiere nada con las hembras.

— ¡Me buscais á mí!... esclamó el capitan elevando al cielo sus negros ojos con una indefinible espresion; voy á seguiros, añadió, pero dejadme ántes dar el último adios á la princesa.

Arrodillóse Estraton y pegó sus labios á la helada mano de la jóven; mas irguiéndose de pronto, y con un rápido movimiento, apoyó en tierra la empuñadura de su espada, y se atravesó el pecho de parte á parte, bañando el suelo con su sangre y dando el postrer aliento en un hondo gemido.

Los arqueros se encogieron de hombros, como satisfechos de ahorrarse el trabajo de conducir al capitan, y volvieron grupas, tomando otra vez al trote el camino que conducia á sus trincheras.

Hermione continuaba tendida en la yerba, pálida é inanimada; únicamente velaban aquel letargo mortal una anciana que sollozaba y un cadáver tendido á sus piés.

La luna alumbraba, apacible y plateada, aquel cuadro desolador.

VI.

EL CAMPAMENTO.

Pocos dias despues de los acontecimientos que acabamos de referir, y el mismo en que se dió á orillas del Ganges la batalla que derrotó al ejército sublevado por Efestion, sometiendo de nuevo al poder de Alejandro á Maracanda y Edesa, presentaban las llanuras de Babilonia un espectáculo hermoso é imponente á la vez.

Humeaban á un tiempo cien altares, dispuestos para los sacrificios con que el ejército vencedor daba gracias á sus dioses.

Cien inocentes y blancos corderillos fueron inmolados, y sus entrañas se observaron prolijamente por los sacrificadores, sin que encontrasen en ellas otra cosa que indicios de ventura.

Aquellos altares iluminados con teas y bañados por el sol; los sacerdotes con sus blancas vestiduras talares; el encienso que se elevaba en nubes hácia el azulado firmamento; los cien guerreros prosternados, en cuyas armaduras de brillante acero reflejaba su luz la antorcha de los cielos; el sonido de los atabales é instrumentos bélicos; todo, en fin, contribuia á formar un cuadro magnífico y deslumbrador.

Los heridos que resultaron de la refriega habian sido conducidos á las tiendas, donde eran cuidadosamente asistidos.

Solamente un guerrero, cuyo pecho sé veia atravesado por una daga, habia quedado tendido bajo un árbol, por temor de que perdiese la vida al trasladarlo: otros dos personajes velaban su agonía, de los cuales el uno era un anciano, y el otro un jóven que parecia sumido en la mas viva afliccion.

Pero mirando con cuidado á aquellas tres personas, fácilmente se hubiera conocido que dos de ellas ocultaban su sexo de mujer bajo la ruda vestidura del soldado; patentizábanlo así sus largas cabelleras, negra como el azabache, en la que

tenia la daga clavada en el pecho, y blanca en la que lloraba. En cuanto al otro personaje, se adivinaba claramente que era un hombre al observar sus cabellos cortos, la enérgica belleza de sus facciones, y la pasion que ardia en sus negros ojos, aunque velados á la sazon por una profunda tristeza.

— ¡Hermione!... decia aquel hombre sosteniendo la cabeza de la jóven herida. ¡Es posible que me abandones cuando he vuelto á encontrarte!... ¡Es cierto que he podido clavar mi daga en tu corazon! ¡Es verdad que soy yo quien te da la muerte!

— No os aflijais... así... Demetrio, contestó ella con débil y cortada voz. Os soy deudora de la única dicha que apetecia en la tierra... la de morir... porque únicamente para buscar la muerte me disfracé de este modo, y corrí á mezclarme con los enemigos de Alejandro...

Calló Hermione bajo el peso de su fatiga, y llevó una mano á su pecho; mas este movimiento le produjo un dolor tan agudo, que cerró los ojos exhalando un lastimero gemido.

— ¡Hermione! ¡Hermione!.... esclamó el príncipe de Epiro inclinándose hasta tocar la frente de la desventurada princesa: miradme por lo que mas ameis... volved en vos... tened piedad de mí!...

El desgraciado jóven deliraba por la fuerza del dolor: habia amado á la princesa desde el instante en que la vió, y hallándola en el combate disfrazada de guerrero y entre los enemigos de su rey, la habia herido mortalmente sin conocerla.

No creais en las inspiraciones del corazon de los hombres. Demetrio tuvo delante á la mujer á quien como un loco amaba; á aquella con quien soñaba dormido, y cuya imágen tenia incesantemente ante sus ojos; y sin embargo, levantó su puñal sobre aquella mujer y derramó su sangre, sin que su corazon le avisase con un latido de que aquella infeliz, á quien sacrificaba, era el único ser que le inspiraba tanto amor.

Poned delante de una mujer á su amante; disfrazadle como querais, decidle que el hombre que ve es su mas mortal enemigo; obligadla á que le hiera, y veréis cómo palpita su seno,

cómo tiemblan sus labios, cómo asoma á sus ojos el llanto; veréis, por fin, que se desprende el puñal de sus manos y que no hiere, porque su corazon le avisará y le gritará mas fuerte que vuestra voz. . . . .

. . . .

La princesa abrió los ojos al oir los dolorosos gritos de Demetrio, y aun pudo sonreir con dulzura.

— ¿Por qué os atormentais de ese modo, amigo mio? dijo con lentitud dolorosa, ¿no os he dicho que la muerte es... la única dicha que puedo alcanzar en este mundo?... ¿Qué importa que sea vuestra mano la que me hace tanto bien?...

— ¡Morir ahora, Hermione!... gritó el príncipe con desesperacion; ¡y morir por mi causa, cuando daria yo mi existencia toda por una sola mirada vuestra!... ¡Morir, cuando sin cesar os he buscado para deciros que os amaba!... ¡Cuando tal vez podia esperar vivir siempre junto á vos y llamaros mia!... ¡Ah!... ¡Seria el cielo injusto, y eso no es posible!...

Mas, como si el mismo cielo hubiera querido aniquilar hasta la última esperanza del enamorado jóven, vió que se agitaba Hermione en una última convulsion, y que cubria sus grandes ojos el velo de la muerte.

— ¡Padre!... ¡Hermanos mios!... Ya voy.... esperad... Tambien tú me llamas... Efestion... espérame, pues... el cielo va... á juzgarnos á los dos...

Incorporándose, por último, hizo un doloroso esfuerzo; estrechó entre las suyas las manos del príncipe, y despues estendió los brazos á Teane.

— Demetrio... olvidadme... y sed feliz... murmuró todavía; defended á Alejandro... y decidle.. que muero... amándole, y que le bendije... al espirar... ¡Madre mia!... ¡Adios!

Su postrer suspiro se exhaló en su último acento; quedó inmóvil su cabeza en las rodillas del príncipe, y yertas sus manos en las de Teane.

La desdichada princesa únicamente columbró el amor feliz al borde de la tumba.

El sol alumbró su agonía, como iluminaba los sacrificios que celebraban en la llanura, y lo mismo que iluminó la luna su largo desmayo en el campo de los macedonios.

Trascurrido un corto espacio de tiempo, murió Alejandro en un banquete que le dió uno de sus favoritos; pero como no es mi ánimo narrar ahora un acontecimiento, que conocerán gran parte de mis lectores, y que pienso contar en otra historia á los que lo ignoren, me limitaré á terminar esta leyenda del mismo modo que Eugenio Sue finaliza su *Marquis de Letorière*.

ALGUNOS AÑOS DESPUES CASÓ EL PRÍNCIPE DEMETRIO CON UNA PRINCESA GRIEGA.

Confieso que esta conclusion no es de mi gusto; pero es histórica, y yo, novel escritora, tengo un indecible placer en plagiar algo del célebre novelista frances: la he preferido ademas porque demuestra hasta la evidencia la constancia de los hombres en el amor.

LA HERMANA DE VELAZQUEZ.

I.

LA VELADA DE SAN JUAN.

Serena y bella era la noche del 24 de junio de 1629. La alameda, que aun hoy se estiende á orillas del tranquilo Manzanares, era entonces mas frondosa y se llamaba *Alameda del rio:* en las noches de verano, allí era donde tenian lugar las citas misteriosas de los galantes caballeros de la corte de Felipe IV con las bellas tapadas, aunque en verdad no se concebia el motivo de tal secreto, atendida la libertad de las costumbres de la corte.

En la noche, de que voy hablando, la concurrencia era mucho mas numerosa aun que de costumbre; la alameda, iluminada por multitud de farolillos de colores, presentaba el aspecto mas alegre y animado por los gritos de los vendedores de rosquillas, panales y aloja: veíanse aquí y allá tiendas formadas en la enramada, en cuyo fondo cenaban amantes parejas ó alegres amigos, entre los cuales no faltaba algun poeta de los muchos que florecieron durante el reinado de Felipe IV.

La alameda estaba poblada de gentes de ambos sexos: al pasar las damas por delante de las luces de los faroles, lucian, á despecho del misterioso y engañador manto que las

cubria, los brocados de sus trajes, las joyas que adornaban sus cabellos y la hermosura de sus negros y rasgados ojos.

Oíanse por todas partes palabras perdidas, suspiros de amor ó advertencias recatadas, formando todo tan estraño rumor, que en vano uno de los muchos observadores recelosos que se hallaban allí hubiera querido analizarlo.

— Junto al álamo grande señalado con una cruz, decia una dama, que pasaba apoyada en el brazo de otra, al oido de un caballero que permanecia parado é inmóvil como quien espera algo.

— ¡Mi marido está aquí! murmuraba otra volviéndose al galan que la seguia.

— ¡Cuánto te amo, Leonor mia! suspiraba un apuesto marqués pegando su boca al manto de la rubia y encubierta duquesa que se apoyaba en su brazo con provocativo abandono.

Y palabras, suspiros y recatados avisos iban á perderse entre las auras perfumadas de aquella hermosa noche de estío.

En una de las tiendas iluminadas por farolillos, y formada de verdes ramas, cenaban dos hombres: aquella parte era la mas animada y concurrida de la alameda: una de las muchas músicas, con que los galantes caballeros obsequiaban á sus damas, enviaba al fondo de la tienda sus armoniosos ecos, y las carcajadas y las risas penetraban allí tambien como si quisieran alegrar á aquellos dos hombres, cuyo continente, si bien no adolecia de melancólico, era estrañamente grave.

La mesa estaba servida con todo el lujo peculiar de una romería, y brillantemente iluminada: los manjares que la cubrian eran sabrosos y abundantes. El de mas edad de los dos caballeros aparentaba treinta y ocho años: era alto y de formas abultadas: sus cabellos, de un rubio oscuro, bajaban formando ondas alrededor de su cara hasta tocar sus hombros; sus ojos azules, rasgados y espresivos, veíanse veteados de negro, dándoles esta circunstancia un seductor matiz.

Llevaba una riquísima ropilla de terciopelo azul bordada

de oro; una capilla de terciopelo granate, y su sombrero, adornado de una hermosa pluma blanca, estaba colgado á su espalda.

Aquel caballero era D. Juan Hurtado de Mendoza, duque del Infantado, y mayordomo mayor de S. M. el rey Felipe IV.

El que se veia sentado enfrente de él aparentaba unos treinta años; era de estatura mediana y llena de gallardía; su tez morena, sus negros y brillantes ojos, sus cabellos de azabache lustrosos y rizados, le daban á conocer por un hijo del mediodía de España; era su boca de una admirable hermosura, que realzaba el negro y retorcido mostacho; su nariz recta é intachable, y en su ancha frente se veia radiar un genio sublime.

Su traje era mucho mas modesto que el de su compañero: reducíase á una ropilla de terciopelo violado, sin adornos, aunque cerrada por unos preciosos haretes de diamantes; caian sobre su cuello de batista lisa los luengos y espesos rizos de sus negros cabellos, cuya densa sombra contrastaba con la azulada blancura de aquel.

La nobleza de su sangre se advertia claramente en sus afiladas y nerviosas manos, y en sus piés de una pequeñez y delicadeza infinitas.

Llamábase D. Diego Velazquez de Silva, y era pintor de cámara y gentil-hombre de la majestad de Felipe IV.

En el momento que presento á estos dos personajes á mis lectores, ambos parecian casi hastiados ya de comer; á lo ménos, sus platos, medio llenos, atestiguaban que habian satisfecho cumplidamente su apetito.

— Veo que la espresion de mi admiracion sincera os molesta, amigo D. Diego, y que os son enojosos mis elogios, decia el duque á Velazquez al mismo tiempo que un gallardo caballero, pasando junto á la tienda en que se encontraban ambos, echaba á su fondo una mirada indagadora.

— No lo creais, señor Don Juan, contestó el artista con aquella dulce cortesía llena de dignidad que tan querido le hizo siempre de toda la grandeza: no lo creais por vuestra

vida; vuestros elogios me son mas caros que otros, porque me teneis dadas pruebas verdaderas de ser muy mi amigo.

— ¡Oh! y como que lo soy, Velazquez, esclamó el duque, cuya bella y noble fisonomía se animó de una espresion de orgulloso cariño.

— Lo sé, señor Don Juan; por lo mismo aceptaré vuestros elogios si juzgais que los merezco, despues que os haya dicho de dónde bebia yo ántes la inspiracion para mis cuadros.

— ¿Cómo ántes? esclamó asombrado el duque; ¿pues qué, Velazquez, careceis ahora de inspiracion en la época de vuestros trabajos mas admirables?

— ¡Oh, no! esclamó el pintor con ardimiento: ¡no! por el contrario, ahora bebo mi inspiracion en otro manantial mas puro.

— ¡Por Dios que no os comprendo! vos habeis nacido pintor, como Quevedo poeta.

— No lo creais: nadie nace pintor, poeta, ni músico: lo mas que nos acompaña, al nacer, es cierta predisposicion ó facilidad, mas ó menos grande, para esta ó aquella otra cosa, facilidad que desarrolla en nosotros una pasion mas ó ménos noble tambien.

— ¿Qué es lo que ha desarrollado en vos vuestro sublime genio?

— Aun concediéndoos, señor Don Juan, que yo naciese con genio, fué este tan raquítico y menguado en su nacimiento, que tuve que apelar á la imitacion para desarrollarle.

— ¿Vos?

— Yo, sí, y contad con que ni á mi padre Juan Rodriguez de Silva (1) ni á mi maestro y suegro Don Francisco Pacheco, he hecho nunca la confesion que hoy hago á vuestra amistad.

---

(1) Velazquez usó siempre con preferencia el apellido de su madre Doña Gerónima Velazquez, por efecto de un uso introducido en Andalucía.

El duque se inclinó del mismo modo que lo hubiera hecho al recibir una merced de un príncipe real.

— He inquirido, continuó Velazquez, en Alberto Durero, la simetría del cuerpo humano; en Andrés Bexalio, la anatomía; en Juan Bautista Porta, la fisonomía; la perspectiva, en Daniel Barbar; la geometría, en Eúclides; la aritmética, en Moya; la arquitectura, en Vitruvio y otros autores; examiné la nobleza de la pintura en Romano Albertí; la brevedad y presteza la aprendí en Micael Angelo Vedrido; el Vasari, me ha animado con las vidas de los pintores ilustres, y el Riposo de Rafael Borghini, me ha enseñado erudicion (1).

— Eso no quiere decir otra cosa sino que habeis estudiado mucho, y con mucha constancia, Don Diego, dijo el duque pagando con un afectuoso apreton de manos la noble y amistosa franqueza del artista.

— En efecto, señor Don Juan, contestó este; el estudio es lo que desarrolla el talento, pero no anima ni acrece esa chispa que se llama genio, con la cual Dios dota á muchas criaturas: por eso yo, no obstante mis largos y asiduos estudios, he pintado hasta hace un año *mi bodegon* y *mi aguador*, que en tanta estima tiene la corte: por eso me di á pintar *cosas rústicas á lo valenton, con luces y colores estraños.*

— Yo creí que habiais tomado ese rumbo conociendo que os imitaban ya el Ticiano, Alberto Rafael y otros.

— Y no os equivocais; esa fué una de las razones porque me abstuve de pintar, con suavidad, asuntos mas serios, pues aunque mis amigos me decian que podria emular á Rafael de Urbino, *mas queria yo ser primero en aquella grosería, que segundo en la delicadeza;* la otra razon, y mas poderosa, era que, careciendo aun de genio, porque ninguna pasion habia venido á animarle, me era sumamente dificultoso pintar otra cosa.

El caballero que despues de mirar al fondo de la tienda

---

(1) Palomino, Biografía de Velazquez.

se habia alejado, volvia entónces, y tornó á pararse cerca de ella, medio oculto entre el ramaje.

— ¿Cómo, pues, habeis pintado con tanta perfeccion y maestría hace dos meses ese sublime cuadro de la coronacion de la Vírgen?

— ¡Oh, porque ya habia aparecido mi genio! contestó el artista elevando á la bóveda celeste tachonada de estrellas una mirada de inefable y ardorosa gratitud.

II.

AMOR DE ARTISTA.

El caballero, que acechaba, aplicó el oido con ávida atencion al escuchar la esclamacion de Velazquez; este guardó silencio durante algunos instantes: á la sublime espresion de su semblante habia sustituido otra de tristeza profunda y amargo desaliento.

El duque tomó cariñosamente una de sus manos, y le contempló por algun tiempo con afectuoso interes.

— Vos teneis alguna pena, Don Diego, le dijo despues de esperar en vano por un momento á que el pintor rompiese el silencio: ¿no soy, añadió, bastante amigo vuestro para que me la confieis?

— ¡Ah, sí, señor Don Juan! contestó el artista volviendo de su distraccion y estrechando la mano que tenia asida la suya; yo os diré de dónde nace mi pesar.

— Presumo que será causado por el amor, dijo sonriéndose el duque.

— Y presumís harto bien, contestó Velazquez lanzando un suspiro, como quien siente aliviado su corazon de un peso enorme.

— ¿Y qué dice de esto mi señora Doña Juana Pacheco, vuestra noble esposa?

— ¡Juana nada sabe! murmuró el artista con acento

melancólico y quedando de nuevo profundamente caviloso. Escuchadme, señor duque, continuó tras una leve pausa: voy á confiar á vuestra lealtad el secreto mas importante de mi vida, y bastan estas palabras para que vuestra hidalguía conozca lo que me importa.

Inclinóse levemente Don Juan Hurtado de Mendoza en señal de conformidad, y el pintor de cámara habló así, miéntras que el caballero que rondaba la tienda escuchaba con la mayor atencion, recatándose el semblante todo lo posible con el ala de su sombrero.

— Cuando salí de la corte, á donde apénas hacia un año que habia llegado con objeto de viajar, quedaron en Sevilla mi esposa y mi hija, y recorrí la Italia, la Alemania y Flándes, dejando este país para lo último, porque queria conocer y tratar algun tiempo al rey de la pintura, al célebre Pedro Pablo Rubens, por quien sentia una especie de apasionada admiracion.

No pude, empero, lograr mi deseo. Rubens se hallaba en Inglaterra, pues tan hábil diplomático como pintor, estaba encargado por la infanta gobernadora de Flándes de negociaciones de paz.

Al ver fallida mi esperanza, determiné salir pronto de Ambéres, pero quise ántes ver la ciudad con alguna detencion; entónces estaba devorado por tan negra melancolía, que en nada encontraba solaz; faltábame á veces la inspiracion que solo me asistia para pintar escenas vulgares y groseras; ninguna imágen de belleza se habia grabado en mi alma, que lloraba como una esclava encerrada en una oscura cárcel: casado en la aurora de mi vida con Juana Pacheco, á la que siempre habia amado como á una hermana, ninguna pasion habia llegado á animar mi corazon.

Una mañana que daba vueltas al acaso por la ciudad, me encontré sin saber cómo en una calle en estremo solitaria, y terminada por algunos árboles: era una de las salidas de la poblacion.

Admirado del aislamiento del sitio, y complacido al mismo tiempo de él, me senté al pié de un álamo, y me entregué á

una de esas vagas meditaciones inspiradas por la soledad, y que ningun fin tienen.

Yo no sé cuánto tiempo permanecí allí: cuando levanté la cabeza, vi enfrente de mí una pequeña casa, en cuya fachada se abrian cuatro ventanas; en la mas inmediata á mí estaba apoyada una jóven, á la cual creí una aparicion celeste.

— ¿Tan bella era? preguntó Hurtado de Mendoza con benévola sonrisa.

— Tan bella, que jamas he visto nada que se le parezca: fingíos, señor Don Juan, un semblante de quinze años, blanco como el alabastro, é iluminado por dos ojos azules tan rasgados y hermosos como solo los poseen las flamencas: fingíos una caballera dorada y sedosa, una boca de ángel, una frente virginal, unas manecitas nevadas y unos piés infantiles, y tendréis una idea aproximada de aquella hermosa niña.

— ¿Y os la habeis dejado allí? esclamó estrañado el duque.

— Perdonadme que no os conteste por ahora á esta pregunta, y que prosiga mi historia, dijo Velazquez con mal seguro acento; luego continuó:

— Durante largo rato permanecí contemplando á aquella angélica criatura, sin que ella separase de mí sus grandes é inocentes ojos, y solo tomé el camino de mi casa cuando la luz de la tarde fué tan débil que ya no podia distinguirla.

— Adios, me dijo entónces la desconocida con dulcísima voz, y como si yo fuera un amigo antiguo.

— Adios, contesté yo, hasta mañana; y me alejé lentamente.

No bien la aurora del siguiente dia iluminó el cielo, fuí á situarme enfrente de las ventanas de mí ángel, que tardó algun tiempo en llegar.

— Yo no creí que vendrias tan pronto, me dijo sin embarazo ni rubor: no he dormido en toda la noche pensando en tí, y á la aurora me rindió el sueño: perdóname.

— ¿Cómo te llamas, hermosa niña? le pregunté pasmado de tal candor y sencillez.

— Ana.

— ¿Tienes padres?

— No: solo me acompaña una anciana dueña llamada Tadea: nunca he visto á mis padres, y solo conozco á ella y á tí.

Nuestra entrevista duró largo rato: nadie vino á interrumpirnos ni acudiendo á vigilar por aquella inocente, ni cruzando por aquella solitaria calle.

Ana me dijo, que á veces se pasaban meses sin que alma viviente transitase por allí, y que por eso habia sido tan viva su admiracion al verme.

Díjome tambien que no salia nunca de casa, porque un anciano sacerdote iba á decir misa todos los dias á su oratorio; que su dueña recibia para ambas la comida de un meson por una rejilla practicada en la puerta, y que nadie iba á verlas jamas.

Despedíme por fin: durante quince dias nuestras entrevistas se repitieron, y muy en breve conocí que aquella niña era tan necesaria á mi vida como el aire que respiraba: bajo la influencia de mi amor, diseñé el cuadro de la coronacion que tanto habeis celebrado, y entónces fué cuando advertí que habia encontrado la inspiracion que ántes huia de mí.

Pero no seguí el ejemplo de Rafael de Urbino retratando á mi Ana en todas las mujeres de mis cuadros, como él hacia con la Fornarina, y á la verdad que hubiera podido hacerlo con mas ventaja que él: sus celebradas vírgenes son, por decirlo así, otras tantas profanaciones de la purísima madre de Dios, puesto que todas ellas son retratos de la desenvuelta cuanto bella panadera romana; miéntras que copiando yo la angelical figura de Ana, no hacia ultraje alguno á María, puesto que la pureza de aquella jóven era un reflejo de la suya.

Yo nací, sin embargo, con un estraño instinto de independencia, y soy original hasta en mis ideas: por eso, pues, si bien tomé del semblante de Ana la belleza y la candorosa espresion que le distinguen para mi vírgen coronada, di al semblante de la madre de Dios un tinte dorado que contrasta con la tez de nieve de aquella: coroné la frente de María de

la copiosa y ondulante cabellera de mi amada, pero léjos de darle el dorado matiz de los rizos de Ana, la vestí de oscura sombra, y de esta suerte he respetado tambien la belleza de la Reina del cielo, no haciéndola copia de la de una de sus criaturas.

— ¡Ah, Velazquez! teneis razon, esclamó el duque estrechando conmovido la mano del artista: ¡vos sois noble hasta en vuestros pensamientos!

— Llegó el dia de mi partida, continuó Velazquez; el rey Felipe IV me llamaba á Madrid, ofreciéndome aposento en su propio palacio, y un estudio en la galería del mismo llamada del *Cierzo;* yo no podia permanecer ni un dia mas en Ambéres, y con el corazon prensado de dolor fuí á despedirme de Ana.

Ella me oyó sin pestañear: cuando hube acabado, me dijo tranquilamente:

— Llévame contigo, Diego.

Ante aquella peticion, un mundo de alegría se abrió ante mis ojos.

— ¿Me seguirias? le pregunté ebrio de gozo.

— ¿Por qué no? me contestó: yo no tengo quien me ame en el mundo mas que tú.

— Esta noche á las doce vendré á buscarte, Ana mia, esclamé preparándome á dejarla.

— Pues toma esos papeles, dijo ella sacando del pecho un pequeño paquete: hace tres años vino á verme por primera y última vez una dama envuelta en un manto de terciopelo, y los puso en mis manos diciéndome:

— Ana, entrega estos papeles al primer hombre que te diga que te ama. Abrazóme en seguida, y desapareció.

— ¿Sin decirte su nombre?

— Nada mas le oí que lo que te he repetido.

— Hasta la noche, pues, Ana, le dije tomando pensativo los papeles.

— Hasta la noche, repitió ella.

No bien llegué á mi casa, rompí el nema, que tenia impresa una corona de conde, y aparecieron á mis ojos dos

pliegos pequeños de papel vitela, perfumado y rico, y enteramente llenos de una letra clara y menuda: entre sus dobleces habia una larga trenza de cabellos rubios, que despedian un penetrante aroma, y cuyo matiz era igual al de los rizos de Ana.

Puse en la mesa con religioso cuidado la hermosa trenza, y leí el papel, de cuyo contenido voy á enteraros si me dais vuestra licencia.

El duque aproximó su silla á la de Velazquez como preparándose á escuchar, y este sacó un pliego y empezó á leer lo que sigue.

III.

EL RUEGO DE UNA MADRE.

«Señor: quien quiera que seais, debeis tener un corazon sensible, puesto que se ha conmovido con la inocente belleza de mi hija: yo sé que su hermosura no puede inspirar pasiones bastardas, porque hay en ella algo de angélico, que Dios, en su bondad infinita, ha querido darle ya que carecia de toda guarda en el mundo.»

«¡Plegue al cielo, señor, que no esteis unido con eternos lazos á otra mujer cuando conozcais á mi pobre Ana, y que sea el matrimonio el puerto salvador que acoja su infortunada juventud! pero, si por desgracia mia, os habeis ya abrigado á él con otra compañera, os suplico, por el amor de la madre de vuestros hijos, por la memoria de la vuestra, que ni aun así la abandoneis.»

«La infeliz niña está sola en el mundo: aunque de noble sangre, su nacimiento fué un crímen, porque su padre y su madre estaban ligados á otros dos seres con los lazos de una eterna union: su padre la ha olvidado en medio del cúmulo de honores que le abruma y su desdichada madre teme la justa cólera de un esposo ultrajado y demasiadamente noble.»

«Si mi hija ha conseguido interesaros, velad vos por ella, señor: si sois esposo y padre, ¡por el cielo! no os hagais reo del mismo delito que el que le dió la vida: pero sed su hermano, y llevadla al lado de vuestra esposa, que Ana la amará con todo su corazon, porque es buena como los ángeles de Dios: sea bastante poderoso el ruego de una pobre madre, para cambiar vuestros propósitos de seduccion en una resolucion generosa; y acordáos, señor, de que la mujer que de este modo os ruega, ha caido en ese abismo de remordimientos que os quiere evitar: ¡sed fuerte! ¡oh, señor! ¡sed fuerte al ménos por compasion hácia esa infortunada niña que no tiene otro amparo que el de vuestra piedad!»

«Si por su dicha fuerais libre, entónces os juro que no podeis encontrar una compañera mas dulce y angelical... ¡Oh, sí!... ella os dará esa dicha doméstica, que tan escasa es en la tierra!»

«Salvad á mi hija de una perdicion cierta, atendida su hermosura y el abandono en que vive, sed su protector; os lo pide por vuestra fe de caballero y de cristiano, su desdichada madre. — *Ana.*»

«P. D. Dadle esa trenza que acabo de cortar de mi cabeza para ella, y contestadme para tranquilizar mi ansiedad, que no puede cesar hasta saber vuestra decision.»

«Dirigid vuestra carta á Gante, cuartel de San Pablo, sin mas señas que estas: — *A Ana S.*»

— ¡Es original la aventura! dijo el duque así que Velazquez acabó de leer el pliego.

— Cuando me enteré de esta carta, continuó el artista guardándola, un sentimiento de profunda y dolorosa piedad se apoderó de mí: la desgraciada suerte de aquella mujer, que por lo poco que se vislumbraba era una noble dama, me conmovió hasta el estremo de arrasar mis ojos en lágrimas, y me afirmó en el propósito que tenia de llevarme conmigo á España á mi inocente Ana.

Pensaba conducirla al lado de Juana, segun su madre me encargaba, y si bien un sentimiento de amargura se abria paso en mi corazon al pensar en lo dichoso que hubiera

podido ser uniéndome á aquella angélica criatura, puedo deciros con verdad que la memoria de los beneficios que debia al padre de mi esposa, la grave y tranquila afeccion que esta me inspiraba y el amor de mi hija, dominaron bien pronto aquel doloroso pensamiento.

Salí de mi casa, y, dirigiéndome á la de un platero, compré un medallon de oro pendiente de una cadena del mismo metal; encerré en él la trenza de la madre de Ana, y lo guardé, esperando la hora de ir en su busca, y haciendo activamente los preparativos de nuestra marcha, que debia efectuarse al rayar la aurora.

Dieron, por fin, en la gran catedral las once y media, tomé una escala de seda preparada de antemano, y me dirigí á la vivienda de Ana.

Ya me esperaba esta en la ventana; asegurando la escala, bajó con pié firme, y mi mano tocó la suya por primera vez, para ayudarla á descender.

Cuando estuvo en el suelo, puse en su cuello la cadena de la cual pendia el medallon.

— Guarda, le dije, guarda, Ana mia, este recuerdo de nuestra madre que te ofrece la mano de tu hermano.

— ¡Ah, Dios mio! esclamó con indecible alegría: ¿y eres tú mi hermano?

— Sí, contesté con voz firme y pidiendo desde lo íntimo de mi alma perdon á mi madre por aquel generoso engaño, que me recordaria mis deberes: sí, Ana, yo soy tu hermano, y esta feliz nueva la he encontrado en los papeles que esta mañana me entregaste.

— ¡Ah! ¡por eso quizá te amé desde la primera vez que te vi! esclamó apoyándose con abandono en mi brazo, y disponiéndose á seguirme.

La inocente ni aun pensó siquiera en preguntarme quiénes eran nuestros padres: su infantil inteligencia, ofuscada aun por su total ignorancia del mundo, ni siquiera comprendia los lazos de la sangre.

Llegámos, por fin, á mi posada: entónces rogué á Ana que se recostase en mi lecho, lo que hizo dócilmente, y bien

pronto su igual y dulce respiracion me dió á conocer que dormia.

En seguida, y aprovechándome de su sueño, tomé la pluma y escribí á su madre una carta concebida en estos términos:

«Señora: Ana está en mi poder segura y amparada para siempre: soy esposo y padre, y ella será la hermana de mi esposa.

«Vuestra hija y yo partimos para España dentro de dos horas: si algun dia quereis abrazarla, preguntad por el pintor del rey Felipe IV. — *Diego Velazquez de Silva.*»

Dirigí esta carta y me acerqué al lecho de Ana: dormia como un niño en su cuna; pero mi puro amor de artista habia sido mas santificado todavía con la carta de su desdichada madre, y ni aun llegué mis labios á su frente.

Dos horas, empero, pasé contemplándola: la vista de su angélico semblante, coronado de rubios rizos, llenaba mi corazon de una calma y bienestar que jamas habia esperimentado. ¡Ay de mí! era el amor, que tomaba traidoramente la única forma con la cual podia subyugar mi alma.

El primer rayo de la aurora brilló, por fin, en el oriente: desperté á Ana, y un cuarto de hora despues nos dábamos á la vela en un buque español. Al desaparecer de nuestra vista los últimos edificios de la hermosa ciudad de Ambéres, de los ojos de Ana brotó copioso llanto.

— ¿Qué tienes? le pregunté.

— ¡No lo sé, hermano mio! dijo ella; pero me parece que dejo aquí alguna cosa que me es muy querida; y sin embargo, continuó rodeando mi cuello con sus brazos, tú y el cabello de mi madre es lo único que me inspira amor en el mundo.

IV.

A HILDALGUÍA ESPAÑOLA.

Largo rato hacia que el duque del Infantado estaba absorto en un profundo asombro: miraba á Velazquez como miramos á un ser de una naturaleza superior, porque si bien las licenciosas costumbres de la corte de Felipe IV le habian estragado el corazon, era todavía bastante capaz de comprender toda la nobleza del artista.

— ¿Es, pues, esa jóven que trajisteis de Flándes la que hoy pasa por hermana vuestra, y que con tanto cuidado recatais de las miradas de todos? preguntó al fin al pintor.

— Sí, señor Don Juan, contestó este; hace un año que Ana vive á mi lado bajo la continua vigilancia de mi esclavo mulato Juan de Pareja; y aunque habita dentro de palacio, no han profanado su belleza los ojos atrevidos de ninguno de esos licenciosos y depravados cortesanos.

— ¿Por qué no la habeis enviado, segun ofrecisteis á su madre, á Sevilla al lado de Doña Juana?

— ¡No puedo! ¡oh, no puedo separarme de ella!

— ¿Luego la amais?

— ¡Mas que á mi gloria! esclamó el artista elevando al cielo una mirada cubierta de ardientes lágrimas.

Un largo silencio siguió á aquel grito escapado del alma generosa del pintor: el duque permanecia inmóvil y pensativo: mucho debia amar á Velazquez aquel orgulloso cortesano, cuando de tal manera le preocupaban sus dolores.

En aquel instante, el caballero que los acechaba se alejó con ligero paso; mas á pesar del cuidado con que hasta entónces se habia recatado, cualquiera que le hubiera visto, al pasar por delante de una de las tiendas próximas, cuyas luces iluminaron de lleno su semblante, hubiera reconocido en él las severas facciones de Don Gaspar de Guzman y Pimentel, conde-duque de Olivares.

— Ya tengo una buena nueva que dar al rey, murmuró desapareciendo rápidamente en las sombras de la alameda.

— Os confieso, Don Diego, dijo al fin el duque rompiendo el silencio, que no concibo tanta nobleza y generosidad como encuentro en vuestra conducta.

Amais á una mujer, la teneis en vuestro poder sin trabas y sin conocer á nadie que os pida cuenta de ella, y la respetais por la súplica de una madre, que quizá sea ficticia, puesto que no teneis prueba alguna de que la autora de esa carta sea efectivamente la mujer á quien Ana debe la vida.

— ¡Ah! examinad esa carta, esclamó Velazquez mostrando al duque la que leyera pocos momentos ántes: examinadla y os convenceréis de que solo una madre pudo dejar así la huella de esas anchas lágrimas tan ardorosas como las gotas que preceden á una tempestad... de que solo la mano de una madre tiembla del modo que debia temblar la de la mujer que ha trazado estas líneas!...

— Pero ¡ay! continuó Velazquez guardando de nuevo la carta, y llevando á su frente sus manos cerradas con un desesperado movimiento: ¡ay de mí! nada he conseguido con mi sacrificio; el rey ha visto á Ana hace tres dias, y he comprendido demasiado que está ciegamente enamorado de ella!

Al escuchar estas palabras, se levantó el duque y miró con recelo á todas partes; algunas enamoradas parejas cruzaban por la enramada, y no era difícil que oyesen las palabras del pintor.

— Volvamos á Madrid, Velazquez, dijo acercándose de nuevo á este, nuestra conversacion se ha hecho muy séria para que podamos continuarla aquí por el grave riesgo que corremos de ser oidos.

En seguida tomó familiarmente el brazo del artista, y se dirigió con él á su coche, cuyos caballos tomaron al trote el camino de Madrid así que el duque y Velazquez se hubieron acomodado en él.

— ¿Cómo ha visto el rey á esa jóven? preguntó el duque, no bien el ruido del carruaje pudo apagar un tanto su voz.

— Mil veces me habia preguntado por mi hermana, exigiéndome que se la presentase, pero yo habia conseguido escusarme con diferentes pretestos: hace tres dias entró de improviso en mi estudio, del cual tiene llave desde que me concedió el título de pintor de cámara, y nos sorprendió, estando yo haciendo el retrato de Ana: á su vista quedó mudo de asombro, y apénas acertó á pronunciar una palabra. La inocente niña, por el contrario, no manifestó la menor sorpresa.

— ¿Quién es este señor tan hermoso? me preguntó.

— S. M. el rey, le contesté, casi sin saber lo que decia.

Entónces el rey le tendió la mano, que ella, completamente ignorante de toda etiqueta, no se cuidó de besar, contentándose con estrecharla levemente como si fuese la de un antiguo amigo.

— Voy á nombrar á tu preciosa hermana dama de honor de la reina, Velazquez, me dijo el rey poco despues, sin apartar sus ojos de Ana.

— Suplico á V. M. que no haga tal cosa, contesté yo rojo de indignacion.

— Por qué?

— Porque nunca consentiré en que admita semejante merced.

La mirada con que acompañé estas palabras debió traducir al rey mi pensamiento, porque la dulce espresion de sus ojos dejó lugar á otra llena de cólera. Un instante despues salió de mi estudio cerrando la puerta con violencia.

Todo lo temo, continuó el artista, todo lo temo del carácter del rey, y solo confio en la vigilancia del mulato, que es para Ana y para mí un perro fiel.

— Confiad tambien en mi amistad, Don Diego, dijo el duque estrechando afectuosamente la mano del pintor.

— ¡Gracias, señor Don Juan! contestó este, pero léjos de que yo me valga en esta ocasion de vuestra amistad, os suplico, con todas las veras de mi alma, que aparenteis que se ha enfriado la vuestra, ó que me la negais por completo. Sospecho que voy á caer del pedestal en que momentánea-

mente me colocó la fortuna, y os amo demasiado para envolveros en mi ruina.

El coche llegaba entónces al palacio del duque; mas este, embargado por la honda conmocion que le causaron las generosas frases de Velazquez, no lo advirtió siquiera hasta que los caballos se detuvieron.

— ¡Alma noble! esclamó rodeando con sus brazos el cuello del artista: no temais las iras de la suerte: no haré en público nada por vos, porque, como decís muy bien, seria envolverme en vuestra ruina; pero yo os conservaré en ese pedestal que tan honrosamente habeis conquistado, y del cual quiere arrojaros una mano.

En aquel instante fijó su mirada por casualidad en un caballero que pasaba á la sazon junto al coche: era el conde-duque de Olivares que marchaba apresuradamente hácia palacio, y que, al escuchar las últimas palabras del duque, redobló el paso hácia el alcázar real.

El duque entró en su casa, y ordenó á su cochero que condujese al artista á palacio, donde, segun se ha dicho ya, tenia aposento.

Velazquez se dirigió á su habitacion: diez minutos despues de entrar en ella, Don Gaspar de Guzman y Pimentel penetraba, sin anunciarse, en la cámara de Felipe IV.

V.

REY DE NOMBRE Y REY DE HECHO.

Escribia el rey sentado delante de una pequeña mesa cubierta de papeles, y su obra debia ser en verso, segun lo atestiguaban sus desiguales renglones, y el cuidado que ponia en medirlos contando sus sílabas con los dedos.

Al sentir los pasos del conde-duque, levantó la cabeza y mostró su gracioso semblante, pálido y marchito como si estuviera falto de reposo.

En efecto, Felipe IV hacia tres noches que no cerraba los ojos, pensando en la hermana de su pintor de cámara.

El rey de España tendria unos veinte y cinco años, era de estatura mediana, tez trigueña y hermosos ojos; su nariz, un tanto encorvada, era, quizá por este mismo defecto, la faccion mas graciosa de su rostro: sus cabellos castaños bajaban en ondas brillantes hasta su cuello de batista lisa, y su bigote retorcido, acababa de dar á su fisonomía aquel carácter de época que en vano se ha procurado despues imitar.

Su pié, encerrado en un zapato de alto tacon y cubierto con un gran lazo, era lindo, pequeño y arqueado; sus manos blancas y delicadas, salian de entre ricos encajes, y su ropilla de terciopelo negro, marcaba bien su alto y hermoso pecho, y su talle gallardo y redondo.

Llegaria apénas el de Olivares á su noveno lustro, y sus facciones, severas y duras, retrataban bien su carácter dominante, pero estaban dotadas al propio tiempo de tan admirable flexibilidad, que cambiaban instantáneamente de espresion, sin que pareciese costarle el mas pequeño esfuerzo.

Vestia con mucha mayor suntuosidad que el rey, y era mas corpulento y de estatura mas elevada. Hasta la puerta de la cámara real, sus cejas, violentamente contraidas, y la iracunda espresion de sus ojos, hubieran patentizado al observador ménos inteligente la ira que fermentaba en su alma: mas al aparecer ante el rey, retrataron sus facciones un gozo tan sincero, que hubiera engañado al mas sagaz.

A la primera mirada que el rey fijó en el semblante del de Olivares, á la alegría de las facciones que este reflejó en las del monarca, como en un espejo, se levantó presuroso.

— ¿Me traes alguna buena nueva? preguntó ansiosamente.

— La mejor que puedo dar á V. M.

— ¿Cuál?

Don Gaspar fué afectando sumo cuidado á la puerta secreta del dormitorio, y la cerró sin causar el menor ruido; hizo otro tanto con la que comunicaba con el tocador del rey, y

con la que daba á la antecámara, y luego volvió cerca del monarca.

— Siéntate, dijo este al de Olivares, señalando un sillon á su lado, y volviendo á ocupar el suyo.

— ¡Señor! murmuró el conde-duque afectando gran confusion.

— Siéntate, repitió el rey en cuyos ojos brillaba la ansiedad.

Obedeció Don Gaspar de Guzman: luego se aproximó al rey, y dijo recalcando las palabras, y escudriñando con una mirada profunda el efecto que producian en su semblante:

— Señor, la jóven que pasa por hermana de Velazquez no lo es.

— ¿Qué? ¿cómo? esclamó el rey impetuosamente.

— Que la jóven y linda Ana es la querida de Velazquez.

Una viva alegría iluminó el semblante del rey, pero aquella espresion fué borrada bien pronto por otra de amargo y profundo desaliento.

Felipe IV amaba sinceramente á la jóven, y la noticia de su degradacion le causó tan intenso dolor, que ahogó la esperanza, que aquella misma degradacion le hizo concebir de hacerla suya.

— ¡Conque no es su hermana! murmuró sin pensar quizás en lo que decia.

— Es una jóven que se trajo de Ambéres, cuando, llevado por el deseo de conocer á Rubens y de estudiar sus obras, fué á aquella ciudad.

— ¡Ah! á propósito... esclamó Felipe IV con la ligereza de carácter que le era habitual. Rubens viene.

— ¡Que viene Rubens! repitió el conde-duque que, acostumbrado á dominar enteramente á Felipe IV, no podia sufrir junto al rey á ninguna persona que ejerciese en su ánimo la influencia mas leve. ¡Que viene Rubens! ¿y á qué?

— Le envía mi tia la infanta gobernadora de Flándes, para que le dé mis instrucciones acerca de las negociaciones de alianza entre España é Inglaterra, y creo que le trae

tambien el deseo de conocer á Diego Velazquez, cuya fama se ha estendido ya por todo el mundo, y á quien solo conoce por la correspondencia que sostiene con él, desde que á su vuelta á Ambéres supo que Velazquez habia ido allí solo por verle, y no habia podido conseguirlo. Mi tia, la infanta Doña Isabel, me encarga en su carta que procure divertirle, pues hace un año que le consume una melancolía profunda.

Al hablar el rey de la tristeza de Rubens, la nube de dolor que por un momento habia desaparecido de sus facciones, volvió á invadir su semblante: el favorito guardó silencio algunos instantes como para dar lugar á que el desaliento se apoderase de su alma por completo.

— Creo, señor, dijo por fin, que el amor de V. M. por esa jóven, es mas serio que ninguno de los que V. M. ha sentido hasta aquí.

— Tienes razon: mis pasados galanteos solo merecen el nombre de caprichos, comparados con lo que siento ahora.... ¡Ah... es tan bella, tan jóven, tan adorable!...

El favorito sonrió con desden: iguales elogios habia escuchado mil veces de la boca del rey tratándose de otras mujeres olvidadas ya desde hacia mucho tiempo; por cuya razon jamas fundó su privanza en los amores del monarca: sabia que ninguna mujer reinaba mas de un mes en el voluble corazon de Felipe IV.

De súbito un pensamiento mas grave frunció sus espesas cejas, pero su meditacion duró breves instantes, volviendo á aparecer en su fisonomía la espresion de calma desdeñosa que le caracterizaba.

— El corazon de esa niña será muy pronto de V. M., dijo al rey, que levantó la cabeza al oirle, meciéndola tristemente.

— ¡Quizá no! murmuró; mucho debe amar á Velazquez cuando tan fielmente guarda el secreto de su fingida hermandad.

— ¡Bah! ¿no hemos conquistado otras beldades tan enamoradas como esa niña pudiera estarlo? y digo pudiera, porque no lo está; ella se cree verdadera hermana de Velazquez, y como tal vive con él.

Al escuchar las palabras del infame favorito, levantóse Felipe como impulsado por un resorte, y con el rostro radiante de alegría, aproximóse al conde-duque y tomó sus manos que estrechó con frenesí.

— ¿Cómo has hecho para adquirir esas noticias? esclamó; ¡oh, habla... habla... dímelo y luego pídeme lo que quieras para recompensar tu celo!...

— No se tome V. M. el trabajo de indagar el que me ha costado á mí adquirir esas nuevas que tan agradables son á V. M., contestó el privado siguiendo la provechosa costumbre que habia adoptado de hacer sus servicios todo lo posible misteriosos: en cuanto á mi recompensa, es sobrado grande con la alegría que he proporcionado á V. M.

— Acepta, sin embargo, esta sortija como una prenda de mi gratitud, dijo el rey sacando de su dedo anular un magnífico cintillo de diamantes y perlas, y poniéndole él mismo en el del conde-duque.

Inclinóse Don Gaspar profundamente, y el rey continuó:

— Estoy decidido á hacer mia á esa jóven; pero, te lo confieso, no quisiera romper con Velazquez á quien amo de veras.

— Sin que rompa con él V. M., y sin romper yo, que le amo tambien, mañana á estas horas estará en mi casa la jóven Ana.

— ¿Pero no sabes que mañana al amanecer salimos para el Escorial?

— Saldremos todos incluso Velazquez: pero Ana se quedará aquí en mi casa segun he dicho á V. M.

— Mas la reina se queda tambien en Madrid porque la delicada salud de mi hija María Teresa le impide acompañarnos.

— Lo sé; pero nada tema V. M.: no bien quede la corte instalada en el palacio de San Lorenzo, volveré yo aquí y me llevaré á la flamenca en un coche cerrado, conduciéndola á las habitaciones que allí me ha señalado V. M.

— ¿Cómo podré yo pagarte tanto celo?

— Conservándome un lugar en el corazon de V. M.

— ¡Siempre, siempre será tuyo!

El favorito no hizo, al parecer, gran caso de la protesta real: inclinóse fria y ceremoniosamente, y salió de la cámara con paso grave y mesurado.

VI.

ISABEL DE BORBON.

— Reasumamos, decia para sí el de Olivares, en tanto que se encaminaba lentamente á la cámara de la reina: reasumamos: el rey queda enteramente alucinado por mí, y le parece que nada ha hecho para probarme su gratitud, aun despues de haberme dado un tesoro en este anillo: la reina me va á servir para robar á la niña sin que yo intervenga en nada, y de este modo consigo guardar pura á la pobre Ana, á la cual tanto ama mi querido Velazquez, y librarme de mi rival el duque del Infantado, que quiere proteger á la flamenca. Mis negocios van perfectamente.

Al decir estas palabras, llegaba á la puerta de la câmara de la reina, y se hizo anunciar por un ujier; sin duda no le era tan fácil penetrar en aquellas habitaciones como en las del rey.

Cuando el conde-duque penetró en la cámara de la reina, serian las diez de la noche: la cámara, poco iluminada, tenia abiertos los dos balcones, que enviaban dos rayos de luna al lecho de la infanta María Teresa, colocado en el centro de la cámara á causa del gran calor.

Pero el lecho estaba vacío: la régia enferma, que contaba muy pocos años, se entretenia formando un castillo de naipes en un sillon próximo á la reina, que la contemplaba con amor.

Isabel de Borbon acababa de cumplir veinte y tres años: su semblante, dulcemente ovalado, era mas que hermoso, agradable y simpático: sus ojos oscuros eran muy rasgados

y veíase en ellos ese ligero cambiante azul que se asemeja á la pizarra, y que tal encanto presta á la mirada que le posee: sus cabellos levantados, con el mismo peinado que luego hemos llamado *á la Fuoco,* eran sedosos, abundantes y de un hermoso color castaño: no se podian llamar perfectas su nariz ni su boca, la cual era de una estrema pequeñez; pero la fresca palidez de su semblante, el gracioso corte de su frente y su dulce sonrisa le daban un encanto inesplicable y mas seductor que el que presta una acabada hermosura.

Tenia puesto un vestido blanco y liso, y su gola de batista, lisa tambien, hacia resaltar el agradable trigueño de su tez.

La infanta María Teresa era el retrato fiel de su madre; pero sus ojos eran de un azul mas claro y trasparente, su tez mas blanca y sus rizados cabellos tenian los brillantes matices del oro: aquella dulce, tierna y apacible niña fué despues la desdichada esposa de Luis XIV de Francia.

Cuando vió al conde-duque, hizo un gesto de disgusto levantando sus blancos y delicados hombros, y le gritó:

— ¡No te acerques aquí!... como eres tan grande, vas á derribarme el castillo con el aire que haces al andar.

Pero la advertencia llegó tarde: al movimiento que hizo el favorito para besar la mano de la niña, llevó un soplo de viento á los naipes, y el edificio vino al suelo.

— Está visto que donde tú estás no puede haber palacios, esclamó María Teresa retirando con rabia su mano: me voy á volverle á hacer en la mesa de mármol de mi padre, y cuidado con que vengas allí; ¡cuidado!

Al escuchar las frases de su hija, «está visto que donde tú estás no puede haber palacios» una dolorosa sonrisa entreabrió los labios de la reina: la pobre Isabel debia todos sus pesares á la fatal influencia que el conde-duque ejercia en el ánimo de su esposo.

La infanta recogió sus naipes y, precedida y seguida de dos damas, se encaminó á la cámara de su padre.

La dolencia de la pequeña princesa era tan leve, ó mejor dicho, tan habitual, que la reina no se opuso á que aquella

fuese á la cámara del rey deseosa de proporcionarle alguna distraccion.

— Tengo que hablar á V. M. de un asunto reservado, señora, dijo el conde-duque volviéndose imperiosamente hácia las damas, que sin esperar una señal de la reina se retiraron en seguida á la antecámara: decididamente el verdadero rey era Don Gaspar de Guzman.

— Ya os escucho, dijo Isabel recostándose en su sitial, y apoyando en la mano su mejilla con aire entristecido.

— He venido, empezó el de Olivares, he venido á rogar á V. M. que me ayude á salvar á una infeliz niña del amor del rey.

Ante aquellas inhumanas palabras, palideció Isabel; llevó sus manos al corazon como si hubiese recibido en él una profunda herida, y luego dos gruesas y abrasadoras lágrimas corrieron por sus mejillas.

— ¿Qué puedo yo hacer? murmuró con tanto desaliento, que el duro corazon del favorito se conmovió á pesar suyo.

— Esa jóven se salvará si V. M. me permite que la traiga esta noche á sus habitaciones.

— ¡Nunca! esclamó la reina con vehemencia: creo que obro mas dignamente aparentando que ignoro los desórdenes del rey, que oponiéndome á ellos con inútiles escándalos.

— Aquí no puede haber escándalo alguno; yo me he visto obligado á ofrecer al rey que la tendria esta noche en mi poder, pero al mismo tiempo quiero salvar el honor de esa infeliz criatura, y librar á Don Diego Velazquez de un pesar que le costará la vida, porque ama á esa jóven con toda su alma.

— ¿Y quién os obligaba á fomentar así la licenciosa pasion del rey por esa jóven? esclamó Isabel de Borbon irguiéndose indignada y altanera: ¿quién sino vuestra infame ambicion tiene la culpa de los estravios del padre de mis hijos? ¿quién es la causa de todos mis pesares? ¡quién empobrece y pierde el reino! ¡Vos.... sí...! solo vos, favorito venal de un rey demasiadamente crédulo.... ¿Y quereis que yo os ayude en vuestras inicuas tramas? ¿quereis que yo sea el

dócil instrumento de vuestros ambiciosos planes, para acabarme de perder luego en el ánimo del rey? ¡no lo espereis jamás!

— ¿Se niega V. M.? preguntó el favorito y quien, no obstante los violentos apóstrofes de la reina, la miraba con una calma provocativa.

— Me niego, sí.

— Iré, pues, á avisar á Velazquez.

Una llamarada de cólera cubrió de púrpura el dulce y poético semblante de la reina. Levantóse esta del sitial en que habia permanecido sentada, y se aproximó lenta, rígida y amenazadora al conde-duque.

— Si haceis eso, murmuró en voz baja, pero enérgica, y acentuando cada palabra; si haceis eso, yo seré quien os hunda para siempre en un abismo sin fondo: ¡entendedlo bien, Don Gaspar de Guzman! si tomais en boca el nombre del rey, Isabel de Borbon, os lo jura por su nombre real, será quien descubra á Felipe IV la peticion que habeis venido á hacerle esta noche! ¡Salid!

La reina señaló la puerta al de Olivares con ademan severo, y este, á pesar de su insolencia, salió maquinalmente, asombrándose de haber sido cogido por la primera vez de su vida en sus propios lazos.

Cuando se halló en la segunda antecámara, la rabia ocupó en su alma el lugar del asombro, y golpeó furioso su frente con su apretado puño.

— ¡Vive Dios! murmuró roncamente, ¡que es inútil que yo quiera ser bueno! la primera vez desde que vivo que me ha ocurrido atenuar una mala accion con otra buena, he salido vergonzosamente derrotado...! ¡Adelante pues! la flamenca será del rey, y Velazquez.... á Velazquez ya le he recompensado sobrado bien mi magnífico retrato con el bolsillo que por él le di.... ¡Ah! vamos á ver quien vence á quien, señor duque del Infantado!...

VII.

EL RAPTO.

Eran las doce de la noche del 25 de junio, y Diego Velazquez de Silva, acompañado de la linda Ana se hallaba en su estudio, absorto, al parecer, en hondas cavilaciones.

Sentada la jóven á la ventana abierta, pasaba su blanca mano por la cabeza de un hermoso perro de corpulenta talla y largas lanas negras; tambien ella estaba pensativa y triste, cual si su lindo rostro hubiera sido un espejo del de Velazquez.

A pesar de haber hecho ya Don Diego el retrato de Ana, cuando hablaba en la enramada con el duque del Infantado, la daré á conocer por mí misma al lector.

Apénas rayaba esta preciosa criatura en los diez y seis años de su edad; sus ojos azules, guarnecidos de larguísimas pestañas de oro, eran grandes, rasgados y serenos, y su apacible luz patentizaba el dulce candor de su alma: bajaban sus cabellos en luengos rizos hasta tocar en sus hombros, derramándose como una cascada de oro por su blanca espalda: su rostro, que formaba un óvalo prolongado, estaba ligeramente enflaquecido hácia las sienes y la parte inferior de las mejillas, presentando señales infalibles de esa terrible enfermedad de consuncion, que se apodera de tantas jóvenes al salir de la adolescencia, y que las hunde en el sepulcro ántes de ver colorar sus infantiles ensueños.

Aquellos desoladores síntomas daban á la fisonomía de Ana el encanto mayor que poseia, imprimiéndose un triple carácter de melancolía, sufrimiento é inocencia, que conmovia hondamente el corazon mas duro.

Su vestido blanco, de escote cuadrado, y mangas perdidas á la flamenca, marcaba los contornos perfectos, pero poco desarrollados de su talle: eran sus formas de tan estrema delicadeza, que tenian, no obstante su morbidez, una indecision enteramente infantil.

El gran perro *Medoro*, sentado á sus piés, levantaba su enorme cabeza á la dulce presion de la linda mano que se posaba sobre ella acariciándola, y clavaba sus grandes é inteligentes ojos en el semblante de Ana.

Velazquez estaba pálido, y sus negros ojos aparecian tristes y rodeados de un ancho y azulado círculo: conocíase bien que hacia largas horas que no cerraba sus párpados el sueño.

En efecto, la noche precedente no habia encontrado un instante de reposo, atormentado por el devorador cuidado que la suerte de Ana le inspiraba: aquella criatura era para él su único bien, y harto sabia de lo que era capaz el rey Felipe IV, cuando se veia contrariado en alguno de sus caprichos amorosos.

Sin embargo de este convencimiento, Velazquez no culpaba de los desórdenes del rey al rey mismo; á pesar de la amistad que el conde-duque le manifestaba desde que hizo su célebre y magnífico retrato, el leal corazon de Velazquez no habia creido en la sinceridad de la afeccion que le mostraba el favorito: y el elevado talento y buen criterio de artista habian adivinado cuanto de falso y maligno existia en el carácter de Don Gaspar de Guzman; habia comprendido que la ambicion era la pasion dominante de su alma, y sabia que no perdonaba medio alguno de fomentar las pasiones del rey, y que era capaz de todo por satisfacerlas, si de este modo podia levantar algo mas el pedestal de su fortuna.

Por eso le inspiraba tantos temores la suerte de Ana: temblaba ante el pensamiento de que pudieran despertar en su pecho un amor nuevo, y que él creia enteramente desconocido, en el cándido corazon de la doncella.

— A mí me ama como á un hermano solamente, se decia Velazquez, y este amor, que llena su existencia tan abandonada y solitaria hasta el dia que me conoció, basta para hacerla dichosa... pero si el rey logra hablarla y despertar su corazon, ese corazon inocente que debe á mi abnegacion el estar dormido... ¡oh! entónces ella amará á Felipe IV...

sí, le amará.... y entónces... entónces mi genio, mi gloria de artista se hundirán en el sepulcro!...

Estos amargos pensamientos traspasaban el corazon de Velazquez: su razon fluctuaba combatida por su dolor y sus crueles temores.

Sola una esperanza consoladora venia á darle algun alivio, aunque era en verdad harto débil: la idea de que el rey, el favorito y toda la corte creian á Ana hermana suya le tranquilizaba algun tanto y le infundia aliento.

— Al ménos, pensaba, respetarán los derechos que creen tengo sobre Ana, y podré hacer uso de una autoridad que atropellarian si supiesen que no me unen con ella los lazos de la sangre.

El desdichado ignoraba que el favorito habia sorprendido su secreto, cuando lo confiaba á Don Juan Hurtado de Mendoza, la noche anterior en las alamedas del rio.

El reloj de palacio dió las doce y media sin que ni Ana ni Diego hubiesen roto el silencio que reinaba en la estancia. La vibracion de la campana sacó á la doncella de sus meditaciones: levantóse esta y fué á apoyarse en el respaldo del sillon que ocupaba su hermano.

— ¿Qué tienes, Diego? dijo poniendo al nivel de la negra y rizada cabeza del artista su cabeza rubia y perfumada.

— Estoy triste, Ana, contestó Velazquez estremeciéndose al sentir resbalar en su frente el suave aliento de la jóven: estoy triste, repitió, porque dentro de dos horas voy á partir para el Escorial y no puedo llevarte conmigo.

— ¿Por qué no quieres que te acompañe, Diego? preguntó la niña pasando sus hermosos y afilados dedos por los rizos del pintor.

— Es inútil que te molestes en salir de Madrid para tan pocos dias, contestó con apresuracion Velazquez; quedarás aquí bajo la proteccion de la reina, que permanece en palacio tambien.

— Sea como tú quieras, hermano, contestó Ana, dulce, pero tristemente; yo creia, sin embargo, añadió con los ojos llenos de lágrimas, que jamas me separaria de tí.

— ¡Llevarte yo donde va la corte! esclamó Velazquez levantándose con ímpetu de la silla y cruzando á grandes pasos el aposento: ¡llevarte donde va el rey!... ¡oh, jamas, jamas!...

— ¿Por qué no quieres llevarme donde está el rey, Diego? es tan galan y parece tan bueno!...

Al escuchar estas palabras, levantó Velazquez la cabeza, y se hizo un paso atras como si hubiera recibido un golpe mortal en el corazon: clavó en Ana una mirada de estravío, y sus cabellos se erizaron en su frente, y sus sienes se cubrieron de un helado sudor.

En aquel momento sonó la una, y el ruido de un golpe, que dieron en la puerta del aposento, se confundió con la vibracion de la campana.

Velazquez fué á abrir con inseguro paso, y un camarero apareció en el umbral.

— Vengo á avisar al señor Don Diego Velazquez, de parte de S. M., que la hora de partir se ha adelantado y que le espera ya en su real cámara.

Una llamarada de alegría iluminó los ojos del artista; la noticia de que el rey iba á alejarse de Ana inundó de gozo su corazon.

— Ya os sigo, dijo al camarero, que se inclinó respetuosamente y desapareció en seguida.

Entónces se abrochó rápidamente su ropilla, alisó sus cabellos, se puso su sombrero adornado de una larga pluma y tendió los brazos á su hermana.

— Dentro de dos dias, le dijo oprimiéndola contra su pecho, dentro de dos dias tendré para tí un asilo seguro y vendré á buscarte para que no te separes ya de mi lado.

La niña no respondió nada: los sollozos ahogaban su voz.

— ¡Juan! gritó Velazquez abriendo una puerta que daba frente á la de entrada.

Un jóven mulato de elevada estatura apareció al instante.

— Escucha, Juan, dijo Velazquez tomándole por la mano; escucha, y si es cierto que me quieres, cumple exactamente lo que voy á decirte.

— Mandadme, señor, contestó el mulato con sonoro acento.

— Cuida de mi hermana, Juan: no dejes llegar á su lado ni aun al mismo conde-duque si, como temo, vuelve mañana á Madrid: duerme á la puerta de esta estancia; y dentro de dos dias, cuando vuelva á buscar á Ana, que la encuentre yo mas alegre que hoy la dejo.

— Seré la sombra de Doña Ana, señor; y, cuando volvais, os la entregaré risueña y contenta.

— Gracias, Juan: tu corazon encierra el valor indomable de los leones de tus bosques, y tu alma toda la ternura de una mujer. Juan, en tí confío; adios.

Y Velazquez abrazó de nuevo á su hermana, apretó la mano de Juan y se lanzó fuera de la estancia.

Media hora despues, y aprovechando las últimas de la noche, salió la comitiva real: en uno de los primeros coches, que seguian al rey, iban Don Diego Velazquez y el conde-duque.

Todavía se oia el rumor de las ruedas del último carruaje, cuando llamaron á la puerta de la estancia de Ana.

— ¿Quién vá? preguntó el esclavo mulato, que en pié enfrente de su señora, la contemplaba melancólico.

— Abrid para que yo pueda dar á Doña Ana un mensaje de parte de S. M. la reina, contestó la voz de una dama de honor.

El mulato quitó la vuelta de la llave y se retiró con respeto para dar paso á la ilustre enviada.

Mas en el instante mismo, cuatro hombres le derribaron en tierra y cerraron sus labios con una mordaza, ántes de que pudiese dar un grito, dejándole fuertemente maniatado.

Entretanto otros dos se habian acercado á Ana, y tapándole la boca con un pañuelo, la sacaron desmayada del aposento.

El infeliz esclavo hizo tan violento esfuerzo para romper sus ligaduras, que su bronceado semblante se cubrió de púrpura, y cada uno de los cordeles que le oprimian trazó en sus manos un sangriento surco.

Al oir el rumor del coche que se llevaba á su señora, una amarga desesperacion se pintó en sus facciones, y dos gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Ana fué depositada en una casita de pobre apariencia situada en la parte mas honda de la calle de los Autores. Al bajarla del coche, privada de sentido, la recibió en sus brazos una jóven de rostro risueño y picaresco; pero su alegre y avispada fisonomía se entristeció profundamente al ver á aquella hermosa niña blanca y helada como una estatua de alabastro.

Colocóla suavemente en un sillon, y desató el pañuelo que habian apretado bárbaramente á su boca.

Entretanto decia el conde-duque á Velazquez, al mismo tiempo que el coche en que iban entrambos corria por el camino del Escorial:

— Guardad á vuestra hermana de las asechanzas del rey, Don Diego: le veo tan furiosamente enamorado, que de todo le creo capaz.

VIII.

JUAN DE PAREJA.

Una hora despues del rapto de Ana, fué desatado el mulato por los demas servidores de Velazquez que entraron para informarse de aquella si queria que se le sirviese el desayuno.

El esclavo no contestó á ninguna de las preguntas que se le hicieron, ni pareció poner atencion ninguna en las lamentaciones de sus compañeros por la desaparicion de su jóven señora.

Dió tres ó cuatro vueltas por la habitacion como un leon enjaulado, y luego se lanzó á la calle pálido y desgreñado como quedara despues de sus inútiles y desesperados esfuerzos para romper sus ligaduras.

«Juan de Pareja — dice un aventajado escritor (1) de nuestros dias — era esclavo del célebre almirante Pareja, cuyo retrato hizo Velazquez. Encantado el marino de ver su retrato tan maravillosamente parecido y tan perfectamente concluido por el pintor mas célebre de España, vino á darle las gracias acompañado de Juan, jóven mulato que habia comprado en Indias, y que llevaba para el pintor una magnífica cadena de oro. Cuando se marchó el almirante, Juan fué á seguirle, empero el áspero marino le dió un puntapié.

— «¿Piensas, le dijo, que cuando yo ofrezco una cadena de oro no deje tambien el estuche? Perteneces desde este momento al señor Velazquez.

«Y salió con altivo paso apénas hubo dicho estas palabras.

«El pobre mulato, con el rostro afligido y el aire asustado, se quedó allí, y los discípulos de Velazquez le tomaron como un ser estúpido con el que podrian divertirse. La manera con que habia entrado en el taller fué para ellos un manantial inagotable de chanzas. Quisieron darle el gran nombre de su primer amo, y le llamaron Juan de Pareja, nombre que conservó siempre. Velazquez, á quien causaba lástima, le encargó el cuidado y el aseo del taller, cosa que tenia poco trabajo, pero que debia ejercitar su paciencia.

«Juan se hallaba muy contento siempre que el artista estaba allí; pero en cuanto salia, el esclavo tenia que sufrir de los discípulos una porcion de incomodidades que cada dia iban en aumento. Cansado, en fin, de las burlas de los discípulos tomó el partido, para evitarlas, de huir, cuando no se hallaba Velazquez, á una especie de camaranchon desconocido en donde se escondia y ponia al abrigo de sus perseguidores.

(1) Don José Muñoz Gaviria.

«No habia podido Juan ver pintar dos años seguidos, ni oir durante estos dos años á los mas grandes personajes ensalzar hasta el cielo la pintura, sin concebir un invencible deseo de manejar tambien los colores. Para distraer las largas horas de soledad en que aguardaba la vuelta de su amo, intentó Juan el pintar. Allí tenia pinceles de desecho y restos de colores que reunia ya en un lado, ya en otro. Conocia él mismo que no hacia mas que emborronar; pero hallaba gusto y diversion en ello, guardando un silencio absoluto sobre esta diversion secreta, que nadie sospechó.»

Hasta aquí habla el autor de la linda é interesante leyenda *Rubens en casa de Velazquez*: yo he creido que no podia dar á conocer mejor á Juan de Pareja que copiando el párrafo en el cual mi amigo, el señor Muñoz Gaviria, le presenta á sus lectores. Ahora acabaré de pintar á este personaje, segun le he comprendido.

Juan de Pareja sentia por Velazquez una especie de adoracion apasionada, adoracion que se estendia á todo lo que pertenecia al artista; nada habia para él tan bello, tan grande, tan santo como Velazquez, y se hubiera dejado matar por evitarle el dolor mas leve.

Habia en el esclavo hácia su amo el tierno y solícito amor de una madre y la adhesion sublime y fiel de un viejo sabueso: cuidaba con estraordinario esmero de su servicio, de su alimento, y de su tocador, y no se fiaba de ningun doméstico, en lo que pertenecia á su señor: cuidaba de los detalles mas minuciosos de su comodidad y bienestar, graduaba la luz del taller, preparaba los colores, arreglaba los caballetes, y pasaba horas enteras mirándole pintar extasiado en una fanática contemplacion.

Velazquez, por su parte, le amaba mucho tambien; confiábale los mas importantes secretos, y conversaba con él miéntras le servia á la mesa; la viva inteligencia de Juan le agradaba en estremo, y admiraba la esquisita sensibilidad de su corazon, la generosidad de su carácter, y su ilimitada lealtad.

Su pena, al dejar en Madrid á su querida Ana, se amen-

guó en su parte mayor, al pensar que la dejaba bajo la custodia de Juan, y el corazon del mulato latió de gozo al recibir aquel encargo.

¡Oh qué amarga desesperacion se apoderó del alma de fuego del mulato, al ver que le arrebataban á su jóven señora! todos los tormentos del infierno desgarraron su corazon al convencerse de que eran inútiles sus esfuerzos para rasgar las fuertes ligaduras que le sujetaban.

Cuando los otros criados le desataron, se arrancó la mordaza, con tan furioso y desesperado movimiento, que sus labios se enrojecieron de sangre.

Dió como un loco algunas vueltas por la estancia, y luego se lanzó á la calle, cruzando muchas en su desesperada carrera.

¿Cuál era su designio? ¿cuál su esperanza? Ni él mismo lo sabia; en su abrasada cabeza se revolvia candente el pensamiento fijo de encontrar á Ana ántes de los dos dias, que debia tardar Velazquez en regresar á Madrid, y el de darse la muerte si no podia conseguirla: estas dos ideas le hacian sonreir por intervalos, con una risa en que entraba por mucho la locura.

IX.

EL EMBAJADOR.

Dos dias despues, y á eso de las siete de la tarde, un coche cerrado conducia á Madrid á Velazquez al trote de sus magníficas yeguas tordas.

El artista iba tan preocupado que no fijó la atencion en otro coche cerrado tambien, pero mucho mas escrupulosamente, que pasó junto al suyo.

Ni oyó por consiguiente una dulce voz que le era muy conocida, y que preguntaba con ansiedad:

— ¿Llegaremos pronto á donde está mi hermano, señor conde?

Aquella voz era la de Ana, que ocupaba el coche cerrado con el conde-duque, y que marchaba con direccion al Escorial.

Velazquez prosiguió su camino, y á las siete y media se apeó delante del palacio.

Una multitud inmensa se agolpaba á sus puertas: veíase estacionada delante de ellas una larga fila de lujosas carrozas vacías, sin duda por estar sus dueños dentro de la morada real; algunos señores flamencos permanecian á caballo, erguidos é inmóviles, luciendo sus bordadas gorras, sus ropillas cuajadas de pedrería, y sus colosales figuras.

Una guardia flamenca rodeaba la comitiva, conteniendo con mesura, pero con una gravedad inalterable, al pueblo que se arremolinaba murmurando:

— ¡El embajador! ¡el embajador!

El coche de Velazquez entró en las caballerizas de palacio, y el artista, sin detenerse ni aun á preguntar quién era el embajador, subió ansioso á su habitacion, encontrándose al final de una galería al duque del Infantado.

— ¿Habeis visto á Rubens, Don Diego? preguntó el duque, tendiendo una mano al pintor.

— ¿Está aquí Rubens? esclamó Velazquez admirado y deteniéndose á pesar de su ansiedad.

— Es el embajador, que acaba de llegar, enviado por la infanta gobernadora de Flándes.

— ¿Dónde está?

— En audiencia con la reina, que quedó encargada por el rey de recibirle á su llegada.

— Os dejo, señor Don Juan, dijo Velazquez estrechando de nuevo la mano del duque, y poniendo el pié en la escalera.

— ¿A dónde vais, y de dónde venís?

— Vengo del Escorial, y así que amanezca mañana me vuelvo á él con Ana.

— ¡Cómo! esclamó Don Juan Hurtado haciéndose un paso atras: ¡cómo, Velazquez, llevais á esa niña á la corte! permitidme que os repruebe tal propósito.

— Quiero que todos ignoren que se halla en el Escorial.

— ¿Y cómo lo lograréis acompañándola vos mismo?

— No lo sé, dijo Velazquez inclinando tristemente la cabeza; ¡no lo sé, pero Dios me ayudará!

— ¿Teneis confianza en mí, para fiarme á Doña Ana? preguntó el duque, fijando en la abatida fisonomía del artista sus leales y arrogantes ojos.

— ¡Oh, sí! esclamó este levantando la frente y mirando al duque con profunda gratitud: solo á vos y á Juan, mi mulato, la fiaria yo!

— Vamos, pues, á vuestra habitacion, Velazquez, dijo el duque pasando su brazo por debajo del del artista; Juan y yo la acompañaremos, y quedará segura en mis habitaciones donde la encontraréis.

Diego Velazquez llegó á su aposento con el duque, y llamó suavemente á la puerta.

El criado que la abrió palideció y retrocedió dos pasos al ver á su amo.

— ¿Y Doña Ana? preguntó ansiosamente Velazquez.

El doméstico, con los ojos fijos en el suelo, parecia la estatua del asombro.

— ¿Y Doña Ana? tornó á preguntar Velazquez sacudiendo el brazo del criado.

— ¡Señor!...

— ¡Habla!...

— ¡La han robado!

— ¡La han robado!...

Este grito se escapó angustioso y desgarrador de los labios del artista, que permaneció durante algunos momentos anonadado y mudo.

De súbito echó á correr hácia el aposento de Ana, siguiéndole el duque.

Los desatentados ojos de Velazquez recorríeron la estancia en un segundo; pero el artista hubo de apoyarse en un sillon para no caer: el aposento conservaba todas las señales de la reciente presencia de la pobre niña.

— ¡Juan! gritó Velazquez con ronca y sofocada voz.

— Tambien ha desaparecido.

— ¡Vendido por él! barbotó Velazquez, quien, al oir la contestacion del doméstico, no pensó siquiera en preguntarle cómo habia sido la desaparicion de Juan.

Despues se precipitó á la puerta, vacilante como una persona ebria.

El duque le siguió quebrantado de aquella terrible desaparicion.

— ¡Le han comprado para que me la robe!... murmuró el artista: ¡se ha vendido al oro... del rey!... pero... yo le mataré!

El desgraciado Velazquez cayó desplomado, en el suelo, y su hermosa cabeza negra y rizada rebotó en el pavimento de la galería.

En aquel momento entraba en ella, por la parte opuesta, un caballero como de cincuenta años, de elevada estatura y gallardo continente, bien que lleno de nobleza y dignidad.

Su traje, de damasco azul á la flamenca, estaba ricamente bordado de oro, y en su sombrero se veia prendida, con un joyel de diamantes y rubíes, una hermosa pluma de garza real.

Las insignias de muchas órdenes cubrian su pecho: sus manos blancas y de hermosa forma salian de entre una nube de encajes iguales á los que bajaban hasta sus borceguíes.

Seguíale una inmensa comitiva de nobles españoles y flamencos, y una guardia de honor, ni mas ni ménos que si fuese una persona real.

Era, en efecto, el rey de la pintura, Pedro Pablo Rubens, artista distinguido, eminente diplomático y embajador de la infanta Doña Isabel, gobernadora de la Flándes y los Países-Bajos, cerca de la majestad de Felipe IV.

Rubens se dirigió á los aposentos de Velazquez para visitar su taller, ya que no podia verle por hallarse en el Escorial, segun le habia dicho la reina.

Al ver al duque del Infantado, que le habia sido presentado en la recepcion por la misma reina; al verle, repito,

sostener en sus rodillas la cabeza de otro hombre desmayado, detúvose Rubens.

— ¿Quereis que os ayude, señor duque? preguntó el ciudadano de Ambéres con la dulce amabilidad que, no obstante la arrogancia de su aspecto, le era tan habitual.

— Gracias, señor embajador, gracias... ya vuelve, contestó el duque, poniendo junto á la nariz del artista su perfumado pañuelo.

— ¡Velazquez! añadió en seguida moviéndole suavemente.

— ¡Velazquez! repitió Pedro Pablo inclinándose para contemplar al artista cuyas manos tomó.

Don Diego abrió sus grandes ojos negros, y los fijó ansiosamente en las personas que le rodeaban: cuando su mirada chocó con la de Rubens, dos lágrimas brotaron de sus ojos.

Diego Velazquez poseia el mejor retrato que el rey de la pintura habia hecho de sí mismo.

Rubens abrió sus brazos al desgraciado jóven, que se arrojó sollozando en ellos.

— Vuestra vista, señor embajador, es lo único que pudiera prestar algun consuelo á Velazquez en la desgracia que le aqueja, dijo el duque ayudando al desdichado jóven á ponerse en pié.

— ¡Oh! murmuró Rubens, ¡la desgracia! ¿no basta, ¡oh, Dios mio! que me acompañe á mí, sino que la he de encontrar tambien donde quiera que vaya?

Algunos momentos permaneció su fisonomía sombriamente triste, apareciendo en su noble frente un pliegue de dolor.

Mas sus móviles y hermosas facciones recobraron pronto su serenidad, y sus ojos se fijaron de nuevo en Velazquez, con acariciadora espresion.

— ¡Para el amanecer, los trenes de S. M. la reina y de su señoría el señor embajador, que salen para el Escorial! gritó en aquel instante la voz del jefe de las caballerizas.

— ¿Quereis acompañarme, Velazquez? preguntó Rubens á Don Diego; deseo que permanezcais á mi lado los breves dias que he de vivir bajo vuestro cielo.

— ¡Doña Ana debe estar en las garras del de Olivares! murmuró el duque del Infantado al oido del artista. ¡Partamos!

— Soy vuestro, murmuró Velazquez débilmente y con acento acongojado.

— Pues hasta dentro de cuatro horas, Velaquez: os espero en mi cámara con el señor duque, y os ofrezco á entrambos dos asientos en mi coche.

Rubens hizo un afable saludo, y se retiró seguido de su comitiva.

— ¡Valor, Velazquez! dijo el duque, cerrando tras ellos la puerta de la cámara donde habian penetrado.

El pintor se dejó caer en un sitial, y murmuró con ronca y apagada voz:

— ¡Vendido por él!... ¡Vendido!... ¡Vendido!...

X.

ANA.

Dos dias habian pasado desde aquel en que Isabel de Borbon, Pedro Pablo Rubens y Diego Velazquez de Silva habian llegado al palacio del Escorial.

Las cuatro de la tarde acababan de dar en el reloj de San Lorenzo, cuando se entreabrió una ventana, perteneciente á las habitaciones del conde-duque, situadas muy cerca de las del rey: la otra ala del palacio estaba habitada por la reina, la infanta María Teresa, y las servidumbres de ambas.

La ventana en cuestion, estaba guarnecida de espesas celosías; pero no obstante, un rayo de sol, que iba á quebrarse en sus cristales, hizo brillar con dorados reflejos una cabeza cubierta de abundantes y rubios rizos.

Aquella cabeza era la de Ana.

Permaneció durante breves instantes silenciosa é inmóvil, cual si fuera una estatua de alabastro, con la mirada fija en

las dilatadas campiñas que se estendian al frente de sus ojos.

Luego apoyó los brazos en el antepecho, dejóse caer en un sitial colocado detras de ella, y sepultó la cabeza en sus manos.

No era ya la misma Ana que Velazquez conoció en Ambéres, ni siquiera la misma que robaron al artista las tramas del conde-duque de Olivares: en los dos dias pasados desde la vez primera que la presenté á mis lectores, se habian hundido sus mejillas y apagado sus ojos: los suaves y purísimos contornos de su boca habian perdido toda su gracia cándida y juvenil, adquiriendo en cambio esa laxitud, que es siempre signo seguro de la total ruina de la salud.

Parecia mas elevada su estatura, á causa de su estrema delgadez: sus rasgados y espléndidos ojos azules eran mas grandes, y aunque sus brazos y manos conservaban sus seductoras formas, estaban en estremo enflaquecidas.

Largo rato permaneció en la actitud abatida en que la dejámos, al cabo del cual se abrió cautelosamente la puerta de la estancia dando paso á la jóven que vimos socorrer á Ana cuando se desmayó en la casa donde la depositaron sus raptores.

Aquella jóven adelantó lentamente algunos pasos, andando de puntillas é inclinando graciosamente la cabeza hácia adelante, creyendo dormida á la pobre Ana.

La recien llegada era una de esas criaturas robustas, hermosas y risueñas: sus facciones, un tanto gruesas, eran bellas en estremo: sus grandes ojos negros y sus cabellos de azabache, armonizaban deliciosamente con su tez trigueña y sonrosada, y su boca parecia formada únicamente para la sonrisa, pues al mas leve movimiento mostraba, no obstante su pequeñez, dos sartas de menudas perlas engastadas en coral.

Llevaba un lindo traje de seda de colores subidos, y su gola dejaba ver, á despecho de la moda de aquel tiempo, la parte superior de una garganta suave, redonda y satinada.

El aposento en el cual se encontraba Ana armonizaba bien con la figura de la recien llegada, por la suntuosidad

vistosa de sus adornos; las colgaduras, de damasco blanco, estaban guarnecidas de anchos flecos de oro y sujetas con gruesos cordones y borlas de lo mismo; la sillería, de damasco granate de color subido, se ostentaba recargada de iguales adornos, y cuatro soberbias lunas de colosales dimensiones reproducian los objetos.

La jóven llegó, por fin, junto al sillon de Ana y se apoyó suavemente en el respaldo; luego bajó su cabeza al nivel de la de la flamenca para ver si efectivamente dormía.

— ¡Dios mio! estais despierta, señora! esclamó alzándose de nuevo, porque acababa de ver lucir como dos estrellas los grandes ojos de Ana.

— No duermo, contestó esta con acento lento y melancólico; sin embargo, no os oí entrar, Estrella.

— Lo creo muy bien, dijo la jóven, cuya risueña frente se habia cubierto de una nube de tristeza; ¿cómo me habiais de oir si estabais en una de esas peligrosas meditaciones que os convierten en estatua?

La flamenca sonrió tristemente y nada contestó.

— Y á pesar de eso, continuó Estrella, el señor conde me dice todos los dias: no permitais á Doña Ana ni un instante de soledad y de cavilacion, porque esto la mata.

— ¡Pluguiese á Dios que así fuese! murmuró Ana elevando al cielo una mirada empapada en lágrimas.

— ¡Ay, Dios mio! pero ¿por qué quereis morir, Doña Ana? sois una niña, sois bella hasta el estremo y teneis amigos poderosos que velan por vos y se interesan por vuestra suerte... ¿cómo es posible que os canse la vida?

— No lo sé, Estrella, contestó la jóven con acento triste: no sé por qué, pero yo deseo la muerte con todo mi corazon.

— ¿Sentís acaso la separacion de vuestro hermano?

— ¡Oh, sí!... repuso Ana llevando al corazon sus dos manos, como si Estrella hubiese tocado en él una herida dolorosa y profunda.

— Pero solo hace dos dias que careceis de su vista, y ademas teneis la esperanza de verle muy pronto.

— ¡Esa esperanza la voy perdiendo ya, Estrella! cuando

el conde me sacó de Madrid, me aseguró que me llevaba á la nueva casa de mi hermano.... y todavía no he podido verle... luego... continuó la pobre niña vacilando, luego... estos últimos dias me suceden cosas tan estrañas... ¿por qué me sacaron á la fuerza de nuestra habitacion del palacio de Madrid?... ¿por qué me llevaron á vuestra casa durante algunas horas para traerme luego aquí?... ¿por qué me aseguró ese caballero, á quien llamais el señor conde, que veria muy pronto á Diego si todavía no he podido lograrlo? ¡Estrella, Estrella!... ese conde... lo confieso... ¡me da miedo!...

Ana ocultó de nuevo el semblante entre las manos, y un doloroso temblor recorrió todo su cuerpo.

Estrella la contempló por algunos instantes pintándose en sus facciones una profunda espresion de piedad: á la verdad, la figura de Ana, velada por su larga túnica blanca, se asemejaba á esas imágenes de santas mártires que todavía nos conmueven y admiran en nuestro descreido siglo.

Lo enflaquecido de su cuello, brazos y manos patentizaba bien los sufrimientos de la desdichada niña, y su cabeza inclinada y cubierta por una cascada de gruesos rizos rubios, que se estendian hasta sus rodillas, tenia una admirable espresion de sumo é intenso padecer.

— Vamos, Doña Ana, dijo por fin Estrella con acento dulce y cariñoso, y apoyándose de nuevo en el respaldo del sillon: vamos, buen ánimo; quizá no acabe el dia de hoy sin que veais á Don Diego.

Ana permaneció silenciosa durante un momento: luego alzó la cabeza lentamente, y Estrella contuvo con trabajo un grito de terror al ver el semblante de la pobre niña.

Léjos de retratar las facciones de Ana el gozo que debia infundirle la esperanza formulada por los labios de Estrella, se veia pintada en ellas una espresion de agudo dolor: levantóse como una sonámbula, y tomó las manos de Estrella oprimiéndolas con una fuerza convulsiva entre las suyas secas y abrasadoras.

En aquel instante apareció detras de uno de los árboles

del jardin una cabeza negra y erizada alumbrada por dos ojos grandes y calenturientos, que fueron á fijarse en el rostro desencajado de Doña Ana.

Un segundo despues se oyó un grito de alegría frenética, y el mulato Juan de Pareja salió de detras del árbol y cruzó el jardin corriendo desesperadamente.

A pesar de sus esfuerzos, su carrera avanzaba poco: el infeliz esclavo hacia tres dias que no habia probado alimento ni cerrado al sueño sus ojos, ocupado solo en vagar como una sombra durante la noche por los alrededores del palacio, porque su buen instinto le decia que la tenebrosa infamia que lamentaba solo podia haberla urdido la mano del conde-duque.

Llegó por fin á una de las puertas escusadas del jardin, y desapareció por ella.

Doña Ana continuó largo rato oprimiendo las manos de su compañera.

— Escuchad, dijo al cabo de algunos instantes con voz lenta y ahogada: escuchad, Estrella, ántes de que Dios me llame á su seno, una confesion que á nadie he hecho todavía... pero que necesito hacer porque me ahoga....

— Hablad, hablad, Doña Ana.

— Yo creo... creo que vos me amais un poco, Estrella....

— Os amo mucho, mucho, dijo Estrella estrechando con afecto las manos de la infeliz jóven.

— Entónces á nadie confieis mi secreto... ¿lo oís?

— Sí, no temais.

— Pues bien, Estrella: la vista de Diego no aliviará mi padecer... no....

— ¡Qué decis!...

— ¡Me matará mas pronto!...

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Ana, al pronunciar estas palabras, y se deslizaron por sus mejillas de alabastro.

En cuanto á Estrella, creyó que deliraba, y dijo solamente con dulce voz:

— La vista de vuestro hermano os pondrá buena: creedme, Doña Ana.

— ¡Yo no tengo hermano!... gritó con angustia desgarradora la desdichada niña.

— ¡Qué decís!

— ¡Diego no lo es!

— ¿Quereis acostaros, Doña Ana? dijo Estrella persistiendo siempre en creer que un acceso de fiebre hacia delirar á la jóven.

— ¡Mirad!... esclamó Ana sacando de su seno una carta, que, por lo muy arrugada que estaba, decia bien claro que los ojos de Ana la habian devorado muchas veces: ¡mirad, Estrella!

La atónita jóven desdobló el papel y leyó lo siguiente:

«Don Diego Velazquez de Silva os engaña, pobre niña, diciéndoos que es vuestro hermano: vos sois sola en el mundo, y vuestro raptor os hizo creer que os unian á él los lazos de la sangre para sustraeros á las miradas de todos los hombres, á fin de evitar así que, casándoos, os roben de su lado.

«Vos, pobre niña, sois el orígen de su gloria, pues harto sabeis que os toma para modelo de sus celebradas vírgenes, si bien para disimularlo cambia en sus pinturas el color de vuestros ojos y de vuestros cabellos, y os oculta á la vista de todos.

«Empero vos podeis libertaros fácilmente de la esclavitud en que os tiene el odioso egoismo de Velazquez: el rey Felipe IV os ama; recurrid á él cuando dentro de dos dias vaya á visitaros, y conseguiréis de su cariño la proteccion que necesitais.

«No temais por Velazquez; está casado con una dama noble y hermosa á quien ama mucho, y de la cual tiene una hija.»

La carta no tenia firma.

— ¡Dios mio, qué estraño es esto! murmuró Estrella devolviendo la carta á la flamenca.

Esta no respondió: apoyada en el marco de la ventana, tenia doblada la cabeza sobre el pecho.

— Vamos, Doña Ana, continuó Estrella tomando una de sus manos; vamos, no os abatais así: puesto que segun esa carta debe venir el rey á veros; declaradle la villanía de Velazquez, y él os amparará.

— ¡Acusar yo á Diego! esclamó Ana con una indescriptible vehemencia: ¡yo, que le amo con todas las fuerzas de mi alma! ¡yo, que daria mi vida por volver á verle una sola vez!...

— ¡Cómo! ¿le amais?

— ¡Que si le amo! repitió la jóven; y ante el pensamiento de su cariño pareció fundirse su dolor en un delicioso arrobamiento que se significó instantáneamente con una sonrisa de dicha: ¡que si le amo! repitió cruzando las manos, y con un acento impregnado de dulzura infinita: le amo tanto, que solo temo dejar la vida, porque la muerte me privará de verle. ¿No me veis, continuó con una vehemencia que hizo colorear sus mejillas, no me veis pálida y casi moribunda? pues bien, ¡lo que aniquila mi vida, lo que me mata, es ese amor que ardia en el fondo de mi corazon sin que yo misma lo sospechase!... cuando Diego se separaba de mi lado, la luz huia de mis ojos... y mi pecho se oprimia como si le faltase aire que respirar... cuando me dormia, su imágen aparecia delante de mí... y no pocas veces he soñado estar sentada sobre sus rodillas... ¡cuántas veces, viéndole dormido, han caido mis lágrimas sobre su frente al imprimir en ella un beso! ¡cuántas, al estrechar su mano, he sentido que un fuego devorador circulaba por mis venas! ¡cuántas he sentido oprimirse mi corazon al despedirse de mí, aunque fuera por breves instantes!...

— Pero....

— No sé lo que sentia yo entónces... prosiguió Ana cuya vehemencia iba en aumento: solo sí puedo asegurar que aquel padecimiento, que no comprendia, aniquilaba mi vida, que tan feliz debiera haber sido: yo amaba mucho á Diego...

por ventura, ¿no era él la primera persona que me habia amado en el mundo? ¿no fué su mano la que me sacó del abandono en que yacia? ¿no ha sido él hasta hoy quien ha velado por mi suerte?...

— Es verdad, dijo Estrella ansiona de calmar á la jóven: segun me habeis dicho anoche, vos viviais sola y abandonada... pero, segun veis por esa carta, Don Diego es casado y ademas no os ama.

— ¡Ah! esclamó Ana con un penetrante alarido de dolor: ¡es verdad... es casado... y no me ama!...

La desventurada vaciló como el tierno arbolillo que hiere el hacha del leñador; cerró los ojos, y cayó hácia adelante, yendo á descansar en los brazos de Estrella.

En aquel momento se abrió una puertecilla disimulada en los tapices, y apareció en el umbral la sombría figura del conde-duque.

— ¡Por piedad, señor! esclamó Estrella que sostenia á la jóven, rendida á un desmayo mortal: ¡por piedad, libradme del cargo de guardar á esta desdichada! ¡no quiero, no puedo verla morir!...

— Vos podréis todo cuanto yo os mande, Estrella, contestó friamente el favorito, puesto que solo de esto depende el que conceda la libertad á vuestro amante.

— ¡Oh, Dios mio, padece tanto!...

— En efecto, no lo dudo, porque solo con ver á esta niña se concibe que hay en ella mas corazon que materia... ea, acostadla y hacedla volver en sí.

Y el favorito ayudó á la jóven á que colocase en el lecho el inanimado cuerpo de Ana, á cuya nariz aplicó Estrella un pomito de sales.

— Decididamente, murmuró el conde-duque saliendo de la estancia; decididamente hoy tiene que verla el rey, porque mañana puede morir, y no sé qué estraño presentimiento me avisa que su muerte será la señal de mi ruina.

XI.

EL RETRATO DE LA REINA.

En el momento en que el de Olivares salia de la estancia de Ana, Diego Velazquez entraba en la cámara del rey.

Un instante despues entró tambien en ella el favorito sin precederle anuncio, segun su costumbre.

Al ver entrar al conde-duque, Felipe IV clavó en su rostro una mirada de ansiosa interrogacion, que fué contestada con otra de satisfaccion arrogante, y con una sonrisa llena de promesas.

Velazquez, pálido, enflaquecido, sombrío, se apoyaba maquinalmente en el respaldo de un sillon; sus ojos hundidos por tres dias de desesperacion y tres noches de insomnio, miraban vagamente á un objeto impalpable: sus mejillas socavadas, el desórden de sus cabellos, y su barba, que empezaba á brotar en su tez morena y pálida, acababan de darle un aspecto huraño, violento y doloroso.

Bastaba fijar la mirada una sola vez en aquel hombre para conocer que desgarraba su alma un pesar sin consuelo.

Al ver entrar al conde-duque, sus grandes ojos adquirieron fijeza y se clavaron chispeantes de furor en el rostro del favorito.

El rey, que se habia conmovido hondamente al notar el aspecto de Velazquez, sintió que la ira dominaba su enternecimiento al descubrir la rabia que trastornaba el semblante del pintor.

En cuanto al de Olivares, sostuvo friamente la iracunda mirada de Velazquez.

— Señor, dijo este dirigiéndose á Felipe IV, vengo á pedir á V. M. que me devuelva á una hermana que tenia, y que me ha sido robada.

Aturdido el rey, por tan violento exordio, se volvió á mirar á su privado.

— Esa mirada, continuó Velazquez con voz mas concentrada y sorda, esa mirada me dice, señor, que el ladron de Ana es el conde-duque....

Y Velazquez, con el rostro trastornado, puso la mano en el puño de su espada, y avanzó dos pasos hácia el de Olivares.

— ¡Velazquez, tú estas loco!... esclamó el rey, asombrado de tanta audacia, pero al mismo tiempo hondamente conmovido por tan intenso dolor.

— Tengo aun toda mi razon, señor, contestó el pintor de cámara, separando su mano de la empuñadura de su espada: pero aseguro á V. M. que la perderé, si ese hombre continúa en mi presencia.

Calló Velazquez esperando que Felipe IV mandase salir al conde-duque: mas el débil monarca no se atrevió á formular una órden á cuya sola indicacion habia visto encender como dos ascuas los ojos del que debia cumplirla.

Una sonrisa de desden plegó los delgados y astutos labios de Don Gaspar de Guzman y Pimentel.

— S. M., dijo acentuando lentamente sus palabras, S. M. parece que no tiene dificultad en que yo oiga que demandais á vuestra querida.

— ¡Mentís como un villano! gritó el pintor de cámara rojo de cólera: y sacándose un guante, que hizo pedazos en su rabiosa apresuracion, lo arrojó al rostro del privado. ¡Ea! continuó con voz sorda, salid si no quereis que os escupa en el rostro, señor conde-duque de Olivares!... ¡salid! y ¡vive Dios que he de arrancaros, con mi espada, el precio por el cual habeis comprado á mi mulato Juan, y el sitio en que habeis ocultado, no á mi querida, sino á mi hermana.

— Antes, señor Don Diego, contestó el conde-duque, recogiendo friamente el guante de Velazquez, antes será preciso que me probeis el derecho que os asiste parer querer ser el dueño absoluto de esa infeliz niña á la que teniais sumida en el mas odioso cautiverio.

— ¡Salid, os digo!... volvió á gritar Velazquez desnudando la espada.

El privado se dirigió lentamente á la mesa de escribir del rey, y agitó la campanilla de oro que se veia sobre ella.

— ¡El capitan de guardias de S. M. el rey! dijo Don Gaspar con una calma glacial al ujier que se presentó.

— ¡Sois un infame, señor conde-duque de Olivares! guturó Don Diego, al mismo tiempo que entraba el capitan de guardias.

— De órden del rey, dijo el favorito sin mirar siquiera al pintór, de órden del rey arrestad á Don Diego Velazquez de Silva.

El capitan se acercó á Velazquez, y esperó la espada que este retuvo con mano trémula de furor.

En aquel momento se descorrió estrepitosamente el tapiz de terciopelo que cubria una puerta situada á espaldas del rey.

— ¡S. M. la reina! anunció un ujier de toda gala.

E Isabel de Borbon, vestida con un largo traje de ceremonia, apareció en el umbral.

— ¡Ejecutad las órdenes de S. M.! gritó imperiosamente el de Olivares dirigiéndose al capitan de guardias, al mismo tiempo que echaba una mirada recelosa sobre la reina.

Isabel contestó á esta mirada con otra de desprecio.

— Vengo, señor, dijo dirigiéndose enseguida al rey, vengo á buscar á Don Diego para que concluya hoy el retrato mio que hace dias empezó, porque nuestra hija María Teresa lo desea para su cámara.

Un rayo de alegría iluminó las abatidas facciones del noble artista, al mismo tiempo que el del favorito aperecia trastornado por el furor.

Felipe IV miró vacilante al favorito y á la reina: el trance se iba haciendo cada vez mas embarazoso.

De súbito se oyó un gran rumor de pasos y espadas, y un instante despues, anunció un paje:

— ¡Su señoría el embajador de Flándes!

Levantóse Felipe IV para recibir al que, para él, repre-

sentaba á la infanta su tia, y muy contento interiormente de que su presencia le evitase la esplosion de la tormenta que hácia media hora bramaba en su derredor.

El conde-duque salió al encuentro de Rubens maldiciendo en aquella ocasion la etiqueta.

La reina dejó asomar á su linda boca una sonrisa de orgulloso triunfo.

— Señor embajador, dijo dirigiéndose á Pedro Pablo: nuestro pintor de cámara os convida por mi boca á que visiteis mañana su taller, donde estará espuesto mi retrato que ahora mismo va á concluir.

Inclinóse Rubens profundamente y besó la suave y blanca mano de la reina, en tanto que esta le miraba asombrada de la palidez y decaimiento de sus facciones.

Sin duda el rey de la pintura estaba devorado por algun secreto é intenso pesar.

Cuando Pedro Pablo Rubens levantó la cabeza, Isabel presentó su mano á Velazquez quien, despues de inclinarse delante del rey y del embajador, volvió la espalda con desprecio al favorito, y salió con la reina.

XII.

EL TALLER.

Confusos y afanados andaban los discípulos de Velazquez: era el dia en que Rubens debia ir á visitar el taller del maestro.

Los pobres muchachos habian ido llegando de Madrid en los tres dias que hacia se encontraba Velazquez en el Escorial, porque su amor al arte era tan grande, y admiraban tanto á su maestro, que no habian escaseado ruegos para que sus familias les permitiesen continuar las lecciones en el real sitio de San Lorenzo.

En el dia á que nos referimos, tercero de la estancia en el Escorial de Velazquez, los discípulos andaban asaz pre-

ocupados quitando el polvo minuciosamente á los caballetes, colocándolos en hileras segun su tamaño, con una igualdad escrupulosa, y poniendo en órden cada uno de esos mil objetos que se ven en la habitacion de un pintor.

— ¡Qué falta nos hace Juan! dijo un hermoso muchacho de tez moreno y negros ojos pasando con una paleta cargada de colores.

— En verdad que sí, contestó otro de tez blanca y ojos azules como un inglés: desde que él ha desaparecido me aburro. ¡Oh! si él estuviera aquí ya lo tendríamos todo arreglado desde hace largo rato.

— ¡Pobre Juan! ¡cuántas veces me ha pesado lo mucho que le he hecho rabiar! dijo otro con aire triste: de seguro que se ha ido porque le hacíamos perder la paciencia.

— Yo, añadió un cuarto, fuí ayer á nuestro estudio de Madrid, y tomé del camaranchon algunas cosas que él cuidaba con esmero.

— ¿Para qué?

— Porque quiero tener algun recuerdo del pobre mulato, que tan bueno era, á pesar del cruel martirio que le hacíamos pasar con nuestras burlas: mirad ese gran lienzo enrollado que hay en aquel rincon, junto al caballete del maestro; es uno de los objetos que él guardaba con mas cuidado.

— Veámosle.

— ¿Qué hemos de ver? ese lienzo estárá en blanco: quizas el pobre Juan queria que le sirviese para formar letras... ¡tenia un empeño de aprender por sí solo á escribir!

— ¡Yo lo creo! ¡no tenia nadie que le enseñase!

— ¡Callad! dijo de repente uno de los discípulos: ¡callad!... ¡se me figura que ya oigo pasos!

— A tí no te deja resollar el miedo de que vengan... y al fin han de venir.

— Ya lo sé.

— Pues si lo sabes, ¿porqué tiemblas?

— ¿Yo tiemblo?

— Tú.

— ¡Pues en verdad que no lo habia notado! te confesaré,

sí, que me espanta ver á Rubens mucho mas que ver al rey.

— ¡Lo creo! otro tanto me sucede á mí.

— ¡Y á mí!

— ¡Y á mí!

— Pero callad, callad... ¡ahora sí que vienen!...

En efecto, un gran rumor de pasos y de confusas voces anunció á los jóvenes la llegada de los dos reyes: el de España, y el de la pintura; y un instante despues aparecieron ambos en el umbral seguidos de gran número de cortesanos.

Los pobres muchachos quedaron pegados á la pared, apiñándose unos contra otros, y sin atreverse á levantar los ojos ni á respirar apénas.

Felipe IV se apoyó familiarmente en el brazo de Rubens, y ambos, seguidos de su lucido acompañamiento, empezaron á dar vuelta al taller.

— ¿Cómo va de trabajar, hijos mios? preguntó Rubens con su noble y digna bondad, dirigiéndose al grupo de los aturdidos discípulos.

— Bastante... bastante bien... señor... contestaron vacilando dos ó tres.

— Yo desearia ver vuestras obras, continuó Rubens; sí: tendré sumo placer en verlas, si es que Velazquez me lo permite.

— ¡Ay, Dios mio! murmuró á media voz el mas jóven de los discípulos: ¡qué desgracia que no esté el maestro!

— ¿Me permite V. M., dijo Rubens dirigiendose á Felipe IV, que le mande llamar?

— Con mucho gusto, mi querido Rubens, contestó el rey saliendo de la preocupacion dolorosa en que le tenia sumergido el recuerdo de Ana. ¡Hola! continuó dirigiéndose á un paje, id á buscar á Don Diego Velazquez.

— Aquí estoy, señor, dijo el artista apareciendo en el umbral de la puerta de entrada, al mismo tiempo que el conde-duque penetraba en el taller por la puertecilla que comunicaba con la cámara real.

— Venid acá, Velazquez, dijo el embajador, en tanto que el rey, obedeciendo á una seña del conde-duque, se acercaba á este último.

— Deseo, continuó Rubens, deseo ver las obras de estos jóvenes.

— ¡Oh, señor! esclamó el pintor de cámara con efusion, creed que agradezco con el alma el generoso interes que mis discípulos os inspiran.

— Don Juan, continuó dirigiéndose á un gallardo mancebo que apénas contaria diez y seis años, y que por lo elegante y esmerado de su traje patentizaba que pertenecia á la mas elevada nobleza. Don Juan, traed vuestro caballete ante su señoría.

El gallardo niño iba á obedecer con el rostro radiante de júbilo, pero le detuvo un ademan de Rubens.

— Yo iré pasando revista á todos los caballetes, dijo, y así no habrá que moverlos de sus sitios.

El embajador se apoyó entónces en el brazo de Velazquez del mismo modo que el rey se habia apoyado en el suyo, y ambos pintores se llegaron al primer caballete, sobre el cual habia un lienzo con una Magdalena casi concluida.

Rubens se quitó el guante blanco y perfumado que encerraba su mano derecha, miéntras contemplaba la pintura con profunda atencion.

— Este cuadro revela que teneis un gran genio, Don Juan, dijo dirigiéndose al jóven: os aconsejo, sin embargo, que no hagais un uso tan frecuente de los tonos fuertes.

El jóven artista se inclinó.

— Hacedme la merced de darme una paleta y un pincel, señor Don Juan, continuó el embajador; voy á dar una pincelada en vuestro cuadro, y en el de cada uno de vuestros compañeros.

Una esclamacion de júbilo brotó de todas aquellas bocas entusiastas y juveniles, y dos gruesas lágrimas de gratitud aparecieron en las negras y tristes pupilas de Velazquez.

Rubens tomó el pincel que le presentaba Don Juan, y mojándole en el color correspondiente, dió tres ó cuatro

pinceladas en él, dando una admirable sombra en los brazos de la Magdalena, que aparecian duramente iluminados.

— ¡Oh, qué feliz soy! murmuró el niño siguiendo á Rubens con la paleta al caballete inmediato.

— Entregad la paleta al dueño de este lienzo, Don Juan, dijo el rey de la pintura con suave y benévola sonrisa: deseo que cada uno me vea trabajar miéntras lo hago para él.

Un niño como de catorce años, muy pobremente vestido, tomó la paleta de manos de Don Juan.

— ¿Cómo os llamais, amiguito? preguntó Rubens.

— Pablo Astudillo, señor.

— Tenemos, pues, al mismo santo por patrono: ea, buen ánimo, continuó Rubens dando pinceladas en el lienzo con sumo cuidado, habeis pintado una Niobe admirable en vuestros pocos años, y por lo tanto nada os pido: no obstante, cuando esté concluida, os la embargo para la cámara de mi esposa Elena: escribidme á Ambéres en cuanto la termineis.

El niño se retiró llorando de gozo, y Rubens pasó al caballete inmediato: el lienzo que contenia ofrecia á la vista el retrato del pintor de Felipe IV.

— ¡Oh, qué magnífico retrato! esclamó el embajador deteniéndose delante de él: y haciendo á Velazquez una seña para que se acercase al mismo tiempo que humedecia su pincel, empezó, no á enmendar nada, sino á dar á las risueñas y hermosas facciones del retrato el tinte melancólico y amargo que entónces anublaba el espresivo y hermoso rostro del original.

— Cuando se haya pasado el dolor que os aqueja, Velazquez, dijo en voz baja, os será grato ver esta imágen, porque compararéis vuestra felicidad con los pesares olvidados ya; quiero grabar en vuestro retrato la imágen del dolor presente, para que bendigais á Dios, al verle, cuando seais feliz.

Don Diego meció tristemente la cabeza.

En aquel momento, la conversacion, que hacia un cuarto de hora sostenian en voz baja el rey y el conde-duque en un ángulo de la estancia, se animó de repente, sin que nadie se apercibiese de ello; los cortesanos, enteramente embebecidos

en ver trabajar á Rubens en los caballetes de los jóvenes, nada echaron de ver.

— Mas tarde iré, decia Felipe IV con aire embarazado: no puedo dejar ahora á Rubens; la etiqueta....

— Por el contrario, contestó el privado con una impaciencia que en vano se esforzaba en disimular: por el contrario, V. M. debe ir ahora: la niña está en la mejor disposicion de ánimo que se puede apetecer; ántes de anoche puse, miéntras ella dormia, en su mesa de tocador, una carta anónima por medio de la cual le hacia saber que Velazquez no era su hermano; que habia forjado este vil engaño para obligarla á vivir á su lado; pero que, léjos de amarla, está vivamente apasionado de su esposa Doña Juana Pacheco, de la cual tiene una hija; que solo desea tenerla por modelo, porque su estremada hermosura es necesaria para sus cuadros, y que por esta razon la recataba á los ojos de todos.

— ¿Y que efecto ha hecho en ella esa carta?

— El mas terrible: ha caido en una profunda desesperacion, y hay momentos en que la vehemencia del dolor la priva del conocimiento.

— ¡Desdichada!

— Nunca, pues, serán mas eficaces los consuelos y el amor de V. M., y es menester ganar instantes.

El rey, medio decidido, echó una mirada embarazosa sobre los dos pintores que, seguidos por los discípulos y los cortesanos, continuaban revisando los caballetes.

— Acabo de verla en este instante, continuó el favorito con una calma que hasta entónces no habia usado y que decia bien claro la esperanza que tenia de que sus últimas palabras fuesen el golpe decisivo en el ánimo del rey.

— ¿Y cómo está, cómo está? preguntó este ansiosamente.

— Su vida se apaga por la fuerza del dolor, y creo firmemente que, si V. M. dilata una hora mas esta entrevista, la perdemos para siempre.

— Vamos, dijo el rey, en cuyos grandes ojos apareció un rayo de dolor intenso: vamos ahora mismo.

En los labios del privado se dibujó una sonrisa de triunfo, y abriendo cautelosamente la puertecilla que acababa de darle paso, desapareció con el rey, sin que nadie se apercibiese de su salida.

XIII.

EL ESCLAVO.

Rubens acabó por fin de dar vueltas á todos los caballetes, corrigiendo en ellos algun defecto mas ó ménos leve, y dando alabanzas á todos los jóvenes relativamente á su mérito.

Al concluir, dirigió á los discípulos en general algunas palabras graves y afectuosas, exhortándoles al trabajo y á la perseverancia, y se detuvo ante un gran caballete, que ostentaba un magnífico retrato de la reina Isabel de Borbon.

Al ver aquella pintura, enmudeció el gran artista, y solo pudo juntar las manos con una espresion muy pronunciada de admiracion apasionada, grave é intensa.

— Nada he visto jamas que pueda compararse á esta pintura, dijo al fin dirigiéndose á Velazquez, y señalando el retrato de la reina: las palabras, Don Diego, no bastan á espresar aquí lo que siente mi alma.

Y el embajador echó sus brazos al cuello del pintor de cámara.

Luego volvió á mirar el retrato con profunda, ávida y sostenida atencion; diríase que aquella pintura tenia iman para su mirada.

— ¿No me concederéis á mí la misma honra que han logrado estos jóvenes, señor? dijo Velazquez presentando al embajador la paleta y el pincel.

— ¡Líbreme Dios de tocar tan divina obra! contestó Rubens, separándose del caballete respetuosamente; sin embargo, añadió, quiero haceros un ligero boceto para memoria mia, sin que por eso renuncie á ver despues todas las pinturas vuestras que tengais á bien enseñarme.

Bajóse al decir esto, tomó un lienzo enrollado, que habia en el suelo junto á él, y le colocó en un caballete que Velazquez acababa de acercarle: aquel lienzo era el que, segun dijo uno de los discípulos, habia tomado del camaranchon del mulato Juan de Pareja.

Mas no bien se hubieron desplegado sus dobleces, escapóse un agudo grito del pecho de Rubens, que permaneció mirando el lienzo como petrificado.

Jamas se ha presentado á las miradas humanas una obra mas perfecta que el cuadro pintado en el lienzo que Rubens habia tomado del suelo, creyéndole en blanco.

Era el soberbio cuadro que hoy existe en el Museo de Paris, y que se llama *El Entierro.*

— ¿Quién ha hecho esto? preguntó el embajador dirigiéndose al grupo de los discípulos.

Nadie contestó.

— ¿Quién de vosotros ha hecho esto, señores? preguntó á su vez Velazquez.

— Yo no, yo no, contestaron casi á un tiempo todos los jóvenes.

— Yo lo tomé, sin saber lo que contenia, del cuarto de Juan, respondió otro: desde que el pobre Juan se fué, me acordaba tanto de él que guardé ese rollo de lienzo para memoria suya.

Al oir el nombre de Juan, una terrible palidez invadió el rostro del pintor de cámara, y sus ojos lanzaron relámpagos.

De súbito fijó Rubens la mirada en otro caballete contiguo, y palideció tambien: contenia el admirable cuadro de *La coronacion de la Vírgen.*

— Velazquez... esclamó con voz ahogada y llevando al pintor de cámara cerca del cuadro: Velazquez... decid... decid... ¿dónde habeis visto las facciones de esa Vírgen?...

La palidez de Velazquez se hizo mas y mas intensa.

— ¿Por el amor de vuestra madre, por lo que mas caro os sea en el mundo, Don Diego, respondedme! continuó angustiosamente Rubens.

Velazquez pasó maquinalmente su enflaquecida mano por la abrasada frente, y contestó en voz tan baja y temblorosa, que solo pudo llegar á oidos del embajador.

— El semblante de esa vírgen es una copia.

— Pero no es exacta, no es verdad? prosiguió Rubens cuya ansiedad iba en aumento: ¿no es cierto que no es exacta, Velazquez?... ¿no es verdad que el original tenia cabellos rubios y ojos azules como los de un ángel?...

— ¡No lo sé!...

— ¡No lo sabeis! pues acordáos por vida vuestra... esclamó Rubens cogiendo á Velazquez violentamente por un brazo; acordáos, porque yo necesito que me lo digais, ¿lo oís?... lo necesito....

Al oir estas violentas palabras, alzó Velazquez la cabeza: su generoso valor se rebeló contra aquel duro lenguaje, y brotó un relámpago de ira de sus negros ojos.

— ¡Velázquez! esclamó el embajador, que adivinaba lo que pasaba en su alma: ¡Velazquez, perdonad la desesperacion de un padre que os pide su hija!...

— ¡Su hija!... gritaron á un tiempo tres voces.

Eran las del rey y del favorito, que en aquel instante entraban despavoridos, y la de Velazquez que cayó á los piés del embajador con la frente inclinada hásta el suelo.

— ¡Mi hija... sí... sí!... mi hija Ana que me robasteis de Ambéres, Don Diego!... esclamó Rubens, para cuya inteligencia habia sido un rayo de luz la accion de echarse Velazquez á sus piés: ¡mi hija que busco por todas partes!...

La voz del embajador fué sofocada por el fúnebre tañido de la campana del monasterio que tocaba á fuego, y bien pronto se vió, á traves de las ventanas del taller, una inmensa columna de humo que salia del lado en que estaban situadas las habitaciones de la reina y del conde-duque.

— ¡Tú hija está allí... allí, donde está el fuego, Rubens, esclamó el rey tendiendo desesperadamente sus brazos hácia el sitio de donde partia el humo; y allí va á perecer con la

reina y con mi hija!... ¡Oh, mi hija, yo quiero salvar á mi hija y á su madre!...

Y el rey se lanzó á la puerta.

El sagrado cariño de esposo y padre habia triunfado de la pasion que Ana le habia inspirado.

En aquel momento se abrió con estrépito la puertecilla que daba á la cámara del rey, é Isabel de Borbon se precipitó en el taller llevando en los brazos á su hija.

Imposible parecia que aquella delicada y esbelta jóven hubiera podido conducir á la infanta María Teresa, que estaba desmayada.

— Señor, mi hija se muere!... esclamó la pobre Isabel poniendo en los brazos del rey á la niña y dejándose caer, casi falta de sentido, en una banqueta.

Felipe IV reclinó en su pecho la pálida cabeza de su esposa: el conde-duque tomó en sus brazos á la infanta María Teresa, y aplicó á la nariz de la aterrorizada niña su pomito de espíritus, en tanto que Rubens y Velazquez se lanzaban á la puerta en busca de Ana.

Pero retrocedieron dando un grito de angustia y de alegría á la vez: habíase precipitado en el umbral, al tiempo de pasarle ellos, el mulato Juan de Pareja, llevando en sus brazos, al parecer cadáver, á la jóven Ana, cuya larga cabellera rubia tocaba al suelo.

En el momento mismo en que el esclavo se precipitaba en el taller, cesó de tocar á fuego la campana del monasterio, y un instante despues entró pausadamente Don Juan Hurtado de Mendoza, duque del Infantado.

XIV.

LA CRUZ DE SANTIAGO.

Juan de Pareja se asemejaba mejor á un demonio escapado del infierno que á un ser humano: estaba horriblemente

flaco, y su palidez era tan intensa que, á pesar del bronceado matiz de su tez, se advertia claramente la descomposicion de todas sus facciones: su cabello, que formaba gruesos y lustrosos anillos de un negro hermoso y azulado, estaba quemado por mil partes, lo mismo que su traje, que traia desgarrado y en el mayor desórden.

Su frente ancha y hermosa veíase cubierta de sudor; su nariz, dilatada como la de la fiera que ha vencido al cazador tras una larga y desesperada lucha; y su labio superior, contraido levemente por una sonrisa de orgulloso triunfo, dejaba ver el hermoso esmalte de sus blancos y menudos dientes.

Al entrar, depositó á Ana á los piés de Velazquez, y la pobre niña quedó como una masa inerte y helada tendida sobre el duro pavimento.

— El fuego... el fuego! esclamó el rey señalando al lado de donde aun salia una columna de humo. Es necesario ver si se ha apagado.

— No tema V. M., contestó el duque del Infantado, en cuyas severas y hermosas facciones brillaba una viva espresion de contento: yo ayudé á encender el fuego; pero yo cuidé tambien de que se apagara.

Al decir esto, miró fijamente á Velazquez: mas el pintor se habia recostado contra una pared, quebrantado por la honda emocion que la vista de Ana le habia producido.

Don Juan Hurtado de Mendoza levantó de suelo el cuerpo inanimado de la jóven, y colocó á esta en el sillon, en tanto que el favorito, confuso con su derrota, huia lo mas cautelosamente posible, jurando venganza á Velazquez y al duque.

El pintor de cámara se acercó con lento paso á la pobre niña y tomó una de sus manos.

Estaba helada como el mármol.

— ¡Muerta!!... esclamó retrocediendo dos pasos.

— ¡Muerta y deshonrada!... gritó Rubens, que aun no se habia acercado á su hija, porque hasta entónces habia estado sumergido en un letargo doloroso.

— ¡No! esclamó con voz firme el duque del Infantado: ¡no! viva, y digna, muy digna de su padre!

El embajador flamenco clavó una ansiosa mirada en el que le hacia aquella revelacion tan consoladora, y llegó hasta su hija como atraido por un iman irresistible.

— ¡Sí! continuó el duque del Infantado; creedme, Rubens... por el nombre que llevo, por mi fe de caballero, os juro que vuestra hija está pura como la luz del sol!... Velazquez, para cumplir los deseos de la madre de Ana, hizo creer á esta que era su hermana, sacrificando su amor por compasion á la que le dió el ser y por respeto á sus deberes de esposo y padre.

— ¡Dios os bendiga, hijo mio! esclamó Pedro Pablo abriendo sus brazos al pintor de cámara, que se arrojó sollozando en ellos.

Durante algunos momentos, los hermosos y melancólicos ojos del jóven monarca se fijaron con un profundo enternecimiento en los dos pintores, que confundian sus lágrimas; y por fin el llanto empañó tambien las negras pupilas de Felipe IV.

— ¡Ya vuelve... ya vuelve!... dijo el duque del Infantado que sostenia la cabeza de Ana apoyada en su pecho.

El rey se aproximó entónces al embajador.

— Rubens, dijo con acento firme y vibrante: Rubens, yo os aseguro, bajo mi palabra real, que no he visto á vuestra hija mas que una sola vez en el taller de Velazquez del cual la creia hermana, hasta que una mano funesta vino á arrancarme aquella creencia, que hubiera sido un antídoto saludable para....

Felípe IV iba á decir para mi pasion, pero volvió la vista á la reina, y la palabra se ahogó en sus labios.

En cuanto á Isabel, se ocupaba en acariciar á la infanta María Teresa que acababa de volver de su desmayo.

Rubens besó la mano de Felipe con vivísima espresion de gratitud, y se lanzó hácia su hija á la cual estrechó entre sus brazos.

Aquel padre debia su hija á una falta, y sin embargo no habia querido imprimir un beso en su frente hasta no cerciorarse de que era pura de la misma falta, orígen de su ser. Terrible egoismo humano!

Rubens se separó de su hija, la cual, aunque se habia recobrado un tanto, habia vuelto á cerrar sus fatigados ojos sin conocer á nadie: en seguída se dirigió á buscar á Juan, q ue, parado enfrente del cuadro del Entierro, le contemplaba con desencajados ojos.

El embajador abrazó estrechamente al mulato.

— ¡Gracias, dijo; gracias, salvador de mi hija! ¿qué es lo que puedo yo hacer para recompensarte?... habla... ¿quieres ser libre?...

— No puedo dejar á mi señor miéntras me dure la vida, contestó Juan separando del cuadro sus estraviados ojos: mi vida es verle y servirle.

— ¡Ese lienzo está pintado por Juan! gritó en aquel instante el discípulo Pablo de Astudillo señalando al cuadro del Entierro: lo he conocido en lo asustado que ha quedado al verlo aquí.

Ante la declaracion del niño, palideció el mulato densamente y cayó á los piés de Velazquez murmurando la palabra:

— ¡Perdon!

Velazquez le levantó en sus brazos, y al mismo tiempo Felipe IV apoyó su real mano en el hombro del siervo.

— *El hombre de genio*, dijo con voz solemne, *no puede ser esclavo; alza la frente; eres libre* (1).

Al concluir de pronunciar estas palabras, tomó Felipe IV un pincel, lo humedeció en color rojo, y se acercó á Velazquez.

— Recibe, dijo dando pinceladas sobre su costado izquierdo, recibe esta cruz en memoria del heroismo con que has conservado el honor de la hija de Rubens: ese honor, añadió bajando la voz, que yo he estado á punto de empañar para siempre.

Y Felipe IV se desvió á un lado dejando ver bajo el corazon de Velazquez la cruz de Santiago que se destacaba sobre el terciopelo de su ropilla.

---

(1) Don José Muñoz y Gaviria.

— Adios, comendador, dijo tendiendo la mano á su pintor de cámara: sois libre durante seis meses para acompañar á Flándes á Rubens y á su hija; pero no olvideis que, al cabo de este tiempo, os necesito á mi lado.

El monarca lanzó una mirada de dolor y de tristeza sobre Ana, y salió con la reina, su hija y los cortesanos.

— ¡Ay, señor! esclamó Juan de Pareja besando respetuosamente la cruz de Santiago: soy tan dichoso, al veros comendador, que no podia haberme dado el rey mejor premio por haber puesto fuego á su palacio para salvar á Doña Ana.

Al oir su nombre, abrió la jóven los ojos y los clavó en Velazquez, como si á él solo viese de las personas que la rodeaban.

— ¡Diego!!... gritó con una inefable espresion de gozo.

Velazquez queria lanzarse en sus brazos, pero se detuvo desalentado mirando á Rubens.

— ¡Mi hija se muere! murmuró el embajador con voz firme, aunque sus facciones retrataban la agoniá del dolor mas hondo. ¡Oh, hija mia! continuó oprimiendo fuertemente las manos de Velazquez: ¡hagamos mas dulce su agonía prolongando tu piadoso engaño!

— ¡Diego! repitió Ana con voz mas débil.

— ¡Hermana! esclamó este con un esfuerzo que rompió todas las fibras de su generoso corazon: ¡hermana mia! ¡he aquí á nuestro padre!

XV.

ANGEL Y MARTIR.

Es una hermosa mañana de setiembre. La casita que Ana habitaba en Ambéres, ántes de su partida para España con Velazquez, aparece silenciosa y solitaria como en la época en que la jóven vivia en ella en compañía de la anciana dueña Tadea.

Sin embargo, ahora, ademas de las dos mujeres que la ocupaban en otro tiempo, está habitada por tres personas mas.

El aspecto del cuarto de Ana no ha variado en nada del que tenia hace dos años, cuando la jóven dormia aun en él los sueños de su infancia.

Aun está adornado con la misma riquísima y callada sillería de marfil con asientos de terciopelo.

Y en las ventanas están las mismas grandes cortinas de damasco blanco.

Y el mismo crucifijo de nácar vela á la cabecera del lecho entoldado tambien de una tela igual.

Pero en aquel lecho está tendida Ana, mas blanca que el alabastro de sus columnas y relieves.

Sobre una mesa de plata maciza, colocada en el centro del aposento, se ven frascos y medicinas.

La jóven duerme.

Empero sus angélicas facciones, demacradas por largos dias de dolor y sufrimiento, tienen ya impreso el sello de la muerte.

Una túnica de seda blanca envuelve los enflaquecidos contornos de su cuerpo.

Sus piés, diminutos y blancos como el mármol, están desnudos y medio velados entre los pliegues de su túnica.

Sus pequeñas y ebúrneas manos, delgadas hasta la trasparencia, se cruzan sobre su seno.

Se ha quedado dormida rezando á una imágen de María, que se destaca sobre un reclinatorio colocado á los pies del lecho.

Un rayo de luz va á resbalar sobre las bellas y suaves facciones de la madre de Dios, que parece mirar y sonreir á la niña dormida.

En pié y junto al lech, tres hombres contemplan el sueño de Ana con una angustia indefinible.

El primero es un hombre de continente altivo: la nieve, que matiza su esplendida cabellera, es harto luciente para que no sea prematura; un hondo pliegue de dolor se ha formado enmedio de su frente.

Es Rubens.

A su lado hay un jóven pálido y enflaquecido; sus grandes ojos negros hundidos patentizan largos dias de sufrimientos.

Es Velazquez.

Junto á él está Juan el mulato, esmeradamente vestido con un traje igual al de su antiguo amo.

La hnmildad y la afliccion, que en otros dias retrataban las facciones del pobre esclavo, han desaparecido.

Ahora es libre y artista: pero amigo fiel de Velazqnez, no ha querido abandonarle.

Sus facciones contraidas pintan, sin embargo, un violento pesar, y dos gruesas lágrimas se deslizan por sus doradas mejillas.

Tiene detras de sí un caballete, donde ya está pintada admirablemente la pobre Ana dormida en su lecho, con el sueño que precede á la agonía.

Largo rato hacia que reinaba el silencio.

De súbito se abrió una puerta, y una mujer, vestida de terciopelo negro y cubierta con un largo velo, negro tambien, entró en la estancia.

Arrojóse sobre el lecho de Ana, y besó repetidas veces su frente y sus cabellos, sin que la jóven se despertase.

— ¡Gracias!... dijo despues aquella mujer tomando la mano de Rubens: ¡gracias, Pedro Pablo, por haberme enviado á buscar para recoger el último aliento de mi hija!

Los ojos de Ana se abrieron en aquel instante.

Parecia mas diáfano y hermoso el azul de sus pupilas, pero sus facciones se descomponian por momentos.

— ¡Diego! fué su primera palabra.

El artista iba á acercarse; mas la encubierta sacó de su seno una carta, y se la mostró estrechándole la mano silenciosamente.

Era la misma que Don Diego Velazquez habia escrito á la madre de Ana, participándole que marchaba á España con su hija.

— ¡Diego! volvió á murmurar Ana con lenta y débil voz; ¡Diego!... ¡Padre! venid... porque me muero.

Los dos pintores se acercaron: Juan se enjugó el llanto que corria por sus mejillas, y se sentó delante del caballete, para dar en él las últimas pinceladas.

La incógnita se arrodilló á los piés del lecho, y ocultó la cabeza entre las ropas sollozando con íntima amargura.

— Diego, continuó Ana con una voz tan débil que casi no se oia ya: ¡Diego... el amor que te he tenido ha aniquilado mi vida!... cuando en aquella carta fatal me dijeron que no eras mi hermano... y que tenias una esposa... y una hija á quien amar... la desesperacion se apoderó de mí... cuando supe que era un engaño... ya estaba herida... de muerte...

Calló Ana, y durante algunos instantes solo se oyeron los sollozos de sus padres y los gemidos de Velazquez.

El mulato habia terminado su cuadro, y lloraba silenciosamente.

De repente se incorporó Ana sobre un brazo y miró profundamente la inclinada cabeza de aquella mujer.

— ¡Madre!... gritó estendiendo los brazos y conociendo, con ese instinto admirable de los moribundos, que aquella mujer solo podia ser la que le habia dado la vida.

— ¡Hija mia! gritó ella lanzándose hácia su hija y estrechándola en sus brazos.

Ana levantó el velo de la incógnita, y apareció un semblante del cual era el suyo una copia fiel.

La desconocida tenia los cabellos de igual color, y el matiz de los ojos de Ana parècia haber sido robado á los suyos, advirtiéndose la misma semejanza en todo el resto de sus facciones.

— ¡Adios... madre mia... padre... Diego, adios! murmuró Ana: El supremo juez me llama desde el cielo, y me enseña la gloria... Juan, os ruego que no abandoneis jamas á Diego!

Ana cayó desplomada sobre el lecho, y sus labios dejaron escapar el último suspiro.

Las cuatro personas que rodeaban el lecho cayeron de rodillas, y volvieron á oirse en aquella estancia secos y amargos sollozos.

La madre de Ana levantó la primera la cabeza, púsose en pié y se envolvió en su manto.

— Don Diego, dijo dirigiéndose á Velazquez con voz quebrantada, pero con firme acento: os suplico que me dejeis ese cuadro que contiene la imágen de mi hija y que vuestro amigo acaba de pintar.

Ante aquella demanda, palideció el pintor de cámara de Felipe IV.

— ¡Señora! dijo con mal segura voz.

— ¡Me lo negais! repuso la dama con honda amargura.

— Señora, contestó Velazquez, he hecho ya el doloroso sacrificio de cederlo al padre de Ana... pedídselo á él....

Los sollozos cortaron las palabras al infeliz Don Diego, que fué á postrarse á los piés del lecho.

En cuanto á la dama, se irguió altanera y miró arrogante la inclinada y doliente faz de Pedro Pablo.

— Yo, que soy su madre, dijo lentamente, tengo derecho á ese retrato, y desafío á Rubens á que me lo arrebate si se cree con razon para ello.

El ciudadano de Ambéres guardó un doloroso silencio.

— Antes de que os deje para siempre, Don Diego, continuó la madre de Ana, quiero justificarme ante vos de mi conducta, en presencia del cadáver de mi desventurada hija.

Nada contestó Don Diego, y ella continuó de esta suerte:

— Mi nombre es Ana, y soy hija del noble y valeroso conde de Egmont, de la rica y dilatada familia de este nombre: á los quinze años me casé con un primo hermano mio que heredó el título de mi padre por fallecimiento de este último.

Enrico era gallardo, jóven, bueno, y me adoraba.

Yo le amaba tambien, y dos años despues de mi matrimonio le habia dado dos hijos, cuando mi esposo fué á suplicar á Pedro Pablo Rubens que le hiciese mi retrato.

Quiero pasar en silencio los progresos de mi seduccion, y

llegaré al dia en que, conociendo Enrico mi estado, me llamó á su gabinete.

— Ana, me dijo echando sus brazos á mi cuello: vas á darme por tercera vez la ventura de ser padre, y nada me has dicho!...

Yo bajé los ojos: cubrió mi frente el carmin de la vergüenza, y rompí á llorar.

Nunca supe mentir.

La frente de Enrico, tan serena de ordinario, se cubrió de una nube de dolor.

— ¿Me has hecho traicion, Ana? me preguntó, tomando cariñosamente mis manos.

Entónces me arrojé á sus piés y le referí todos los detalles de mi falta, ménos el nombre de mi cómplice.

—¿Quién es el padre del hijo que llevas en tu seno? me preguntó entónces.

— Mátame, Enrico, esclamé, pero no me hagas una pregunta á la cual no puedo contestarte.

— ¿Luego le amas mucho?

— ¡Oh, no, Enrico! esclamé con tal acento de verdad, que quedó casi convencido, no le amo, no... mi falta fué la consecuencia de un vértigo... pero no quiero decir su nombre, porque querrás batirte con él, y puede matarte!

— Está bien, dijo Enrico con calma: desde hoy, señora habitaréis la parte del palacio opuesta á la que habite yo con mis hijos, y ni á ellos ni á mí nos volveréis á ver. Este es vuestro castigo.

Callé: tampoco sabia doblegar mi altivez hasta el ruego.

Desde aquel dia viví aislada, sin mas compañía que una doncella para mi servicio, que recibia el alimento para ambas del comedor de palacio.

Cuando di á luz mi hija, la hice bautizar con mi nombre y la mandé á Rubens con mi camarera Gisela: aunque rechazada por mi espòso, no intenté profanar su casa abrigando en ella el fruto de su deshonor.

Rubens no quiso ofender tampoco el decoro de su mujer y de sus hijos con la presencia de la desgraciada criatura,

y la depositó en la casa dondé la visteis, con una nodriza y la anciana dueña que conoceis.

Luego no volvió á pensar en ella: abrumado de honores y dignidades, la gloria embargó su alma: ¡yo, por el contrario, iba sola y encubierta todas las noches á imprimir un beso en la frente de mi hija!

Cuando la luz de su razon pudo ya hacer que me reconociese con la continuidad de verme, esperé á que el sueño cerrase sus ojos para verla yo.

De este modo pasaron algunos años.

Un dia supe por Gisela que mi hija Duyweque (1), que ya contaba quince años, estaba enferma del pecho, y que mi esposo se disponia á llevarla á Gante.

Espié el dia de su salida, y lo supe el anterior, envié á Gisela á que mandase disponer un coche muy modesto de camino, y escribí una carta: por la noche fuí á ver á Ana y la puse en sus manos, encargándole que la entregase al primer hombre que le dijese amores.

Despues la abracé y partí.

Seguí en mi coche al que llevaba á Enrico y á Duyweque enferma, y al llegar á Gante me hospedé en el meson de San Pablo, que era el mismo que ellos habian elegido.

Un mes pasé pegada á la pared del cuarto donde mi hija sufria.

Una noche oí gritos dolorosos que se escapaban del pecho de mi esposo.

— ¡Se muere! gritaba, se muere!... socorro!...

Yo me lancé en el cuarto.... Duyweque agonizaba ya.

La mirada de mi marido se fijó en mí, no obstante su dolor: una lágrima empañó el brillo de sus grandes ojos, y se arrodilló junto á mí al lado del lecho de nuestra hija, sin hablarme una palabra.

Duyweque abrió los ojos y gritó:

— ¡Madre mia!...

---

(1) Significa *Paloma* en lengua flamenca.

Luego, como si Dios la inspirase en aquel momento, puso mi mano en las de su padre... y espiró!!...

Un sollozo desgarrador cortó la palabra á la condesa, que permaneció llorando durante algunos instantes.

Los tres oyentes de su lastimera historia lloraban tambien.

La condesa continuó así:

— Tres dias despues, y acabados los funerales de mi hija, entró Enrico en mi cuarto.

— Ana, me dijo: quiero que Duyweque descanse en el panteon de mis padres, que, como sabeis, está en esta ciudad. La jóven condesa de Egmont debe reposar junto á sus abuelos.

Yo incliné la cabeza en señal de conformidad, y Enrico continuó:

— Vivid junto á su tumba si quereis; de este modo veréis cada año á vuestro hijo Yans cuando venga á traer una corona de flores á la tumba de su hermana.

Enrico era inflexible: yo me incliné ahogando en mi corazon el llanto que arrancara de él su dureza, y mi esposo desapareció sin estrechar mi mano.

Pero Duyweque dormia ya el sueño de los ángeles, y yo volví á Ambéres para velar por Ana.

No obstante, el palacio de mi esposo me ahogaba: yo me sentia revivir junto á la tumba de la hija, fruto de mi primero y santo amor: por otra parte, yo amaba mucho á Enrico, y la idea de que cumplia su deseo viviendo en Gante y rezando cada dia en el sepulcro de su hija, era un consuelo para mi destrozado corazon.

Fijéme, pues, en Gante, y allí fué, Don Diego, donde vino vuestra carta á darme la alegría primera que he sentido hace diez y seis años.

Ana estaba en salvo y seria feliz, porque la fama de vuestra hidalguía habia legado hasta nuestro suelo.

Mas ¡ay! que no fué así: la infeliz niña, privada de todo cariño en la tierra, concibió por su bienhechor una pasion tan vehemente, que ha aniquilado su vida aun creyéndoos su

hermano. ¡Pobre azucena destrozada por el vendabal de una pasion que ni ella misma ha podido comprender!

Calló de nuevo la condesa y regó con llanto amargo los piés helados de su hija.

— La conciencia, prosiguió tras una larga pausa, la conciencia alzó, al fin, su grito en el alma de Rubens... buscó á su hija y la encontró agonizante ya... ¡malditas... malditas sean las pasiones de los hombres!...

Ahora, continuó poniéndose en pié, me vuelvo á mi casa de Gante construida al pié del panteon donde descansa Duyweque... Cuando recibí la carta en la cual Rubens me avisaba que viniese á recoger el último aliento de Ana, mandé preparar la tumba, que va á recoger sus restos, y que muy pronto guardará los mios; pero hasta entónces quiero que me acompañe el retrato de mi hija moribunda.

Al decir estas palabras, se aproximó la condesa á una ventana é hizo una seña.

Dos criados, de luto, subieron un ataud de terciopelo blanco, colocaron en él el cuerpo de Ana y bajaron con lento paso.

La condesa desprendió el lienzo del caballete sin que nadie se opusiera á ello, lo enrolló bajo su manto, y estrechando la helada mano de Velazquez, salió.

Un instante despues se oyó el pesado paso de los dos servidores que llevaban en una litera enlutada el cadáver de Ana.

La condesa seguia sombría y envuelta en su manto negro al fúnebre convoy.

¡La infortunada hija del gran Rubens llevaba por todo acompañamiento á su última morada á su pobre y desolada madre!

XVI.

LA DOBLE TUMBA.

No me detendré yo á hablar de la vil privanza que siguió ejerciendo aun durante largos años el conde-duque sobre el débil y voluble corazon de Felipe IV.

Ni de las glorias de Rubens, quien algunos años despues y muerta su primera esposa, casó con Elena Froment, célebre por su hermosura.

Ni de la muerte desastrosa de Juan de Pareja, acaecida en tiempo mas remoto, por salvar de una puñalada al esposo de la hija de Velazquez, el paisista Juan del Mazo.

Todos estos hechos son de tanto bulto, que apénas existirá una persona que no los conozca.

Voy á conducir al lector, un año despues de la muerte de Ana, al pintoresco cementerio de Gante, y á la espalda del grandioso panteon de los condes de Egmont.

Allí hay una tumba con dos lápidas: una de mármol blanco; otra de jaspe negro.

Las dos tienen inscrito encima el sencillo y dulce nombre de *Ana.*

La blanca está rodeada de rosales blancos tambien: un árbol de azahar le da flores y sombra, y algunos búcaros de pórfido, llenos de azucenas, rodean la nevada lápida.

Pósanse en ellas pintadas mariposas, y los pajarillos cantan á porfía amores en el azahar y en los rosales, porque son los últimos dias del estío.

La losa negra está rodeada de adelfas, y le da sombra un cipres, cuyo tronco está rodeado de una yedra.

La amorosa yerbecilla quiere, al parecer, consolar á la sombría tumba con sus humildes hojas y con sus florecillas azules.

Era la caida de una tarde de setiembre.

Un caballero, jóven aun y vestido de riguroso luto, llegó

acompañado de un hermoso adolescente que aparentaba diez y siete años, veinte ménos que su padre.

Porque padre, á no dudarlo, era el caballero que le acompañaba.

Tenia, como él, los ojos negros y hermosos, rizados y negros los cabellos y morena la tez.

Depositaron una corona blanca de rosas, que el jóven llevaba en la mano, sobre el panteon, y ambos rezaron largo rato, besando despues el helado mármol.

— ¡Pobre Duyweque mia! esclamó el jóven ardorosamente; ¡cuánto te amaba yo!

Y dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

— Tu hermana murió porque le faltó su madre para que velase por su delicada constitucion, dijo sombriamente el caballero.

— ¿Murió mi madre ántes que ella, padre?

— ¡ Mucho ántes, hijo mio!

— Padre, si yo creo que hace dos meses la vi una mañana al despertarme... sí... sí!... me abrazaba llorando!...

— ¡Soñarias, hijo mio!... tu madre murió cuando tú no tenias aun un año.

— Puede ser que soñase yo, murmuró el jóven ya casi convencido: lo cierto es, padre, que desapareció como un sueño.

— Vamos á rezar sobre su tumba, hijo mio.

Ambos se arrodillaron en la tumba negra, y rezaron largo rato.

Al levantarse, el niño cortó una rama de adelfa, besóla, y la guardó en su pecho.

— Padre mio, dijo despues mirando la blanca tumba; ¿quién descansa en este sepulcro?

Calló el conde confuso.

— ¡Mi hermana! contestó á su espalda una voz varonil, pero de timbre suave y melancólico.

Volviéronse Enrico y su hijo: un caballero con traje español, de riguroso luto, estaba en pié detras de ellos. Tenia en la mano su chambergo, y su hermosa cabellera negra, que

caia en largos rizos, se veia mecida por la brisa de la tarde.

— ¿Cómo, es, pues, que descansa junto á mi madre? preguntó Yans con su sencilla curiosidad.

— Jóven, contestó el caballero enlutado; no os afaneis jamas por comprender lo que se ós presente oscura en vuestra vida; todos los arcanos, hasta los de la ciencia, disecan el corazon y marchitan el alma: bajo esa blanca tumba, está encerrado un drama que todos ignoran que haya tenido lugar en mi vida, pero que Dios sabe cuánto dolor ha derramado en lo que me resta de existencia.

— ¿Quieres, padre mio, que rece sobre ese sepulcro? preguntó Yans.

— Reza, hijo mio, contestó noblemente Enrico: todos los jóvenes sois hermanos ante Dios.

Arrodillóse Yans y cruzó las manos.

Los dos caballeros se dejaron caer de hinojos á su lado.

— ¡Oh, Ana mia! esclamaron á un tiempo. Pide á Dios que libre á este niño de dar el primer paso en la carrera de las pasiones que te han causado la muerte!

Volviéronse ambos asombrados: sus labios acababan de formular idénticas palabras.

— ¿Como os llamais? preguntó el conde al caballero español.

— Diego Velazquez de Silva, pintor de cámara del rey Felipe IV de España.

El conde de Egmont se inclinó con una política llena de deferencia y cortesía.

— Mi nombre es....

— Sé vuestro nombre, señor conde, contestó Velazquez sonriendo con tristísima espresion.

Y besando de nuevo, arrodillado, los dos sepulcros, añadió ya en el umbral del cementerio:

— Si alguna vez vuestro hijo se separa del camino de la virtud, venid aquí á buscarme en el aniversario de este dia, y le contaré mi historia y la de mi hermana, junto á esos dos sepulcros.

Velazquez se alejó lentamente, y el conde y su hijo abandonaron tambien el cementerio, porque la luna habia ya aparecido como una soberana en el palacio diáfano y azul del firmamento, y las aves cantaban un himno de despedida á la doble y solitaria tumba.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.